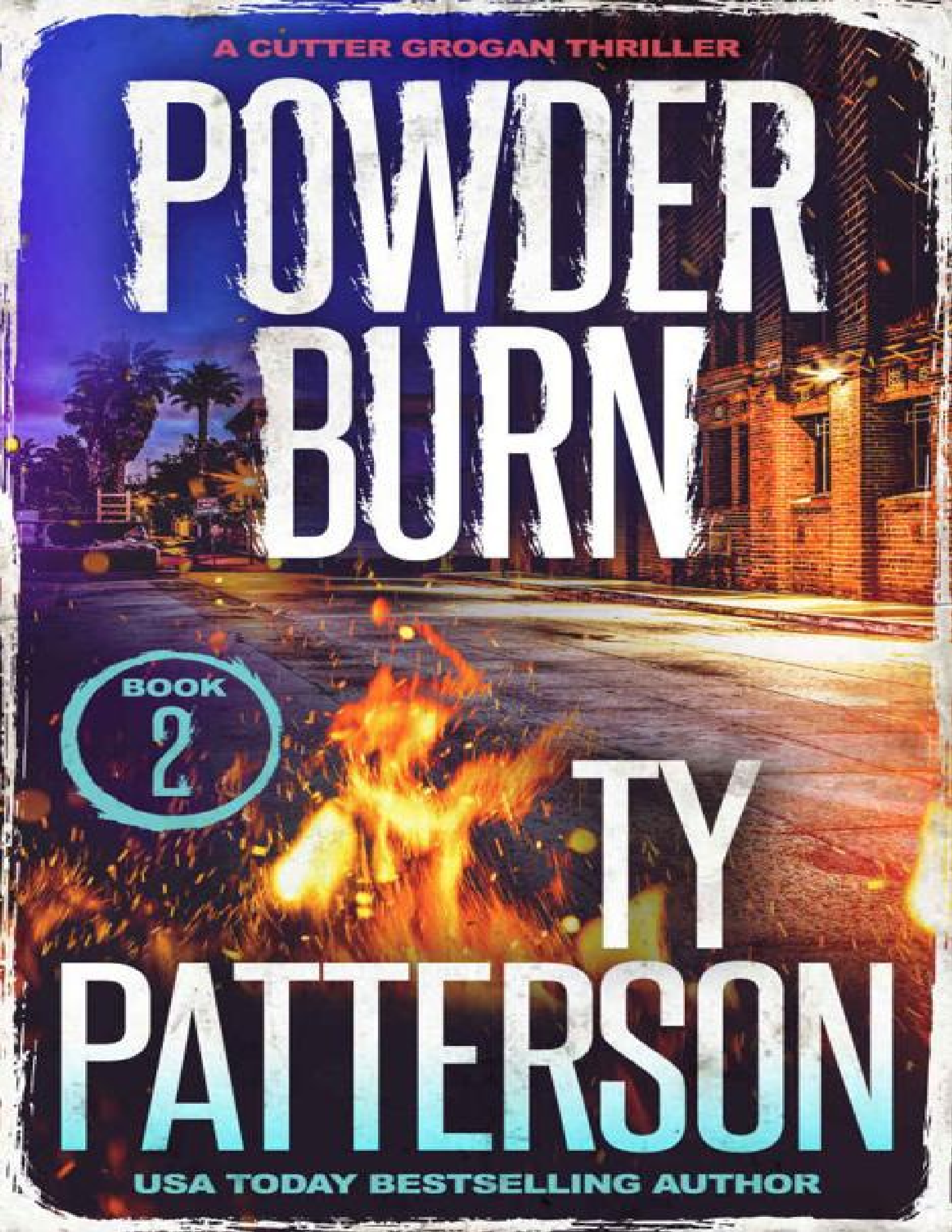
A CUTTER GROGAN THRILLER

POWDER BURN



BOOK 2

TY PATTERSON

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

POWDER BURN

LOS THRILLERS DE CUTTER GROGAN

LIBRO II

TY PATTERSON

ÍNDICE

Consigue un libro gratis
También de Ty Patterson
Agradecimientos
Sin título

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

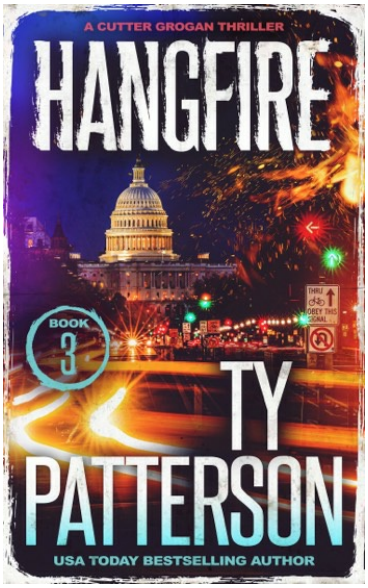
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88

Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100

Más Libros
Capítulo extra de Hangfire
Mensaje del autor
Libros de Ty Patterson:
Sobre el autor

CONSIGUE UN LIBRO GRATIS

Haz clic aquí para descargar una novela corta gratuita



Descubre Hangfire, aquí, el siguiente thriller de Cutter Grogan

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí

TAMBIÉN DE TY PATTERSON

Zeb Carter Thrillers
Quince libros en la serie y contando
Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)
Nueve libros en la serie y contando
Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)
Dos libros y contando
Zeb Carter Short Stories
Tres libros y contando
Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)
Doce libros en la serie
Gemini Series (Universo Zeb Carter)
Cuatro thrillers en la serie
Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)
Seis novelas cortas en la serie
Cade Stryker Series
Dos thrillers de ciencia ficción militar

Derechos de autor ©2024 de Ty Patterson, Three Aces Publishing Ltd. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser copiada, reproducida en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que se necesita todo un pueblo para producir un libro. En mi caso, han estado involucrados varios continentes. Ciertamente, el trabajo de un autor es solitario, pero escribir es solo una parte de la publicación de un libro.

Mis lectores beta, que están repartidos por todo el mundo, son mis primeros auxilios. Les debo una gran gratitud por dar forma a todas las palabras que escribo.

Ellos son:

Dori Barrett, Laura Rachwalik, Jobins MJ, Simon Alphonso, Maria Stine, Steve Panza, Ann Finn, Don Waterman, Kimber Krahn, Robin Eide Steffensen, Blanca Nichols, Loz Yeung, Charlie Carrick, Martin Pingere, Terrill Carpenter, Kathryn Defranc, Dave Davis, Mike Duncan, Donna Young Hartridge, Shadine Mccallen, Shell Levy, Wanona Koeppler, Marion McNulty Hulse, Gerry Kenny, Rob Fox, Dan Gherasim, Toni Osborne, Theresa Ann Kari, JoAnn Cates Lewis, Cathie M Jones, Debbie McNally, Sylvia Foster, Beth Perry, Mike Davis, Pat Barling, Mary Kauffman, John Spiller, Dave Campbell, Mark Campbell, Cathy Silveira, Franca Parente, Jan Fisher, Nancy Schmit, Claire Forgacs, Pete Bennett, Eric Blackburn, Margaret Harvey, Jim Lambert, Jimmy Smith, Suzanne Mickelson, Brad Werths, Allan Coulton, Paula Artlip, Pat Ellis, Linda Collins, Tricia Cullerton, Alun Humphreys, Jennifer Anderson, Manie Kilian, Larry Kahhan, Tania Reed, Debbie McNally, Heather Tudgey, Gary Bristol, Lyn Fox. Hannah Lewis y Gary Rounds.

Donna Rich, mi correctora de estilo, y Doreen Martens, mi editora, han sido invaluables en el pulido del libro.

Por último, un agradecimiento especial a Debbie Gallant, Tom Gallant, Michelle Rose Dunn y Cheri Gerhardt, quienes me han apoyado desde el principio.



A mi esposa y a mi hijo por sus sacrificios al apoyarme

Inclina el mundo de lado y todo lo que esté suelto caerá en Los Ángeles.
— Frank Lloyd Wright

1

—Hasta ahí es suficiente —espetó el hombre barbudo.

Cutter se detuvo en el claro y levantó las manos lo más alto que pudo.

—Estoy solo.

—¿Tienes el dinero?

—¿Qué crees que llevo en esto? —replicó. Dejó caer la pesada bolsa de deporte a sus pies y se masajeó los dedos.

—Piotr, cuéntalo.

—No tan rápido —advirtió Cutter al matón—. ¿Dónde está la chica?

El matón asintió a otro tipo corpulento, que desapareció en la oscuridad y regresó con una adolescente. Sus ojos estaban abiertos de miedo, su boca tapada con cinta adhesiva y sus manos atadas a la espalda.

—¿Amy? —Cutter la reconoció por sus fotografías—. Esto terminará pronto. Te llevaré con tu mamá y tu papá.

Ella asintió rápidamente y sollozó aliviada.

—Cuéntalo —le dijo al líder de la banda de secuestradores, quien con un movimiento de hombros hizo que dos pistoleros se adelantaran con máquinas contadoras. Abrieron la bolsa y colocaron los fajos de billetes usados en sus bandejas. Durante largos momentos, no se oyó más que el zumbido de los dispositivos y los jadeos secos de la chica.

—Tres millones —anunció uno de los tiradores.

—Tal como acordamos. Dejen ir a la chica.

—Creo que no —sonrió con suficiencia el líder—. Tenemos el dinero y a la chica. Tú estás solo. Te mataremos aquí. —Levantó su AR-15—. Es una zona remota de las Catskills. Nadie oirá unos cuantos disparos. Pasarán días o semanas antes de que descubran tu cuerpo.

—¿Crees que te saldrás con la tuya?

—Sabemos que escaparemos. No es la primera vez que nos quedamos con el dinero y nos largamos con las chicas. ¿Quién nos detendrá?

Cutter apretó los labios mientras su rabia se encendía.

ABRAHAM ZINOV, UN GÁNSTER RUSO, HABÍA CREADO UN NEGOCIO EXITOSO SECUESTRANDO A LOS hijos de millonarios y escapando con el dinero del rescate. En la mayoría de los casos, no se volvía a ver a las víctimas.

Era buscado por el FBI y por todas las agencias de la ley del país, pero había evadido la

captura.

Amy Sorkin era su última víctima. Había secuestrado a la joven de dieciocho años cuando salía de su exclusiva escuela privada en Brooklyn Heights. Había enviado la demanda de rescate a su padre, Travis Sorkin, dueño multimillonario de un fondo de cobertura, y Sorkin había contactado a Cutter.

—Nada de policías —había insistido el padre angustiado—. Sé cómo ha terminado antes. Más de la mitad de los niños siguen desaparecidos.

—Necesita confiar en el FBI y en la policía de Nueva York. Estoy solo. Yo...

—¡No! —gritó el padre—. Pagaré. Tres millones no son nada. Daría treinta, todo lo que tengo, para recuperar a Amy. Llévaselo y trae de vuelta a mi hija.

Cutter hizo todo lo posible por convencer al padre, pero sus argumentos cayeron en oídos sordos.

—Tú tampoco puedes ir a la policía —le dijo Sorkin—. Tienes que prometérmelo.

Cutter había dado su palabra y acordado ir al punto de entrega en las Catskills.

—¿CREES QUE ESTOY SOLO?

—Ese truco no funcionará —se jactó Zinov—. Te seguimos cuando entraste al bosque. Te hemos registrado. Sin teléfono, sin rastreador. Estás rodeado por trece hombres. Sí, creo que estás solo. Estás fanfarroneando, y morirás.

Amy gritó cuando él levantó su arma.

Su chillido se convirtió en un jadeo de sorpresa cuando el matón que la sujetaba cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Cutter se lanzó hacia la izquierda y agarró su zapato izquierdo mientras el estruendo de las armas rompía el silencio.

—¡POLICÍA! ¡RÍNDANSE! —anunció un megáfono.

Zinov agarró a la chica y disparó locamente hacia la oscuridad.

Cutter se arrastró mientras el secuestrador se volvía hacia él. Arrancó la suela de su zapato y sacó la pistola impresa en 3D hecha de material compuesto y apuntó.

No se inmutó cuando una bala golpeó el suelo junto a su cara, rociándolo con tierra y hojas.

—¡LA MATARÉ! —gritó Zinov mientras sus hombres desaparecían en el bosque. Se agachó detrás de Amy, usándola como escudo.

Cutter podía ver el lado de su cara, era consciente de las voces y gritos mientras los policías capturaban a la banda que escapaba, y luego no vio nada más que la frente del gánster más allá de la mira de su arma.

—No, no lo harás —susurró y disparó.

—TE DIJE QUE NADA DE POLICÍAS —DIJO TRAVIS SORKIN MIENTRAS ABRAZABA FUERTEMENTE A su hija.

Estaban en el perímetro del FBI a medio kilómetro de la escena de la entrega. El rostro del padre estaba surcado de lágrimas y líneas de preocupación.

—¡Te di una orden! —bramó.

—No fui a la policía, señor —respondió Cutter.

No lo había hecho. Había confiado en Zeb, quien había alertado a los federales, quienes habían trabajado con él para preparar la trampa. Un rastreador GPS ingerible, que se había

tragado, había permitido a los agentes federales localizarlo. La pistola de cerámica era su propia improvisación.

—¿Cómo lo supieron?

—¡Papá! —su hija le agarró las solapas y lo sacudió—. Estoy a salvo. Viva. El señor Grogan me sacó. ¿No es eso lo importante?

Su padre estalló en sollozos ante eso y ciegamente extendió la mano y apretó el hombro de Cutter.

—NO TENÍAS QUE DISPARARLE —LE REPROCHÓ PEYTON QUINDICA, AGENTE ESPECIAL A CARGO del FBI, frunciendo el ceño.

—No tenía que hacerlo —admitió sarcásticamente—. Podría haber dejado que nos disparara a Amy y a mí.

—Lo habríamos abatido nosotros.

—No podía arriesgarme.

—Te dije que no fueras un héroe.

—Estaba intentando mantenerme con vida y mantener a Amy a salvo.

Sonrió irónicamente mientras sacudía la cabeza. —La necesitaremos —señaló su arma—. ¿Esa escapa a los detectores?

—Sí, está hecha de un material compuesto que la NSA está probando. De lo contrario, no estaría vivo.

—¿Mantendrás eso en secreto?

Él escudriñó sus ojos bajo el resplandor de los reflectores y asintió. *Si eso se divulga, todos los terroristas y criminales del país estarán imprimiendo armas.*

Sonrió mientras sus ojos exploraban el área por encima del hombro de ella. —Estoy medio esperando ver a Difiore.

Gina Difiore, detective de primer grado del NYPD, la compañera del agente del FBI. Se había topado con ellas en una misión anterior, y la relación inicialmente antagónica se había convertido en una especie de amistad.

Más o menos, se dijo a sí mismo.

Cutter se hacía llamar un Arreglador, alguien que ayudaba a aquellos a quienes el sistema no podía. La detective lo consideraba un vigilante y lo trataba con desdén.

—Esta es una operación del FBI —dijo Quindica, sonriendo—. No estamos unidas por la cadera.

—¿Ella sabe que estuve involucrado en esto?

—Sí. Dijo que el mundo sería un lugar mejor si te dejara que te dispararan.

—Suena como ella —chocó los cinco con Quindica y se dirigió a su SUV.

Se reclinó cansadamente cuando sonó su teléfono.

—¿Sí? —preguntó. *Ese es un número de la Costa Oeste.*

—¿Es este Cutter Grogan?

—Soy yo.

—Señor Grogan, soy Diego Cruz, detective del LAPD.

—¿De qué se trata?

—Tengo malas noticias. Arnedra Jones y su hermana fueron asesinadas en un tiroteo entre pandillas.

2

El vuelo de cinco horas y media desde JFK a LAX al día siguiente pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Cutter había concluido la operación con Quindica la noche anterior y había conducido aturdido hasta su apartamento en la avenida Lafayette en la ciudad. Había hecho las maletas, reservado un vuelo a Los Ángeles y luego había ido a su oficina para ordenarla y cerrarla durante el tiempo que estaría fuera.

ARNEDRA Y ÉL DIRIGÍAN EL NEGOCIO DE ARREGLOS —QUE ES COMO LO LLAMABAN— COMO socios comerciales en igualdad de condiciones. También eran buenos amigos.

Ayudaban a personas a las que el sistema no podía o no quería ayudar. Casos de secuestro que la policía había dado por perdidos. Niños que se habían metido en pandillas.

A menudo la gente acudía a ellos en lugar de ir a la ley debido a la reputación que se habían ganado. La policía, e incluso el FBI, les remitían sus casos sin resolver.

Se habían hecho conocidos a nivel nacional cuando Cutter desmanteló una pandilla de supremacistas blancos que buscaba influir en las elecciones presidenciales.

Él era el operativo de campo; ella gestionaba el negocio, una distribución del trabajo que aprovechaba al máximo sus habilidades.

Cutter era un ex operativo de las Fuerzas Delta cuyo expediente militar estaba lleno de redacciones. Afganistán, Irak, Somalia, Europa, Croacia, Irán, Pakistán, Indonesia: había estado en puntos conflictivos de todo el mundo, en operaciones encubiertas que nunca serían conocidas por el mundo exterior. También había pasado algunos años como mercenario, en una época en la que se había perdido a sí mismo.

Arnedra había dirigido un negocio de investigación privada con su marido y estaba en proceso de cerrarlo tras la muerte de este cuando Cutter la rescató de un atraco en Central Park. Eso los unió a los dos.

El negocio de soldado a sueldo había sido muy lucrativo. Esos ingresos e inversiones inteligentes lo habían dejado con abundantes fondos.

Él la convenció de reiniciar el negocio pero con un enfoque diferente —ayudar a los necesitados— y compró la mitad.

ELLA ME AYUDÓ A SANAR DESPUÉS DE LA MUERTE DE RILEY, PENSÓ CON AMARGURA MIENTRAS

miraba por la ventana del avión mientras este atravesaba cielos azules y nubes esponjosas. Riley Grogan, su esposa, que había muerto en Turquía cuando su pasado resurgió.

El viajero a su lado intentó entablar una conversación trivial. Se rindió cuando las respuestas monosilábicas de Cutter y su vibra negativa le hicieron saber que la conversación no era bienvenida. Una azafata intentó coquetear con él. Su metro ochenta y tres de estatura, cabello oscuro y peinado, y ojos verdes intensos llamaban la atención de muchas mujeres, pero él no estaba interesado.

Cutter reflexionó y lloró por su compañera mientras el tubo de aluminio abarrotado atravesaba la curvatura de la Tierra.

—Si necesitas algo... —las mejillas de la azafata se hundieron en una sonrisa cuando él estaba saliendo.

—No lo haré, pero gracias —dijo, forzando una sonrisa en respuesta. Ella no tenía la culpa de cómo se sentía. Atravesó la terminal a grandes zancadas y se puso las gafas de sol cuando salió al calor de la tarde de agosto.

Paró un taxi y le dio al conductor una dirección en East Hollywood. Miró sin ver por la ventana mientras los cielos azules y los edificios se fundían y se convertían en una línea líquida de construcción, residencias y edificios comerciales mientras el taxi se abría paso entre el tráfico.

Rodeó el borde del centro de Los Ángeles y lo dejó media hora después en North Heliotrope Drive.

Una hilera de residencias unifamiliares y multifamiliares a un lado, algún tipo de edificio de oficinas bajo al otro.

La casa que buscaba estaba frente a él. Un muro de hormigón a la altura del pecho la rodeaba, separándola de las residencias a ambos lados. Una higuera en la acera justo fuera de la puerta de hierro forjado arrojaba una gran sombra, ofreciendo un respiro del calor.

La puerta chirrió cuando la abrió. Una mujer de mediana edad se asomó por encima del muro y lo examinó mientras caminaba por el sendero de hormigón incrustado en el exuberante césped del jardín delantero. Cuatro palmeras y varias plantas con flores salpicaban el jardín. La Sra. Vecina continuó observándolo cuando subió al porche, insertó su llave en la puerta y entró en la casa silenciosa.

Vienna McDonald, la hermana mayor de Arnedra, vivía sola. Sin cónyuge ni pareja. Nunca se había casado y había tomado el segundo apellido de su madre. Su pasión por trabajar con organizaciones sin ánimo de lucro la había llevado por todo el mundo. Su último trabajo en el extranjero había sido con las Naciones Unidas en Kenia, y luego había regresado a Estados Unidos para formarse como paramédica. El Departamento de Servicios Médicos de Emergencia del Cuerpo de Bomberos de Los Ángeles la había reclutado inmediatamente, y la ciudad había sido su hogar durante más de una década.

Arnedra la ayudó a comprar esta casa, reflexionó Cutter mientras examinaba los interiores frescos de la casa. Colores cálidos, alfombra suave, fotos y premios en la sala de estar, dos sofás que mostraban signos de uso, una pantalla de televisión en un rincón.

Tomó una fotografía de una cómoda y la inspeccionó: Arnedra y Vienna en tiempos más felices, sus sonrisas de un blanco brillante en contraste con su piel más oscura. Sus labios se curvaron involuntariamente ante su alegría. Deambuló por la casa, inspeccionando la cocina, el comedor y el patio trasero, en el que había otro jardín exquisitamente mantenido. Subió las escaleras hacia los tres dormitorios.

Nada en ninguna habitación aparte de pertenencias personales, ropa, maletas, libros. Ninguna pista de por qué las habían matado.

Aun así, registró cada habitación. Examinó suelos y paredes para ver si había compartimentos ocultos o grietas en las que pudieran esconderse drogas, armas o dinero.

Todo lo que encontró fueron fotografías y diarios y cartas de seres queridos. Extractos bancarios y recibos y facturas olvidados.

Era todo lo que quedaba de una vida plenamente vivida.

3

—Soy un amigo de la familia, señora —le dijo Cutter a la Sra. Neighbor, quien seguía observando cuando él salió—. Arnedra, la hermana de Vienna, era mi socia en Nueva York. Éramos cercanos. Conocí a Vienna algunas veces cuando vino de visita.

—¿Se enteró de lo sucedido? —la sospecha en sus ojos se desvaneció cuando él le mostró una fotografía en su teléfono, de él con las hermanas en un restaurante de Nueva York.

—Sí, señora. La policía me llamó ayer.

El tiroteo en las Catskills había ocurrido hace menos de veinticuatro horas, pero se sentía como una eternidad.

—Vienna era tan feliz —dijo la vecina, y luego se presentó como Naysha Sutton, una trabajadora municipal—. Nos llevábamos de maravilla. Estuve allí cuando se mudó. Trayvon, Alisha y Jonas, mis hijos y mi esposo, la ayudamos a instalarse. Hacíamos barbacoas juntos, fiestas en nuestros patios... —Sus labios temblaron. Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con enojo.

—No —dijo, leyendo su pregunta—. Ella no se metía con drogas. Nada de eso. La policía vino hoy por la mañana y les dije lo mismo. Vienna no tenía enemigos. Diablos, incluso con sus ex novios se llevaba bien.

—¿Conoció a Arnedra, señora? ¿Cuando llegó aquí?

—Sí, muchas veces antes también. Me caía bien. —Sus ojos llorosos se abrieron de par en par—. ¿Usted es Cutter Grogan?

—Sí, señora.

—Qué demonios... —Se interrumpió rápidamente—. Lo vimos en la televisión varias veces. Usted fue responsable de ese desmantelamiento de pandillas.

—No fui solo yo, señora. Arnedra también estuvo involucrada. El FBI, el NYPD, varias agencias. Yo jugué un papel pequeño. Los medios lo exageraron, ya sabe cómo son.

Naysha Sutton descartó su modestia con un gesto y lo invitó a su casa. Sobre café y galletas, lo bombardeó con preguntas, y cuando su esposo, hijo e hija se unieron, la reunión se convirtió en una cena y un llanto nostálgico sobre Vienna.

Eran las once de la noche cuando Cutter los dejó, sin saber nada más sobre por qué las hermanas habían sido asesinadas, o por quién. La policía les había dado a los Sutton el mismo mensaje insípido que el detective Diego Cruz le había dado a él: que las mujeres habían sido asesinadas en un ataque de pandillas.

Tengo amigos en el Departamento de Policía de Los Ángeles, pensó, mirando la estela de un

avión de pasajeros mientras volaba alto sobre él en el cielo nocturno.

No. Había otra casa que quería revisar.

El lugar del asesinato.

4

Cutter tomó un taxi a Beverly Hills, el lujoso vecindario poblado por los peces gordos y los que cortan el bacalao en el negocio del cine.

El conductor lo evaluó por el espejo retrovisor, observando su camiseta metida en los vaqueros, las zapatillas y la mochila sobre su hombro.

—¿Eres modelo?

—No —respondió secamente, esperando que su brusca respuesta fuera suficiente para silenciar la curiosidad del hombre.

—Es mi primera noche como taxista —confesó el hombre—. Tuve que tomar este trabajo cuando mi startup se vino abajo. También es mi primera vez conduciendo a Beverly Hills.

Los Ángeles era así. Era la respuesta de la Costa Oeste a Nueva York. Un imán que atraía a gente de todo el país y el mundo. Muchos de ellos huyendo de las ciudades más frías del este, persiguiendo el sueño de triunfar en la industria del cine o del glamour. O en la floreciente industria tecnológica.

Recorrieron calles tranquilas notablemente diferentes a las del barrio de Vienna McDonald en East Hollywood. Árboles más grandes en las aceras, todos pulcramente podados. Calles bien iluminadas, altos muros de hormigón, detrás de los cuales a veces se vislumbraban los techos de las casas entre el follaje.

Hizo que el conductor lo dejara en Tower Grove y caminó por Beverly Grove Drive. Una calle empinada y sinuosa que subía por la colina, salpicada de residencias exclusivas. Un Porsche pasó y lo iluminó brevemente. Un Ferrari rugió y redujo la velocidad. La ventanilla del conductor bajó y una rubia lo miró especulativamente antes de acelerar.

No muchos caminan por aquí. Debe estar preguntándose si soy un vagabundo. O parte de una banda de asaltantes. Sus labios se torcieron con sarcasmo.

El aire se volvió más fresco y los sonidos de la ciudad se desvanecieron a medida que subía, hasta que llegó a una curva cerrada y allí estaba.

La casa del asesinato.

Un garaje abierto, que estaba vacío. Una puerta metálica enrollable, que estaba cerrada. Cinta policial en el frente. Luces dentro de la casa, pero ningún sonido de ocupantes, ni patrullas a la vista.

Cutter notó la cámara y se encogió de hombros.

¿Qué importaba si alguien estaba monitoreando la casa? Saltó ágilmente la barrera y pisó el camino de entrada. El frente era tan grande como una cancha de tenis, con un jardín y varias fuentes que estaban inmóviles. Plantas y flores marchitándose por el descuido. Solo las luces

sugerían que alguien estaba atendiendo la casa.

Se acercó a la puerta. Cerrada.

Bajó por un costado de la casa y entró por una ventana que estaba parcialmente abierta. Una habitación grande que olía a aire viciado. Encendió la linterna de su teléfono y navegó por la oscuridad. Una especie de sala de recepción, un pasillo más allá, otra habitación grande. Cocina, que parecía estar equipada con todas las comodidades modernas, un comedor cuyas superficies negras brillaban en la noche. Más habitaciones que inspeccionó cuidadosamente, y luego otra sala de estar con ventanales del suelo al techo y puertas, una de las cuales se deslizó silenciosamente y se abrió a un patio.

Cutter se agachó sobre las dos manchas oscuras en el concreto. Sangre seca de los cuerpos de Vienna y Arnedra. Marcas de la policía en el suelo que mostraban dónde habían yacido. Respiró profundamente y se puso de pie. Fue al patio y contempló la inmensidad de Los Ángeles desplegada ante él.

La casa estaba encaramada en la ladera de la colina, con solo una resistente pared de cristal separándola del empinado precipicio. Observó la aglomeración de luces y el resplandor amarillo que se destacaba de la oscuridad circundante que no era Los Ángeles.

Los Tongva, los habitantes indígenas originales de la tierra, habían sido expulsados por colonos de México, Sonora, sacerdotes franciscanos y colonizadores españoles, en un ciclo centenario repetido en todo el mundo.

Cómo Los Ángeles llegó a ser llamada la Ciudad de los Ángeles era objeto de cierta disputa, pero obviamente el nombre tenía un bonito sonido y se había quedado.

Examinó la oscuridad de la colina vecina, donde parpadeaban algunas luces. Más casas, más arriba, discretamente ocultas por la naturaleza y la construcción artificiosa.

Cutter dio la espalda a la extensión de Los Ángeles y miró de nuevo las manchas oscuras en el concreto. El entumecimiento lo abandonó, reemplazado por rabia y furia que lo consumieron hasta que todo lo que podía ver era oscuridad. A medida que la tierra rotaba y giraba, estas también se desvanecieron, hasta que se quedó con un frío desapego y una simple resolución.

Al diablo con los policías. Él iba a descubrir quiénes eran los asesinos.

Él era El Reparador. Impartiría su justicia.

Y fue entonces cuando las luces de la casa se encendieron de repente y una voz gritó.

—¡LEVANTE LAS MANOS! ¡ALÉJESE DE LA PARED!

5

Cutter levantó las manos y dio un par de pasos hacia la puerta del patio. Dos hombres vestidos de civil le apuntaban con sus armas. Detrás de ellos, una fila de policías de patrulla con sus armas igualmente apuntadas.

Se maldijo por su negligencia. *Estaba mirando hacia la casa. Debería haberlos visto venir.*

—¿Estás armado? —ladró el policía de la izquierda. Tenía el pelo oscuro, con canas en las largas patillas que reflejaban la luz.

—No.

—¿Qué llevas en la mochila? —preguntó su compañero, de rostro delgado y ojos atentos.

Cutter les lanzó la mochila, lo que hizo que se movieran bruscamente hacia los lados y apretaran el agarre de sus armas.

—¡EH! —gritó el primero que había hablado—. ¿QUIERES QUE TE MATEN?

—Diego —siseó el segundo policía—, ese es Grogan.

Los ojos de Diego recorrieron a Cutter. La ira en su rostro disminuyó.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Qué llevas en la mochila?

—Ropa. Compruébalo tú mismo.

Un oficial de patrulla se acercó y revisó la mochila. Asintió hacia ellos y se la arrojó de vuelta a Cutter, quien la atrapó con una mano y se la colgó al hombro.

—Diego Cruz, detective, LAPD. Soy quien te llamó.

—Lo suponía.

—Ese es Vance Matteo —dijo el policía, señalando con la cabeza a su compañero, quien enfundó su arma—. Él está a cargo de esto.

—Pensamos que vendrías a vernos a la comisaría.

Pensaron mal.

¿Cómo es que el LAPD está involucrado en esto? Cutter no expresó su pensamiento. *No hay necesidad de ser agresivo con ellos. Me vieron como un intruso en la escena del crimen. Debería haber esperado su aproximación armada.* —La policía de Beverly Hills debería tener jurisdicción aquí.

El condado de Los Ángeles tenía ochenta y ocho ciudades incorporadas dentro de él. Beverly Hills era una de ellas, una ciudad rodeada por la más grande Los Ángeles. Tenía su propio

departamento de policía y, a juzgar por la cinta fuera de la casa, esos policías habían sido los primeros en responder.

—Grupo de Trabajo Conjunto —respondió Matteo lacónicamente—. Yo lo dirijo. Cruz es mi adjunto. Gus Estrada, detective del BHPD, está en él.

—Tenemos el departamento de policía más grande —Cruz se encogió de hombros—. Más recursos. Los dos jefes acordaron que el LAPD debería liderarlo.

—El tiroteo ocurrió ayer —replicó Cutter, levantando las cejas—, ¿y ya hay un grupo de trabajo establecido?

Matteo pasó junto a él y se inclinó sobre el muro de concreto y vidrio para mirar la ciudad, dejando que su adjunto respondiera.

—El grupo de trabajo se formó antes de este asesinato —explicó Cruz pacientemente. Si estaba irritado con la actitud de *jefe* del detective principal, no lo demostró—. Tanto Vance como yo somos de GND, Pandillas y...

—División de Narcóticos. Sé cómo está organizado el LAPD —interrumpió Cutter. La explicación de Cruz era suficiente para él. No necesitaba conocer los detalles del grupo de trabajo. Había encontrado suficientes de esos para saber cómo funcionaban—. ¿Qué pasó aquí?

Matteo se dio la vuelta ante eso, con el ceño fruncido por el asombro. —¿No lo sabes? ¿No sigues las noticias?

—¿Por qué preguntaría si lo supiera?

—Hubo un tiroteo. Dos pandillas enfrentándose.

—¿Aquí?

—Sí. Esta casa ha estado abandonada por un tiempo. Pertenecía a Teafo Castro, un distribuidor del cártel mexicano. Fue arrestado por los federales el año pasado. Este lugar fue incautado por el FBI. La agencia lo vendió después, pero ha estado envuelto en juicios. Varias personas apareciendo de la nada reclamando la propiedad. Este tipo de propiedad —remota, con su propia seguridad— se convirtió en un lugar de reunión para traficantes de drogas, consumidores, parejas en busca de lugares románticos, observadores del atardecer. El BHPD sigue desalojándolos, pero siempre regresan. Recibimos informes de disparos ayer. Los vecinos dijeron que se sentía como una guerra... encontramos los cuerpos cuando llegamos.

—¿Nada más? —preguntó Cutter incrédulo.

—No. —Un músculo saltó en la mejilla de Matteo—. Casquillos, muchos. Algunas armas, AR-15, algunos Kalashnikovs; estamos tratando de rastrearlos en nuestro sistema. Ningún otro cuerpo. Ningún testigo.

—Las casas en este vecindario tendrán cámaras de seguridad. Diablos, este lugar las tiene.

—Obtuvimos imágenes borrosas de SUVs. Tres de ellas de residencias vecinas. Sin placas. Los técnicos están usando un software de IA sofisticado para ver si pueden limpiar los rostros. Yo no apostaría mucho por ello.

Cutter los miró a él y a Cruz. Se pasó los dedos por el pelo con cansancio mientras se contenía. No tenía sentido enfurecerse con los policías. *No pueden hacer aparecer evidencia de la nada.*

Suspiró y se unió al detective principal en el muro. Los dos hombres miraron la ciudad en silencio hasta que Cruz se aclaró la garganta.

—Hay algo más que deberías saber.

Se volvió ante el tono en la voz del detective y lo miró fijamente.

El policía dudó y luego adelantó el mentón tras un asentimiento de Matteo. —Ambas mujeres fueron torturadas antes de ser disparadas.

—Díselo todo —gruñó el detective principal.
—Y agredidas sexualmente —añadió Cruz.

6

Por un momento, Cutter pensó que no había oído correctamente. —¿Torturadas y violadas? —repitió.

—Les arrancaron las uñas, tenían cortes en el vientre, el pecho y los muslos —Cruz apartó la mirada de su ardiente mirada—. Y sí, fueron agredidas sexualmente.

Cutter levantó la vista cuando escuchó el zumbido de un helicóptero y luego se dio cuenta de que el sonido provenía de su interior. Era el latido de su sangre, fuerte en sus oídos mientras la furia contenida estallaba y lo llenaba.

—¿Estás bien? —la voz de Cruz llegó distante.

—¡¿GROGAN?! —gritó Matteo.

—Sí —murmuró y se obligó a destensar los puños. Inspiró bocanadas de aire hasta que el pulso se desvaneció y la noche y la suave brisa regresaron.

—¿Semen? —tragó saliva—. ¿Cabello, piel, ADN?

—Nada de lo primero —suspiró el policía principal—. Estamos trabajando en lo segundo.

—¿Ambas?

—Sí, ambas fueron agredidas.

Le pedí a Arnedra que viniera a Los Ángeles. Le dije que estaría a salvo de esa pandilla supremacista, pensó amargamente.

—Ven mañana a la jefatura —Matteo miró su reloj—. Te informaremos completamente.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó Cruz.

—En taxi —Cutter se obligó a responder con normalidad.

—Te llevaremos. ¿Dónde te estás quedando?

—En casa de Vienna. En East Hollywood.

Se subió a la parte trasera del coche sin distintivos de Matteo, mientras Cruz se sentaba en el asiento delantero. El detective principal bajó la ventanilla e instruyó a los policías de patrulla que aseguraran la casa.

Cutter no rompió el silencio hasta que se acercaban a su destino.

—¿Cómo sabían que estaba allí?

—Coche patrulla en el camino de entrada de un vecino —Cruz se encontró con sus ojos en el espejo retrovisor—. Hemos estado vigilando para ver si regresaban algunos pandilleros.

—¿Lo hicieron?

—Eres el único que apareció.

Salió cuando el coche se detuvo en North Heliotrope. Se guardó la tarjeta de Matteo, que el detective le entregó, y agradeció a los policías.

—Sí, iré mañana —les dijo y se dirigió a la puerta.

Esperó hasta que las luces traseras desaparecieron detrás de una curva y sacó su móvil.

La una de la madrugada. Estará despierto.

—¿Chad? —preguntó cuando una voz respondió.

—Sí, ¿sabes qué hora... ¿Cutter? ¿Eres tú?

—Estoy en la ciudad. Necesito algo de equipo.

—¿Y crees que la mitad de la noche es el mejor momento? —se quejó Chad, aunque no había rencor en su voz—. Está bien —continuó cuando Cutter no respondió—. Ven.

CHAD LIU: ARMERO PARA OPERATIVOS ENCUBIERTOS, AQUELLOS QUE TENÍAN QUE EQUIPARSE POR sí mismos cuando estaban en misiones secretas. Ex Delta que dirigía un campo de tiro en Culver City. Equipar a amigos de confianza era un trabajo secundario que le había requerido modificar su casa y convertir el garaje en un almacén seguro de armas. Tenía buenas conexiones con la policía, muchos de los cuales compraban sus armas de respaldo a Chad, y eso, junto con la venta principalmente de armas con licencia, le había ayudado a mantenerse limpio.

Aplastó a Cutter en un abrazo de oso y no dejó de sonreír mientras escoltaba a su visitante a la casa.

—¿Sandra?

—Está durmiendo. Livia y Jeff también. Podría haber un terremoto en Los Ángeles y no se despertarían. Además —añadió, señalando el techo de hormigón en la sala de estar—, he insonorizado la casa. No se puede oír nada en el dormitorio.

Se dirigió a un bar y sacó dos vasos. Vertió alcohol en uno y luego se detuvo.

—¿Has empezado a beber?

—Zumo.

—Eres un insulto para Delta —refunfuñó. Sin embargo, fue a la cocina y volvió con un cartón de zumo de naranja, llenó el vaso de Cutter y se lo entregó.

—¿Recuerdas aquella vez en Afganistán cuando Duke pensó que esa cabra era un talibán? —comenzó Chad.

Eran las tres de la madrugada cuando terminaron de rememorar.

—No viniste a Los Ángeles solo para equiparte —los ojos del armero se entrecerraron—. ¿En qué te has metido?

Sus ojos se volvieron duros cuando Cutter se lo explicó. —Pandillas —escupió—. Están por todas partes. Lo oí en las noticias... no pensé que te traería *a ti* aquí —se puso de pie e hizo un gesto a su invitado con un dedo. Lo condujo por la cocina, hasta una puerta lateral y hacia la armería.

—Amplié la parte trasera y creé esta habitación —movió la cabeza para indicar la pared frontal—. Más allá está mi garaje. Esto, aquí, es seguro. Escáner de huellas dactilares, iris, todo eso. Solo Sandra y yo tenemos acceso.

Armas, todas ellas piezas de colección, yacían bajo un mostrador de cristal, montadas sobre seda. Cada una tenía un certificado de procedencia. Más armas colgaban de las paredes.

—Pasé varios años cazando todas esas, algunas de Europa y Sudamérica —dijo con una sonrisa y dio una palmada en un espacio abierto entre un mosquete y una pistola de chispa. La pared se deslizó silenciosamente para revelar un espacio oculto. Sacó un estante que se deslizaba sobre rieles e hizo un gesto teatral hacia el alijo de armas en las estanterías metálicas.

Cutter eligió varias Glocks, HK416s y cargadores, y los colocó en el mostrador. Inspeccionó

varias hojas y eligió una Benchmade. Granadas aturdidoras, gas lacrimógeno y chalecos antibalas siguieron a la pila de armas. Miró el Barrett M82 y también lo sacó.

—Necesito cámaras de vigilancia, inalámbricas, micrófonos, pequeñ-

—Tengo justo lo que necesitas —Chad fue a una pila de cajones y volvió con una bolsa llena de artilugios—. Baterías, paneles de control, todo está ahí.

—Necesito un dron.

—A tu servicio —volvió con el equipo, examinó críticamente la pila, desapareció detrás del mostrador y regresó con una gran bolsa de gimnasio.

Cutter metió las armas en ella, la cerró y alcanzó su cartera.

—No —el rostro de Chad se endureció.

—Tienes que...

—Vete ya. Es tarde.

—Chad...

—Sandra me mataría si supiera que acepté dinero de ti.

—Ella no tiene por qué saberlo.

—Lo sabrá. No hay secretos entre nosotros. No te dije el segundo nombre de Livy. Olivia Cutter Liu. Eres su padrino. Lo que hiciste por Sandra y nuestros hijos...

—Chad, estas armas, el otro equipo, son caros...

—Puedo permitirme regalarlos. Me va bien. Mi negocio, mis reglas —el armero lo interrumpió cuando intentó protestar de nuevo.

Acompañó a Cutter de vuelta por la casa y se puso una chaqueta.

—¿Adónde vas?

—A dejarte donde te estés quedando.

—¡Tomaré un taxi!

Chad desestimó sus protestas y encendió su SUV. Condujo hasta la dirección en Wilshire y se detuvo frente a la casa en Sycamore Avenue.

—¿Cuatro habitaciones y tres baños? —la miró con aire especulativo.

Cutter lo miró asombrado. —¿Cómo lo supiste?

—También vendo algunas casas. Me mantengo ocupado —se rio—. ¿Estás alquilando esa?

—No. Es de un amigo mío. Me dijo que podía quedarme en ella todo el tiempo que quisiera.

No mencionó que el amigo era un multimillonario al que Cutter había rescatado de una banda de secuestradores.

—¿Vas a necesitar todo eso? —Chad señaló la bolsa de gimnasio.

—Ajá.

Voy a la guerra.

7

—MS-13, Crips, Bloods, ramificaciones del Cártel de Sinaloa, pandillas locales, moteros, elige tú —Cruz señaló un mapa en la pantalla.

Él, Matteo y Gus Estrada, un policía de tez morena, junto con Cutter, estaban en una sala de conferencias en la sede de la LAPD a las once de la mañana.

El mapa tenía segmentos de colores que identificaban cada pandilla activa en Los Ángeles y sus territorios en la ciudad.

—¿No hay ninguna pandilla operando en Beverly Hills?

—No —respondió Estrada—. A los ricos les gusta que sus lugares estén libres de delincuencia.

—Eso no quiere decir que no haya ninguna pandilla activa allí —Matteo tamborileó con los dedos sobre la mesa pulida—. Son más sofisticados por allá, sin embargo. Los traficantes para ese público probablemente sean ellos mismos de clase alta. Nada de vender en las esquinas, no en ese vecindario.

Cien pandillas, cualquiera de las cuales podría haber estado involucrada. ¿Por dónde empiezo?

Cruz pareció leer los pensamientos de Cutter.

—Dos de las armas involucradas en el tiroteo, AR-15, se usaron en asesinatos el año pasado. Las dispararon contra las mujeres.

—¿Obtuvieron huellas dactilares de ellas?

—No. Las limpiaron a fondo.

Esperó a que Cutter hiciera más comentarios, y cuando no llegaron, continuó: —Arrestamos a algunos de sus pandilleros, que confesaron que eran armas de la pandilla. La mala noticia es que atrapamos a sicarios de bajo nivel. Los tiradores que usaron las armas siguen prófugos. Francisco *Snake* Covarra y Raúl *Fuse* Salazar, ellos dispararon esos rifles. Covarra es el líder de la pandilla; Salazar, su lugarteniente. La pandilla tiene más de cien sicarios fuertes. Son nuevos y se están abriendo paso en los territorios de las organizaciones más establecidas. Operan en el centro de Los Ángeles, el este y el oeste de Hollywood.

Cutter frunció el ceño ante el mapa. —¿Por qué aparecieron en Beverly Hills?

—No sabemos si fueron ellos en la casa —Estrada cruzó las piernas y se reclinó en su silla —. Interrogamos a algunos matones hoy, antes de que llegaras. Todos negaron su participación en el tiroteo. Covarra y Salazar, empresarios según ellos, están fuera del país. En México por algún negocio.

—Tienen vínculos con el Cártel de Juárez —Matteo mascaba un palillo mientras mostraba

fotografías de los dos hombres—. ¡Empresarios! —resopló—. Ambos tienen antecedentes penales. Han pasado algunos años en prisión. Covarra por agredir a su entonces novia, Salazar por posesión de drogas.

—¿Qué venden?

—Lo de siempre. Fentanilo, metanfetamina, coca.

—Están continuamente en guerra con los Armenian Bros en el este de Hollywood —Cruz cambió el mapa para mostrar el vecindario relevante—. Ese tiroteo, donde se usaron esas dos armas, dejó tres sicarios muertos, un Bro y dos del Front. Panig Janikyan es el OG de los Bros, *original gangster*. El fundador —sus labios se torcieron con amargura—. Lo llaman *Pain*.

—¿Qué tan grandes son?

—Tres mil pandilleros —se rió cuando Cutter se enderezó—. No son solo una pandilla callejera. Tienen vínculos con la mafia rusa, se dedican al fraude financiero, estafas inmobiliarias y ciberdelincuencia. Este último negocio es el que más rápido crece. La pandilla tiene un equipo de hackers que produce videos porno deepfake y chantajea a celebridades. Envían correos electrónicos de phishing, penetran cuentas bancarias... lo que se te ocurra, lo hacen.

—Traeremos a algunos de los hombres de Janikyan también, y a él —Matteo arrojó su palillo a la papelera e insertó uno nuevo en su boca—. Si lo encontramos —se puso de pie, indicando que la reunión había terminado—. Te contamos todo esto por cortesía. Conocemos tu reputación y lo que hiciste en Nueva York. Este no es tu territorio. Mantente al margen de nuestra investigación. Ya tienes suficiente en tu plato. Funerales para...

—¿ADN en sus cuerpos? —interrumpió Cutter—. ¿Descubrieron a quién pertenecía?

—A nadie en nuestro sistema. LDIS, CODIS, sin coincidencias.

LDIS, Sistema Local de Índice de ADN, CODIS, el Sistema Combinado de Índice de ADN del FBI.

—¿Puedo ver el video de vigilancia de las casas vecinas?

—No hay mucho ahí —Matteo asintió a Estrada, quien conectó su portátil a un proyector, inició sesión en el sistema y proyectó una pantalla negra en la pared—. Unimos los diferentes clips en uno —explicó mientras aparecía una vista de la calle—. Eso es justo después de la curva cerrada. No hay cámaras antes de ella.

Tres SUVs pasaron rápidamente, todos oscuros, y desaparecieron del encuadre en un instante. —Esta es la versión mejorada —narró el policía cuando otro video se reprodujo en cámara lenta. Los mismos tres vehículos aparecieron, con sombras distinguibles en el interior, y luego salieron de la vista.

—Determinamos los modelos de esos vehículos —el detective del BHPD apagó el proyector —. Dos Toyota Highlander, y uno de ellos es un Toyota RAV. Esos son los SUVs más populares en el país. No hemos podido identificar más a fondo esos vehículos. Lo siento —el policía se encogió de hombros—. No tengo mejores noticias para ti.

—¿Qué hay de sus teléfonos, sus bolsos?

—Sus bolsos estaban en la escena. Sus carteras, tarjetas de crédito, todo parecía intacto. Los identificamos por sus licencias de conducir. Sin embargo, no había teléfonos.

—Los tiradores se los llevaron.

—Eso es lo que creemos. Los celulares están desconectados. Probablemente destruidos. Contactamos a sus proveedores de red y obtuvimos una lista de llamadas. Nada que destacara. Los números de cada uno, algunas tiendas locales, un teatro, restaurantes. Ubicamos sus dispositivos en Beverly Hills Grove Drive aproximadamente una hora antes de la hora de la muerte. La última posición fue subiendo por el camino. No se conectaron a las torres después de

eso.

—¿Sus asesinos los apagaron?

—Posiblemente, pero también hay que considerar la recepción de la red. Es irregular en las colinas.

—¿Cómo llegaron allí?

—El coche de Vienna McDonald está desaparecido. Sospechamos que ella conducía, pero no lo hemos encontrado. Es un Mazda, de nuevo una marca común.

—Llamamos a varios talleres —el palillo de Matteo se balanceaba en su boca—. Ninguno de ellos recibió un vehículo así en las últimas cuarenta y ocho horas.

Cutter permaneció sentado en sombrío silencio y luego se puso de pie.

—Nada de interferencias por tu parte —Matteo le estrechó la mano—. ¿Está claro?

—Por supuesto —mintió Cutter con suavidad y siguió a Cruz hasta el vestíbulo.

SALIÓ DE LA FUTURISTA SEDE DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LOS ÁNGELES EN FIRST Street. Buscó un food truck, no encontró ninguno, pero divisó el edificio del LA Times justo detrás. *Times Mirror Square, ahí habrá lugares para comer.* Pidió dos raciones grandes de nachos y encontró un banco en el vestíbulo del edificio del Times. Miró su reloj, sacó su móvil y marcó un número.

—Terry, soy Cutter. Estoy en LA. En el edificio del Times.

Colgó y metió el teléfono en su bolsillo. Observó distraídamente a la gente mientras esperaba a su visitante. El LA Times se había mudado a nuevas oficinas en El Segundo hace un par de años, pero el edificio icónico, su antigua sede, seguía atrayendo a turistas.

Una mano se posó en su hombro y lo apretó con fuerza.

—¡Cutter! —Terry Vargas, Subjefe Asistente, Director de Operaciones Especiales del LAPD, lo abrazó, le dio una palmada en el hombro y lo examinó críticamente.

—Ahora eres una celebridad —dijo, sonriendo—. ¿Estás aquí en una gira de firmas de libros? ¿Un contrato de película?

—Nada de eso. —Cutter cogió una de las raciones de nachos y se la entregó—. Justo como te gustan.

—¡Te acordaste!

—¿Cómo podría olvidarlo? Te quejabas todos los días en Bagdad de que lo primero que harías al volver a casa sería devorar un plato grande de nachos.

Su amigo había envejecido bien. Estaba en excelente forma, el traje oscuro hacía poco por ocultar su complexión fuerte. Cabello rapado, bien afeitado, ojos marrones inteligentes que lo observaban a su vez.

—¿Luisita está bien?

—Apenas la veo. Ha comenzado su propio negocio. Cuidado infantil. Ya tiene dos locales en Crenshaw. —Su sonrisa orgullosa se desvaneció—. ¿Crees que está teniendo una aventura?

—Estoy seguro —declaró Cutter—. ¿Por qué seguiría casada contigo? Eres policía, por el amor de Dios. Con el tipo de horarios que tienes...

Terry le dio un puñetazo en el hombro y miró su ración con sospecha. —¿Sigues siendo vegetariano?

—Sí.

—Necesitas carne en tu cuerpo. Te da fuerza. Sí, ya sé que acabaste con esa pandilla de Nueva York, pero eso fue pura suerte. —Sonrió.

Se pusieron al día sobre los viejos tiempos, recordando tierras lejanas, derramamiento de sangre y amigos perdidos.

—¿Por qué estás aquí en LA?

—¿Has oído hablar de ese grupo de trabajo que dirige Matteo?

—¿Vance? Sí. Él lo dirige. El BHPD también está involucrado. ¿Por qué?

—¿Te enteraste de ese tiroteo de pandillas en Beverly Hills?

—Sí.

—Yo conocía a las víctimas.

Terry era muy dado al contacto físico con sus amigos. Tocaba manos, frotaba hombros, abrazaba para transmitir sus sentimientos. Dejó su comida ante la respuesta de Cutter, se limpió las manos con una toalla y le agarró el antebrazo.

—¿Los conocías bien?

—Arnedra Jones, una de ellas, era mi socia. Mi amiga. Soy su contacto de emergencia, así es como me localizó la policía.

El policía suspiró profundamente y se quedó pensativo por un momento. —Vance es bueno —dijo después de un rato—. A él y a Cruz los conozco bien. Descubrirán quién está detrás... —Su cabeza se alzó bruscamente. Sus ojos se entrecerraron—. No, no. —Levantó las manos—. Cutter, cada vez que vienes a LA me buscas como si quisieras ponerte al día...

—Es lo que quiero, somos amigos.

—Lo somos, pero me endulzas para obtener información interna. No voy a hacer eso...

—Era una amiga.

—Yo también soy tu amigo. Arriesgo mi trabajo cada vez que te dejo entrar...

—¿Arriesgar tu trabajo? —se burló Cutter—. Lisa no te va a despedir.

Lisa Dade, Jefa de Policía del LAPD, a quien Terry Vargas reportaba. Ex capitana del 82° Regimiento Aerotransportado. Las montañas de Kandahar, Afganistán, escenario de varias operaciones encubiertas contra terroristas. Noches frías y combates feroces mientras los operativos Delta y los soldados del regimiento limpiaban cuevas y picos. Cutter, Terry y Lisa habían congeniado desde el momento en que se conocieron y siguieron siendo cercanos después de su regreso a casa.

—No conseguí el trabajo por nuestro pasado —gruñó Terry—. Somos profesionales. No hay favores para mí.

—No es eso lo que quise decir.

—No puedo ayudarte, Cutter.

—¿Dónde se reúne el LA Street Front? Covarra y Salazar... deben tener algunos lugares conocidos por el LAPD.

—¿Esta es la última vez que me acosas?

—Somos amigos. —Cutter puso una expresión de sorpresa—. ¿Por qué te acosaría?

Terry lo miró con el ceño fruncido y luego esbozó una sonrisa a regañadientes. Sacó su teléfono y buscó brevemente. —Blue Goose en Santa Monica Boulevard. Se supone que es un local del Street Front, pero no hemos podido probar nada. Eso es todo lo que tengo para ti. No me presiones.

—No lo haré.

—No obtuviste eso de mí.

—Nunca nos encontramos.

—Oh, sí lo hicimos. Lisa sabrá que estás en la ciudad. Matteo se lo habrá dicho. Sabrá que me habrías buscado. Ahora entiendo —hizo una pausa, mirando alrededor del edificio del Times

— por qué me llamaste aquí y no viniste a la oficina.

—Cutter —lo llamó por encima del hombro mientras se iba.

—¿Sí?

—No incendies mi ciudad.

CUTTER FUE AL CONCESIONARIO DE AUTOMÓVILES MÁS CERCANO Y COMPRÓ UN TOYOTA LAND Cruiser de segunda mano. Podría haberlo alquilado, pero pensó que el vehículo resultaría dañado, dado lo que estaba planeando. Lo llevó a un taller de carrocería que conocía en Inglewood que equipaba coches para carreras ilegales y pandillas.

—Chuck —saludó al dueño, quien lo abrazó y le debía la vida—. Necesito que lo equipes con blindaje. —Sacó varios billetes de un grueso fajo y se los entregó—. El trato de siempre.

Eran las siete de la tarde cuando regresó a East Hollywood, a la casa de Naysha Sutton.

Otra cena y cálida hospitalidad. Hizo la pregunta cuando estuvo a solas con ella.

—Señora, ¿sabe si Vienna recibió alguna llamada de agentes inmobiliarios? ¿Preguntando si iba a vender?

—No solo ella. —Naysha puso los ojos en blanco—. Yo también. Solíamos recibir llamadas todo el tiempo, hace meses, pero siempre decíamos que no. Sin embargo, hubo un agente que era persistente. No aceptaba nuestro no por respuesta.

—¿Recuerda su nombre?

—Espera un momento, tengo su tarjeta por algún lado.

—Davidian Associates —leyó cuando regresó—. Tómala, no me sirve de nada.

—Gracias, señora.

—¿Crees que tuvo algo que ver con el asesinato?

—No, señora. Los agentes inmobiliarios no van por ahí matando gente.

Su nombre suena armenio. Y East Hollywood limita con Little Armenia.

Era muy probable que no significara nada, pero tenía que comprobarlo.

TERRY VARGAS HARÍA CUALQUIER COSA POR CUTTER. HABÍA CONFIADO SU VIDA A SU AMIGO EN varias ocasiones. Luisita lo adoraba. Sin embargo, también era un profesional.

Llamó a la puerta de la jefa de policía y entró. Cerró la puerta tras de sí y se dejó caer en una silla ante la invitación de ella.

La jefa terminó su papeleo, apartó el archivo a un lado y puso las manos detrás de la cabeza.

—No me disuadiste de aceptar este trabajo —le acusó—. Deberías haberme advertido sobre el papeleo.

—¿Por qué haría eso? Eres excelente en ello. El alcalde come de tu mano. Los medios te adoran por cómo manejaste las protestas de BLM. No fuiste dura con ellos como muchos otros departamentos de policía...

—Suficiente. —Levantó una palma—. Si quiero que me animen, ya sé a quién acudir. ¿Tienes algo entre manos?

—Nada que no pueda manejar. —Dudó por un momento—. Hoy recibí una visita.

—Cutter. —Sonrió—. Vance me dijo que casi lo arrestan anoche. En esa casa. Esperaba una llamada suya. Sabía que te buscaría.

—No te llamará.

Ella lo miró especulativamente. —¿Así están las cosas, eh?

—Sí.

—Es un amigo... diablos, le debo la vida...

—Yo también.

—Pero no puedo permitirle que lleve a cabo su propia investigación. Interferirá con el grupo de trabajo.

—Eso es lo que le dije.

—¿Te pidió alguna información interna?

—No. —Podía mentir por su amigo. Le debía eso a Cutter.

—¿Tienes su número?

Se lo dio.

LISA DADE LO MIRÓ CUANDO TERRY SE HABÍA IDO. SIN EMBARGO, NO LLAMÓ A CUTTER. MARCÓ un número en Nueva York.

—Peyton —le dijo al SAC del FBI en Nueva York—, esto podría interesarte.

8

Cutter regresó a su alojamiento en la Avenida Sycamore. Se duchó y se aplicó una nariz falsa y almohadillas en las mejillas. Una peluca castaña sobre su cabello oscuro. Lentes de contacto para cambiar sus ojos a un azul claro. Gafas transparentes para dar un aire ligeramente académico.

Se puso la armadura, un tipo ligero al que solo unos pocos agentes encubiertos tenían acceso, y se puso una camisa encima. Se la metió en los vaqueros y se ajustó la funda de la cintura al cinturón. Una chaqueta delgada fue la última prenda, cuyos botones se abrían fácilmente para permitir un desenfunde rápido. Cargador de repuesto en el bolsillo, guantes finos y transparentes en las manos, y estaba listo.

RECONOCIMIENTO ANTES DEL ATAQUE.

El Blue Goose estaba en la esquina del Bulevar Santa Mónica y la Avenida Virgil. Un bar de poca altura que estaba animado, con música retumbando y derramándose en las calles concurridas, y un letrero luminoso parpadeando en el techo.

Cutter aparcó en un espacio vacío y alimentó el parquímetro mientras observaba a los que entraban. Razas mixtas, edades mixtas. Ningún grupo demográfico en particular destacaba. *Ningún pandillero luciendo armas o tatuajes*. Eso sería malo para el negocio.

Caminó alrededor del bar. Daba a las dos calles principales, y en la parte trasera había un callejón sin nombre que se extendía hasta la intersección con la Avenida Lexington. Una alta valla de hierro en la parte trasera que cerraba el patio trasero del bar. Esa podría ser una entrada de entrega. Mientras observaba, la puerta trasera se abrió. Un destello de luz y música se derramó en el tranquilo callejón y un hombre salió. El chef, tomando un respiro. El hombre rebuscó en sus bolsillos, sacó un cigarrillo, lo encendió, inhaló y exhaló con un suspiro.

Cutter se deslizó por el callejón, notando las dos cámaras en la parte trasera, y se unió a la fila de personas que entraban por el frente.

El interior era cálido, con cortinas oscuras colgando del techo para amortiguar los sonidos del ritmo palpitante. Un bar de estilo Prohibición a su izquierda, con taburetes y una multitud de gente. Un tramo de mesas de comedor espaciadas a su derecha. Al fondo había un pequeño escenario con un teclado, una batería y altavoces. No había intérpretes en él.

Se acercó al bar y pidió su bebida. Encontró una mesa vacía y se acomodó para observar. Sacó su teléfono y lo desplazó ocasionalmente, como si estuviera leyendo.

Los baños estaban detrás de una partición con cortinas a las once en punto. Después de una

hora, fue por el pasillo y los revisó. Más allá de ellos estaba la cocina y un pasaje que se abría alrededor del bar para que los camareros llevaran la comida.

No había pandilleros a la vista.

Llegaron a las doce de la noche.

Cuatro de ellos, con un distintivo contoneo de pandilleros. Camisas sueltas, brazos tatuados, pantalones vaqueros caídos, gorras de béisbol en ángulo y joyas.

Pensó que se veían familiares, parecidos a algunas de las fotografías de los miembros que Matteo y Cruz le habían mostrado.

Uno de ellos gritó ruidosamente al barman, quien hizo señas hacia el escenario.

Ninguno de ellos es Covarra o Salazar. ¿Es ahí donde se van a sentar?

Ahí es donde los matones se acomodaron. Sacaron una mesa plegable de la parte trasera del área elevada, un sofá y dos sillas, y se desparramaron en ella como si fueran los dueños del lugar. Un camarero les trajo bebidas y dos cuencos de nachos. Se metieron en su comida y bebieron de sus botellas, ignorando al resto de los clientes.

Necesito confirmar quiénes son. Los policías le habían mostrado varias imágenes, y podría estar equivocado al reconocerlos.

Cutter tuvo su oportunidad media hora después.

Uno de los hombres se puso de pie, se levantó la camiseta y se rascó la barriga. La culata de un arma metida en la cintura era visible incluso a esa distancia. Eructó y se tambaleó hacia el baño.

Se estaba lavando la cara cuando Cutter se unió a él en la fila de lavabos. Tropezó y chocó contra el hombre. Agarró su camiseta y tiró fuerte hacia abajo, haciendo parecer que recuperaba el equilibrio.

Ahí estaba. El tatuaje en el cuello que identificaba a los matones de LA Street Front. Un hombre tumbado en la acera.

—Lo siento, colega —balbuceó Cutter y soltó al matón, quien maldijo y apartó su mano de un manotazo.

Cutter levantó las palmas en un gesto de paz y fue al último lavabo, donde se lavó y salió tambaleándose. Regresó al bar, pagó y salió rápidamente.

Llevó su Land Cruiser al frente del bar, donde aparcó ilegalmente y fingió estar discutiendo por teléfono.

Los pandilleros salieron a las dos de la madrugada. Riendo, dándose palmadas en la espalda y chocando los cinco. El Hombre del Baño miró lascivamente a un par de mujeres que también salían. Ellas se pusieron tensas pero no hicieron comentarios y se apresuraron a alejarse, lo que divirtió aún más a los matones.

Cutter arrancó su vehículo y los siguió a distancia. Los vio subir a un SUV que estaba aparcado en la entrada de una casa vecina y se quedó atrás cuando tomaron la Autopista de Hollywood. Se dirigieron al sureste, atravesando el centro de la ciudad, donde salieron en el Intercambio del Este de Los Ángeles y entraron en Boyle Heights.

Vecindario denso. Proyectos de vivienda pública. Múltiples pandillas en la zona, donde a menudo un lado de la calle pertenecía a un grupo y el otro a otro. Todos ellos en perpetuo conflicto entre sí. Grafitis, bombas incendiarias, tiroteos desde autos en marcha, acoso racial: esta localidad lo había visto todo.

El crimen se había reducido en los últimos años, los grafitis habían desaparecido en muchos lugares, pero los pandilleros seguían allí. Las bandas hispanas se enfrentaban a los grupos negros. También habían surgido varias pandillas de supremacía blanca.

Antes era peor. En un momento, las balas habían reemplazado a la esperanza. Sabía esto porque había pasado varios meses encubierto en Los Ángeles, infiltrándose en una pandilla violenta que tenía vínculos con el terrorismo. Una de las misiones redactadas en su expediente militar.

Redujo aún más la velocidad cuando las luces traseras del SUV se encendieron y se detuvo. El Hombre del Baño bajó y habló a través de la ventana con su pandilla. Chocó los puños con ellos y se acercó a una casa mientras el vehículo se alejaba.

Cutter condujo por la calle. Calle Oregon. Casas unifamiliares. Contenedores de basura en la acera. La bicicleta de un niño apoyada contra una farola. Filas de coches aparcados en la calle. Algunas casas estaban iluminadas desde dentro, pero la mayoría estaban oscuras y no había tráfico en la calle aparte de su vehículo.

El tenue resplandor de la ciudad bañaba el vecindario mientras aparcaba a varias casas de distancia y regresaba caminando a la casa del Hombre del Baño.

Una cerca de metal con pinchos, una pequeña puerta, un camino de hormigón desconchado, un césped que alguna vez fue verde pero ahora era tierra y plantas muertas. Varias bolsas de plástico y envases de comida rápida esparcidos cerca del muro.

Parece una casa de uno o dos dormitorios.

Tenía que interrogar al pandillero, averiguar dónde se reunían Covarra y su subalterno. Saltó la cerca y se agachó mientras se acercaba a la ventana más cercana.

Sala de estar. Un sofá. El Hombre del Baño sentado en él, pasando distraídamente los canales de la televisión con el mando a distancia. Solo. Fue por el lateral de la casa. Una ventana oscura. Podría ser un dormitorio. Llegó hasta la cerca trasera y un montón de basura que no se atrevió a atravesar. *Cualquier sonido lo alertará*.

Había vuelto al frente para revisar el otro lado de la casa cuando el grito lo detuvo.

9

Cutter se agachó aún más, casi abrazando el suelo cuando el chillido perforó la noche.

—¡No! Por favor. Yo-

—¡CERVEZA! —La voz del Hombre del Baño era inconfundible—. ¡TE DIJE QUE LA COMPRARAS! ¿POR QUÉ NO-

El sonido de carne siendo golpeada.

Cutter miró las casas vecinas a la izquierda y derecha. No se encendió ninguna luz. Tampoco al otro lado de la calle. *Probablemente estén acostumbrados.*

Se arrastró como un cangrejo hasta la ventana de la sala y se arriesgó a echar un vistazo. El Hombre del Baño estaba de pie. Con la mano izquierda agarraba el largo cabello de una mujer de piel oscura, que se encogía de miedo. Mientras observaba, el pandillero le dio una bofetada en la cara y le golpeó el vientre.

Ella gritó de nuevo.

—Lo siento, Moe. No me pegues. Ahí no. El bebé-

—¿BEBÉ? ¿TE PEDÍ QUE TE QUEDARAS EMBARAZADA? ¿YO QUERÍA ESO?

La abofeteó de nuevo, un golpe fuerte que le hizo girar la cabeza hacia un lado.

—APUESTO A QUE NO ES MÍO. ¿DE QUIÉN ES? ¿CON QUIÉN ESTÁS-

La escena se registró y se tradujo en una orden por el cerebro de Cutter, que disparó impulsos eléctricos a sus músculos, convirtiéndolo de estático a líquido, fluyendo en movimiento mientras explotaba en acción.

Rompió el cristal de la ventana con el codo y se lanzó dentro de la casa. Rodó una vez y se puso de pie frente al Hombre del Baño, que se quedó boquiabierto ante su repentina entrada.

—¿Quién eres tú, tío? —parpadeó.

Su rostro se iluminó de reconocimiento.

—¡TÚ! ¡EL DEL BAÑO! —Tiró con fuerza del pelo de la mujer y la puso delante—. ¿SE ESTÁ ACOSTANDO CONTIGO? ¿Lo ves a escondidas? —le gruñó a ella.

Ella gimió. Su llanto se convirtió en un sollozo ahogado cuando él le dio un fuerte puñetazo en el vientre.

—Basta. —Cutter no reconoció su propia voz grave. Estaba quieto. Esa sensación familiar de estar a distancia, como si se observara a sí mismo, se apoderó de él—. Déjala en paz.

—Oh, ¿sí, compadre? Te gustaría eso, ¿no? ¿La has estado viendo cuando yo no estaba? —Su puño se preparó. Sus ojos se volvieron mezquinos.

—¡NO LO CONOZCO! —gritó la mujer y se encogió cuando él se volvió hacia ella—. Te lo juro, Moe, es un extraño. No sé de dónde salió.

Cutter la observó completamente. Alta. Ojos hinchados, moretones en la cara. Labios agrietados. Sangre en su camiseta blanca de los cortes en su rostro. La redondez de su vientre que ahora podía ver. Sus ojos estaban oscuros por las lágrimas.

—No lo conozco —repitió con voz quebrada.

—Está diciendo la verdad. Déjala ir.

—¡ELLA ES MÍA! —gritó Moe.

Levantó la mano para dar otro golpe cuando la puerta se abrió y entró su pandilla.

10

Los tres hombres que habían estado con Moe en el bar. Entraron pavoneándose, con sonrisas amenazantes, y cortaron sus rutas de escape.

Cutter a la derecha en la sala de estar, los recién llegados a las cuatro en punto. Moe y su novia frente a él, a poco más de tres metros de distancia.

La puerta principal se cerró de golpe cuando uno de los matones la pateó.

—¿Qué pasa, Moe? —sonrió maliciosamente, con los pulgares metidos en la cintura—. ¿Le estás explicando las reglas a tu mujer?

—Dime —dijo un segundo matón, cuyos labios se curvaron mientras asentía con la cabeza hacia el primer hablante—, sospechaba que nos seguían. Rastreamos y, efectivamente, este perro está aquí. ¿Quién es?

—Brae se lo está tirando —dijo Moe con amargura. Le tiró del pelo con fuerza. La hizo gemir y tropezar. La enderezó con otro tirón salvaje.

—¿Quién es el compa? Se me hace conocido.

—Estaba en el Blue Goose —rugió el pandillero—. Me miró feo en el baño. Podía sentir sus ojos incluso cuando me fui.

—¿Quién eres, perro? ¿Estás con los 13? ¿Crips? ¿Kings?

Cutter no respondió. Había evaluado los vectores de ataque instantáneamente. La huida ya no era una opción. Estaba superado en número cuatro a uno. Moe no era una amenaza, por ahora, estaba ocupado con su novia. Pero los tres matones sí lo eran.

Estaba en desventaja, ya que estaban detrás de él y tendría que darse la vuelta para enfrentarlos. Sin embargo, estaban demasiado juntos y creían que lo tenían atrapado. Ninguno de ellos había sacado armas tampoco.

Puedo salir de esta.

—¿Perro? ¿Compa? ¿Tío? —Dime chasqueó los dedos para llamar la atención de Cutter.

Siguió sin responder. Observaba a Brae, quien le devolvía la mirada, con la cabeza torcida en un ángulo doloroso por el agarre que Moe tenía sobre ella.

Está diciendo algo.

Sus labios se movían.

Está rezando.

No. No era eso. Sus ojos estaban desesperados.

Ignoró a los pandilleros por un momento y se permitió *sentir* su miedo y desesperación, y eso, junto con el movimiento de su boca, lo hizo por él.

Sálvame. Por favor.

Leyó sus labios de nuevo para estar seguro.

No había duda. Estaba suplicando su ayuda.

—¡EH! —gritó Dime—. ¿ERES SORDO? ¿CON QUIÉN ESTÁS?

—Soy mi propia pandilla —dijo Cutter, sonriendo. No, eso no infundió miedo en los matones. Tenía que inventarse mejores frases. Se giró para enfrentarlos, manteniendo a Moe a las nueve en punto—. Ella está diciendo la verdad. Tampoco la conozco. Es la primera vez que la veo.

—¡Su propia pandilla! ¿Oíste eso, Dime? Tenemos un listillo aquí. ¡Acábalo! —siseó el tercer matón—. Moe, ¿lo habías visto antes?

—Nah. El compa es un extraño. No le creas. Brae tiene algo con él. ¿Verdad, nena...?

—Última oportunidad —Tenía que darles esa oportunidad—. Déjala ir.

11

Dime entrecerró los ojos ante su confianza. —Míralo. El perro está rodeado por nosotros. Pero por cómo habla, cree que tiene las de ganar —comentó con asombro.

—Está solo —gruñó el Tercer Hombre—. Revisamos el exterior. Los otros coches. Yo digo que lo liquidemos.

—Lo haremos —los ojos de Dime brillaron—. Pero no antes de divertirnos un poco. Necesitamos saber de qué barrio es. Sujétalo, Gusto —sacó una larga navaja.

Gusto, el Tercer Hombre, dio un paso adelante con entusiasmo.

Un error, ya que por un breve momento su cuerpo cubrió a Dime y al Segundo Hombre.

Sería el último error que cometería en su vida.

La mano de Cutter voló a su cintura y sacó su Glock. El arma se sacudió cuando la primera bala alcanzó al pandillero que se acercaba en pleno rostro. Se lanzó hacia atrás y disparó dos veces al pecho del Segundo Hombre.

Dime gritó con rabia y le arrojó el cuchillo. La hoja voló, se clavó en la pared sobre la cabeza de Cutter y cayó al suelo con estrépito. El matón buscó desesperadamente en su cintura, sacó un arma y cayó cuando manchas rojas florecieron en la parte superior de su cuerpo.

Cutter rodó desesperadamente mientras Moe rugía de furia, empujando a Brae y cargando contra él.

No puedo disparar. Lo necesito vivo.

Lanzó una patada y alcanzó al hombre que se abalanzaba en el estómago, haciéndolo caer. El matón maldijo y juró. Se puso de rodillas y se abalanzó, lanzando un puñetazo.

Cutter bloqueó el primer golpe, recibió el segundo en el pecho, haciendo una mueca ante el puñetazo alimentado por la furia ciega. Desvió el siguiente puño que se acercaba, atrapó la muñeca de Moe y la rompió. Siguió con un golpe en la garganta que convirtió el chillido del matón en un jadeo. Pero el atacante no había terminado. Le dio un cabezazo a Cutter, quien se apartó justo a tiempo pero recibió el golpe en la mejilla.

¡Basta!

Agarró la garganta del hombre con un agarre como una prensa, se impulsó con la parte superior de su cuerpo y lo arrojó lejos con todas sus fuerzas.

Moe se estrelló contra la pared y cayó boca abajo. Su mano golpeó débilmente el suelo una vez más mientras su cuerpo se estremecía.

¿Qué?

Cutter se arrastró hacia adelante con cuidado, precavido ante una posible treta. Se maldijo a sí mismo cuando sintió el cuello roto del matón. Ese golpe contra la pared... eso lo hizo. Sin

embargo, ese no fue el único golpe mortal. Contuvo la respiración bruscamente cuando volteó el cuerpo y encontró el cuchillo de Dime clavado en su vientre.

Se puso de pie y revisó a los matones restantes.

Los ojos de Dime parpadeaban cuando se inclinó sobre el matón. —¿Dónde está Covarra? —preguntó con urgencia—. ¿Snake?

El matón lo miró con expresión vacía y la luz abandonó sus ojos. Cutter revisó a los otros pandilleros. Muertos. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera con cautela. Aún no había luces. Tampoco se escuchaban sonidos de patrullas.

—Señor —Se dio la vuelta al oír la voz temblorosa de Brae.

Me había olvidado completamente de ella.

—Haré cualquier cosa por usted —suplicó ella—. Por favor, sáqueme de aquí.

La estudió: figura alta y esbelta, rasgos finos, cabello largo que se había alisado.

—No tengo dinero —Se lamió los labios y empujó su cuerpo hacia él—. Podemos ir al dormitorio —susurró.

La vergüenza lo inundó cuando comprendió su significado. —Señora —respondió con voz espesa, su rostro enrojecido—, eso... no —Se rindió y apartó la mirada. Se maldijo salvajemente. *¿Por qué la miré tan abiertamente?* Se había controlado cuando volvió a mirarla—. Estaba comprobando si podía caminar. ¿Qué tan gravemente está herida?

—Puedo moverme —Dio un paso adelante, se agarró el vientre e hizo una mueca.

Él estuvo a su lado en un instante. Le tomó la mano y la llevó al sofá. La ayudó a sentarse.

—Quédese aquí —dijo—. ¿Dónde está su habitación?

Ella señaló débilmente hacia el pasillo.

Tengo que irme pronto. Esos disparos no habrán pasado desapercibidos. Los amigos de Moe y Dime podrían venir a buscar.

Llamar a la policía no era una opción. *Podrían arrestarme. Matteo y Cruz asumirán que estoy en una misión de venganza.*

Lo cual era cierto.

La habitación de Brae. Cama pequeña. Cortinas en la ventana. Nada más. Sin fotografías, joyas, nada personal.

Revisó el armario de su habitación y sacó una maleta. Rápidamente empacó toda la ropa que pudo encontrar, zapatos, ropa interior. Encontró su bolso en el tocador. Estaba vacío. Sacó un grueso fajo de billetes de su billetera y los metió dentro. *¿Teléfono?* Miró alrededor pero no pudo encontrar uno. Revisó debajo de las almohadas, el colchón y la cama, pero no lo encontró, ni tampoco vio dinero en efectivo.

—¿Dónde está tu teléfono? —le preguntó cuando regresó a la sala de estar.

—No tengo uno —Retorció sus manos—. Moe controlaba mi vida. Me daba dinero para la comida. Yo cocinaba para él y sus amigos cuando llegaban. Dormía con él. Era mi dueño —Miró con amargura al hombre muerto.

No entró en shock. La mayoría de la gente lo habría hecho, con los disparos.

—Moe y Dime —dijo ella, leyendo sus pensamientos—, traían cautivos aquí. Mataron a dos de ellos justo donde estás parado. Los he visto hacer... cosas a sus prisioneros —Se estremeció.

—Te llevaré con la policía. Ellos te ayudarán. Puedes contarles lo que pasó. Que un extraño irrumpió y los mató a todos.

—No —Ella se encogió—. La pandilla tiene informantes en todas partes. Sus hombres me matarán.

—El LAPD te protegerá.

—No —Sus manos se juntaron en un gesto suplicante—. Por favor. No los conoces como yo. Tienen oficiales de su lado.

Cutter la estudió mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Policías corruptos. No era una sorpresa. Todos los departamentos de policía los tenían.

—No sabía que el Street Front fuera tan grande... como para tener sus propios soplones.

—Eso es lo que todos piensan. Son más peligrosos de lo que nadie sabe.

Levantó la cabeza cuando oyó el lejano gemido de una sirena. Se movió rápidamente hacia la pared y apagó la luz. Le echó un chal sobre los hombros, la agarró del codo y cogió su maleta con la otra mano, ayudándola a llegar a la puerta.

La abrió con cautela y comprobó la calle. Nada más que el resplandor amarillo de la ciudad. La sirena se había desvanecido. La llevó apresuradamente por el camino hasta la acera. La empujó suavemente hacia su Land Cruiser y lo encendió tan pronto como ella se sentó.

—¿Tienes algún lugar adonde ir? ¿Algún sitio seguro?

—Tengo una hermana en Texas. No estoy muy unida a ella. Si puedes llevarme a cualquier refugio para mujeres, me las arreglaré sola.

Él asintió. Sabía exactamente el lugar.

Condujo sin rumbo, revisando sus espejos para ver si alguien lo seguía. *Dime me vio cuando los estaba siguiendo. Fui descuidado.*

—Amarillo, de ahí soy —dijo ella, abriéndose después de un rato—. Vine a Los Ángeles para ser modelo. Encontré algunos trabajos. Iba de fiesta con otras chicas. Empecé a consumir drogas. Para relajarme. Moe apareció en uno de los eventos. Más tarde me enteré de que así era como el Street Front conseguía usuarios. Organizaban estas fiestas para modelos, para gente al margen de la industria del cine. Una cosa llevó a la otra, me mudé con él. Cuando me di cuenta de que era un gánster, ya estaba demasiado metida —dijo con amargura—. Me limpié, dejé mi adicción, pero él tenía poder sobre mí.

Cutter entró en el centro de Los Ángeles cuando estuvo seguro de que no había persecución. Pasó el Distrito de la Moda, hacia el norte en dirección al Ayuntamiento. Se desvió para entrar en West First Street y se detuvo frente a un edificio de ladrillo rojo encajado entre dos altos edificios de oficinas.

Llamó a un número. —¿Judith? Soy yo. Cut... —Se contuvo antes de mencionar su nombre. *No es necesario que Brae lo sepa.*

Sonrió y apartó el teléfono cuando una voz chilló enojada.

—Sí, estoy fuera —le dijo y colgó.

Judith Lintock, envuelta en una colorida bata, su pelo gris fluyendo alrededor de su cabeza como un halo, su piel oscura brillando bajo las luces de la calle, salió apresuradamente del edificio.

—¿Sabes qué hora es? —Le frunció el ceño. Sin vacilación, sin miradas interrogantes a su disfraz. Había reconocido su voz, y eso era suficiente para ubicarlo.

—Sabía que estarías despierta.

Ella lo abrazó, le besó las mejillas y examinó a Brae. —¿Necesita refugio?

—Si puedes acogerla. Brae, te presento a Judith Lintock, directora de la Fundación Lintock. Dirige este refugio para mujeres. Es de su propiedad. Estarás a salvo aquí.

—Cariño. —Su amiga lo hizo callar—. Cualquiera que sea tu historia, ya sea que estés huyendo de un marido, novio, tus padres, una adicción a las drogas... nada de eso importa. Mi centro, que era de mi padre, es para mujeres. Tenemos policías jubilados para la seguridad. Tengo al alcalde en marcación rápida. Nadie te tocará.

Cutter se rio cuando Brae la miró a ella y luego a él, maravillada. —Es cierto. El refugio de Judith es el lugar más seguro donde puedes estar.

—No tengo dinero. —Bajó la mirada al suelo.

—¿Acaso te pregunté por eso? —La directora puso las manos en las caderas—. ¡Dinero! ¡Bah! —Se enderezó cuando se fijó en el vientre redondeado—. ¿Tienes equipaje? Vamos adentro, donde hace más calor.

Cutter sacó su maleta y las siguió dentro del edificio.

—Estarás a salvo —le dijo a Brae cuando ella lo miró con incertidumbre—. Este es un refugio muy respetado. Búscalo en internet cuando tengas tiempo. Puedes confiar en Judith. Hará todo lo que esté en su poder para ayudarte a comenzar una nueva vida.

—No sé cómo agradecértelo. Ni siquiera sé tu nombre.

Él captó la mirada de su amiga cuando vio que iba a pronunciarlo y negó con la cabeza imperceptiblemente.

—Judith tiene mi número —respondió—. Llámame si necesitas algo.

Ella dudó en el ascensor y volvió hacia él mientras Judith permanecía en la cabina.

—Te oí preguntar por Covarra. ¿Lo estás buscando? —escudriñó sus ojos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo algunos asuntos con él.

—Debería haberte preguntado antes... ¿con qué banda estás?

—Con ninguna.

—¿Eres policía? ¿Algún tipo de agente federal encubierto?

—No.

Ella asintió como si hubiera confirmado algo que sospechaba.

—Snake y Fuse, que es Salazar, son malos.

—Lo sé.

—Son peores que Moe y Dime. Deberías dejarlos en paz. —Cuando Cutter permaneció en silencio, añadió—: No lo harás, ¿verdad?

—Necesito hablar con ellos.

Se lamió los labios. —Covarra tiene un lugar en el este de Los Ángeles. —Le dio una dirección—. Oí a Moe y Dime hablar de ello. Mucha seguridad. La policía no lo sabe. No puedes enfrentarte a ellos. —Lo miró suplicante—. Te matarán.

No le dijo que muchos terroristas y jefes de cárteles habían dicho exactamente eso.

—Comienza una nueva vida aquí —le dijo en su lugar—. Judith te ayudará.

Esperó en el vestíbulo mientras su amiga la llevaba arriba.

—¿Cuál es su historia, y qué pasa con tu disfraz? —dijo Judith cuando regresó media hora después, trayendo dos tazas de té humeante. Le entregó una a Cutter, se sentó en un sofá y palmeó el asiento a su lado.

Él hizo lo que le pedía y bebió agradecido la bebida. —Su novio estaba con el LA Street Front.

—¿Estaba?

—Sí.

Ella escuchó en silencio cuando él le explicó rápidamente la situación. Le apretó el antebrazo cuando le habló de Arnedra y Vienna.

—No puedes ir a la policía —adivinó.

—Correcto.

—Deberías dejárselo a ellos. No conozco a esos dos, Matteo y Cruz, pero si Terry los valora tanto...

—Lo hace.

—Entonces son buenos. Confío en el juicio de Terry.

Judith conocía a la mayoría de sus amigos. Organizaba fiestas de bienvenida cada vez que él estaba en la ciudad y con el tiempo había llegado a conocer a todos sus allegados.

—No vas a rendirte, ¿verdad?

—No. Arnedra entró en mi vida cuando necesitaba estructura, algo en qué enfocarme. Era como tú. Ella iluminaba...

Ella desechó sus cumplidos con un sonido grosero. —No le diré tu nombre. Me encargaré de que tenga algunos fondos...

—No es necesario. Dejé suficientes billetes en su bolso.

—No los necesitará, en cualquier caso. No aquí.

Su padre había hecho fortuna en la industria petrolera y después de salir de sus negocios se había dedicado a la filantropía. Había comprado el edificio del refugio directamente y lo había convertido en una de las casas de seguridad más confiables para mujeres vulnerables en el país.

Judith, su única hija, había tomado el relevo tras su muerte y había mejorado su legado. Su trabajo había llamado la atención y le había valido numerosos premios, no solo en la ciudad sino en todo el país. Cutter la había conocido en una de sus misiones anteriores y había quedado impresionado por su calidez. Los dos se habían llevado bien desde el principio y ella se había convertido en parte de su familia.

—Cuídate. Más te vale que no me entere de ti por la televisión —lo abrazó de nuevo mientras él se marchaba. Le acarició las mejillas y lo miró fijamente a través de las gafas.

—Es una mejora.

—¿Qué es? —preguntó él, cayendo directamente en su trampa.

—Tu nuevo look —se rio entre dientes.

Todo el mundo tenía que ser un bromista.

12

—Necesito tu ayuda —dijo Cutter mientras activaba el altavoz de su teléfono móvil y lo colocaba a su lado.

Eran las diez de la mañana y estaba frente a su pantalla en la casa de la Avenida Sycamore.

Después de salir de la Fundación Lintock, había ido al taller de Chuck donde se deshizo de su Glock y su ropa. Al regresar, durmió y, al despertar, decidió pedir ayuda.

—Ya era hora —Cutter casi podía escuchar la sonrisa burlona de Beth Petersen.

También oyó el sonido de palmas chocando y se imaginó que estaba chocando los cinco con su hermana.

Como si fuera una señal, la voz de Meghan anunció de fondo: —Me debes diez pavos.

—¿Apostasteis sobre mí?

—Pues claro que sí. Dinero fácil —se rió la hermana mayor.

Él suspiró. *Estoy rodeado de mujeres para las que soy una presa fácil*, se quejó para sus adentros.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Beth.

—Ese programa que tenéis...

—Werner. Tiene nombre.

—Sí, eso. ¿Puedo tener acceso? Así podría investigar por mi cuenta sin molestaros cada vez.

—¿Sabes usar un ordenador, Cutter? ¿Desde cuándo?

—Me defiendo —respondió con firmeza, ignorando sus risas burlonas. Sabía lo que estaba pidiendo. Las gemelas, Zeb Carter y otros cinco agentes eran sus amigos. Trabajaban para la Agencia, una organización de inteligencia encubierta que se encargaba de terroristas, bandas criminales internacionales y varias amenazas a la seguridad. Cada misión era clandestina. Su jefe informaba directamente al presidente. Werner era la columna vertebral de su inteligencia.

Tendrán que darme autorización de seguridad para permitirme el acceso.

—Hecho —la rápida respuesta de Beth lo sorprendió.

—¿Qué?

—Espera, te estamos llamando.

Una ventana de videollamada apareció en su pantalla y la aceptó. La hermana menor le saludó con la mano cuando aparecieron.

—No tienes moretones en la cara —observó Meghan—. ¿No te has enfrentado a ningún matón?

—Dale tiempo —la reprendió Beth—. Solo lleva allí cuatro días.

—Está holgazaneando.

—Estoy aquí mismo —les recordó. Estaba seguro de que sabían sobre los cuatro pandilleros que había matado. *Rastrean mi teléfono y habrán seguido las noticias*. Las gemelas habrían atado cabos, pero no dejarían pasar la oportunidad de burlarse de él.

—¿Te parecemos graciosas? —le espetó Meghan al ver su sonrisa.

—No me atrevería —murmuró levantando las manos en señal de rendición.

—Haz clic en ese enlace —ordenó mientras aparecía un mensaje en su burbuja de chat.

Lo guió a través del inicio de sesión y el protocolo de seguridad. —Reconocimiento facial y de voz —explicó—. Eso te dará acceso. Si estuvieras con nosotros, en la Agencia, necesitarías reconocimiento de huellas dactilares.

—¿Pero qué hay de vuestras misiones?

—No verás nada de eso, listo —Meghan sonrió con suficiencia—. Eso está detrás de más seguridad de la que puedas imaginar. Puedes usar Werner con todas sus capacidades e incluso buscar en sus bases de datos, pero nada más. Ahora, ¿qué estabas buscando?

Negó con la cabeza cuando él les dio la dirección de Covarra.

—No, búscalo tú mismo. Esa es la barra de búsqueda. Vamos, introdúcela. Werner no muerde.

La casa apareció en una vista de mapa, junto con sus planos de construcción.

—¿Cómo...?

—No lo entenderías —le dijo ella—. Esos planos... no puedes fiarte de ellos. Son los que se presentaron a las autoridades. Los residentes podrían haber modificado la casa.

—¿No podéis conseguir esos?

—Podríamos intentarlo. Hackear estudios de arquitectura, pero llevaría tiempo y necesitarías más conocimientos sobre cómo funciona Werner.

—¿De quién es esa casa? —interrumpió Beth.

—De Francisco Covarra, líder del Frente Callejero de Los Ángeles.

—Esa es una banda muy violenta —Beth intercambió miradas con su hermana—. ¿Él mató a Arnedra y Vienna?

—No lo sé. Tendré que preguntárselo.

—¿Necesitas ayuda, colega? —Bwana apareció detrás de ellas, alto, oscuro, flexionando los bíceps mientras cruzaba los brazos—. Llámanos.

—Quiere *preguntarles*, Bwana —se rió Meghan—. No quemar la ciudad.

—Necesito ocultar el movimiento de mi teléfono. La policía podría querer rastrearlo para ver dónde he estado.

—La forma más fácil es dejar tu teléfono en casa. Clónalo con otro y llévate ese otro contigo. Usa desechables. Eras de Operaciones Especiales —dijo con irritación—, deberías saber todo esto.

—Sí, señora —admitió con pesar.

—Haremos que parezca que tu teléfono ha estado por la ciudad —intervino Beth—, viajes a tiendas, al centro, movimientos inocuos. De hecho, lo configuraremos para que Werner cambie constantemente la dirección registrada de tu teléfono, aleatoriamente, y también enrute cualquier llamada que hagas a través de varios proxies y redes por todo el mundo.

—¿Podéis hacer todo eso remotamente? —Se dio cuenta de su error inmediatamente, pero ya era tarde.

—No hay mucho que no podamos hacer —respondieron al unísono, con desdén, y terminaron la llamada.

UNA HORA DESPUÉS, PASÓ CONDUCIENDO FRENTE AL ESCONDITE DE COVARRA EN LA CALLE EAST Hubbard. Llevaba el disfraz de la noche anterior en la cara, armadura debajo de su camiseta y chaqueta, y placas de matrícula falsas en su Toyota.

Por los planos, había deducido que la casa tenía seis dormitorios y cuatro baños. Jardines delantero y trasero. Un callejón estrecho en la parte de atrás que daba a la Avenida South Sadler, y eso era todo lo que pudo extraer de la información de Werner.

La casa parecía más grande desde la calle. Imponente. Un muro de concreto de dos metros de altura que la rodeaba. Una puerta de metal, lo suficientemente grande para que dos coches entraran en paralelo. Un guardia holgazaneando en la entrada, fumando un cigarrillo, con el pulgar en el teléfono. Sin señales de un arma.

Cutter hizo una señal y giró a la derecha en Sadler. Examinó el callejón estrecho, que resultó ser parte de la propiedad, entre la cerca de alambre de su patio trasero y el muro que la separaba de la casa vecina.

Una puerta enrejada también en la entrada de ese pasaje, junto con otro guardia.

Werner le había informado que la casa pertenecía a una empresa constructora que usaba la propiedad como casa de huéspedes para sus ejecutivos.

Eso explicará la presencia de guardias a cualquiera que sienta curiosidad. No había nada más sobre la propiedad. El negocio estaba registrado en Panamá y tenía un bufete de abogados como dirección de contacto. Había llamado a su número y le había salido un buzón de voz pidiéndole que dejara un mensaje.

Así es como operan las pandillas y los cárteles. Lavan su dinero comprando propiedades. Las registran a nombre de empresas fantasma.

Dio la vuelta y regresó a Hubbard, y mientras pasaba conduciendo, una camioneta salió de una casa vecina. El conductor pasó a toda velocidad, con la ventanilla bajada, la música a todo volumen y la camisa ondeando al viento.

¿Era ese un tatuaje de Street Front en su cuello?

Se detuvo como si fuera a hacer una llamada y examinó las casas de los alrededores.

Tenía sentido. Si Covarra y Salazar estaban en esa casa, entonces tendrían a algunos de sus sicarios cerca, en las propiedades circundantes.

Lo que significaba que no podía simplemente entrar en ese complejo y hacerles unas cuantas preguntas amables. No era posible repetir lo que había sucedido en lo de Moe.

Cutter decidió investigar a los armenios.

13

Davidian Associates estaba grabado en blanco sobre la puerta de cristal espejado de la oficina en la planta baja de la Avenida Western en la Pequeña Armenia.

Cutter estacionó su Land Cruiser en un espacio vacío y observó la oficina durante varios minutos. No había tráfico peatonal. Abrió un paquete de caramelos duros y se metió uno en la boca. Salió y se puso las gafas de sol para protegerse del sol de las tres de la tarde que golpeaba sin piedad, reflejándose en el edificio al que se dirigía.

OFICINAS EN EL PISO SUPERIOR, LETREROS DE BUFETES DE ABOGADOS, CONTADORES Y TERAPEUTAS pegados a las ventanas oscuras. En la planta baja había una fila de tiendas: de conveniencia, licorería, salón de masajes y la agencia inmobiliaria.

Una campanilla tintineó cuando abrió la puerta y entró en un pequeño vestíbulo. A su derecha había un mostrador de recepción, pero no había nadie detrás. Folletos de las propiedades que vendía el agente, una fotografía sonriente del hombre mismo, Arek Davidian, y su perfil. Si sus logros eran ciertos, él solo había rescatado al mercado inmobiliario de la quiebra.

—Ya voy —llamó una voz desde el interior.

Cutter esperó, escaneó el techo en busca de cámaras... y detectó una justo encima del marco de la puerta.

Arek Davidian salió de una oficina, con una amplia sonrisa que le partía la cara. Estaba profundamente bronceado, con el pelo oscuro engominado en un estilo elegante, ojos marrones, dientes blancos que destellaban, y una mano extendida mientras se acercaba.

—¿Estás solo?

—Sí, señor —sonrió el agente—. Servicio personalizado, costos bajos, así es como opero...

Cutter lo agarró por la camisa y lo empujó hacia atrás. Le dio una bofetada perezosa que hizo que Davidian se tambaleara hacia atrás.

—¡Oye! ¡Tú! —gritó el agente. Se recuperó y mantuvo un brazo en alto para defenderse de un golpe mientras buscaba su teléfono con el otro. Sacó el aparato y estaba marcando para pedir ayuda cuando Cutter lo golpeó en el vientre.

Davidian jadeó y se quedó sin aliento mientras se doblaba y dejaba caer su teléfono. Las lágrimas se le escaparon de los ojos. Sus labios se movieron, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Cutter lo levantó.

—¿Esa es tu oficina? —gruñó, señalando la habitación de la que el hombre había salido.

—Sí...

Lo arrastró por el pasillo y lo arrojó sobre el escritorio de madera y sobre la silla de cuero.

El agente se desplomó en un montón y gimió. Un teléfono cayó al suelo, seguido de varias carpetas.

—¿QUIÉN ERES? —El agente se tocó los labios partidos y le gritó a Cutter con miedo y rabia—. ¿QUÉ QUIERES?

—¿Dónde está Panig Janikyan?

—¿QUIÉN?

Se inclinó y abofeteó al agente de nuevo.

—Panig Janikyan —repitió—, el líder de los Armenian Bros.

—NO LO SÉ.

Se encogió cuando Cutter hizo un movimiento amenazador.

—LO JURO. NO LO CONOZCO.

—¿No conoces a esa pandilla?

—¡NO! He oído hablar de ellos, pero no tengo nada que ver con ellos. SOY UN AGENTE INMOBILIARIO. —Su furia estalló a través de su miedo—. ¿POR QUÉ TRABAJARÍA CON ELLOS?

Cutter se dejó caer en una silla de visitante y le hizo un gesto a Davidian para que tomara asiento.

—¿Qué tan mal estás herido?

—¡NO LO SÉ, TÍO! —gritó el hombre—. MI MEJILLA ESTÁ ROTA...

—No lo está. Tu labio está partido. Sanará. Tu dignidad está herida, nada más. ¿Te gustaría experimentar dolor real? ¿Lentamente?

—¿De qué estás hablando? —susurró Davidian, con los ojos muy abiertos. Se secó la boca con una toalla de papel y se estremeció al ver la sangre en ella—. ¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Llamaste a Vienna McDonald varias veces. Sobre vender su casa.

—Vienna...

—East Hollywood. North Heliotrope Drive.

—¡La señora McDonald! Sí, la conozco. ¿Ella te envió? —Se enderezó enojado.

—¿Cómo podría? Está muerta. La mataron hace unas noches. Junto con su hermana.

Arek Davidian se derrumbó frente a sus ojos. Sus hombros se hundieron. Su rostro se volvió pálido.

—¿Muerta? —preguntó con voz ronca y buscó a ciegas un vaso de agua.

Cutter se lo acercó y observó cómo el agente bebía apresuradamente. Varias gotas le corrieron por la barbilla. Devolvió el vaso a la mesa y se limpió la boca con una toalla de papel. Pareció componerse, y cuando habló, su voz era más tranquila.

—No lo sabía —dijo.

—Salió en todas las noticias.

—No las veo. Incendios, política, eso es todo lo que parecen cubrir. Mi negocio es lo suficientemente duro sin estresarme por eventos que no están bajo mi control.

Está diciendo la verdad. No tiene razón para mentir.

—Ella y su hermana fueron asesinadas en Beverly Hills. La policía sospecha que fue un tiroteo de pandillas.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Los Armenian Bros operan en esta zona...

—¿Y pensaste que como soy armenio, debo ser un gángster? —respondió el agente.

—Sí —respondió Cutter sin rodeos—. O que tienes conexiones con pandillas.

—No las tengo. Dirijo un negocio limpio. Por supuesto que he oído hablar de esa pandilla. ¿Quién no? ¿Y ese Janikyan? No lo conozco, nunca lo he visto en mi vida.

—Estabas tratando de que Vienna y su vecina vendieran sus casas.

—Ese es mi negocio. Han estado allí mucho tiempo. Sus casas se han apreciado significativamente. Hay mucha demanda de residencias en esa zona. Tío —dijo con desdén—, ¿sabes algo sobre bienes raíces?

—Aparte de que la gente vive en casas, no.

Lo miró fijamente, sin estar seguro de si su visitante estaba bromeando.

—Disparar a nuestros clientes —dijo con sarcasmo—, eso sería genial para el negocio, ¿no?

—¿Qué pasaría con el valor de esas propiedades? ¿Donde mataron a los propietarios?

—Bajarían, imbécil, lo que significaría menos comisión para mí.

—No si los Armenian Bros fueran los compradores. Les encantaría obtener las propiedades baratas, o gratis.

—Lee mis labios —dijo el corredor con ferocidad—. No. Tengo. Nada. Que. Ver. Con. La. Banda. Voy a demandarte. Te arrepentirás de haber venido a mi oficina. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Qué interés tienes en...?

—Buena suerte con eso —le dijo Cutter y salió a grandes zancadas de la oficina.

Se alejó rápidamente del edificio en su coche y fue a un restaurante de comida rápida, donde pidió comida y se sentó en un banco cubierto por una sombrilla.

Eso fue un callejón sin salida. Masticó pensativamente mientras consideraba el interrogatorio de Davidian. Se sintió culpable por haber maltratado al corredor y decidió compensarlo. *Volveré cuando se haya calmado. Me disculparé.*

Se quedó paralizado a medio bocado.

Tenía que ir inmediatamente a la casa de Vienna. Allí obtendría una prueba casi segura de que Davidian estaba diciendo la verdad.

14

El coche llegó al atardecer, cuando Cutter estaba sentado en el porche de Vienna. Bebía té, observando el mundo pasar, viendo a los dos hombres bajar y caminar por el sendero.

Esperaba sicarios de los Hermanos Armenios.

Había llevado su disfraz cuando golpeó a Davidian, pero si el corredor estaba involucrado con la banda, Janikyan habría enviado matones para averiguar quién estaba en la casa de Vienna. Ese era el único vínculo con el atacante.

En su lugar aparecieron policías. *Eso significa que Davidian no mentía*. Podía tachar al hombre de su lista de posibles sospechosos.

Matteo se detuvo en los escalones y examinó la casa. Inclinó la cabeza hacia Naysha Sutton, quien los observaba por encima del muro del jardín. Ella desapareció cuando él la saludó con un gesto. Cruz tenía las manos metidas en los bolsillos, silbando sin melodía.

—¿Qué pasará con este lugar? —preguntó el detective de la LAPD alrededor de su omnipresente palillo de dientes.

—No lo sé —Cutter se encogió de hombros—. Mañana me reúno con el abogado de Vienna. Parece que hizo un testamento.

—¿Recogiste los cuerpos? —El gel en el cabello de Cruz captó la luz del atardecer y brilló.

—Mañana también.

—¿Organizarás un funeral?

—No sé. Arnedra nunca quiso uno. Vienna... tendré que ver qué dice su testamento.

No están aquí para hablar de entierros y propiedades. Sospechaba lo que buscaban, pero no los apresuró. Tenía una bebida caliente, la tarde se estaba refrescando, tenía tiempo.

Cruz sacó el tema.

—¿Te reuniste con Arek Davidian hoy?

Cutter hizo una mueca de concentración exagerada. —¿Davidian...? —se detuvo—. Me suena el nombre...

—Es un corredor de bienes raíces en East Hollywood.

—Ya recuerdo. Naysha me dio su tarjeta. Había estado llamando a Vienna, pidiéndole que vendiera.

—Hoy fue agredido por alguien que se parece a ti.

—¿A mí? —Cutter puso cara de inocente, como si no fuera capaz de hacerle daño ni a una mosca—. No lo he conocido. Planeaba llamarlo, pero no tuve tiempo. ¿Dio una descripción?

—Presentó una denuncia. Llegó a nosotros debido a... —Cruz señaló con la cabeza hacia la casa para hacer obvia la conexión—. El atacante es un hombre alto, de tu complexión.

—Debe de haber cientos de miles de hombres en Los Ángeles que coinciden con esa descripción.

—Solo hay uno que estaría preguntándole a Davidian sobre sus llamadas a Vienna —gruñó Matteo.

—Nunca he estado en su lugar.

—¿Dónde estuviste hoy?

—Por ahí. Aquí, en mi casa de Sycamore Avenue...

—¿No te estás quedando aquí?

—No —Les dio la dirección de su casa—. Tomen —Les lanzó su teléfono celular—. El rastreo de ubicación está activado. Véanlo ustedes mismos.

Matteo atrapó el dispositivo con destreza y deslizó las pantallas mientras Cruz observaba por encima de su hombro.

—¿Tienes algún testigo?

—No. ¿Este tipo atacó al corredor? Debe haber dejado cabello, piel...

—Nada —Los labios del policía de BHPD se tensaron—. Parecía estar preparado.

—Esperen un momento —Cutter se enderezó—. Dijeron que esta persona coincidía con mi complexión. Tienen imágenes de las cámaras de seguridad. ¿Cómo se veía?

—Nada como yo, ¿verdad? —se rio cuando los policías permanecieron en silencio.

—Podrías haber estado disfrazado —dijo Matteo impasible.

—¿Sonaba como yo?

—Sin audio. Solo video.

Cutter ya había tenido suficiente. Era hora de actuar como el ciudadano indignado. —Registren mi vehículo, es el Land Cruiser en la calle, registren mi casa, este lugar... arréstenme si encuentran algo, de lo contrario déjenme en paz.

Mi coche. No mencionaron un Toyota. Tal vez el edificio de Davidian no tenía cámaras en el estacionamiento.

—Te lo hemos advertido antes —amenazó Matteo—. No interfieras en nuestra investigación.

—Sí, me lo dijeron. ¿Van a arrestarme?

El detective de la LAPD lo miró furioso por un momento y se dio la vuelta con rabia. Cruz, no queriendo quedarse atrás, le lanzó una mirada hostil y siguió a su compañero por el sendero.

Cutter no pudo evitar sonreír ante sus espaldas erguidas y pasos enojados mientras se iban. Se hizo una nota mental para agradecer a los gemelos por lo que sea que hubieran hecho para hacer que su teléfono pareciera haber viajado por la ciudad. *Deben haberlo falseado, hecho que la señal del teléfono falso rebotara en varias torres.*

Entró en la casa y lavó su taza. Sus ojos se detuvieron en la fotografía de las dos hermanas en la cocina.

¿Retroceder en su investigación?

Ni de coña lo haría.

15

Tres de la madrugada.

Cutter llevaba un disfraz diferente. Peluca de pelo gris. Complexión robusta debido al relleno extra bajo su ropa superior. Dientes torcidos y lentes de contacto marrones.

También tenía un vehículo distinto. Había comprado dos SUVs más, una Tahoe y una Durango, ambas usadas, negras y sin nada llamativo en su apariencia.

Estaba en el Chevy, que lucía placas falsas, estacionado detrás de un camión calle abajo de la casa de Covarra.

A las tres y media de la madrugada, lanzó el dron desde el vehículo. Era un UAV personalizado que Chad suministraba a muy pocos clientes. Pintura furtiva para minimizar su huella de radar, cámaras infrarrojas, imágenes térmicas y tiempo de vuelo extra largo. Tenía una garra mecánica en la parte inferior para levantar o soltar equipo ligero.

Venía con su propia pantalla, dividida para tener controles táctiles en un lado y la transmisión de la cámara en el otro.

Cutter lo dirigió alto en el aire y se familiarizó con sus controles antes de volarlo hacia la casa. Había usado drones similares antes, pero el que Chad le había dado era nuevo para él. Sin embargo, los controles de vuelo eran parecidos y pronto le cogió el truco.

Un guardia diferente en el frente. Este estaba más alerta que el que había visto durante el día. El centinela tenía un arma a su lado y patrullaba el frente de la verja de manera rutinaria.

Otro guardia en el callejón trasero, equipado de manera similar.

Cutter dirigió el dron sobre el jardín delantero. Fuentes. Luces en el jardín bien cuidado. Un camino de entrada de hormigón hasta la puerta, donde había otro guardia en una silla. Sobrevoló la casa, observó el equipo de aire acondicionado y el tanque de agua en el techo, y fue hacia la parte trasera. Otro jardín. Una piscina. Una hilera de árboles altos en el muro del recinto que daba privacidad a la casa. Dos guardias más.

Activó las imágenes térmicas y contó las formas dentro de la casa.

Los dos hombres en esos dormitorios podrían ser Covarra y Salazar. Las figuras más pequeñas a su lado parecían ser mujeres. Cuatro hombres más en la planta baja, repartidos en la sala de estar y en la salida trasera. Una mujer en una habitación separada al costado de la casa. ¿Era una guardia? ¿Una doctora? ¿Una masajista? Negó con la cabeza. No tenía sentido adivinar.

Ocho guardias, nueve si contaba a la mujer solitaria en esa habitación. Las novias de Covarra y Salazar también podrían ser parte de la banda. Eso significaba trece hostiles, si los incluía a todos.

No puedo con todos ellos.

Tendría que encontrar una manera de atraer al líder y su adjunto hacia afuera.

RUSS MEEHAN, DE MEEHAN Y HERMANOS, UN BUFETE DE ABOGADOS FAMILIAR EN EAST Hollywood, tenía un bigote finamente cuidado. Estaba en sus setenta, pero se movía con agilidad y tenía una complexión atlética, una cabellera completa de pelo plateado. El bigote estaba encerado, recortado y resaltaba su rostro de aspecto inteligente.

—Vienna y yo nos conocíamos desde hace varios años —rememoró el abogado sobre su café.

Cutter y él estaban sentados en su oficina, una de cuyas paredes era una estantería del suelo al techo. Libros reales, no cubiertas de tapa dura falsas.

—Su corredor de bienes raíces me la presentó cuando estaba comprando su casa. Nos hicimos cercanos y terminé gestionando sus asuntos. Era una fuerza de la naturaleza. De carácter fuerte, divertida, determinada. También conocí a Arnedra, algunas veces, cuando venía de visita. Las dos eran similares.

Cutter asintió y escuchó. Había encontrado los datos del abogado en un archivo que Vienna guardaba en su dormitorio. Había llamado para concertar la cita y había traído su identificación para que Meehan verificara sus credenciales.

El abogado había llamado al abogado de Arnedra en Nueva York, quien le había asegurado que Cutter Grogan era quien decía ser.

—Así que, su testamento. —Meehan colocó su taza sobre la mesa y se limpió los labios delicadamente con una toalla de papel. Fue a un archivador y sacó una carpeta delgada. Se puso sus gafas de lectura y hojeó los papeles hasta que llegó a la hoja correcta. La leyó rápidamente y juntó sus dedos mientras miraba a Cutter por encima de sus gafas.

—Le dejó su casa a su hermana. Tenía algunos ahorros; esos irán a la Fundación Lintock. Es una...

—Sé lo que es eso, señor.

Cutter no estaba sorprendido por el testamento. Ninguna de las hermanas tenía otra familia. Sin hijos, sin cónyuges ni parejas. Se tenían la una a la otra, a nadie más.

—Arnedra también está muerta, lo cual es una complicación. —Había una luz extraña en los ojos del abogado como si estuviera divertido.

¿De qué se está sonriendo?

—Lamar sabrá qué hacer.

Lamar Jamieson, el abogado de Arnedra, a quien Meehan había llamado anteriormente y quien confirmó que la hermana había dejado todo a un tal Cutter Grogan, que casualmente estaba sentado con Russ Meehan en ese mismo momento.

—¡Debe haber algún error!

—No hay ningún error —la voz de Jamieson retumbó desde el altavoz del teléfono.

—Señor, estoy seguro de que Arnedra iba a dejar sus posesiones a Vienna. Me lo mencionó varias veces —exclamó Cutter.

—Esa *era* su intención. Incluso había redactado un testamento a tal efecto. Planifiqué su patrimonio de acuerdo con eso. Sin embargo, cambió de opinión. Vino a verme antes de partir hacia Los Ángeles. Había hablado con Vienna...

—No me lo creo —interrumpió, acaloradamente.

—Lo que tú pienses no importa —se rio Jamieson—. Llamamos a su hermana desde mi oficina. Grabé la declaración de Vienna. Redacté un nuevo testamento esa misma noche. Todo te

pertenece a ti.

—Y con Vienna muerta también —dijo Meehan suavemente—, su casa también es tuya.

Por eso estaba sonriendo.

—Lo sabía —dijo Cutter, sin ánimo.

—Sí. Lo que Lamar no te dijo es que yo también formé parte de esa llamada. Él nos incluyó a Vienna y a mí en la conferencia. Querían que tú heredaras si algo les pasaba a ambos. Bromeaban sobre morir al mismo tiempo.

Cutter apartó la mirada y parpadeó furiosamente mientras lo asimilaba. *No llores, no aquí,* se dijo a sí mismo. Y entonces sollozó y lloró en el hombro de Russ Meehan mientras el abogado lo abrazaba.

RUSS MEEHAN LEYÓ LOS ELOGIOS FÚNEBRES DE AMBAS HERMANAS EN EL CREMATORIO MÁS TARDE ese día.

Cutter se sentó en la primera fila, con Naysha Sutton a su lado y la familia de ella detrás. Había algunos empleados de la firma de Meehan que habían conocido a Vienna, y nadie más en el íntimo servicio.

—Llámame, en cualquier momento y para cualquier cosa que necesites —le dijo el abogado cuando terminó el servicio.

Cutter asintió y sostuvo con fuerza las dos urnas de latón simplemente decoradas. Vienna había deseado que sus cenizas estuvieran con las de su hermana. Arnedra quería que las suyas fueran esparcidas en el Hudson. Por lo tanto, Cutter llevaría ambas urnas de vuelta a Nueva York.

Cuando todo termine, pensó con gravedad.

Y cuando vio la figura esperando afuera, en el césped del crematorio, supo que se había vuelto más complicado.

—LISA —SALUDÓ CUTTER A LA JEFA DE POLICÍA DEL LAPD.

Está de uniforme. Esto no es una visita social.

Ni Matteo ni Cruz, solo ella.

El crematorio estaba en Santa Monica Boulevard, un oasis verde en el enredo de la ciudad. A lo lejos podía ver su vehículo oficial estacionado en la calle, con las luces intermitentes encendidas, y su conductor apoyado contra él, observándolos.

—Cutter —ella lo reconoció con un movimiento de cabeza y señaló un banco—. ¿Tienes unos minutos?

Por la forma en que lo dijo, no era una petición.

—Vi tus entrevistas —se quitó las gafas de sol y se echó el pelo hacia atrás.

—No podrías haberme perdido. Soy lo mejor que le ha pasado a la televisión en los últimos meses.

Ella permaneció impasible.

Los policías eran así. Por dentro, se morían de risa con sus frases. Por fuera, eran estoicos, como si nada les afectara.

—Necesitas parar.

—Todo el mundo parece estar diciendo eso. Esto es Los Ángeles, ¿no? Donde todo es posible.

Sus ojos verdes continuaron mirándolo sin expresión. Un mechón rebelde de cabello castaño con canas se escapó del resto de su peinado y ondeó y bailó con la brisa. *Ha envejecido bien*, pensó mientras la observaba. Las finas líneas alrededor de su boca y ojos añadían presencia a su aspecto, le daban peso e importancia. Una pareja que pasaba la miró en su uniforme, la reconoció con una segunda mirada y se susurró entre sí mientras se alejaba.

—Vance y Diego son buenos policías. Descubrirán quién mató a Arnedra. Lo que están investigando es grande. Tus intenciones son buenas, pero la forma en que actúas...

—Ya he oído eso antes.

—¿Te detendrás?

—Lo pensaré.

No lo haré.

Sus ojos lo taladraron como si pudiera leer lo que estaba pensando.

—Si el caso de mi grupo de trabajo se desmorona por tu interferencia, te romperé las rodillas.

Lo quería. Solo tenía una forma diferente de demostrarlo.

Se levantó del banco y se dirigió a su vehículo sin decir una palabra. Agitó una mano enguantada hacia él cuando le gritó:

—Dile a Jerry que le mando saludos.

Jerry Dade, su esposo, un hombre que tenía una risa fácil y un ingenio rápido, el complemento perfecto para su esposa.

Esta vez no hay invitación a cenar.

Las visitas anteriores a Los Ángeles siempre habían incluido varias visitas a su casa y al menos una reunión con Chad, Terry y Lisa y sus familias.

Entendía su posición.

Yo habría hecho lo mismo si fuera el jefe del LAPD.

Se quedó sentado allí con las dos urnas mientras la ciudad seguía con sus asuntos a su alrededor.

El sol se puso y pintó el cielo de naranja. Otro grupo de dolientes llegó al crematorio, y observó cómo algunos de ellos lloraban en silencio.

Él ya había llorado un poco en la oficina de Meehan. Su dolor aún estaba ahí, sin embargo, y sabía por experiencias pasadas que nunca se iría.

Soportar el peso de ese dolor se volvería más fácil, sin embargo.

Fácil. Eso le recordó algo.

Covarra y Salazar no sabían sobre él. Todavía no. Lo sabrían.

16

—Señor —Lisa Dade se dirigió a Bart Jamison, Director del Buró Federal de Investigaciones, quien estaba en una pantalla grande en su oficina, en una videollamada—. Estoy de acuerdo. No encontrará resistencia por parte del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Excelente —sonrió él—. Tiene a mi equipo estrella —dijo, asintiendo hacia los visitantes en su oficina—. Ya han hecho esto antes.

—He oído hablar de eso, señor —colgó después de intercambiar algunas cortesías y se volvió hacia sus invitados.

—Estamos listos para la acción... jefa —la Agente Especial a Cargo Peyton Quindica le sonrió.

—Nada de eso aquí —se rio—. ¿Conocen nuestra historia?

—Peyton no deja de hablar de ello —la Detective de Primera Clase del NYPD Gina Difiore puso los ojos en blanco—. 82ª División Aerotransportada, Afganistán, usted era su capitana.

—Tuve suerte de tenerla.

—Y ella de tenerla a usted, señora.

—Lisa —dijo la jefa del LAPD, rechazando el tratamiento formal—. Cuando estemos a solas. Cuéntenme cómo surgió esto. Jamison me dio un resumen general, pero quiero los detalles.

—Peyton había estado investigando a supremacistas blancos, yo estaba investigando crímenes raciales. Nuestros casos se fusionaron y el comisionado, Rolando...

—Lo conozco, es un buen hombre.

—Sí, él y Jamison crearon un grupo de trabajo conjunto con amplios poderes. Me asignaron a él, trabajé con Peyton...

—Es modesta —interrumpió Quindica—. No habríamos logrado lo que hicimos sin ella.

—Me lo imaginaba —dijo Dade con sequedad—. ¿No eras la SAC de Nueva York?

—Todavía lo soy —dijo la agente del FBI con una sonrisa—. Sin embargo, mi jefe ha creado este nuevo papel para mí: supervisión a nivel nacional.

—Felicidades —la jefa del LAPD lo dijo en serio. Sabía lo difícil que era para las mujeres ascender en las agencias de aplicación de la ley dominadas por hombres. Superar el sexismo casual, lo que pasaba por bromas en los vestuarios.

—El LAPD es la siguiente fuerza policial en la que nos estamos enfocando —Difiore interrumpió sus reflexiones.

—¿Sigues siendo del NYPD?

—Sí, asignada al FBI hasta que Peyton se harte de mí.

—Me enorgullece tenerlas —suspiró Dade—, pero no subestimemos lo que están asumiendo. Tenemos alrededor de nueve mil oficiales y tres mil civiles —suspiró de nuevo—. ¿Tendremos algunos supremacistas entre nosotros? Diablos, sí. ¿Colaborarán con criminales? No lo sé.

—Por eso estamos aquí.

—Les he asignado un piso, el de abajo. Estaciones de trabajo, lo que necesiten.

—Tenemos nuestro propio personal. Ellos están...

—De confianza. Lo sé. Lo entiendo. Le dije a Jamison que no habría resistencia de mi parte, ni hostilidad, ni guerras territoriales. Lo digo en serio. Si reciben algo de eso de mi gente, vengan a mí. Sin embargo, creo que aún necesitarán algunas personas de aquí para ayudarlas.

—Sí.

—Haré que mi mejor detective trabaje con ustedes. Confío en él... —Dade se interrumpió y frunció el ceño profundamente—. Déjenme preguntarle.

—Vance —habló por teléfono—. ¿Puedes venir a mi oficina?

—Vance Matteo —presentó al detective a sus visitantes—. Está con GND, tiene la mejor tasa de casos resueltos en el departamento. No solo eso, ha estado con el LAPD por más de quince años. Conoce prácticamente a todos, cómo trabajamos, nuestra cultura. También está dirigiendo un grupo de trabajo conjunto con el BHPD, investigando bandas criminales en Los Ángeles y Beverly Hills.

—Ella es Peyton Quindica, SAC del FBI; ella es Gina Difiore, detective del NYPD. Sin embargo, está trabajando con Quindica, en un grupo de trabajo conjunto.

—¿Grupo de trabajo?

—Sí. Para investigar la supremacía blanca y el nacionalismo en las fuerzas policiales más grandes del país. Ya oíste lo que pasó en Nueva York. Somos los siguientes en su investigación. Lo que me recuerda... Estaba pensando en asignarte para trabajar con ellas. Sin embargo, ¿no estás liderando ese grupo de trabajo con el BHPD?

—Sí, señora, pero puedo trabajar con Quindica y Difiore también.

—Quiero tu atención completa en ese —ladró Dade.

—La tendrá, señora. Cruz y Estrada también están en ese grupo de trabajo. Ambos son buenos policías. Por lo que veo, no me necesitarán a tiempo completo aquí, con el grupo de trabajo del FBI, ¿verdad?

—No —le aseguró Quindica—. Necesitaremos tus ideas, orientación, pero podemos trabajar según tu horario.

—Señora, me encantaría ayudarlas.

—Esto debe permanecer confidencial. Ni siquiera Cruz o Estrada deben saberlo.

—Sí, señora.

—Les he asignado el piso de abajo. Acomódalas, dales su propio acceso, ya sabes cómo funciona. Necesito unos minutos más con ellas.

—Sí, señora.

Se volvió hacia Quindica y Difiore cuando Matteo se había ido.

—Necesita saber algo —dijo la policía del NYPD antes de que pudiera empezar.

—¿Sí?

—Peyton y yo... estamos en una relación.

Dade sonrió. —Me lo imaginé por su lenguaje corporal, el de ambas. ¿Por qué pensaron que tenían que mencionarlo?

—Somos profesionales. No será un problema...

—Gina, basta. Aprecio que me lo digan, pero no cambia nada para mí. Su relación es asunto suyo. Son excelentes policías y estamos aquí para limpiar mi departamento, ¿está claro?

—Sí, señora...

—Llámenme por mi nombre...

—Sí, señora, nos lo dijo, pero preferimos así. Seremos informales fuera de la oficina.

—Te dije que reaccionaría así —Quindica le sonrió a su pareja.

—Suficiente de eso —las interrumpió Dade—. Cutter está en la ciudad.

—Sí —la sonrisa de Difiore desapareció mientras se inclinaba hacia adelante—. Peyton me lo contó todo.

—El equipo de trabajo de Vance está investigando ese asesinato. Me reuní con él ayer, le dije que se mantuviera al margen y nos dejara hacer nuestro trabajo.

—No lo hará.

—Lo sé. Pero creo que es lo suficientemente inteligente como para no arruinar una investigación del LAPD. En cualquier caso, su presencia no tiene nada que ver con tu equipo de trabajo.

—Esperemos que así sea —gruñó Difiore—. Cutter Grogan es un hombre capaz de pelear con su propia sombra.

—¿De qué se trataba eso? Cruz levantó la mirada cuando Matteo entró en su oficina.

—El jefe necesita mi ayuda con otra cosa.

—¿Te vas del equipo de trabajo?

El detective cerró la puerta de su oficina acristalada y verificó que nadie los estuviera observando a través de las ventanas. La naturaleza sensible del equipo de trabajo les había otorgado su propio espacio, que compartían con Estrada. Quien aún no había llegado.

—Esto no puede salir de aquí. Nadie más debe saberlo —le dijo severamente a su compañero.

—Ya sabes cómo soy con los secretos. —Cruz se selló los labios con los dedos.

—Estoy asesorando a un equipo de trabajo del FBI que está investigando a nacionalistas blancos en el LAPD. No será a tiempo completo. Nuestro equipo de trabajo sobre pandillas tiene prioridad. Es un buen movimiento para nosotros. Podrían encontrar algo que nos sea útil aquí.

Cruz asintió, satisfecho. —Nada sobre ese tiroteo en Boyle Heights. Nadie vio nada, nadie oyó nada.

—Así es como suele ser. —Matteo tomó su taza y dio un sorbo a su café. Hizo una mueca al encontrarlo frío—. ¿Informantes confidenciales?

—Nada de ningún soplón.

—Moe, Dime y otros dos, ¿verdad?

—Sí, los pandilleros muertos. Moe y Dime eran soldados rasos de alto rango en el Street Front.

Matteo se puso de pie, bostezó y se estiró. Se balanceó sobre sus talones mientras cerraba los ojos y pensaba rápidamente. —No hay progreso con esos AR-15. ¿Crees que podrían ser los Armenian Bros tomando represalias?

—Solo hay una forma de saberlo.

—Sí, hablar con nuestros informantes y ver qué dicen.

17

No se podía simplemente entrar en el escondite de Street Front y pedir ver a Covarra. No dirigía una clínica médica donde se permitieran las visitas sin cita. Sin embargo, quienes iban a verlo a menudo requerían servicios de atención médica.

Tendré que encontrar una manera de sacarlo de esa casa, reflexionó Cutter mientras se sentaba frente a su pantalla e iniciaba sesión en Werner. Su búsqueda lo llevó a su primera parada.

ISAIAH 'ISSA' LIMON ESTABA RECOSTADO CONTRA SU VEHÍCULO EN EL EXTREMO MÁS ALEJADO DEL estacionamiento LAX-it, desde donde los viajeros tomaban sus taxis o servicios de transporte por aplicación. Estaba junto a la Terminal Uno del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, un nuevo desarrollo para reducir la congestión del tráfico en el aeropuerto.

—Fuera de servicio —dijo el conductor, haciendo un gesto con la mano para alejar a Cutter mientras se acercaba.

Eso es un porro lo que está escondiendo entre sus dedos.

—No quiero un viaje —le dijo al alto afroamericano—. ¿Quieres ganar dinero fácil?

Limon resopló.

—No existe tal cosa, tío.

—Este sí. Paga treinta mil. Diez por adelantado, el resto al terminar.

La cifra captó su atención. Guardó su teléfono y se enderezó contra su vehículo mientras estudiaba al interlocutor, que llevaba un nuevo disfraz.

Peluca castaña, patillas largas, dientes torcidos, una cicatriz en la frente. Un aspecto podía ser olvidable o memorable. Cutter había optado por lo segundo. Barriga de mediana edad, nada especial en su ropa, gafas de sol que ocultaban los lentes de contacto oscuros en sus ojos.

—¿Por hacer qué?

—Conducir un coche.

—Ya hago eso. Esta preciosidad —Limon dio una palmada a su vehículo, que había conocido días mejores—. No necesito tu dinero ni el sudor. Apuesto a que hay alguna actividad criminal involucrada.

—Sí. Tendrás que chocar contra un coche.

—No. No voy a...

—Eres un delincuente convicto. Cumpliste condena por posesión y tráfico. Obtuviste tu licencia de conducir y te inscribiste en esta empresa de viajes compartidos usando una dirección

falsa y un número de Seguro Social falso —No había secretos para Werner—. Sigues traficando. Vendes hierba a tus pasajeros. Además, vas retrasado con la pensión alimenticia. Puedo hacer una llamada a la policía y devolverte a prisión. Treinta mil por hacer lo que haces todos los días o... ya sabes la alternativa.

—¿Quién eres, tío? —Limon lo miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo sabes eso? ¿Eres policía? ¿Federal? ¿Es una trampa?

—Cómo lo sé no es importante. Regístrame —Cutter extendió los brazos—. No llevo micrófono. Encontrarás una licencia de conducir en mi cartera. Es falsa, tan falsa como la tuya. Encontrarás mil dólares en mi bolsillo, que son tuyos. Puedes quedártelos como muestra de buena fe de mi parte. Pero necesito saber ahora mismo. ¿Estás dentro o quieres ser huésped del estado?

—¿De qué se trata exactamente? —preguntó Limon con suspicacia—. Nada de matar, secuestrar, drogas, nada de ese tipo. Estoy tratando de mantenerme limpio.

—¿Traficando de vez en cuando?

—¡Tengo gastos!

—¿Estás dentro o fuera? Puedo encontrar a otro mientras tú pasas tiempo con el LAPD.

—¿De qué se trata?

—No necesitas saberlo. Tu choque no matará a nadie.

—No puedes garantizar eso.

—No. Pero si llevas un disfraz, tu coche no se puede rastrear, no habrá consecuencias para ti.

—No puedo usar este vehículo.

—Te conseguiré uno.

—¿Quién eres realmente, tío? —repitió Limon—. ¿Eres de alguna pandilla?

Cutter sacó un fajo de billetes y los contó.

—Mil dólares —Se los entregó al conductor, que los tomó rápidamente—. Nueve mil, aquí y ahora, si aceptas.

—Dime qué tengo que hacer —El conductor se guardó el dinero en el bolsillo.

¡Te tengo!

EL SEGUNDO CONDUCTOR ESTABA MERODEANDO POR HOLLYWOOD BOULEVARD, VENDIENDO discretamente drogas a los turistas desde su vehículo de transporte compartido.

—Podrías ir a la cárcel por eso —Cutter se subió al asiento trasero después de que el "cliente" se hubiera ido—. ¿Qué era eso? ¿Coca? ¿Oxy?

—¡EH! —Ruben Garrido se giró hacia él con rabia—. ¿ERES POLICÍA?

—Si lo fuera, ya estarías esposado.

—ENTONCES, LÁRGATE.

—¿Quieres ganar treinta mil dólares?

El conductor tardó menos tiempo en dejarse convencer que Limon.

CUTTER LLEVÓ A AMBOS, POR SEPARADO, A CONCESIONARIOS DE COCHES Y LES COMPRÓ vehículos usados de su elección. Pagó con una tarjeta de crédito que tenía una dirección falsa, vinculada a una cuenta con fondos suficientes.

Les dio dos auriculares y les enseñó a manejarlos, y luego les entregó pelucas, almohadillas para las mejillas, narices postizas y guantes.

—Dad vueltas por East Hubbard Street —les dijo—. Yo os diré contra qué vehículo chocar.

—¿Estás seguro de que esto funcionará? —preguntó Limon con dudas.

—Lo único que tenéis que hacer es embestir vuestro coche y salir corriendo.

Podían hacer eso. Además, treinta mil dólares era una cantidad muy persuasiva.

CUTTER SE QUITÓ EL DISFRAZ Y REGRESÓ AL TALLER DE CHUCK. EL TALLER TAMBIÉN VENDÍA motos personalizadas a entusiastas, y la mitad del concesionario era una sala de exposición acristalada.

—No sabía que eras motero —Chuck salió y se unió a él mientras examinaba una Ducati Panigale—. Esa es una máquina impresionante.

—Sí —estuvo de acuerdo. *Pero no quiero una moto memorable.* Quería algo más familiar y se movió hacia una Kawasaki Ninja H2R.

—Esa es rápida y potente. Trescientos diez caballos en ese motor. Eso es de serie. Yo la he modificado a trescientos cincuenta.

Quiero una huida rápida.

Había otras motos en el taller de Chuck. Hondas, Triumphs, Suzukis; las revisó todas, pero seguía volviendo a la Ninja. *He montado en esas. Sé cómo se manejan.*

—¿Venta fuera de los libros? —le preguntó a su amigo.

—Siempre.

—¿Aún haces esas modificaciones de portaarmas? ¿Para una HK?

—Sí. Al lado del depósito. ¿Estás planeando algo?

—Comprar esta moto.

18

Cutter decidió atacar justo después del mediodía. Supuso que Covarra y Salazar, sin nada que hacer más que esconderse en su casa, tendrían una gran comida y la seguirían con una siesta.

Eso ralentizaría sus respuestas. Esperaba que también bajara la guardia de sus hombres.

—¿Estás en posición? —le preguntó a Limon.

—Tío, deja de preguntarme eso —espetó el conductor en su auricular—. He estado aquí toda la mañana. Esta barba pica. Estoy sudando bajo esta chaqueta.

—Tu Ford tiene aire acondicionado. Tú mismo lo comprobaste cuando lo compramos ayer.

—No es lo suficientemente fresco...

—Mantente alerta —lo interrumpió antes de que Limon reanudara sus quejas.

—¿Ruben? —cambió de frecuencia y llamó a Garrido—. ¿Estás listo? —preguntó en español.

—Sí —respondió el conductor y colgó. Un hombre de pocas palabras.

Cutter revisó los espejos de su Durango. Estaba en Hubbard también, estacionado lejos del escondite de los pandilleros. La Ninja estaba aparcada en la calle detrás de él. El tráfico pasaba sin aminorar la velocidad. Una pareja de ancianos empujaba un carrito de compras en la acera; una madre caminaba a casa con su hija.

Levantó el dron del asiento del pasajero y lo inspeccionó. Dos granadas aturdidoras en las garras, que podía operar a distancia. Ambas hacían más ruido que el equipo estándar. Eso era obra de Chad.

Se examinó a sí mismo. Su disfraz de patillas. Guantes en las manos. Chaqueta de cuero negra para montar. Su armadura debajo. La cremallera bajada a medias, para fácil acceso a su Glock en la funda de kydex. Otra Glock atada a su espalda. Sin embargo, esa tardaría más en sacarse, ya que tendría que alcanzarla por detrás, metiendo la mano por el cuello de su chaqueta.

La HK estaba atada al lado de su moto, cubierta con una solapa de cuero que estaba pegada con velcro al tanque. Con un tirón y un giro rápidos se liberaría. Había practicado la maniobra varias veces hasta que logró reducir el tiempo de extracción a un par de segundos.

Explosivos, granadas aturdidoras y de gas lacrimógeno en los bolsillos laterales de sus pantalones de combate, cargadores de repuesto y la Benchmade.

Esperó hasta que el reloj marcó las dos de la tarde, revisó sus espejos de nuevo y lanzó el dron por la ventana.

Salió rápidamente y cerró el Durango. Se apresuró hacia la Ninja y la encendió mientras ataba la pantalla de control a la parte superior del tanque. Se abrochó el casco y dejó el motor en

ralentí mientras el UAV volaba sobre Hubbard, su transmisión apareciendo en la pantalla.

Avanzó lentamente mientras navegaba el aparato y se deslizó detrás de un Mazda estacionado cuando llegó a la distancia visual de la puerta de la residencia.

Dos guardias. Un número similar en el callejón trasero.

La matanza en Moe's debe haber hecho que Covarra reforzara su seguridad. Los centinelas patrullaban los jardines delantero y trasero, y la imagen térmica del interior de la casa le indicó que había trece hostiles en total, tres de los cuales parecían ser mujeres.

Igual que en mi recorrido de reconocimiento.

—En cualquier momento —les avisó a Limon y Garrido—. Acercaos a la intersección de Hubbard y South Sadler. Estad listos para ir en cualquier dirección.

Esperó su confirmación y, a las dos y cuarenta y cinco de la tarde, soltó la primera granada aturdidora.

19

La explosión fue audible incluso desde donde él estaba, a cierta distancia de la casa.

En la pantalla, los guardias reaccionaron de manera predecible. Algunos cayeron al suelo, otros se agarraron los ojos o los oídos. Los que estaban en las puertas delantera y trasera corrieron hacia el interior.

Dejó caer la segunda granada justo fuera de la puerta principal y mantuvo el dron en modo de vuelo estacionario mientras aceleraba la Ninja.

Hizo una cuenta regresiva para sí mismo mientras observaba las figuras naranja-amarillas en la casa entrar en acción. Una puerta de garaje se abrió. Un vehículo asomó la nariz.

—SOUTH SADLER AVENUE —instruyó a sus conductores.

Su Ninja avanzó, respondiendo suavemente a su comando del acelerador.

El primer Land Rover salió del callejón trasero y se acercó a Sadler.

¿Izquierda o derecha? La izquierda lo llevaría a Whittier Boulevard, la derecha iría a East Sixth.

El vehículo giró a la derecha, justo cuando otros dos Land Rovers lo seguían.

—TRES LAND ROVERS. NEGROS —le gritó a Limon—. NEUTRALIZA EL PRIMERO ANTES DE QUE LLEGUE A SIXTH.

—NEUTRALIZA EL ÚLTIMO ROVER —le ordenó a Garrido y observó la pantalla un último momento para comprobar que no salieran más vehículos de la casa.

Presionó *Autodetonación* en la pantalla, y la transmisión se apagó cuando el dron explotó.

Tomó la curva y se unió a Sadler. Divisó el Camry de Garrido y lo adelantó, una figura oscura en una moto negra, superando fácilmente a los vehículos más lentos.

El primer Land Rover, que era el objetivo de Ruben, estaba a dos vehículos de distancia. Se deslizó entre los dos coches e hizo un gesto de agradecimiento cuando le hicieron espacio. El hecho de estar en una misión mortal no era razón para no ser educado.

El coche delante de él llevaba solo al conductor. A través de sus ventanas trasera y delantera, tenía una vista clara del SUV y podía ver sombras moviéndose en su interior, a pesar de la ventana trasera oscurecida.

Tres vehículos en el convoy de los pandilleros. No era la caravana presidencial, donde todo un grupo de vehículos podía ser un movimiento señuelo mientras el Comandante en Jefe viajaba en un convoy diferente.

Covarra y Salazar estarán en el vehículo del medio. Podía verlo mientras aceleraba a través del tráfico. A lo lejos, los semáforos de East Sixth, esparcidos en el cielo.

—¡AHORA! —ordenó a ambos hombres.

Observó cómo Garrido lo adelantaba. Ignoró los bocinazos enojados desde atrás mientras su desaceleración forzaba a otros vehículos a hacer lo mismo.

El Camry era conducido expertamente mientras aceleraba y chocaba de lleno contra la parte trasera del Land Rover y seguía adelante; la fuerza del impacto empujó al vehículo más grande hacia la acera, donde se estrelló contra un poste de luz y se detuvo.

Cutter no se volvió para mirar. Pudo ver a Garrido saltar de su vehículo y correr, y luego el accidente quedó atrás. El vehículo del medio redujo la velocidad. Podía ver figuras moviéndose violentamente en su interior. Manos agitándose.

Espera. Deja que Limon haga su movimiento.

El conductor de LAX actuó antes de que terminara su pensamiento.

Hubo un alboroto adelante. Las luces traseras se pusieron rojas. Chirridos de frenos y gritos que podía oír incluso a través de su casco y el rugido del aire.

El vehículo de Covarra redujo la velocidad y se detuvo.

La puerta del conductor se abrió.

Un hombre de aspecto hispano saltó fuera.

Lo que le dio a Cutter la apertura que quería.

20

La Ninja se deslizó tan suavemente como una serpiente mientras adelantaba al vehículo de enfrente y se acercaba al SUV.

El conductor la oyó acercarse y se giró a medias.

Su boca se abrió para gritar una advertencia cuando Cutter le disparó en el hombro derecho y lo siguió con un tiro en el pecho.

Saltó de la moto y la dejó estrellarse contra el suelo. Con una zancada larga hacia el SUV, cuya puerta delantera estaba abierta, moviéndose con fluidez líquida, una figura alta y vestida de negro llena de intención letal y capacidad mortal mientras los conductores a su alrededor tocaban el claxon, varios vehículos lo esquivaban y pasaban, mientras que otros pocos se detenían para descargar a sus ocupantes, que observaban horrorizados.

Cutter no les prestó atención. Estaba en su zona mientras los detalles se registraban automáticamente.

Puerta del conductor abierta. Un pasajero, recuperándose rápidamente del shock, alcanzando un rifle entre sus piernas. Dos hombres en el asiento trasero. Covarra y Salazar. Sus bocas abiertas, ojos entrecerrados.

Le disparó al pasajero en el hombro y lanzó una granada de gas lacrimógeno dentro del vehículo. Cerró la puerta de golpe y pateó la puerta del pasajero cuando Salazar intentó escapar. Disparó deliberadamente a la base del vehículo y corrió hacia la parte trasera, atrapando a Covarra justo cuando caía del vehículo, tosiendo, con lágrimas corriendo por su rostro.

—¿Por qué mataron a Arnedra y Vienna? —siseó fríamente mientras apretaba su Glock contra el cuello del hombre—. Se acaba el tiempo. La policía puede llegar en cualquier momento. Los sicarios de los otros Land Rovers se acercarán.

Sacudió con fuerza al jefe de la pandilla cuando Covarra levantó la cara sin comprender.

—ESAS MUJERES EN LA CASA DE BEVERLY HILLS. ¿POR QUÉ LAS MATARON? ¿QUIÉN LAS VIOLÓ? ¿QUIÉN APRETÓ EL GATILLO?

Lo repitió en español y presionó su arma con más fuerza contra el cuello de Covarra.

—Quién... ellas... —el líder de Street Front agitó los brazos mientras tomaba bocanadas de aire—. Yo... no...

—TUVIERON UN TIROTEO CON OTRA PANDILLA. LAS DEJARON AHÍ.

—¿QUÉ MUJERES? —rugió Covarra mientras recuperaba sus fuerzas—. ¡TÚ! —clavó un dedo en el pecho de Cutter—. ¿SABES QUIÉN SOY? TE VOY A CAZAR...

Se interrumpió con un chillido cuando su dedo fue retorcido en un agarre despiadado y se rompió.

Cutter lo giró y lo usó como escudo para caminar de vuelta a su moto. Vio a los pandilleros que se acercaban. Les disparó a los pies, haciéndolos tirarse al suelo. Alguien gritó. Neumáticos chirriaron y motores aullaron mientras los vehículos se detenían bruscamente.

Cutter no dejó de moverse. Golpeó la puerta del Land Rover, que se estaba abriendo. Se cerró de golpe y atrapó a Salazar en la cara.

Envió a Covarra estrellándose contra el vehículo, enderezó su moto en un instante y se subió a ella.

Le arrojó un teléfono al jefe de los pandilleros. —LLÁMAME —ordenó—. QUIERO A LOS ASESINOS Y A LOS VIOLADORES. Y SI TÚ ORDENASTE SUS MUERTES, VENDRÉ POR TI.

Aceleró y la Ninja pasó disparada junto al Land Rover. El primer vehículo del convoy a su izquierda, el Ford de Limon, chocó contra su parte trasera. Ventanas destrozadas y vapor. Feas marcas de derrape en la carretera.

¡Movimiento!

Dos sicarios aparecieron por el frente, con sus armas levantadas. Cutter extendió su brazo armado y disparó en una ráfaga continua hacia ellos, metió su arma en la chaqueta cuando cayeron detrás de él, y zigzagueó entre la multitud de vehículos al frente.

Se tambaleó momentáneamente cuando algo golpeó su espalda con la fuerza de un tronco de árbol. Su armadura había recibido uno de los disparos del sicario. Recuperó el equilibrio, y luego se alejó, girando a la izquierda en East Sixth, tomando la derecha en Margaret Avenue, y luego acelerando a fondo.

Habrán llamado a la policía. Tendrán puntos de control.

Se había preparado para eso. Tomó giros a velocidad vertiginosa, cruzando ilegalmente semáforos en rojo y acelerando hasta que entró en el estacionamiento de un enorme centro de autoalmacenamiento en el Este de Los Ángeles.

Un camión en el extremo más alejado, permanentemente averiado, era su destino. No había otros vehículos cerca, ya que los espacios de estacionamiento estaban ubicados de manera inconveniente. Sabía que las cámaras de seguridad no funcionaban. Las había inutilizado con una explosión de PEM antes de dirigirse a Hubbard.

Estacionó detrás del vehículo, sacó el HK en su funda de cuero y se lo colgó al hombro. Rompió la pantalla del dron con los pies y arrojó los pedazos más grandes sobre la moto.

Alcanzó debajo del camión y agarró una lata de líquido para encendedores que había escondido allí. La roció generosamente sobre la Ninja y le prendió fuego.

Se apresuró hacia el Tahoe que había estacionado frente al camión y tiró su casco y chaqueta en el maletero. El HK fue al hueco para los pies del pasajero. Nueve minutos después de atacar a Covarra, estaba conduciendo fuera del Este de LA.

Cambió de coche en Wilshire, donde había estacionado su Land Cruiser. Lo sacó y se dirigió a Lake Hollywood Drive, aparcó y subió por el sendero Burbank Peak Trail con solo una mochila y su Glock.

Se apartó de los senderos turísticos y tomó un camino menos conocido para subir a un lugar que conocía de sus visitas anteriores. Debajo del saliente de un árbol, cerca del acantilado desmoronado.

Las montañas de Santa Mónica se extendían, vistas de Burbank y Hollywood, y el cielo anaranjado sobre LA arriba.

Se quedó allí hasta que oscureció y encendió un fuego. Se cambió a un conjunto de ropa de repuesto y quemó su ropa de ataque y disfraz hasta que se convirtieron en cenizas. Las recogió y

las sopló sobre el acantilado.

Comió una cena fría y reflexionó sobre el ataque.

¿Había dejado algún rastro de su presencia?

El Durango seguía en Hubbard. *Lo recuperaré más tarde.* De todos modos, era imposible de rastrear.

Estaba seguro de que la policía no podría ubicarlo en la escena. Su teléfono móvil mostraría que estaba en otro lugar. *Covarra no irá a la policía de Los Ángeles. Ellos lo buscan. No hay forma de que acuda a los policías.*

Sin embargo, la expresión del líder de la pandilla permanecía en su mente.

Se sorprendió cuando le pregunté sobre el asesinato.

Consideró eso mientras masticaba lentamente y la noche se volvía más fría.

¿Era posible que el Frente Callejero de Los Ángeles no estuviera involucrado?

¿Importa eso? pensó con furia. *Si puedo averiguar quién lo desencadenó, puedo rastrear al asesino y al que dio la orden. Su arma estaba en la escena. Encuentra quién lo desencadenó y llegaré al asesino.*

Envolvió los restos de su cena, esparció tierra sobre sus huellas y se desvaneció montaña abajo.

Podría haber matado a Covarra y a Salazar, pero ese no había sido su objetivo. Quería confesiones y a los perpetradores. Siempre supo que atrapar al jefe de la pandilla sería imposible de llevar a cabo en la calle. De ahí el ataque tal como lo había planeado.

Su rostro se tornó sombrío, duro, al recordar las palabras de Cruz, lo que Vienna y Arnedra habían sufrido. Era un solo hombre, y las probabilidades de que lo mataran eran altas.

No antes de obtener algunas respuestas, juró. *No me detendré. Seguiré viniendo hasta que Covarra use ese teléfono y me llame.*

21

—¡UN SOLO HOMBRE! —Una vena en la frente de Covarra se hinchó mientras gritaba a los reunidos frente a él—. ¡UN SOLO HOMBRE EN UNA MOTO! ESTUVO ASÍ DE CERCA —levantó el pulgar y el índice izquierdos, este último vendado— DE MATARME. ME ROMPIÓ EL DEDO. TENÍAIS AR-15, AK, ARMAS FANTASMA, LANZACOHETES... ¡Y LO DEJASTEIS ESCAPAR!

—Esos choques nos dejaron fuera de combate por un tiempo, Serpiente —respondió un sicario, sin levantar la vista del suelo.

—¿ESTABAIS FUERA DE COMBATE? ¿NO PENSASTEIS EN MÍ Y EN FUSE?

—Había mucho tráfico. Demasiados coches. No habríamos podido escapar si hubiéramos abierto fuego. Él iba en moto. Tenía esa ventaja.

Covarra miró al matón con rabia y, soltando una maldición, sacó una pistola del nueve de su bolsillo y le disparó en el pecho, apretando el gatillo hasta vaciar el cargador. Salazar agarró su arma, se la arrebató y le susurró palabras tranquilizadoras al oído.

—Váyanse —ordenó el segundo al mando a los guardias restantes—. Llévense el cuerpo de Cisco. Desháganss de él. Felix —miró a un sicario de alto rango—, envía gente de vuelta a Hubbard y Sadler. Interroguen a todos en el vecindario. Con cuidado. Alguien debe haber visto llegar a este tirador.

—Los polis están por todas partes. Han estado allí desde ayer.

—Tenemos a nuestros propios hombres en varias casas de Hubbard. Sus familias podrían haber notado algo. ¡Ve!

—Podría habernos matado —se volvió hacia el líder cuando estuvieron solos en su casa de Central Alameda. Era otro escondite de la pandilla, con una seguridad similar a la de Hubbard, pero con una diferencia importante. Había pandilleros en la calle, en coches, observando con sospecha cada vehículo que pasaba.

—Soy consciente de ello —espetó Covarra. Sacó el teléfono que el atacante le había lanzado y lo inspeccionó—. Tiene un solo número. El suyo, estoy seguro.

—Esas mujeres... —Salazar frunció el ceño pensativo—. Estaba en todas las noticias.

—Lo recuerdo. No me llamó la atención en ese momento.

—¿Por qué cree que somos responsables?

—¿Por qué no lo averiguas? —gruñó Covarra a Salazar—. Tenemos contactos en el LAPD. ¿Hay algo que sepan? ¿Cuál es la situación con Moe, Dime y los demás? ¿Quién los mató? ¿POR QUÉ SIGUES AQUÍ? ¡VE A AVERIGUAR ALGO! ¡ENCUENTRA A ESTE TIRADOR!

Salazar salió rápidamente de la habitación y respiró con más facilidad cuando estuvo en el pasillo. Los ataques de ira de Covarra eran legendarios. Podía entrar en modo de matanza brutal sin razón alguna cuando estaba de ese humor. El segundo al mando era un asesino a sangre fría, pero ni siquiera él deseaba estar cerca de Covarra cuando se ponía en ese estado.

Fue a un dormitorio y le dio una palmada en el trasero a una mujer, que soltó una risita. Le hizo un gesto con el dedo y, cuando ella se fue, llamó a un número.

—Necesito saber todo sobre esos asesinatos en Beverly Hills. Sí, esas mujeres —le dijo a un capitán de policía—. No —dijo amenazadoramente—. No quiero excusas. Quiero información. Te pagamos lo suficiente por esto.

Colgó y fue a buscar a Felix, que estaba subiendo a un vehículo lleno de otros sicarios.

—Ve también a la Calle Sexta. Interroga a la gente allí. Se fue por ese camino.

—No será fácil —dijo el matón, mirando hacia la casa—. ¿Qué cree Serpiente que deberíamos hacer? ¿Ir de puerta en puerta y decir que somos del Street Front y, oye, viste quién era ese tirador?

Salazar le sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Estoy seguro de que encontrarás una manera.

Hizo una seña a un conductor y le dio la dirección de Moe en la calle Oregon. Tenía que inspeccionar la casa del pandillero muerto él mismo.

COVARRA OBSERVABA LA ACTIVIDAD DESDE EL DORMITORIO DEL PISO SUPERIOR. SU RABIA SE había disipado, dejándolo amargado. Su pandilla era una de las más mortíferas de la ciudad. Incluso las más grandes y establecidas respetaban los límites de su organización. Solo los Armenian Bros se enfrentaban a él.

¿Podría ser el hombre de Janikyan? ¿Por qué se molestaría por dos mujeres?

Tenía un canal de comunicación con la pandilla rival.

—Toros —dijo en una llamada al traficante armenio—. Soy yo. ¿Tu pandilla estuvo involucrada en un tiroteo en Beverly Hills?

—Ya sé —espetó cuando el hombre graznó en respuesta—, que no es tu territorio. ¿Por qué no lo averiguas?

Arrojó el teléfono sobre la cama, se acostó en ella y miró fijamente al techo. La furia lo invadió de nuevo. Él era Francisco Covarra. Sus sicarios y enemigos lo llamaban Serpiente por su naturaleza asesina letal. Y aquí estaba, escondido en el sur de Los Ángeles por culpa de un motorista. Un solo hombre.

Encontraría a ese hombre. Lo mataría lentamente. Incluso podría beber su sangre.

22

Difiore golpeó brevemente la puerta de Lisa Dade y la abrió de inmediato, pero se detuvo tan abruptamente que Quindica chocó con ella por detrás.

La jefa de policía estaba de pie detrás de su escritorio, con los brazos en jarras. Frente a ella estaban Matteo, Cruz y un tercer oficial de policía que no reconocía.

—Volveremos —dijo apresuradamente e hizo ademán de cerrar la puerta, pero Dade hizo un gesto para que entraran.

—Pasen —gruñó la jefa—. Pueden quedarse a escuchar esto. Tienen autorización de seguridad. Conocen a Vance. Conozcan a los agentes de su grupo de trabajo: Diego Cruz, del LAPD, y ese es Gus Estrada del BHPD. Grupo de trabajo conjunto. Gus, Diego, esa es Peyton Quindica, agente especial a cargo del FBI, y Gina Difiore, del NYPD, pero asignada a Gina. Me están ayudando con algo.

Difiore tomó asiento a un lado de la oficina y su compañera se unió a ella. *No mencionó nuestra investigación*. Lo que significaba que los agentes de Matteo estaban en la oscuridad.

—Me están diciendo —continuó Dade como si no hubiera habido interrupción— que un motociclista puede atacar un convoy, a plena luz del día, en mi ciudad, ¿y salirse con la suya?

—No actuaba solo, jefa —Cruz se movió incómodo en su silla—. Esos dos autos, esos conductores probablemente estaban trabajando con él.

—No obtuvieron nada de esos vehículos. Dos hombres los compraron, pagaron con una tarjeta de crédito que tiene una dirección falsa. El reconocimiento facial no puede identificar a esos hombres. ¿Quiénes son? Los restos del dron... no pueden rastrear de dónde viene. Ese motociclista iba tras Covarra. Hay videos por todo internet. Es muy probable que Salazar también estuviera en ese vehículo.

—Covarra —Se inclinó sobre el escritorio y taladró a Matteo con sus ojos verdes—. El jefe del Frente Callejero de Los Ángeles. El tipo que hemos estado buscando durante meses. Pensábamos que él y Salazar estaban en México. Estuvieron aquí todo el tiempo, en esa casa en Hubbard. ¿Por qué no lo sabíamos?

Difiore esperaba que el detective ofreciera explicaciones. En cambio, asintió y se puso de pie. Sus agentes siguieron su ejemplo y se levantaron con él.

—Nos equivocamos —reconoció—. Lo haremos mejor.

—Háganlo —ordenó Dade—, antes de que este motociclista convierta esta ciudad en su campo de batalla personal. Este no es otro pandillero. El equipo que usó, los movimientos que hizo, el Motociclista Misterioso es un operador muy inteligente.

Se reclinó en su silla con un suspiro y miró pensativamente al vacío. Tomó su teléfono y le

dijo a su asistente que retuviera sus llamadas. —Sí, sé que el alcalde quiere hablar conmigo. Lo llamaré cuando termine.

—¿Han visto las noticias? —Hizo un gesto a sus visitantes para que ocuparan las sillas que el equipo de Matteo había ocupado.

—Sí, señora —respondió Quindica secamente mientras tomaba el asiento junto a Difiore—. Difícilmente podríamos haberlas perdido. Los videos se repiten en la televisión y por todo internet.

—¿Quién los tomó?

—Mucha gente —dijo la jefa de policía, dirigiéndose a Difiore—. Transeúntes, pasajeros en autos que se habían detenido... diablos, hay un clip desde la ventana de un dormitorio. De una de las casas del lado.

—Ese motociclista sabía lo que hacía.

—Era un profesional —coincidió la agente especial a cargo—. Sin movimientos desperdiciados. Eliminar esos autos de escolta fue una jugada genial.

—Perdonó a Covarra, lo que significa que quiere algo del hombre.

—Le arrojó algo.

—Un teléfono —Dade giró su pantalla hacia ellas y reprodujo un clip que había sido mejorado por los técnicos del LAPD—. Y aquí —adelantó el video y reanudó la reproducción—, parece que el Motociclista recibió un disparo en la espalda. Miren cómo se desvía.

—Llevaba armadura —exclamó Difiore.

—Encontramos su moto —Dade sonrió sin alegría ante su sorpresa—. Lo mantuvimos fuera de las noticias. No hay pistas allí. Quemada en un estacionamiento. Se ha ido. Un fantasma —Suspiró y agitó la mano en el aire como para alejar el tiroteo—. No vinieron aquí para discutir eso.

—No, señora —respondió Difiore—. ¿Matteo estuvo anteriormente en el departamento del sheriff?

—Sí, era ayudante allí. Fue responsable de desmantelar una pandilla de ayudantes en Compton.

Sus visitantes asintieron ante eso. Se sospechaba que el Departamento del Sheriff de Los Ángeles tenía varias pandillas de ayudantes en varias estaciones que acosaban a los prisioneros, plantaban evidencia, hacían la vista gorda ante algunos delitos, inflaban las tasas de arrestos e incluso mataban a sospechosos.

Esas sospechas se convirtieron en hechos cuando Matteo se presentó con evidencia sobre los Hermanos Azules, una pandilla de ayudantes que operaba en su estación, y su testimonio y evidencia llevaron al arresto de varios oficiales.

Matteo se había convertido en una celebridad por sus acciones y había aparecido en varios programas de entrevistas, pero también había recibido varias amenazas de muerte anónimas.

Renunció al departamento del sheriff y solicitó unirse al LAPD, donde había sobresalido y ascendido en los rangos.

—¿Qué hay con él? —preguntó la jefa de policía a sus visitantes.

—Es bueno —Difiore sonrió—. Estamos impresionadas con su conocimiento, la forma en que lleva a cabo sus investigaciones, su mantenimiento de archivos.

—Sí —Dade bajó la voz—. Esto no sale de esta habitación... podría ser Jefe de Detectives si continúa de esta manera —Miró su reloj—. Tengo que llamar al alcalde. ¿De qué querían hablar?

—Es sobre ese ataque a Sadler. Esos videos.

—¿Qué pasa con ellos? —la voz de la jefa de policía se agudizó—. ¿Tienen algo? ¿Por qué

no lo dijeron cuando Vance estaba aquí?

—Hay un hombre en la ciudad que tiene la motivación para ir tras Covarra. Y las habilidades para llevar a cabo ese ataque. Lo conoces.

Dade se levantó a medias y se aferró al escritorio. —Cutter —susurró suavemente. Tenían un acuerdo tácito de que se referirían a él solo por su nombre cuando estuvieran las tres solas.

—Sí, señora. Todas sabemos por qué está rondando por Los Ángeles. Podría haber regresado a Nueva York a estas alturas. No, sigue aquí porque quiere encontrar a los perpetradores. Sabe que el Frente Callejero está involucrado de alguna manera.

—Sabes de lo que es capaz —intervino Quindica—. Lo conoces desde hace más tiempo que nosotras.

—Yo misma le advertí —respondió la jefa—. Pero no está infringiendo ninguna ley.

—Hasta ese ataque —le recordó Difiore.

—Se lo diré a Vance. Puede que ya tenga a Cutter como sospechoso.

—Lo dudo. Hablamos con él ayer por la tarde y no mencionó nada sobre nuestro amigo.

Dade hizo ademán de coger su teléfono y se detuvo. —¿No es él su amigo?

—Lo es —asintió Quindica.

—¿Y el suyo? —La jefa dirigió esa pregunta a la detective del NYPD.

—Gina y Cutter tienen una relación complicada —dijo la SAC del FBI, sonriendo con picardía—. A ella le cae bien, pero nunca lo admitirá.

—Es un elemento incontrolable, un vigilante —gruñó la detective.

—Podría enfrentarse a una larga condena si lo arrestan —dijo la jefa.

—Él también es su amigo, señora —le dijo Difiore sin rodeos—. Creo que las tres pensamos de la misma manera. Cutter es cercano a todas nosotras, pero no obtiene privilegios especiales por eso.

—Haré que Vance lo investigue.

—Matteo no llegará a ninguna parte.

—Vance es bueno.

—Sí, señora. —Difiore se puso de pie y comenzó a salir de la oficina de la jefa con Quindica detrás—. Pero Cutter... Vance Matteo nunca se habrá encontrado con alguien como él.

23

El tema de su discusión estaba en la Fundación Lintock, en el vestíbulo mirando la televisión mientras esperaba a que Brae bajara.

—Eso sí que es algo —se rio un visitante cuando apareció el video del ataque a Sadler —. Ese motociclista... —silbó con admiración.

Tuve suerte de escapar sin heridas. Esos matones tardaron mucho en recuperarse; de lo contrario, podrían haberme liquidado.

No había recibido llamadas ni mensajes de Covarra.

No se pondrá en contacto tan rápido. Me estará cazando.

Por eso estaba en la Fundación.

Levantó la mirada cuando Judith bajó con Brae, quien le sonrió ampliamente.

—Judith me dijo que debería llamarte Amigo. ¿Es correcto? Seguramente tienes un nombre, ¿no?

—Amigo estará bien. —Sonrió. *Fue inteligente por parte de Judith no revelar mi identidad.* Llevaba el mismo disfraz que había usado cuando la rescató—. ¿Cómo te va?

—Este lugar es genial —dijo entusiasmada y se lanzó a explicar cómo iba su rehabilitación.

—¿Viste eso? —Señaló la televisión cuando ella terminó—. Alguien atacó a Covarra.

Ella se estremeció.

—Es lo único en lo que podía pensar cuando me enteré. Pero Judith me aseguró que nadie sospechará que estoy aquí. Estoy registrada bajo un nombre falso, y mi fecha de ingreso es una semana antes de cuando realmente llegamos. Me dice que la seguridad aquí es la mejor. Nadie puede entrar, la policía patrulla constantemente por aquí.

—Tiene razón.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le apretaba la mano.

Se sintió incómodo y miró con severidad a Judith cuando ella se rio suavemente de su incomodidad.

—Cualquiera te habría ayudado.

—No. —Brae negó con la cabeza decididamente—. Eso no es cierto. —De repente, sus ojos se abrieron de par en par—. ¿La policía te está buscando? —susurró—, ¿por Moe, Dime y los demás?

—Puedo cuidarme solo.

—No se lo diré a nadie —murmuró, inclinándose más cerca—. ¿Es por eso que viniste? No tienes que preocuparte. Ni siquiera se lo he dicho a Judith.

—Si la policía te interroga, cuéntales todo. Que yo —se señaló a sí mismo— te ayudé y te traje aquí.

—¿No van a...? Oh. —Se interrumpió—. Es un disfraz. Por eso Judith no dice tu nombre.

—Covarra —dijo, esquivando sus comentarios—, ¿sabes qué otros escondites tiene?

Ella lo miró durante un largo rato y luego miró la televisión. Se lamió los labios mientras el video se reproducía y le agarró el antebrazo con fuerza.

—Moe y Dime controlaban dos barrios en el Este de Los Ángeles. No sé mucho más allá de eso. La casa de Covarra en Hubbard, la dirección que te dije, la que fue atacada. —Había una mirada de complicidad en sus ojos—. Eso es lo que escuché cuando estaban hablando. Nunca conocí a Snake o Fuse.

—¿Recuerdas algo más? ¿Dónde más tiene lugares la pandilla? Deben almacenar sus drogas, dinero, en muchos sitios.

Ella frunció el ceño y se mordió los labios mientras miraba a lo lejos.

—Moe me llevó una vez a dar una vuelta —dijo lentamente—. En el Este de Los Ángeles. Calle Verona. Miró una casa y se rio. Dijo que el nombre de Fuse era suficiente para recordar esa dirección.

—¿El Parque Salazar? —Cutter conocía la zona—. ¿La casa estaba cerca?

—Sí. —Brae asintió—. Estaba en una esquina, recuerdo eso. Dijo que era valiosa. Me reí, dije que todas las casas en Los Ángeles eran caras. Él negó con la cabeza, empezó a hablar, pero cambió de tema.

Esperó y dejó que el silencio se prolongara hasta que ella negó con la cabeza.

—Eso es todo lo que recuerdo —dijo disculpándose.

—¿Algún otro lugar?

—No.

Una dirección habría sido mejor, pero aceptaría lo que ella le había dado. Era un punto de partida.

Judith ocupó el asiento de Brae cuando esta se había ido y le lanzó a Cutter una mirada penetrante.

—No soy estúpida —le informó—. Puedo sumar dos y dos. Por lo que está en la televisión, lo que ella dijo y lo que no dijo.

—Es mejor que no preguntes...

—No lo haré. He oído hablar del Frente Callejero. Espero verte en las noticias. Ya sea arrestado o muerto.

Sus amigos nunca dejaban de animarlo.

Sin embargo, tenía una dirección.

No, se corrigió. *Una calle y un parque. Podría reducirlo a partir de ahí.*

24

—Me puse en contacto con un capitán de policía que conozco —informó Salazar a Covarra esa noche—. Un grupo especial está investigando el asesinato en lo de Moe y también lo del motociclista. Él no tiene acceso.

—Toros, de los Hermanos Armenios, me llamó —asintió el jefe de Street Front y dijo con amargura—: No sabe nada sobre esas mujeres. No tiene el rango suficiente.

—Podemos organizar una reunión con Janikyan, en un lugar seguro, y preguntarle.

—¿Crees que dirá la verdad? —estalló el líder—. Ha estado invadiendo nuestro territorio. Ha atacado nuestros almacenes varias veces. Ha intentado atacarme. No. No nos reuniremos con él —caminó por la habitación mientras pensaba en voz alta—. ¿Cómo sabía ese motociclista dónde estábamos? Solo nuestros lugartenientes de más alto rango conocían esa casa en la calle Hubbard. Tú mismo investigaste a los guardias...

—¿Me estás acusando de...?

—No, idiota. ¿No crees que te habría matado si supiera que eras un traidor? ¡Moe! —agitó el dedo frente a la cara de Salazar—. Él y Dime conocían esa casa. Su asesino podría ser el motociclista.

—Podrías simplemente llamar a ese número y averiguar qué quiere.

—¡No! Necesito saber más. ¿Qué es lo que busca? ¿Por qué nos sospecha? Y —su voz se elevó—, YO SOY FRANCISCO COVARRA. SOY EL LÍDER DE STREET FRONT —las venas se le marcaban en la frente mientras gritaba—. NADIE VA A DICTARME NADA. ¿ENTENDIDO?

—Sí, Serpiente.

Covarra reanudó su paseo, aplacado por la respuesta apagada de Salazar. Se dio la vuelta en la pared y se detuvo de repente.

—¿Moe no tenía una mujer?

—Sí, jefe, pero está desaparecida.

—Averigua si alguien más la conoce. Puede que haya ido con amigos o familiares. Ella sabrá quién es ese asesino.

Echaba humo cuando el delegado se fue. ¿Por qué tenía que pensar en todo él? Fuse era su amigo, su delegado, pero había veces en que el hombre era lento para captar o comprender.

Levantó la mirada cuando su delegado regresó con un grito y los ojos brillantes.

—¿Encontraste a ese motociclista tan rápido? —le espetó Covarra.

—No, Serpiente. Pero estamos buscando en los lugares equivocados y haciendo las preguntas equivocadas.

—No estás teniendo sentido.

—Ese hombre preguntaba por qué matamos a esas mujeres. Debe tener alguna relación cercana con ellas.

Covarra lo miró fijamente. —Sí —susurró—, llama a nuestro capitán de policía. Averigua dónde se estaban quedando las mujeres. Si tenían familias...

—Lo hice. Una mujer vivía en East Hollywood. La otra era su hermana, estaba de visita. Sin hijos, sin otra familia. Pero —su voz se elevó de emoción—, un hombre de Nueva York recogió los cuerpos. Un amigo cercano.

—¿Dónde se está quedando?

—En la casa de ellas.

Covarra se frotó los dedos como si pudiera sentir el cuello del hombre entre sus manos.

—Envía gente. Tráiganlo.

25

Cutter fue a ver a Hubbard y recuperó su Durango, que no mostraba señales de haber sido registrado por la policía. Pasó por la casa de Covarra, que aún tenía una presencia policial considerable, tomó la avenida Eastman y giró a la derecha en el bulevar Whittier.

El atardecer era espectacular, con franjas anaranjadas en el cielo. Nubes oscuras se arremolinaban en la distancia, colgando pesadamente, y por un momento pensó que eran humo de los incendios de California.

No, negó con la cabeza. *El más cercano es Bobcat, en el Bosque Nacional de Ángeles*. El departamento de bomberos del condado lo estaba combatiendo, aún no estaba cerca, pero todos los residentes de la ciudad eran conscientes de la devastación ardiente y dirigían sus miradas al cielo con frecuencia, como si esperaran ver humo y llamas.

Apartó el desastre de su mente y condujo por la ciudad hacia su destino.

EL PARQUE SALAZAR ERA UNA GRAN ÁREA RECREATIVA EN EL BULEVAR WHITTIER. TENÍA espacios abiertos con equipos de juego, canchas de tenis y baloncesto, y un centro cubierto para diversas actividades.

Lo rodeó una vez. Whittier, avenida Ditmar, calle Dennison, avenida Alma y de vuelta a Whittier. No pudo detectar a ningún pandillero.

Condujo por Verona y examinó las diversas casas a cada lado. No vio a nadie que pareciera un delincuente. Fue hasta la avenida Eastman y regresó, disminuyendo la velocidad en su segunda pasada.

Brae dijo que la casa estaba en una esquina y cerca del parque. Podría ser cualquiera de las dos casas en los dos lados de la calle. Una tenía una cerca de madera, un árbol grande en la esquina de su jardín delantero, paredes pálidas y un techo plano. No se veía garaje ni entrada para autos. Había un viejo Toyota estacionado en la calle frente a ella. La residencia tenía un aire amenazante.

La de enfrente tenía un aspecto más alegre. Cerca de alambre, jardín delantero con un triciclo de niño y un tobogán, plantas en macetas y una entrada con una puerta de madera.

Cutter estacionó su Durango detrás del Toyota, salió y se estiró. Cruzó la calle hacia el parque Salazar, encontró un banco vacío y comenzó su reconocimiento.

LAS LUCES SE ENCENDIERON EN AMBAS CASAS MIENTRAS COMPRABA UNA HAMBURGUESA

vegetariana en un camión de comida. Un hombre salió de la casa con la cerca de madera hacia el Toyota. Sacó una bolsa de comestibles del maletero y entró. Cutter tomó fotografías discretamente con su teléfono y dirigió su atención a la otra casa, que también mostraba actividad. El hombre parecía tener unos sesenta años. ¿Serían los pandilleros tan mayores?

Un joven salió al jardín de la otra casa, recogió el triciclo y lo llevó adentro. *Encaja en el perfil. Parece hispano.* ¿Tendría familia? ¿Sería un padre soltero? ¿O vivía solo y algún niño lo visitaba durante el día?

Cutter gruñó al ponerse de pie e hizo un espectáculo de caminar pesadamente de vuelta a su Durango. Todavía llevaba el disfraz de gafas transparentes con el que Brae lo conocía, pero había añadido una franja gris a su cabello para darle un aspecto más anciano.

Tendré que volver con otro dron. Las imágenes térmicas le dirían cuántos ocupantes había en cada casa.

Regresó conduciendo y, en el último momento, cambió de opinión y se dirigió a la casa de Vienna en lugar de la de la avenida Sycamore.

Mucho más tarde, se preguntaría si fue ese movimiento caprichoso lo que condujo a todo lo que siguió.

26

Cutter aún estaba despierto a la una de la madrugada después de su regreso del Parque Salazar, con su aspecto real. Había quemado su disfraz y arrojado las cenizas en un contenedor de camino a casa.

Le había pedido a Werner que revisara las fotografías: el hombre mayor y la persona joven. Ninguno coincidía con los matones en la base de datos del programa de software.

Eso no significa nada. No todos los matones de Street Front estaban en la base de datos del LAPD a la que Werner tenía acceso. Incluso la persona mayor podría ser un señuelo.

Una de esas casas es el almacén de Covarra, donde guarda sus drogas para distribuirlas. Por eso Moe dijo que la casa era valiosa.

—Chad —llamó a su amigo, seguro de que estaría despierto.

—Me preguntaba cuándo llamarías —respondió secamente el armero.

¿Era tan predecible?

—Tengo más equipo para ti. HKs, Glocks, drones... Supuse que necesitarías abastecerte.

¡Sí, era así de predecible!

—Déjalo en un almacén de autoservicio. Ya no puedo arriesgarme a ir a tu casa. Tienes familia. No necesitas verte arrastrado en lo que estoy haciendo. ¡No! —interrumpió las protestas de su amigo—. Así es como será. Y si la policía viene a buscarte, diles todo lo que sabes.

—El LAPD no vendrá a buscarme. Cada arma, dron y granada que te di es imposible de rastrear.

Cutter colgó, inició sesión en una cuenta bancaria en el extranjero y transfirió una cantidad considerable a la cuenta offshore de Chad. Su amigo dirigía un negocio, no una organización benéfica.

Apagó las luces y se sentó en la oscuridad en la sala de estar de Vienna. Por un momento, creyó escuchar a Vienna y Arnedra riéndose de un chiste, y sus labios se curvaron involuntariamente en una sonrisa. Luego se enderezó, dándose cuenta de que la risa venía de afuera.

Tenía visitas.

27

Cutter sacó su Glock y miró a través de la ventana.

Tres hombres subían por el camino de entrada, separados, acercándose con cautela. Todos armados, iluminados por el resplandor de la ciudad.

Policías fue su primer pensamiento, que rechazó inmediatamente. Si algún policía viniera aquí, serían Matteo y Cruz, y tal vez Estrada. Ellos llegarían con confianza. Estos hombres eran matones del Street Front.

Lo que significaba que Covarra había hecho la conexión entre sus preguntas y la casa de Vienna.

¿Por qué eran tan evidentes en su llegada?

Las respuestas podían esperar. Se deslizó silenciosamente hacia la cocina mientras los oía subir los escalones. Fue a abrir la salida trasera hacia el patio, contuvo la respiración y la soltó aliviado cuando la puerta con paneles de vidrio se abrió sin hacer ruido. Se escabulló y la cerró detrás de él, con su Glock lista. Nadie vino al patio trasero.

Eso fue descuidado de su parte. Deberían haber cortado esta salida.

Se agachó mientras corría hacia el frente y se asomó por la pared delantera. Nadie en el porche. Nadie en la puerta ni visible en la calle.

Forzaron la cerradura fácilmente. Eso no le sorprendió, ya que Vienna no tenía ningún tipo de seguridad y sus puertas eran de estilo antiguo, con cerraduras obsoletas. *Revisarán este piso, uno o dos subirán a revisar los dormitorios.*

Tenía su armadura, tenía su Glock y varios cargadores de repuesto, y tenía su furia.

Cutter pisó el porche, dio un largo paso hacia la puerta, se agachó y echó un vistazo rápido. Nadie visible.

Se escabulló dentro y se estaba enderezando cuando una figura salió de la cocina, miró al techo y dijo en voz baja:

—No está aquí. Debe estar arri...

Se interrumpió y gritó fuertemente:

—¡ESTÁ AQUÍ!

Cutter le disparó antes de que el matón pudiera levantar su rifle, un doble impacto en el pecho justo cuando escuchó movimiento arriba y fuertes exclamaciones.

Se lanzó hacia adelante, atrapó al hombre que caía, apartó su arma de una patada y estaba levantándolo cuando sintió el aliento de aire contra su cuello, y entonces supo por qué los matones habían llegado de manera tan descarada.

Tenían más gente en la calle.

Que habían subido desde atrás en una emboscada.

28

Cutter se lanzó hacia un lado, pero no antes de recibir un golpe brutal en el hombro.

¡Eso no fue un disparo! Me quieren vivo, pensó vagamente mientras caía, se giraba y disparaba a ciegas.

Tres figuras más, una de las cuales le había golpeado y recibió uno de sus disparos, soltando un alarido. Entonces, la sala de estar estalló en sonido cuando los otros dos matones abrieron fuego, a los que se unieron los hombres que bajaron apresuradamente de arriba.

Sin embargo, Cutter ya no estaba en la sala. Se había rodado hacia la cocina inmediatamente al caer. Atravesó la puerta trasera de un golpe y corrió en dirección contraria, rodeando el lado más largo de la pared trasera, saltando sobre macetas y plantas, apresurándose para llegar al frente por la izquierda.

Se tiró al suelo al oír el crujido de una pisada. Un matón apareció por el costado y le disparó. La bala silbó sobre su cabeza, pero antes de que pudiera disparar de nuevo, Cutter se lanzó a sus pies, lo derribó y lo golpeó con su pistola hasta que el atacante quedó inmóvil.

—¡Julio! —gritó una voz desde el frente.

Se asomó por la esquina de la casa y vio a cuatro hombres apresurándose por el camino de entrada, uno de ellos cojeando lo más rápido que podía.

Les disparó, maldijo cuando falló y se agachó cuando una lluvia de disparos impactó contra la pared. Sintió movimiento detrás de él y rodó desesperadamente hacia un lado cuando Julio se incorporó sobre su codo y levantó su arma.

Cutter apretó el gatillo tan rápido como pudo en dirección al tirador mientras tierra y astillas de piedra le volaban a la cara y una bala le impactaba en el pecho.

Se arrastró hacia adelante con cautela cuando el tirador gimió y cayó de espaldas. Cutter le arrebató el rifle, listo para disparar, pero no fue necesario. El tirador estaba muerto.

Se deslizó hasta la esquina y maldijo en voz alta y prolongadamente cuando vio que el camino estaba vacío. Corrió a través del césped y saltó el muro, aterrizando en la acera, listo para disparar.

Todo lo que vio fueron las luces traseras del coche de los matones, desvaneciéndose en la distancia.

La policía llegó para cuando él había regresado a la puerta principal.

29

Cutter examinó al matón en la entrada de la cocina, el primer hombre al que había disparado. Muerto.

Se dejó caer en una silla y se limpió el sudor.

—Tira tu arma —ordenó Matteo mientras subía por el camino de entrada, flanqueado por Cruz, Estrada y varios oficiales, todos con sus armas apuntándole. Los francotiradores de la policía estaban apostados en el muro del frente, alerta ante cualquier actividad hostil. Las luces se habían encendido en varias casas vecinas, sus residentes despertados por los disparos. Creyó ver la cabeza de Naysha asomarse por encima del muro que compartían, pero se dio cuenta de que podría estar equivocado, ya que la policía había enfocado sus luces sobre él.

—¿Tienes más armas? —Matteo recogió su Glock por el cañón, entre el pulgar y el índice, y la dejó caer en la bolsa de plástico que Cruz sostenía abierta.

—No encima.

—¿Qué pasó aquí?

Les contó brevemente, mientras varios oficiales se desplegaban por la casa y sus alrededores y confirmaron su recuento de dos muertos.

—¿Quiénes eran? —Estrada regresó del interior de la casa y se unió a Matteo y Cruz.

—No me detuve a preguntar. Oí a los matones que escapaban gritar un nombre. Julio. Era el tipo que estaba conmigo, el que está muerto. ¿Revisaron sus cuerpos?

—Tatuajes de Street Front en ellos. —El detective miró a sus compañeros.

—¿Son pandilleros? —Cutter puso una expresión de asombro mientras se levantaba de un salto de su silla—. Pensé que eran una banda de invasión domiciliaria.

—¿No los registraste? —preguntó Cruz con incredulidad.

—Ya te lo dije. No tuve tiempo. ¿Por qué esa pandilla vendría por mí?

—Tú dinos.

—¡Ustedes son los policías! ¿Su investigación ha arrojado algo? ¿Por qué estaban Vienna y Arnedra en esa casa? Dijeron que Street Front era responsable...

—Dijimos que sus armas estaban en la escena.

—¿Han hecho algún progreso?

—No mucho —admitió Matteo—. También interrogamos a algunos de los sicarios de los Bros, pero como era de esperar, han negado cualquier implicación. Estamos tratando de concertar una reunión con Janikyan, pero no tengo muchas esperanzas. Quizás hayas oído sobre ese ataque a Covarra. Un motociclista...

—Sí, ¿creen que por eso envió a sus hombres aquí? ¿Por qué?

—Podría haber asumido que ese atacante era alguien cercano a las mujeres, buscando venganza...

—¿Crees que ese hombre era yo? —Cutter se rió con desdén—. Matteo, ¿eres lo mejor que tiene el LAPD? —preguntó con sorna—. Tienen dos mujeres muertas, un ataque al jefe de una banda de drogas en la calle, este tiroteo esta noche, y todo lo que están haciendo es especular. Arréstenme si tienen algo concreto que me vincule con ese motociclista. De lo contrario, muevan el culo e investiguen los asesinatos de mis amigas y a estos matones. Averigüen por qué estaban aquí.

—¿Por qué estabas *tú* aquí? —Cruz lo miró impasible—. ¿No te estás quedando en Sycamore Avenue?

—Parece que ustedes no están investigando mucho. Si lo hubieran hecho, sabrían que he heredado esta casa.

—Oímos sobre eso. —El detective aspiró entre dientes y miró especulativamente la casa—. Vienna y Arnedra deciden dejarte la casa a ti. Mueren. Alguien podría decir que tuviste algo que ver con sus...

Cutter se abalanzó sobre él y lo agarró por la camisa. La fuerza de su embestida los llevó a ambos por encima del porche hasta el suelo. La sangre y un ruido blanco rugían en sus oídos, mientras una rabia asesina lo llenaba. Golpeó repetidamente la cabeza del detective contra el suelo, se sacudió las manos de sus hombros, vagamente consciente de que estaba gruñendo, y luego varios hombres lo apartaron y la furia disminuyó lentamente y la noche volvió y la tierra comenzó a girar de nuevo y pudo oír y ver normalmente.

—¡BASTA! —rugió Matteo en su cara.

—La próxima vez que hagas una insinuación así —dijo Cutter, clavando sus ojos láser en Cruz—, será mejor que me arrestes. Porque te destrozaré y nada te salvará, ni siquiera el hecho de que seas policía.

Nadie se movió durante varios momentos, como si sus palabras estuvieran suspendidas en el aire, visibles.

—Cruz. —Matteo miró a su compañero, que se estaba sacudiendo el traje—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Lo has agredido —el líder del grupo de trabajo fulminó con la mirada a Cutter—. Podemos llevarte detenido.

—Adelante. Hagan algo. Por lo que veo, han estado sentados sobre sus traseros, jugando con los pulgares todo este tiempo.

El rostro de Matteo se ensombreció, pero antes de que pudiera hablar, Naysha Sutton habló por encima de la cerca.

—Cutter, Jonas y yo escuchamos lo que dijo ese policía. Si necesitas testigos, nos presentaremos.

—Señora Sutton. —El detective principal se volvió hacia la pareja y, en un tono destinado a desactivar la situación, dijo—: Eso no será necesario.

—Acusar a Cutter de matar a Vienna y Arnedra... eso es repugnante.

—Señora, nosotros no...

—¿Saben por qué nadie confía en el LAPD? Por esto.

Cutter ocultó su sonrisa mientras Naysha Sutton continuaba arrolladoramente, hablando por encima de Matteo, su ira apabullando a él y al resto de los policías hasta dejarlos en un silencio incómodo.

—Y —concluyó con un floreo de su dedo—, tenemos cámaras de seguridad. Dos de ellas

apuntan hacia la casa de Vienna. Pueden llevarse una copia de la grabación. Verán que Cutter actuó en defensa propia. Para que lo sepan —su voz se elevó en tono triunfal—, todavía están grabando. Habrán captado lo que acaba de pasar. Y escuchen esto, tenemos de esas cámaras elegantes que no solo tienen video sino también audio, en alta definición. Todo lo que han dicho y hecho está en cinta.

Los policías no tuvieron respuesta para eso.

30

Cutter fue a la jefatura del LAPD durante el día y repitió su declaración a Matteo y Cruz, quienes actuaron como si la confrontación de la noche anterior no hubiera ocurrido.

Estaba saliendo del edificio cuando sintió que lo observaban. Levantó la mirada y vio a Lisa Dade mirándolo desde dentro de un ascensor abierto. No sonrió, no se acercó; todo lo que vio antes de que se cerrara la puerta fue su expresión inescrutable.

Parece que soy sospechoso. Cree que ese motociclista era yo.

No le sorprendió. *Saben que no soy solo un espectador ocioso. No tienen nada más que sospechas. Ninguna prueba*.

Sabía que estaba jugando un juego peligroso. *¿Qué opción tengo? No han avanzado nada en sus investigaciones.*

—La declaración de Grogan se confirma. Las cámaras de seguridad del vecino tenían una buena vista del exterior de la casa. Mostraron a los matones entrando en la casa. Actuó para protegerse.

Matteo, el que hablaba, Cruz y Estrada en la oficina de Lisa Dade. Difiore y Quindica en sillas laterales, en lo que se estaba convirtiendo rápidamente en una configuración habitual para su informe diario.

—Lo vi yo misma —dijo Dade fríamente—. Todo. Me interesa más su conducta. Establecemos altos estándares aquí. No vi que los mantuvieran en casa de Grogan. Estoy decepcionada. Diego —arremetió contra Cruz—, ¿en qué pensabas cuando dijiste eso?

—Es una investigación en curso, señora. Todos son sospechosos. Grogan también...

—Dime que no lo investigaste. ¿Matteo?

—Sí, señora. Está limpio. No tiene conexión con los asesinatos de las hermanas. Diego solo lo estaba provocando, para ver si decía algo inadvertidamente, si se implicaba en el ataque de Sadler Avenue.

—El LAPD jugará según las reglas. Nos apegaremos a las normas. No recurriremos a tácticas desleales, no bajo mi supervisión. ¿Está. Claro? —les lanzó una mirada fulminante.

—Sí, señora —corearon los oficiales.

Las duras líneas de su rostro se suavizaron. —¿Estás bien? —le preguntó a Cruz.

—Sí, señora. —Dejó escapar una sonrisa compungida—. Grogan golpea fuerte.

—¿Alguna idea de quiénes eran esos matones?

—Tatuajes de Street Front en los hombres muertos, señora —respondió Matteo—. No

coinciden con ninguno de los matones que tenemos en los archivos, así que no hemos podido identificarlos. No tenían nada en los bolsillos. Nadie ha venido a reclamar los cuerpos. Hemos distribuido todas sus fotografías a nuestros informantes. Hasta ahora, nada.

—¿Por qué estaban allí?

—Nuestra teoría es que Grogan era ese motociclista. Covarra lo relacionó con la casa y envió a esos hombres. Sin embargo, no tenemos ninguna prueba. Si no eran hombres de Covarra, podrían ser prácticamente cualquiera. Una banda de invasión de hogares, como dijo Grogan.

Dade no dio ninguna indicación de que hubiera tenido una conversación sobre el motociclista con Difiore y Quindica. —¿No crees eso?

—No, señora.

—He leído tu informe. Ese dron en la casa de Covarra no tenía marcas; el número de serie fue limado. La pantalla de control estaba destrozada más allá del reconocimiento. Algunos de los casquillos en el tiroteo de Sadler Avenue eran de nueve milímetros. No hay conexión con ninguna arma en nuestro sistema. Esos conductores y coches y la moto... no tenéis nada.

—Sí, señora —respondió Matteo—. Pero aún creemos que Grogan es responsable de ese ataque. Nada más tiene sentido.

—¿Tenéis a alguien siguiéndolo?

—Sí, señora.

—Los descubrirá.

—Mi gente es buena, señora. Pondrán un rastreador en su vehículo.

—No sabéis a quién os enfrentáis.

—Jefa. —Estrada estiró las piernas—. Grogan se está enfrentando a una de las bandas más peligrosas de Los Ángeles. Está solo. Esto terminará de una de dos maneras. O el Street Front lo mata o lo arrestamos nosotros.

—Cutter Grogan es el hombre más peligroso que conozco, y he conocido a varios. Descubrirá a nuestros oficiales y los eludirá.

—Lo cual probará que tiene algo que ocultar.

—No. —Dade esbozó una sonrisa cansada—. Solo demostrará que no le gusta que lo sigan. Y no le gusta. Créanme. Lo conozco.

—Tenemos algo de experiencia con él —dijo Difiore, rompiendo el breve silencio—. Estamos de acuerdo con la jefa. Si yo fuera Francisco Covarra y supiera de Grogan, estaría asustada.

El detective del BHPD ignoró su intervención. —Suena como si lo admirara, jefa.

—Me cae bien; es un amigo. Estoy segura de que lo saben. Pero si viola la ley...

—Lo ha hecho. Solo necesitamos probarlo.

—Consigan pruebas y tráiganlo. No me verán deteniéndolos. Pero no pierdan de vista su grupo de trabajo. No se trata solo de Grogan.

CUTTER ESTABA EN EL ABAJENO, UN PEQUEÑO RESTAURANTE MEXICANO EN DEL REY QUE HABÍA descubierto hacía varios años.

Masticaba su tostada vegetariana y se empapaba de la atmósfera del pequeño restaurante. Paredes amarillas con arcos de ladrillo. Azulejos marrones. Mesas de madera con incrustaciones de cerámica. Fotografías en la pared. Música suave de fondo, y calidez y alegría.

Cerró los ojos en éxtasis mientras tragaba y bajaba la comida con un sorbo de su jugo.

Cuando los abrió, Difiore y Quindica estaban frente a él.

Se quedó boquiabierto de asombro. Parpadeó. No, no eran producto de su imaginación.

—¿Vosotras? ¿Aquí? —soltó.

—Sí —dijo Difiore sin expresión.

—Me echasteis de menos —se rió entre dientes—. Me echasteis tanto de menos que me seguisteis desde Nueva York.

—No te echamos de menos —gruñó ella, agarró una silla y se dejó caer en ella.

—Sé lo que se siente —le dio una palmadita en la mano—. Ese vacío interior cuando tu mejor amigo desaparece. Debe haber sido difícil vivir con ella —se dirigió a Quindica con simpatía.

Difiore le clavó un tenedor en la mano. —No eres mi mejor amigo.

Él sonrió y le guiñó un ojo cuando vio que la agente del FBI ocultaba una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti, detective Gina Difiore, que no me echaste de menos pero me seguiste por todo el país?

—No uses mi nombre de pila.

—Me diste permiso. En Nueva York.

—Eso fue entonces.

Difiore era así. Se mostraba dura, indiferente y hostil, pero por dentro era blanda como gelatina.

—¿Cómo me encontraste?

—Somos policías —resopló ella.

La vio mirando el menú en las pizarras colgadas sobre el mostrador. —Todo está bueno —anunció—. Puedo dar fe de los platos.

—Eres vegetariano. ¿Qué sabrás tú?

—He traído amigos aquí.

Hizo un gesto con la mano para llamar al camarero, quien tomó su pedido y desapareció. Los miró expectante cuando se quedaron solos, pero ninguno de sus visitantes rompió el silencio.

Quindica examinó el restaurante con ojos curiosos mientras Difiore seguía mirándolo con ojos inexpresivos. Como un lagarto observando a su presa.

—No hables —ladró ella cuando él iba a hablar.

En ese momento llegó la comida, lo que le ahorró una respuesta.

Comieron en silencio y, por sus expresiones, pudo ver que era tal como él lo había anunciado.

—Estuvo bueno —admitió la detective a regañadientes y lo fulminó con la mirada cuando él levantó el puño en señal de triunfo.

—Cutter —Quindica se limpió los labios con una servilleta de papel—. Vuelve a Nueva York. Deja lo que estés haciendo.

—Estoy disfrutando de la compañía de mis amigos, eso es lo que estoy haciendo.

—No. Te. Hagas. El. Inocente. —Difiore puntuó sus palabras con golpes de dedo en el aire —. Eres ese motociclista.

—No sé de qué me hablas, y no veo cómo es asunto tuyo.

—Estamos trabajando con el LAPD —explicó Quindica—. Un alcance e investigación similar a lo que hicimos con el NYPD. Rolando liberó a Gina y la asignó a mi grupo de trabajo.

—¿Están investigando esos asesinatos? Matteo y Lisa no mencionaron la participación del FBI.

—No. Eso es de Matteo. Sabes lo que investigamos. Pero estamos al tanto de las investigaciones de las pandillas.

—¿Están aquí oficialmente?

—No.

—Grogan —había algo en los ojos de Difiore que no pudo identificar—. Le dijimos a Matteo que el motociclista podrías ser tú. Eres sospechoso.

Pinchó un trozo de tostada que quedaba y se lo comió. La miró con su cara de póker. —Vi ese video en las noticias. Ese hombre era bueno, ¿no?

—¿Oíste lo que dije? Los policías creen que tú eres el del tiroteo.

—Eso no es novedad para mí. Matteo me acusó de eso anoche. Incluso tiene policías siguiéndome. Los perdí de camino aquí. —Sacudió la cabeza con decepción—. Pensé que el LAPD tenía mejores oficiales. Detecté a esos dos fácilmente.

—Estás libre porque no tienen ninguna prueba.

—¿Vas a ser mi soplona, Difiore? ¿Me dirás si Matteo encuentra algo?

Sus ojos ardieron ante eso. —Aléjate —dijo en voz baja.

—No puedo —dijo, malinterpretando deliberadamente sus palabras—. Aún no he pedido el postre.

Ella maldijo suavemente y se puso de pie. Metió la mano en el bolsillo trasero, sacó su billetera y arrojó varios billetes sobre la mesa. Salió del restaurante sin decir una palabra más.

Quindica se quedó un momento y lo miró especulativamente. —No vas a retroceder.

—Te lo dije, voy por los pasteles...

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano, pensó en decir algo, cambió de opinión y salió.

Cutter los vio marcharse con tristeza y se preguntó si los había perdido como amigos.

Espero que no.

Hizo una señal al camarero y realizó su pedido.

No había forma de que se perdiera los dulces de El Abajeno.

—NO SE DETENDRÁ —DIJO QUINDICA MIENTRAS SE ACOMODABA EN EL COCHE Y SE ABROCHABA el cinturón.

—¿Eso es lo que te dijo? —Difiore encendió el motor y salió del estacionamiento.

—No, fingió que hablábamos de comida.

Las manos de la detective se tensaron en el volante cuando llegó a un semáforo en rojo y se detuvo.

—No retrocederá. No se quedará de brazos cruzados. Seguirá haciendo lo suyo sin importar la investigación de Matteo.

—Hasta que Covarra, o quienes sean los asesinos, estén muertos —asintió Quindica.

—O él lo esté.

Ninguna dijo una palabra después de eso hasta que llegaron al cuartel general.

—Hola, Matteo —saludó Difiore al detective cuando salía de una oficina—. Esos policías que estaban siguiendo a Grogan...

—Lo perdieron.

—Estaba en El Abajeno hace media hora. Podría seguir allí si tus hombres se dan prisa.

Matteo la miró fijamente mientras alcanzaba automáticamente su teléfono. —¿Cómo lo sabes?

—Estábamos almorzando allí cuando lo vimos.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Quindica cuando se quedaron a solas.

—Divirtiéndome —dijo la detective, con los ojos brillantes—. Tenemos asientos de primera

fila para el espectáculo de Cutter Grogan.

31

Cutter detectó a los policías cuando iba por la autopista de Santa Mónica.

Los mismos tipos, el mismo Chrysler sin identificación, tres coches atrás. Esta vez llevan gafas de sol, como si fuera un disfraz.

Apuesto a que Difiore le dijo a Matteo dónde estaba. Sonrió con sarcasmo mientras continuaba y tomaba la salida hacia la autopista del Puerto. Se dirigió al Centro de Convenciones de Los Ángeles y condujo sin rumbo por su inmenso estacionamiento; efectivamente, el Chrysler lo siguió.

Los policías no habían hecho nada malo. Se habían alternado entre seguirlo y adelantarlo, manteniéndose siempre a varios vehículos de distancia, ya fuera detrás o delante. Sin embargo, Cutter era un veterano curtido en batalla que había vivido encubierto en territorio terrorista. Su radar interno se había activado y, después de varias maniobras de contra vigilancia, había detectado a los policías.

Sin embargo, necesitaba deshacerse de ellos otra vez.

Chad ha guardado las armas en Union Station. No puedo dejar que los policías me vean recogiéndolas.

Salió del recinto de la conferencia y condujo hacia el centro de Los Ángeles, haciendo giros aleatorios, entrando y saliendo de calles sin motivo. Aparcó en una bahía cerca del Grand Central Market y saltó de su vehículo. Hizo un espectáculo hablando en voz alta por su teléfono móvil y gesticulando furiosamente. Entró y se unió a cientos de compradores. Navegó por varios puestos y, en la sección de comida, se metió en medio de una multitud de turistas y perdió a sus seguidores.

Se apresuró a salir por la calle Third y corrió hacia Office Depot en la calle Second, donde había aparcado el Tahoe.

Los policías saldrían del mercado y mantendrían los ojos en su Land Cruiser.

Se rio entre dientes y condujo hasta Union Station, a las taquillas de Amtrak. Sacó el billete en su teléfono móvil que Chad le había enviado. Se lo mostró al encargado del almacén de equipajes, quien desapareció y regresó con una bolsa de gimnasio.

—Eso pesa mucho —gruñó.

—Sí, equipo de esquí.

Cutter volvió a su Tahoe y lo tiró en el espacio de carga. Abrió la cremallera rápidamente y silbó de admiración cuando vio el equipo que su amigo había empacado. Explosivos C4, varios detonadores, Glocks de repuesto, cuchillos, cargadores, más drones y equipo.

Esto es más de lo que necesito. Hizo una nota mental para aumentar la cuenta bancaria de

Chad con un pago adicional.

Condujo hasta su casa en Sycamore, la revisó para asegurarse de que no hubiera vigilancia policial, y entró. Regresó con más equipo y condujo hacia el este de Los Ángeles, donde se registró en un motel bajo una identidad falsa y se quedó allí hasta que cayó la noche.

Salió cuando oscureció y encontró un espacio para aparcar en la avenida Dittmar. Se cambió al disfraz de persona mayor dentro de su vehículo, se acomodó en el asiento del conductor y sacó un libro para leer.

CUTTER HIZO SU MOVIMIENTO A LAS TRES DE LA MADRUGADA, MIENTRAS LA CIUDAD DORMÍA.

Sacó el dron y lo hizo volar alto sobre la calle. El primer reconocimiento fue sobre la casa con la valla de madera. La imagen térmica era clara. Dos figuras en un dormitorio. Una tenía el tamaño del hombre mayor, la otra era más pequeña. *Su esposa o pareja.*

¿Serían matones de Street Front?

Dudoso. Las bandas criminales no reclutaban de ese grupo de edad.

Navegó el dron hacia la segunda casa y sonrió fríamente en la oscuridad cuando vio las formas de cuatro hombres. Dos de ellos estaban en la sala de estar, uno en cada uno de los dos dormitorios.

Frunció el ceño cuando recordó el triciclo. Volvió a revisar su pantalla. Ni niños, ni mujeres.

Se reclinó y lo pensó. Si Brae tenía razón, entonces una de esas casas era de Street Front. A juzgar por los ocupantes, la de la valla de alambre era la más probable.

Esa bicicleta de niños podría ser falsa. Para presentar una imagen engañosa.

Inspeccionó la casa de nuevo. Dos salidas. Una, un camino de entrada que se abría a Dittmar; la otra, la que había detectado hace dos noches, la entrada desde la calle Verona. Una sala de estar frente a esa calle, mientras que los dos dormitorios estaban junto al camino de entrada. Un garaje que no mostraba signos de ocupación.

Revisó las residencias vecinas. La que estaba detrás de la casa objetivo era más pequeña. Una familia de cuatro. La casa contigua en Dittmar tenía tres ocupantes, una pareja y un niño. Más familias en las siguientes dos.

Cutter estaba aparcado frente a la cuarta casa desde la casa objetivo, en Dittmar. *Todas ellas tienen parcelas más grandes, patios traseros más grandes, que esa.*

Solo había una forma de estar seguro si esos cuatro hombres eran pandilleros.

32

Cutter salió del Tahoe y caminó lentamente por Dittmar. Un coche ocasional pasaba, las farolas brillaban en naranja en la noche, nadie más en la acera.

Giró a la derecha en Verona y examinó varios coches aparcados. Rompió las ventanas de tres de ellos con la culata de su Glock, cruzó Dittmar corriendo y se tiró en el trozo de césped frente al Parque Salazar.

Se puso las gafas de visión nocturna y las enfocó hacia Verona mientras las alarmas de los coches sonaban estridentemente en la noche.

El anciano salió a la puerta de la casa con valla de madera a la izquierda. Estaba en pijama y escudriñó en la oscuridad. Negó con la cabeza y volvió adentro. *No, este no es un pandillero. No iba armado.*

Se encendieron las luces en más casas y sus residentes salieron. Las voces se alzaron cuando los dueños de los coches descubrieron el estado de sus vehículos. Cutter los ignoró.

Estaba observando la casa con la valla de alambre, donde se había abierto una puerta y habían salido dos hombres. Ambos barbudos, de pie muy juntos, ninguno se aventuraba a salir a la calle.

Lo que le interesaba era lo que llevaban. AR-15, por el aspecto de los rifles.

Ya tenía su respuesta.

Regresó a su vehículo cuando todos los residentes desaparecieron de vuelta en sus casas. Lanzó el dron de nuevo, y parecía que las figuras en la sala de estar eran las que habían salido. Los del dormitorio no se habían movido.

Cutter se cambió a unos pantalones de combate y un chaleco oscuro que se puso sobre su armadura. Se puso una chaqueta encima y se ató el HK a la espalda, puso su Glock en la funda y se metió gas lacrimógeno y granadas aturdidoras en el bolsillo. Se puso unos guantes finos en las manos y comprobó que su disfraz estuviera intacto.

El dron tenía otra hora de vuelo, después de la cual volvería a su lugar de lanzamiento.

Tiempo suficiente para ejecutar su ataque.

Salió del Tahoe y bajó de nuevo por Dittmar y fue al primer coche en Verona. Se agachó y colocó un explosivo de control remoto en su chasis.

Volvió a Dittmar y bajó por el camino de entrada de la casa frente a la que había aparcado. Ignoró las cámaras de seguridad. *Grabarán a un hombre de aspecto anciano.*

Saltó la valla y aterrizó en el jardín trasero del vecino. La tercera casa desde la de los pandilleros. Se encendió una luz activada por movimiento mientras corría silenciosamente sobre el césped suave y trepaba la siguiente valla, cayendo en el patio de hormigón de la casa vecina.

Un perro ladró desde el interior. Maldijo y se apresuró hacia la barrera de madera de dos metros de altura, más allá de la cual estaba la residencia objetivo.

Miró una vez a las puertas de cristal de la casa donde estaba el perro ladrando. Aún no se habían encendido las luces. Esperaba que siguiera así. Solo necesitaba unos minutos más.

Consultó la pantalla del dron. No había cambios en el estado de los ocupantes. Los mismos dos hombres en la habitación delantera con vista a Verona, los otros en sus dormitorios. *Probablemente están en algún tipo de guardia, turnándose en parejas.*

Detonó el explosivo, que explotó con un sordo pero audible *bum*. El coche iluminó su pantalla con un destello brillante mientras estallaba en llamas.

Pasaron varios momentos, y luego se encendieron las luces en varias casas.

Los dos pandilleros en la sala se movieron. Fueron a la puerta y salieron de la casa para inspeccionar el coche en llamas.

Los hombres en el dormitorio se levantaron y también salieron. Sin embargo, uno de ellos esperó en la sala, mirando por la ventana, mientras el otro llegó a la puerta del camino de entrada, la abrió y se quedó allí.

Ladridos de perro desde la casa a su izquierda. Un pandillero justo al otro lado de la valla. Otros dos fuera de la casa en Verona. Un cuarto dentro de la residencia. Mucha gente arriba y abajo de la calle, a juzgar por las voces que le llegaban.

Era hora de atacar.

33

Cutter echó un último vistazo a la pantalla para comprobar las ubicaciones de los sicarios. *Todos están armados.* Sin embargo, el que estaba en la puerta del camino de entrada parecía relajado. *No ha visto ninguna amenaza por ese lado.*

Fijó la pantalla a su chaleco con tiras de velcro y cerró la cremallera de su chaqueta por encima. Sacó un pasamontañas y se lo puso en la cabeza. Se lo ajustó sobre los ojos de modo que las gafas transparentes quedaran visibles. A menudo usaba disfraces no solo para ocultar su aspecto real, sino también para dar algo que recordar.

Retrocedió tres pasos, repasó su movimiento en su mente y echó a correr.

Con dos zancadas largas, llegó a la valla. Plantó su pie izquierdo en lo alto y la saltó con facilidad, usando la mano izquierda para equilibrarse.

El matón lo estaba mirando directamente, con el rostro arrugado. *¡Perro! Está molesto por sus ladridos.* Esa expresión cambió a sorpresa y luego a alarma cuando Cutter aterrizó suavemente sobre la punta de sus pies.

Se abalanzó hacia adelante con un movimiento suave y animal, como si la noche se apartara para él. Apartó el rifle que se alzaba con facilidad, pero mantuvo su agarre lo suficiente para controlar el movimiento lateral de modo que no golpeara contra el marco de la puerta.

Su Benchmade cortó el aire y se deslizó en el pecho del matón con facilidad mientras su impulso y la fuerza de su estocada hacían que la hoja atravesara la piel, la carne y los músculos. Su mano izquierda soltó el rifle y aplastó los labios del encapuchado para ahogar su grito de advertencia. Se convirtió en un gemido cuando el cuchillo retrocedió y apuñaló varias veces en un borrón de movimiento.

Cutter lo tumbó suavemente, recuperó su AR-15 y entró en la casa. Dejó el rifle en el suelo y, agachándose, se movió rápidamente dentro de la residencia. Cocina, comedor y, más adelante, la sala de estar. Sonidos desde la calle. Voces enojadas y alarmadas que habían ahogado los sonidos de su ataque.

El matón estaba contra la ventana, observando con cautela a través de una rendija en la cortina. De repente se puso rígido, como si le hubiera alertado un reflejo en la ventana, y se lanzó hacia un lado.

Cutter estaba anticipando el movimiento. Se lanzó sobre el sicario, gruñó cuando el borde duro del rifle le golpeó el costado, y luego estaba encima del encapuchado, que estaba golpeando furiosamente, tratando de recuperar el control del AR-15.

No puedo dejar que dispare. Eso alertará al vecindario. Era por eso que había optado por el Benchmade. Le dio un cabezazo salvaje al matón. Bajó el mango de su Benchmade sobre la

frente del encapuchado y estaba levantando la mano para otro golpe cuando el roce de un pie lo alertó.

Agarró al matón con una mano, se giró sobre su espalda, haciendo que el matón rodara encima de él, y lo empujó con todas sus fuerzas hacia los dos hombres que habían entrado en la sala de estar por la puerta del camino de entrada.

Rodearon la casa y vinieron por ahí. Deben haber visto a su amigo muerto pero no dispararon. Me quieren vivo.

El hombre al que había atacado se deslizó por el suelo e hizo tropezar a un matón. Cutter se impulsó del suelo con su mano izquierda y golpeó al Matón Tambaleante en el vientre con su cuchilla. La extrajo en un borrón de movimiento y envolvió su brazo izquierdo alrededor del cuello del hombre y los envió a ambos embistiendo contra el cuarto encapuchado, que estaba saltando para alejarse y tener espacio para disparar.

Los tres cayeron en un enredo de cuerpos, sus armas repiqueteando en el suelo. Cutter, encima, apuñaló indiscriminadamente con su cuchillo hasta que vio los ojos aterrorizados del Cuarto Encapuchado.

—No hables. No te muevas —susurró—, o te cortaré el cuello y te dejaré desangrar hasta morir.

El hombre asintió tontamente.

Se levantó con cautela, con su cuchillo listo, y volteó al Hombre Tambaleante. El matón estaba más allá de toda ayuda. La sangre brotaba de su boca mientras yacía de espaldas, mirando al techo.

Lanzó una mirada rápida al Encapuchado de la Ventana, que aún estaba vivo y, mientras observaba, se lanzó por un rifle. Cutter dio un paso con su pie derecho y derribó al hombre con una patada brutal que lo tiró al suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al Cuarto Encapuchado.

Levantó su Benchmade de manera amenazante cuando el matón no respondió inicialmente.

—Ernesto —El encapuchado se lamió los labios.

—Levántate.

Observó alerta mientras el matón se ponía de pie.

—Tu amigo en el camino de entrada...

—¡Está muerto! ¡Tú lo mataste!

—Deberías haberme disparado, tuviste la oportunidad.

—Snake te quería vivo...

Se interrumpió abruptamente.

—Cierra la puerta de entrada. Si gritas, estás muerto.

El matón siguió sus órdenes sin resistencia. Ató y amordazó al Encapuchado de la Ventana y arrastró al Matón del Camino de Entrada dentro de la casa y cerró la puerta trasera.

—Siéntate —Cutter señaló una silla junto a la ventana—. Snake me quería vivo... ¿quién cree que soy?

Ernesto lo miró desafiante durante varios momentos y luego apartó la mirada.

No hay tiempo para interrogatorios educados, y con ese pensamiento, Cutter hundió su cuchilla profundamente en el muslo del matón y apretó su mano izquierda sobre la boca del hombre para ahogar su grito.

—Te hice una pregunta —gruñó, luego retiró su mano para dejar que el hombre respondiera.

—NO... LO... SÉ... SNAKE... NOS... DIJO... QUE... ESTUVIÉRAMOS... ATENTOS... A... QUIEN... VINIERA... Y... LO... CAPTURÁRAMOS... VIVO.

Cutter lo apuñaló en el hombro y se estremeció cuando Ernesto le mordió la palma de la mano por el dolor.

—ES... VERDAD... —gritó el matón.

—¿Por qué están aquí? ¿Qué hay en esta casa?

El encapuchado apartó la mirada.

—¡OXY! —chilló cuando Cutter le agarró del cuello y le acercó la hoja al ojo.

—¿Dónde?

—En la encimera de la cocina. En el almacenamiento debajo.

Cutter lo miró sorprendido y retrocedió con cautela hacia el fregadero. Extendió la mano detrás de él, buscó el pomo de la puerta de la encimera y la abrió. Echó un vistazo rápido y silbó sorprendido al ver la caja de cartón llena de bolsitas.

La encimera tenía forma de L, con varias puertas debajo de su superficie cerámica. Las abrió todas y encontró una caja más.

Sintió el movimiento de Ernesto antes de oírlo. Se agachó sin mirar atrás, agarró al hombre que se abalanzaba por el cuello y le estrelló la cara contra la encimera.

Ernesto aulló de dolor. Su segundo grito se convirtió en un jadeo ahogado cuando Cutter le propinó un puñetazo en el estómago.

—No me dejas otra opción. —Empujó al pandillero a una silla y le ató las muñecas con bridas. Aseguró las piernas de Ernesto a la silla con una cuerda que encontró en la cocina.

Apartó la mesa del comedor y sacó las cajas de cartón, colocándolas en el suelo. Sacó un paquete y lo sopesó en su mano.

Oxy mexicano: reconoció las pastillas azules. Fentanilo cocinado en laboratorios al sur de la frontera y distribuido por los cárteles.

La droga sintética estaba reemplazando rápidamente a la heroína en el tráfico ilegal de drogas. *Cada pastilla se vende por diez a veinte dólares en la calle*, reflexionó mientras inspeccionaba una bolsita. Recordó el informe de Matteo sobre el Street Front, que parecía haber ocurrido hace años. *Covarra está vinculado al Cártel de Juárez. De ahí obtiene su suministro*. La cantidad de bolsitas sugería que la casa tenía cerca de un millón de dólares en narcóticos.

—¿Este es tu almacén? —le preguntó al pandillero—. ¿Dónde guardas las drogas para distribuir?

Ernesto intentó mantenerse desafiante, pero agachó la cabeza y asintió cuando Cutter se movió de manera amenazante. —Sí —murmuró.

—Street Front es una banda grande. —Cutter se rascó la mejilla mientras recorría la cocina —. Este no puede ser el único almacén que tienen. —Agarró el pelo de Ernesto y le tiró de la cabeza hacia arriba—. ¿Dónde están los otros?

—¡NO LO SÉ! —chilló el pandillero—. ¡SOLO VIGILO ESTE!

—Por supuesto que lo sabes —se burló—. Estás custodiando esta cantidad de drogas, lo que significa que Covarra confía en ti. Formas parte de su círculo íntimo. Sabrás dónde están los otros lugares. Una banda como la vuestra no depende de un solo punto de almacenamiento. —Inspeccionó su Benchmade, girándola de un lado a otro para hacer brillar el metal.

De repente, se abalanzó hacia su cautivo con la punta del cuchillo en alto.

Ernesto gritó y cayó al suelo mientras se echaba hacia atrás con las piernas.

—¡PARA! —Suplicó—. ¡BOYLE HEIGHTS! ¡AVENIDA FOREST!

—¿Ahí es donde está otro almacén?

—¡SÍ, SÍ, ES EL ÚNICO QUE CONOZCO!

Cutter lo levantó y pasó la hoja por la parte delantera de su pecho, haciendo un corte fino que

inmediatamente empezó a sangrar.

El pandillero miró hacia abajo horrorizado y luego hacia arriba. Su boca trabajó durante varios momentos antes de que saliera algún sonido. —¡NO CONOZCO OTROS LUGARES! ¡LO JURO! —aulló—. ¡ESE ES EL ÚNICO!

—¿Es del mismo tamaño que este?

—MÁS GRANDE. MÁS GUARDIAS.

—¿Cuántos?

—NO LO SÉ. SOLO FUI ALLÍ DOS VECES.

Cutter lo evaluó. El pandillero estaba sudando, ensangrentado, y su cara estaba surcada de lágrimas. La desesperación en su voz era inconfundible.

Está diciendo la verdad.

—¿Dónde está Covarra?

—NO LO SÉ. RECIBO ÓRDENES DE FUSE, NO DE ÉL. NO ME REÚNO CON ÉL.

—¿Dónde está Salazar?

—NO LO SÉ. LO JURO. ÉL ME LLAMA.

Cutter registró los bolsillos del encapuchado y encontró su teléfono móvil. Revisó el registro de llamadas y encontró varias entrantes. *Número oculto*.

Eso no le sorprendió. El Street Front no se había convertido en una de las principales bandas de la ciudad por nada. *Probablemente usan teléfonos desechables y proxies para sus llamadas.*

Arrojó el teléfono de vuelta al encapuchado y registró la cocina y el cuarto de servicio, y luego fue al garaje, donde encontró una lata de queroseno. Lo roció generosamente sobre los paquetes y, mientras Ernesto observaba con los ojos muy abiertos, les prendió fuego.

—Dile a Covarra que me llame —dijo con una sonrisa y desapareció en la noche.

34

Francisco 'Snake' Covarra observaba a Ernesto con ojos de lagarto mientras Salazar interrogaba al pandillero.

Tenían un protocolo. Los guardias de cada tienda debían reportarse cada hora con sus tenientes. Si no se producía la llamada, la pandilla enviaba matones al lugar para investigar.

Ernesto y su gente no se habían reportado la noche anterior. Sin embargo, antes de que esa información llegara a Salazar, un pandillero le había alertado sobre un coche en llamas en Verona. El subalterno había enviado inmediatamente a varios pandilleros, quienes llegaron a la casa y descubrieron la escena.

Se llevaron a Ernesto a toda prisa antes de que llegara la policía, dejando atrás a los pandilleros muertos.

Era una regla de la pandilla. Los que morían en los ataques eran dejados en la calle para que los perros orinaran sobre ellos y los pájaros los picotearan, hasta que la policía o las autoridades de la ciudad se llevaran sus cuerpos. Covarra no tenía uso para aquellos que fracasaban. Sin embargo, cuidaba bien de sus familias.

—¿Era él el motociclista?

—No lo sé, jefe —gimió Ernesto al sacudir la cabeza—. Llevaba una máscara. Parecía ser del mismo tamaño, pero no puedo estar seguro. —Se inclinó hacia adelante en su silla, haciendo una mueca por sus heridas. Un médico de la pandilla había limpiado sus heridas, las había vendado, declarado que viviría y le había dado analgésicos.

Su rostro se iluminó cuando un recuerdo lo golpeó. —Llevaba gafas. ¿El motociclista las tenía?

Todos los pandilleros en la habitación se volvieron hacia Salazar y Covarra.

—¿Cómo voy a saberlo? —gruñó el líder de la pandilla—. Llevaba un casco. ¿Este hombre hablaba inglés?

—Sí, jefe. Español también. Sin acento.

—Debe ser el mismo hombre —le dijo el subalterno a su líder—. ¿Quién más sabría sobre el teléfono?

—¿CÓMO SUPO DE ESE LUGAR? —tronó Covarra.

Nadie se atrevió a responder.

—Fuse —preguntó Covarra con voz sedosa—, ¿crees que tenemos un soplón?

—No. —El subalterno negó con la cabeza—. Si tuviéramos uno, ¿por qué atacar ese lugar? Podría haber ido tras el más grande en Boyle Heights.

—El soplón podría no conocer ese lugar.

—No tenemos filtraciones. Yo mismo investigo a nuestros soldados senior.

—ENTONCES CÓMO...

—Debe ser la mujer de Moe. Él y Dime lo sabían todo. Ese tonto debe haberle dicho algo en la cama.

—¿POR QUÉ NO LA HAS ENCONTRADO AÚN?

—Ha desaparecido, jefe.

Covarra se movió tan rápido que pilló a Salazar desprevenido. El jefe de Street Front agarró a su amigo por la camisa, sacó un cuchillo de su bolsillo y lo apuntó a su barbilla.

—Fuse, ¿cuánto tiempo hemos sido amigos?

—Desde la infancia, Snake —jadeó el subalterno.

—¿Qué te sigo diciendo?

—Que no dudarás en matarme si te fallo.

—Entonces, no lo hagas. —Empujó a Salazar bruscamente—. Encuéntrala. Tráemela.

—Sé adónde irá.

Covarra se volvió lentamente hacia el que hablaba, Ernesto.

—¿Lo sabes? —preguntó suavemente—. ¿Cómo?

—Me torturó, jefe. Me hizo revelar el lugar de Forest Avenue. Creo que irá allí.

El líder de la pandilla jugaba con su cuchillo mientras la habitación quedaba en silencio. Se agachó frente al pandillero mientras el hombre se lamía los labios.

—¿Se lo dijiste?

—Intenté resistir, jefe —tartamudeó Ernesto—. Así es como obtuve estas heridas.

—Erais cuatro en esa casa. Todos armados. Él estaba solo. Os atacó con un cuchillo, ni siquiera con un arma. ¿Sabes lo que les hago a los que me fallan?

El sicario empezó a sudar.

Covarra sonrió de repente y le dio una palmada en el hombro. —No te mataré, Ernesto. Eres la única persona que lo vio de cerca.

—Fuse. —Se puso de pie—. ¿Cuántos hombres tenemos en Forest Avenue?

—Diez.

—Duplícalos.

—Esa casa no es lo suficientemente grande, jefe. Tanta gente llamará la atención.

—Ponlos en la calle, en ese caso. Queremos dar la bienvenida a nuestro amigo.

CUANDO ESTUVO SOLO DE NUEVO, COVARRA SE SUMIÓ EN SUS PENSAMIENTOS. SE SENTÍA atrapado, con la espalda contra la pared. La pérdida del fentanilo dolería. Había negociado términos de crédito con el Cartel de Juárez, pero aún tenían que ser pagados. Claro, podría compensar la pérdida, pero tomaría tiempo, y la organización mexicana no era conocida por su comprensión.

Sus ojos se posaron en el teléfono sobre la mesita de noche, el dispositivo que el motociclista le había arrojado. Su mano se extendió involuntariamente hacia él, pero con un inmenso esfuerzo se detuvo.

No. No cedería. No llamaría al extraño. Él, Francisco 'Snake' Covarra, era uno de los hombres más letales de Los Ángeles. Contactar a ese atacante sería una señal de debilidad.

—¡FUSE! —rugió—. Vamos a inspeccionar esa casa —ordenó cuando su amigo vino corriendo.

—¿Boyle Heights?

—No, idiota. La de Verona. Quiero ver cómo ese hombre entró.

—Ernesto nos lo dijo.

—QUIERO. VER. CON. MIS. PROPIOS. OJOS.

—¿Está seguro de que Grogan no salió de su casa en Sycamore? —preguntó Dade a Matteo después de que el detective terminara de informarle sobre el ataque en la calle Verona.

—Tuvimos un coche patrulla vigilándola toda la noche —respondió Cruz antes de que su compañero pudiera—. Su Land Cruiser estaba en la entrada. Su teléfono no mostró movimiento.

—¿Lo vieron?

—No, señora.

—¿Tiene otros vehículos?

—No que hayamos encontrado.

Ella miró por la ventana, hacia la torre del Ayuntamiento en la distancia. Cegadoramente blanca bajo la luz del sol, erguida y orgullosa. En su cima estaba el Faro Lindbergh, instalado en honor a Charles Lindbergh después de su vuelo transatlántico en solitario. Se encendía en ocasiones especiales, proyectando su haz en la noche, haciendo que el edificio destacara.

Mi ciudad, pensó. *Cutter la ha convertido en su campo de batalla personal.* Estaba convencida de que estaba llevando a cabo ataques deliberados contra Street Front, pero no se lo admitiría a Matteo y su equipo. Claro, ellos también creían que él era el culpable, pero ella no iba a respaldar sus sospechas. *Que lo demuestren ellos.*

Había presentado los incidentes a los medios como una guerra entre pandillas y había dado el mismo mensaje al alcalde. Se lo creyeron, ¿y por qué no? Que los pandilleros se eliminaran entre sí era una buena noticia para la ciudad. Sin embargo, el caso de Beverly Hills seguía abierto, y la prensa cuestionaba cada vez más a la policía de Los Ángeles sobre la investigación.

—¿No hay avances en el caso de Vienna McDonald y Arnedra Jones? —le preguntó a Matteo, aunque ya sabía la respuesta.

—No, señora.

—¿Qué hay de esos asesinatos en Boyle Heights? Esos sicarios eran matones de Street Front, ¿no?

—No encontramos nada allí, señora. Ni huellas, ni casquillos, ni ADN. Los rumores en la calle dicen que fue un ataque de los Armenian Bros o de alguna otra pandilla rival.

—¿Por qué Street Front no ha tomado represalias, si ese es el caso?

—Covarra está ocupado con este motorista.

—Espero que llegue el día en que me traigas buenas noticias, Vance —dijo mordazmente y los despidió a él y a su equipo.

Quédense, hizo un gesto discreto a Quindica y Difiore cuando se disponían a levantarse también.

—¿Tienen algo bueno? —exigió cuando estuvieron solos.

—Depende de lo que entiendas por eso —dijo cautelosamente el SAC del FBI—. Si te refieres a si tenemos pruebas de que algunos de tus policías son nacionalistas blancos, no.

—¿Pero?

—Pero hemos detectado un patrón —intervino Difiore. Encendió su pantalla y se la mostró a la jefa de policía—. Comparamos las detenciones de pandillas de los últimos cinco años, y los resultados son interesantes. Pandillas hispanas, negras, blancas, armenias, las examinamos todas. Todos sus pandilleros, lugartenientes y, en muchos casos, sus líderes, fueron arrestados.

—¿Qué estoy viendo aquí? —Dade frunció el ceño ante los gráficos de colores.

—La jerarquía de los capturados. Las pandillas blancas tuvieron el menor número de líderes arrestados. La mayoría de los detenidos eran soldados de bajo nivel.

La jefa de policía parpadeó mientras asimilaba la información. —Es impreciso —dijo finalmente—. Podría haber muchas razones por las que los datos son así.

—Sí, y por eso no hemos llegado a ninguna conclusión. Estamos investigándolo a fondo.

—¿Qué te dice tu instinto? —preguntó cuando la detective apagó su pantalla.

—Tienes policías corruptos. Ya sea actuando independientemente o en una pandilla.

Dade jugó con un pisapapeles de cristal en su escritorio, miró su reloj y sacó un teléfono de su bolso.

—Nos vemos en el lugar de siempre —ordenó.

—Vengan —dijo mientras se ponía de pie e hizo un gesto a sus visitantes.

—¿Adónde?

La jefa de policía no dijo nada hasta que estuvieron en el ascensor, solo los tres.

—Tengo mi propio policía corrupto.

35

Difiore miró a Quindica, quien se encogió de hombros cuando Dade no dijo una palabra más.

Siguieron a la jefa de policía fuera de la sede y por la calle Primera. Una caminata rápida de dos cuadras hasta la Plaza del Pueblo Japonés, un centro comercial.

Estaba lleno de visitantes, y su lento avance se vio agravado por Dade, que miraba escaparates.

La detective de la policía de Nueva York frunció el ceño ante el comportamiento de la jefa. *Eso es muy raro en ella. No va a centros comerciales durante sus horas de trabajo.*

Estaba a punto de hacer una pregunta cuando cayó en la cuenta.

¡Está comprobando si nos siguen!

Se volvió hacia su compañera, quien le sonrió con suficiencia. —Me di cuenta hace un rato. Eres lenta para captar las cosas.

—Sabelotodo —siseó Difiore y puso cara de póker cuando Dade las miró de manera inescrutable.

Recorrieron callejones estrechos, visitaron tiendas de bonsáis y dulces japoneses, hasta que la jefa las llevó a una tetería y se sentó a una mesa.

Difiore pidió un helado suave de matcha mientras la jefa y Quindica optaron por el té verde. —Necesito mis calorías —se defendió cuando la miraron con curiosidad.

—¿Por qué estamos aquí, jefa? —preguntó cuando llegaron sus pedidos—. ¿Por qué tanto secreto?

Frunció el ceño cuando Dade miró hacia una mesa cercana, a un hombre que estaba bebiendo solo.

—Únete a nosotras.

El desconocido asintió con la cabeza y arrastró su silla hasta ellas.

—Este es Matt Lasko —lo presentó—. El peor detective del Departamento de Policía de Los Ángeles. Ha recibido varias sanciones disciplinarias, ha sido suspendido un par de veces, reincorporado cuando Asuntos Internos lo exoneró. Se le ha acusado de ser racista, supremacista blanco... la lista sigue. Es mi policía encubierto.

Difiore estudió al hombre con curiosidad. Cabello rubio rapado. Vestía de civil, una camisa azul de manga corta sobre sus vaqueros. Tatuajes en los antebrazos que no tenía que ocultar, ya que parecía estar fuera de servicio.

—Matt era ayudante en el Departamento del Sheriff de Los Ángeles —explicó Dade—. No solo eso... —Se interrumpió e hizo un gesto con el hombro hacia Lasko—. ¿Por qué no continúas

tú?

—Yo estaba con los Blue Brothers —declaró el policía. Una pequeña sonrisa tiró de sus labios al ver la conmoción en los rostros de Difiore y Quindica—. Me uní a esa pandilla de ayudantes, incluso cometí algunos delitos, pero todo el tiempo estuve proporcionando información a Matteo.

—¿Fuiste responsable de desmantelar esa pandilla? —exclamó la detective.

—No, ese fue él. Mi información ayudó, pero él tenía otras fuentes, evidencias. Todo el mérito es suyo.

—No entiendo. Tu nombre no se mencionó en ninguno de los comunicados de prensa ni en los informes de la investigación. Ella y yo —dijo Difiore, señalando a Quindica con la cabeza—, revisamos todos los archivos...

—Eso fue a petición mía.

Difiore lo miró a él y luego a Dade. —Estoy perdida.

—Yo también —intervino Quindica.

Lasko miró a la jefa de policía, quien sonrió y le apretó suavemente el antebrazo.

Eso es... ¡afectuoso! Difiore se enderezó sorprendida. *¿Qué tipo de relación tienen?*

—Matt es mi ahijado. Su madre, Nancy, y yo éramos buenas amigas. Nos conocimos en la universidad, mantuvimos el contacto a lo largo de los años. Ella y Doug, su esposo, se establecieron en Dallas. Yo estuve presente en su bautizo.

—Mis padres eran racistas —dijo Lasko sin rodeos. Sus ojos azules se detuvieron en Difiore y Quindica, para evaluar su reacción—. Eran hostiles con los inmigrantes, con cualquiera que no fuera blanco. Crecí en ese tipo de ambiente y terminé creyendo todas esas... —Se tragó una palabrota y sonrió—. Pasé un par de veranos con Lisa cuando era adolescente. Ella me ayudó a darme cuenta de lo equivocado que estaba. Me mudé a Los Ángeles, hice trabajos ocasionales y luego me uní al Departamento del Sheriff. Me puse en contacto con ella cuando me enteré de los Blue Brothers. Me pidió que presentara pruebas. Le dije que podía hacer algo mejor uniéndome a ellos. Había oído rumores sobre la investigación de Matteo. Comencé a proporcionarle información.

—¿Cómo es que no te arrestaron?

—Eso fue obra de ella. —Lasko señaló a Dade con una pajita—. Mi participación en esa pandilla no figura en ningún registro.

—Usé mis influencias —Dade se encogió de hombros—. Mantuve su nombre fuera y logré que se uniera al Departamento de Policía de Los Ángeles. Es un buen policía. Se ha convertido en detective por sus propios méritos.

—¡Esas suspensiones, esas sanciones disciplinarias, todo es una actuación!

—El comportamiento es una actuación, claro —Lasko sonrió—. Pero las repercusiones son reales.

—Lo he ido moviendo de departamento en departamento, con la esperanza de que pudiera encontrar el equivalente de los Blue Brothers en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—No pude. Matteo...

—Sí, ¿cómo pasó eso? Si la jefa dice que eres el peor detective, ¿cómo acabaste en su equipo?

—Descubrió quién era yo. Hubo una llamada que le hice donde no disfracé mi voz. Me identificó por eso.

—¿Una sola grabación fue suficiente para él?

—¡Qué va! Investigó mis antecedentes, contactó a ayudantes del Departamento del Sheriff,

los que aún querían hablar con él, me interrogó... más bien fue un interrogatorio. —Sonrió, recordando—. Admití que yo era su informante.

—Dijiste que no había registro de tu participación... ¿qué pasa con esos ayudantes, entonces? Ellos saben sobre ti.

—No hablarán. Nadie quiere ninguna asociación con los Blue Brothers. Solo hablaron con Matteo porque les prometió confidencialidad.

—¿Él sabe sobre ti y la jefa?

—No. Tampoco sabe que yo era su persona en el interior mientras iba de departamento en departamento. Exageré los antecedentes de mis padres. Insinué que yo compartía esa ideología.

—¿Estás cerca de ellos? ¿De tus padres?

—Murieron hace varios años. Accidente de coche. Un camión los embistió cuando estaban en la autopista. Colisión múltiple.

—Lo siento.

—No hay necesidad. Fue hace mucho tiempo. Ya nos habíamos distanciado para entonces.

—¿Qué has encontrado? ¿En el departamento? —Quindica terminó su té verde y colocó la taza de vuelta en la mesa.

—Ninguna prueba de una organización como esa pandilla de ayudantes.

Difiore entrecerró los ojos ante su elección de palabras. —¿Ninguna prueba?

—Sí. Estoy seguro de que existen tales pandillas, o al menos oficiales corruptos. Sin embargo, son inteligentes, por eso no he captado nada. Claro, hay charlas de vestuario, pero no tengo evidencia. Nada procesable que pueda llevar al jefe.

—Estas dos —dijo Dade, señalando con la cabeza a Difiore y Quindica— tienen una teoría.

Lasko asintió cuando la detective se lo explicó. —No me sorprende. Un departamento de policía del tamaño del LAPD está destinado a tener oficiales corruptos. Todo lo que tenemos que hacer es seguir cavando.

—NO NOS PRESENTASTE —LE DIJO DIFIORE A DADE A SU REGRESO.

—Estoy segura de que ha oído hablar de ustedes. Todo el departamento ya debe saber que hay una detective de la NYPD y una agente federal que tienen su propio equipo. Se darán cuenta de que algún tipo de investigación está en marcha. No quiero que Matt sea visto en su presencia. Solo me informa a mí. Les pasaré cualquier cosa que encuentre.

Difiore asintió. *Es mejor así. Tampoco queremos que nos vean con policías, a menos que sea en entornos formales.*

—Está jugando un juego peligroso.

—Es su elección —suspiró Dade—. Es un gran policía. Tan bueno como Vance. Esa actuación que hace... no la necesitaba. Pero tiene este... —buscó las palabras—. Este impulso dentro de él. Como si quisiera compensar las creencias de sus padres, o su propio pensamiento inicial.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Quindica.

—Eso es lo que le he dicho. Pero está decidido. —Levantó las manos en señal de exasperación.

—¿Es parte del grupo de trabajo de Matteo?

—Sí.

—Puede ayudarnos.

—Eso es lo que pensé. Tendrán su activo interno. Un policía racista trabajando para ustedes.

36

Cutter lamía su helado mientras se movía al ritmo de una melodía en sus auriculares. Agitaba sus brazos tatuados y su camisa hawaiana ondeaba con la brisa mientras cantaba en voz alta en el Parque Salazar, a la vista de los transeúntes y el tráfico vehicular. Llevaba el pelo peinado con mechas rubias y una barba de moda le cubría el mentón.

Sus ojos estaban atentos detrás de sus gafas de sol. La casa que había atacado la noche anterior estaba justo al otro lado de la calle. Había cinta policial alrededor, patrullas estacionadas tanto en Dittmar como en Verona. Algunos técnicos de bata blanca se apoyaban contra una furgoneta y comían sus almuerzos apresuradamente.

Ni rastro de pandilleros. He estado aquí toda la mañana.

—Gracias, señora —dijo, haciendo una reverencia elaborada a una mujer que lo había felicitado por su canto. Esa podría ser una carrera alternativa para él si el negocio de Fixer se derrumbara.

Se dirigió a un camión de comida y justo cuando estaba haciendo su pedido de un tazón de chili con nachos, su piel se erizó. Se dio la vuelta lentamente, asintiendo con la cabeza, moviendo los labios al ritmo de la letra, y los vio.

Quindica y Difiore, apoyados contra el costado de su coche sin identificación, estacionado en Dittmar, justo frente al banco que él había ocupado durante su reconocimiento.

Apartó la mirada rápidamente, tomó su tazón y se adentró más en el parque.

¿Por qué están aquí?

Sacó su teléfono y revisó sus llamadas. Nada de ninguno de ellos. Un mensaje de Russ Meehan diciendo que tenía que firmar unos papeles. Eso podía esperar.

Había terminado su comida cuando se le ocurrió.

Están aquí por la misma razón que yo. Están comprobando si regreso.

La diferencia era que él esperaba que Covarra apareciera. Quería ver qué tan bien protegido estaría el jefe de los pandilleros.

Cutter se escondió detrás de una palmera y los observó cuidadosamente. No hicieron ningún movimiento para cruzar la calle e ir a la casa; seguían esperando, hablando ocasionalmente entre ellos.

Una sonrisa tiró de sus labios mientras imaginaba lo que Difiore estaría pensando. *Apuesto a que le está diciendo a Peyton que deberíamos haberlo matado en Nueva York.*

La detective miró alrededor como si sintiera el peso de su mirada, escaneó el parque, se encogió de hombros y le dijo algo a Quindica. El SAC asintió, y los dos subieron al coche y se marcharon.

El hombre al que esperaba llegó a las seis de la tarde.

Para entonces, Cutter había cambiado su disfraz. Todavía llevaba los tatuajes falsos, pero la camisa brillante había sido reemplazada por una más formal, y el peinado era diferente.

Levantó la vista del libro que estaba leyendo cuando sintió una vibración en el aire.

Un Hummer redujo la velocidad al llegar a Dittmar y comenzó a girar hacia Verona. La ventanilla trasera del pasajero estaba ligeramente abierta, y allí estaba Francisco Covarra.

El jefe de Street Front miraba arrogantemente a través de sus gafas de sol hasta que una sombra a su lado señaló la casa.

¿Por qué se pasea a plena vista? La policía de Los Ángeles tiene una orden de arresto contra él.

Lo entendió cuando el Hummer regresó para una segunda pasada.

Cree que yo también podría estar aquí. Quiere que vea que no se está escondiendo. Que no lastimé a su pandilla.

Era una pose, pero encajaba con el perfil en el expediente del gángster.

Cutter contó las sombras que podía ver en el vehículo. *Seis hombres, y ese coche detrás parece ser también un vehículo de la pandilla.*

No podía realizar otra hazaña en moto de nuevo. Tendría que intentar otra forma de llegar a Covarra.

Lo que le dejaba con una sola opción.

La casa en Forest Avenue.

37

Cutter redujo la velocidad al acercarse a la casa de Vienna. *Ahora mía*, pensó para sí mismo, pero era difícil acostumbrarse. Tendría que decidir qué hacer con ella, pero eso podía esperar.

Sus ojos se agudizaron cuando vio los dos SUVs estacionados frente a la entrada. Se bajó del Durango y subió por el sendero. Un hombre estaba sentado en el porche, bebiendo de una botella de agua. Pelo oscuro corto. Cara afeitada. Ojos marrones en los que no pudo ver ninguna expresión a medida que se acercaba. Delgado, fibroso, con una camisa de manga corta que colgaba suelta sobre sus jeans azules. Ocho hombres se distribuían a su alrededor, todos con rostros duros y, a juzgar por los bultos en sus cinturas, armados.

¿Quién es este?

Estaba desarmado; su Glock estaba en su SUV. No llevaba armadura, ya que aún vestía la camisa sencilla con la que se había cambiado en el parque.

—Estás invadiendo propiedad privada —dijo secamente mientras subía los escalones y se apoyaba contra un pilar.

El hombre en la silla era obviamente el jefe. *Puedo alcanzarlo, agarrarlo por la garganta y usarlo como escudo.* Confiaba en poder ejecutar el movimiento antes de que los guardias pudieran disparar.

—Vengo en son de paz —sonrió el Jefe, sus brillantes dientes blancos contrastando con su bronceado profundo.

Su acento no es americano.

—¿Quién eres?

—¿No me conoces? —Sus cejas se juntaron con asombro—. Escuché que le preguntabas a un agente inmobiliario sobre mí. Soy Panig Janikyan.

Cutter puso su cara de póker. No dejó que se notara su sorpresa. *¿Qué quiere?*

—Sí. Ya no te estoy buscando —respondió secamente—. Pero estás aquí. ¿Por qué?

—Tenía curiosidad por ver quién estaba mencionando mi nombre. Quizás hayas oído que algunas personas me llaman Pain. No sé por qué. Solo soy un hombre de negocios. Nadie tiene razón para temerme. En fin. —Se puso de pie y sonrió de nuevo—. Solo quería ver quién eras.

—Davidian trabaja para ti.

—¿Quién? ¿Ese agente? No, no, malinterpretas de qué se trata esto. Él no tiene conexión conmigo. Quería investigarte. No hay otra razón.

—¿Vas a las casas de la gente cada vez que mencionan tu nombre?

Janikyan le dio una mirada sorprendida.

—Por supuesto, si escucho que son violentos. Tengo que proteger mi reputación. Necesito saber por qué están hablando de mí.

—¡Tu reputación! Diriges una banda criminal. Trajiste a tus matones contigo solo para investigarme. No es de extrañar que la gente hable de ti.

El armenio no se ofendió. Se rio e hizo un gesto despreocupado.

—También he oído eso. Compro y vendo propiedades, importo y exporto, hago inversiones; todo eso es legítimo. Mis rivales difunden estos rumores sobre mí, y se han quedado. Ya sabes cómo es la gente... les gusta pensar lo peor de los demás.

—Ya me viste. Lárgate. —Cutter señaló hacia la entrada—. Llévate a tus matones contigo.

—Claro, señor Grogan. —Janikyan sonrió cortésmente—. Lamento su pérdida. Escuché que usted era cercano a estas mujeres.

Ha hecho su investigación. Quiere que yo lo sepa.

—¿Pensaste que yo era de alguna manera responsable de sus muertes? ¿Es por eso que le preguntaste al agente?

—Si sabes quién soy, ya debes haber conectado los puntos. ¿Qué piensas?

—Yo no mato gente, señor Grogan.

Cutter casi le creyó.

Janikyan bajó los escalones y salió hacia la entrada, saludando mientras lo hacía. Sus hombres formaron un anillo protector a su alrededor, varios de ellos caminando hacia atrás, atentos a cualquier movimiento.

Cutter estaba impresionado a pesar de sí mismo. *Estos matones no son como los pandilleros de Street Front. Son buenos. No han dejado ni un centímetro de él expuesto.*

Esperó hasta que sus visitantes subieron a sus vehículos y se fueron. Se dejó caer en la silla que Janikyan había dejado vacante y reflexionó sobre lo que había sucedido.

No tenía sentido. ¿Por qué había venido el armenio? Nada indicaba que los Bros estuvieran involucrados en ningún asesinato.

¿Vino para evaluarme? Si es así, ¿por qué? Tal vez lo que dijo era cierto. Se enteró de mi conversación con Davidian y quiso verme por sí mismo.

Fue cuando se estaba duchando que dos pensamientos lo golpearon.

Uno era que Panig Janikyan era uno de los hombres más peligrosos que había conocido. Había estado en control, totalmente confiado, no había hecho ninguna amenaza, y sin embargo, Cutter había percibido que el hombre era capaz de infligir una tremenda violencia.

El otro pensamiento lo hizo fruncir el ceño.

Janikyan no dijo que no tuviera ninguna participación en el asesinato de Vienna y Arnedra.

38

Cutter salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Aún frunciendo el ceño, pensando en su visitante.

¿Lo añado como sospechoso? ¿Voy tras él también?

Se vistió con su armadura con una camiseta por encima metida en los vaqueros y se abrochó un cinturón alrededor de la cintura. Se aplicó las almohadillas en las mejillas y la nariz falsa y se puso las gafas transparentes. Se ajustó la funda de hombro e insertó su Glock en ella. Se puso su chaqueta ligera. *La policía de Los Ángeles no sabe quiénes eran las dos bandas aquella noche*. Sabían del rifle, nada más.

No, se ceñiría a su plan. Encontrar al tirador del rifle y subir por la cadena de mando. Lo que significaba que tenía que llevar a cabo su próximo movimiento sin que lo mataran.

Tomó un taxi hasta un hospital infantil en Boyle Heights y observó por la ventana trasera. Sin seguidores. Tampoco había habido vigilancia la noche anterior. *Parece que los policías han dejado de seguirme.*

Pagó al conductor y esperó hasta que el vehículo dobló una esquina. Caminó por el estacionamiento del edificio, pasando junto a padres ansiosos y apresurados, niños heridos, paramédicos y ambulancias.

Fue a la parte trasera del edificio, donde llegaban las entregas. Divisó una fila de ambulancias estacionadas contra una pared. *Sus conductores están fuera de servicio.*

Revisó cada una de ellas y tuvo suerte con la tercera. Su puerta estaba abierta y las llaves colgaban del espejo retrovisor. Un mono de paramédico estaba colgado de un gancho en la cabina.

Comprobó que no hubiera nadie a su alrededor, agarró el uniforme y fue a la parte trasera del vehículo. Bajo su cubierta, se puso el mono. Probó la cremallera y la dejó parcialmente abierta para permitir un acceso rápido a su arma.

Subió al asiento del conductor, encendió la ambulancia y salió del hospital.

Forest Avenue era una calle residencial en Boyle Heights. Casas unifamiliares, calles tranquilas, algunas palmeras en las aceras, cables eléctricos tendidos en lo alto de los postes. Nada que la distinguiera de los miles de barrios familiares del país. Nada que mostrara que la casa en la esquina de Forest y Malabar Street era un escondite de drogas de Street Front.

Nada, excepto los hombres sentados en varios coches en la calle.

Cutter los detectó inmediatamente. *No se están escondiendo. Están haciendo notar su presencia. Disuasión.*

Parece que Ernesto le ha dicho a Covarra que confesó.

Contó diez hombres en la calle, todos solos en sus vehículos. Tres de ellos en Forest, dos en Malabar.

La casa era de dos pisos. Pintada de marrón claro. Techo ligeramente inclinado, en el que había dos claraboyas. Cerca a la altura del pecho alrededor. Pilares de ladrillo con barandillas de hierro entre ellos. Una puerta metálica enrollable en Forest Avenue que se abría a un corto camino de entrada, en el que estaban estacionados un Mazda y un BMW. Puerta de entrada blanca frente a esa calle. Luces encendidas dentro de la residencia.

Cutter condujo hasta el final de Malabar, dio la vuelta y regresó.

Sí, había dos ventanas más orientadas hacia arriba en la pendiente trasera del techo. Una puerta de escape en esa calle también. Una ruta de escape. Parecía que Street Front se apoderaba de casas en esquina que tenían tales salidas, o las construía al adquirir las propiedades.

Diez hombres en la calle. Ernesto no sabía cuántos estarían dentro. Covarra esperará que ataque la casa. La habrá inundado de tiradores. ¿Moverá las drogas?

Debatió eso consigo mismo mientras estacionaba y revisaba su teléfono. *Covarra tiene ego. No le gusta retroceder. Otro líder de pandilla ya me habría llamado y me habría atraído a una trampa. Él no trabaja así. No moverá las drogas. Estarán allí, dentro.*

Pero no podía entrar en la casa.

No había forma de que pudiera enfrentarse a tantos tiradores.

Frunció el ceño mientras examinaba la casa desde la distancia. *No puedo desaprovechar esta casa. No tengo nada más sobre Covarra. Tengo que seguir presionándolo... espera, ¿qué es eso?*

Era una grúa lo que había llamado su atención. En un terreno en construcción al final de Malabar. La había visto pero no le había prestado atención.

Giró su ambulancia y volvió al sitio de construcción. El promotor parecía haber adquirido tres casas y estaba en proceso de demolerlas para construir algo más grande.

Esa pluma tiene quince metros de altura. Se ve por encima de todas las casas del vecindario. Tiene que ser telescópica, ya que la cabina está a nivel del suelo.

Abrió una aplicación de mapas en su teléfono y comprobó las distancias. Calculó que la parte superior de la pluma estaba a unos ciento veinte metros de la casa objetivo. Esa residencia era más alta que las casas circundantes.

Una sonrisa torció sus labios mientras encendía la ambulancia y regresaba al hospital infantil. Hizo una llave de repuesto antes de estacionar el vehículo en su bahía.

Tenía su transporte, medio de entrada y de salida.

—¿Algo? —gruñó Covarra a Salazar.

—Nada, Serpiente. Tenemos hombres en la casa. Nadie se acercó ayer.

—Ese hombre no se rendirá. Habrá inspeccionado la casa.

—Serpiente —dijo pacientemente su subalterno—. Tenemos diez hombres en la calle, como ordenaste. Se turnan en guardias y han estado vigilando coches, camiones, cualquier vehículo que pase por Forest y Malabar. Casi todos los coches han sido locales, de algún vecino. Ningún vehículo extraño ha reducido la velocidad. Nadie se ha bajado a tomar fotos.

—No deberíamos subestimarlo.

—No lo hacemos. Tenemos otros diez hombres dentro.

—Puede lanzar granadas de gas lacrimógeno desde lejos. Así nos atrapó en Hubbard. Pensamos que venía un gran ataque; por eso escapamos. Si nos hubiéramos quedado dentro, no habría pasado nada —despotricó Covarra furioso.

—Nuestros hombres tienen máscaras. Están preparados. Relájate.

—NO ME DIGAS QUE ME RELAJE —rugió y fulminó con la mirada a un sicario que asomó la cabeza en el dormitorio. Respiró hondo cuando el corpulento desapareció—. Este hombre es listo. Está decidido. Él...

—No puede entrar en esa casa —lo interrumpió su subalterno—. Y no puede atacar desde fuera.

Covarra asintió, poco convencido.

—Tenemos esa otra casa también, ¿no? En Forest Avenue, diagonalmente opuesta, al otro lado del cruce con Malabar.

—Sí, Serpiente. Está vacía...

—Ya lo sé. Quería un respaldo.

—¿Quieres que movamos las drogas allí?

—No. Nuestras existencias son demasiado grandes. Podría llamar la atención. No quiero que nuestra gente se deje ver.

—Mover nuestro alijo es lo más seguro...

—¡NO! ESTE HOMBRE NO VA A DICTAR CÓMO TRABAJAMOS.

—¿Entonces qué sugieres, Serpiente?

La sonrisa de Covarra era fría.

—Pon un francotirador en esa casa vacía.

40

—¿Qué quieres qué? —Chad levantó la vista de su comida.

—Tirolinas, rodillos y granadas incendiarias —repitió Cutter.

—Caramba. —Su amigo miró a su alrededor. Nadie en El Abajeno les prestaba atención. Todos estaban concentrados en su almuerzo y en la conversación con sus compañeros de mesa —. ¿Planeas iniciar una guerra?

—Si tengo que hacerlo.

—No. —Su amigo levantó la palma de la mano—. No me digas nada más. Estoy siguiendo las noticias. Puedo unir las piezas. Puedo adivinar lo que estás haciendo.

—No pensaba hacerlo. ¿Puedes conseguir ese equipo?

—¿Eso? —Chad resopló—. Podría conseguirte un portaaviones si quisieras... —Entrecerró los ojos—. No necesitas uno, ¿verdad?

—No. Tampoco quiero un tanque Abrams ni nada por el estilo. Solo lo que te pedí. Y sí, más drones.

—Recibí un pago en mi banco offshore —dijo Chad con suspicacia—. De una empresa de la que nunca he oído hablar. ¿Fuiste tú?

—No hay suficiente amor en el mundo —le dijo Cutter a su amigo solemnemente— como para rechazarlo cuando lo recibes.

Recibió una maldición a cambio.

SE QUEDÓ UN RATO MÁS CUANDO SU AMIGO SE HABÍA IDO Y LLAMÓ A MEGHAN.

—¿Puedes acceder al sistema del LAPD?

Se mordió el labio tan pronto como las palabras salieron de su boca.

No debería haber empezado con eso.

Hubo un largo silencio, y luego habló la hermana menor.

—Es viejo. Se está olvidando de lo que dije.

Dijeron que pueden hacer casi cualquier cosa, gimió para sus adentros.

—Senilidad. —Había una sonrisa burlona en la voz de Beth—. Le llega a todo el mundo, aunque parece que a él le ha llegado antes.

—¿Qué quieres, Cutter? —le preguntó Meghan.

—¿Qué tiene el LAPD sobre la investigación de Vienna y Arnedra?

—Espera.

—No mucho —dijo después de un rato—. Los detectives han contactado con soplones, que

no obtuvieron información.

—¿Siguen pensando que Street Front es responsable?

—La pandilla es sospechosa. Han contactado con la policía federal mexicana para obtener una lista de los contactos conocidos de Covarra, casas de seguridad en Los Ángeles. Aún no hay respuesta.

—¿Armenian Bros? ¿Esa pandilla también es sospechosa?

—Matteo obtuvo información de un informante que negó la participación de la pandilla. Street Front es su principal sospechoso.

—¿Quieres saber qué tienen sobre ti? —Beth se rió entre dientes—. Díselo, hermana.

—Sospechan que tú eras ese motociclista. —Había una sonrisa en la voz de la hermana mayor—. Sin embargo, no han avanzado nada con ese dron o la moto. Siguen buscando a esos dos conductores. Eso fue inteligente, Cutter. Fue un movimiento que nosotras habríamos hecho.

—No fui yo...

—Ahórratelo —se burló ella—. Estamos en una línea segura. Tus secretos están a salvo con nosotras.

—¿Pueden mostrarme cómo consiguieron eso? ¿Cómo entrar en su sistema?

—No —dijo ella rotundamente—. No necesitas añadir "hacker" a la lista de tus actividades criminales.

No lo soy, quiso replicar, pero ella tenía razón. Había cruzado la línea cuando llevó a cabo el ataque en Sadler Avenue.

Les dio las gracias y colgó. Fue a su moto y condujo de vuelta a su casa en Sycamore.

Sacó su Glock de su funda, la desarmó y la limpió. Las hermanas habían confirmado lo que él había supuesto: que el grupo de trabajo de Matteo no había avanzado mucho. *Ya habría habido arrestos si lo hubieran hecho, reportados en los medios*. En cuanto a que él fuera sospechoso, tampoco era una sorpresa.

Volvió a armar la Glock y la apuntó contra la pared blanca. Fue al dormitorio y salió con todo su equipo y lo metió en su SUV.

No volvería a la casa de nuevo. Ya no era segura.

El LAPD emitirá una orden de arresto contra mí. Cualquier día.

41

Cutter condujo hasta un desguace de automóviles en Huntington Park al caer la tarde. El dueño, Wyatt —corpulento, fornido, con un cuerpo que estiraba su mono de trabajo— era bien conocido en el mundo sombrío de los operadores clandestinos. Proporcionaba vehículos o se deshacía de ellos sin hacer preguntas. Por una considerable suma, por supuesto.

Su rostro estaba cubierto de sudor cuando Cutter entró en el cavernoso garaje, que tenía la mitad del tamaño de un hangar de aviones.

—Al fondo —Wyatt se limpió la frente con la manga y sonrió, sus dientes contrastando marcadamente con su piel oscura—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, he estado ocupado, aquí y allá.

—¿Pateando traseros?

Más bien me han pateado el mío.

—Algo así.

—Es un Peugeot —gritó el dueño—. Rojo. El parabrisas está destrozado. No puedes perdértelo.

Cutter hizo un gesto con la mano y se estremeció cuando Wyatt encendió su amoladora y la aplicó al bastidor de un coche.

Pasó junto a estanterías pulcramente ordenadas, con piezas de automóviles envueltas en plástico, etiquetadas y listas para su venta en el mercado de recambios. La parte trasera del almacén era el área de recepción, donde se llevaban los coches destrozados para ser desmontados, y sus componentes etiquetados para chatarra o reventa.

Divisó el vehículo francés inmediatamente y abrió su maletero. Descomprimió la gran bolsa de camping y silbó suavemente ante la variedad de contenidos. Chad se había excedido al cumplir con su lista de compras. Bridas, ganchos de agarre, drones, más gas lacrimógeno y granadas aturdidoras, y allí estaban las granadas de termita ANM14, envueltas en plástico de burbujas y listas para usar. Cogió una y la inspeccionó. De grado militar, utilizadas para destruir tanques, edificios, básicamente cualquier cosa contra la que fueran arrojadas. *Estas están programadas para explotar después de unos segundos de retraso*. Que era lo que quería. No quería estar cerca cuando detonaran.

Revisó el resto del equipo y luego vio la nota doblada insertada entre las bobinas de cable.

La desdobló y sonrió al reconocer los garabatos de Chad. *Nada es rastreable.*

La quemó con un encendedor y regresó a la parte delantera del garaje.

—¿Wyatt? —gritó por encima del ruido de la amoladora—. Necesito traer mi vehículo a la parte de atrás. Cargar algunas cosas en él.

—Adelante —respondió el dueño sin levantar la vista.

—Necesito placas.

El dueño apagó la máquina, se quitó las gafas de seguridad y se limpió la boca. —¿Placas? —señaló con el pulgar hacia la pared donde había una pequeña montaña de ellas—. Sírvete tú mismo. Todas están limpias.

Cutter sacó varios billetes de su fajo y se los entregó.

Media hora más tarde estaba conduciendo el Durango fuera del vecindario.

SE REGISTRÓ EN UN MOTEL CERCA DE HOLLENBECK PARK Y DESCANSÓ. A LAS DOCE DE LA noche, condujo hasta el hospital infantil y esperó hasta que el patio trasero estuviera despejado de tráfico de personas. Se deslizó dentro y mentalmente dio un puñetazo al aire cuando vio la ambulancia. En el mismo espacio de estacionamiento, con el mismo uniforme colgado de un gancho que la noche anterior.

La abrió con su llave, se cambió poniéndose el mono de trabajo del EMT, la encendió y salió del hospital.

Fue a la calle donde había estacionado el Durango y transfirió su contenido a su nuevo vehículo.

Se miró en el espejo una última vez. El disfraz estaba bien. La cara estaba oscurecida con pintura. Tenía su equipo.

Era hora de atacar a Covarra.

42

Eduardo 'Sight' Aponte bostezó con ganas mientras yacía en el techo de la casa en la Avenida Forest. Se rascó el trasero, se pasó los dedos por el pelo y miró a través de la mira nocturna.

La casa de Street Front estaba al otro lado de la calle. Desde su punto de observación, podía ver tanto Forest como Malabar.

No entendía por qué Fuse lo quería en este techo. Había diez hombres abajo, más en la calle. *Nadie va a atacarnos*, se quejó para sus adentros.

Él era el mejor francotirador de Street Front, razón por la cual le habían dado su apodo. Con su Remington MSR, era un tirador letal y su mejor disparo había sido a trescientas yardas. Sabía que esa distancia era promedio, pero, diablos, estaba en una banda de narcotraficantes. No se dedicaban al francotirador.

Incluso esto, refunfuñó, *no es para mí.* Pero Fuse dijo que Snake quería un francotirador, y él era el único que Street Front tenía.

Volvió a revisar la mira y sacó su teléfono. Podía matar el tiempo enviando mensajes a su novia. Sonrió en la oscuridad mientras imaginaba sus curvas sensuales, y maldijo a Fuse de nuevo. Podría estar con ella en lugar de estar tumbado en un techo.

Cutter estacionó la ambulancia en la entrada de Malabar, justo al salir de la Avenida Evergreen. Delante de él, hacia su izquierda, se alzaba la grúa en el cielo. Una luz roja de advertencia en la parte superior parpadeaba periódicamente. Bajó del vehículo e hizo un reconocimiento.

La primera vuelta fue con su dron, que identificó varias cámaras de seguridad alrededor del sitio. Las dejó fuera de servicio con una ráfaga de pulso electromagnético. Revisó la imagen térmica. Sin guardias. *¿Por qué lo necesitan? Nadie va a robar esa maquinaria pesada.*

Devolvió el UAV a la ambulancia y se dirigió al sitio a pie. Había cinta alrededor, barricadas de madera que podía navegar fácilmente. El terreno era irregular, con suelo blando y agujeros profundos, preparándose para una nueva cimentación.

La máquina yacía en el centro de un claro recién excavado. Ruedas de tranvía, armazón amarillo, en cuyo frente estaba la cabina. La pluma se elevaba por encima, en un ángulo pronunciado hacia el cielo.

Subió a la cabina e inspeccionó el brazo largo. La grúa era de la variedad más antigua, con la pluma siendo un armazón metálico dentro del cual su brazo podía extenderse o retraerse.

Suficientes barras y listones angulados para agarrarse.

Volvió a la ambulancia y extrajo las bobinas de cable zip y se las colgó al hombro. Las aseguró a su pecho con cinturones para evitar que se deslizaran. Metió la mano en la bolsa y sacó un cinturón de lona que se envolvió alrededor de la cintura. Ató los ganchos y la pistola de garfios y los aseguró con velcro para evitar que se cayeran o hicieran ruido.

Las granadas de termita y gas lacrimógeno fueron a sus bolsillos.

No puedo alcanzar mi Glock. No fácilmente. Tampoco hay espacio para el HK.

Se encogió de hombros. Ese era un riesgo que tendría que asumir.

Regresó a la grúa, consciente del peso que llevaba. Empezó a escalar sin pensarlo dos veces.

La duda era enemiga de un operador. No se permitiría cuestionar sus acciones.

El avance era lento. Una brisa ligera mecía la pluma, que crujía mientras se balanceaba en la noche. Apenas había alcanzado un tercio de su longitud cuando empezó a sudar. Sus guantes tácticos Mechanix, sin embargo, mantenían su agarre mientras se aferraba a la superficie escalonada de la pluma y se impulsaba hacia arriba.

El vecindario se hacía más pequeño a medida que subía. La iluminación ambiental era suficiente para que obtuviera una vista satelital de las casas circundantes, sus patios, coches, las vallas de los límites.

Hizo una pausa para respirar a mitad de camino y se limpió el sudor de la cara.

Menos mal que no tengo problemas con las alturas, gruñó para sí mismo.

El balanceo de la pluma era más intenso cuando llegó a su extremo. También se estrechaba. *¿Necesito llegar hasta el gancho?*

Agarró el armazón con los muslos mientras lo consideraba. El brazo largo tenía más de veinte metros de longitud. Le quedaban unos tres más por recorrer. *Será difícil maniobrar en el extremo pequeño.*

Decidió que había subido lo suficiente.

Cutter desenrolló el cable zip más largo con dificultad, ató un gancho en un extremo y lo aseguró a la pluma. Apretó los muslos con más fuerza cuando se deslizó unos centímetros, y se maldijo a sí mismo.

No hice todo esto para caer a mi muerte, se dijo irritado. Sonrió cuando imaginó la expresión de satisfacción en el rostro de Difiore ante su precaria posición. *Le encantaría.*

Sacó la pistola de garfios con cuidado y ató el extremo libre del cable a ella. El dispositivo de lanzamiento era un equipo de grado militar que no estaba disponible en ninguna tienda comercial en ninguna parte. Era un lanzador de línea neumático alimentado por cerca de cinco mil libras por pulgada cuadrada de presión de aire. El garfio era una composición de titanio y acero que se adhería a paredes, techos y superficies de madera.

Había confiado su vida a equipos similares.

Nunca lo había lanzado a un techo de tejas antes.

Siempre hay una primera vez.

Se aseguró de que la longitud del cable estuviera suelta, apuntó a un punto cerca de la claraboya y disparó.

No hubo un ruido dramático. Nada más que un sonido agudo que se perdió en los ruidos de la noche. No sonó música de fondo, como en las películas. Solo el latido de su corazón y su respiración. Ambos estables.

El silbido y el desenrollado del cable se detuvieron cuando el garfio aterrizó en el techo. Recogió la holgura y la enrolló alrededor de la pluma tan apretadamente como pudo y volvió a atar el gancho a su armazón.

Demasiado lejos para distinguir si el gancho está bien sujeto.

Esperó varios momentos a que se encendieran las luces en la casa, a oír sonidos de alarma.

No se oyó nada.

Esa ventana podría ser de un ático. Probablemente no hay nadie allí. O, el sonido no ha sido percibido por sus ocupantes.

Probó el cable con sus manos enguantadas. Se sentía lo suficientemente tenso. No se deslizó cuando aplicó toda la fuerza que pudo.

Cutter enfundó la pistola de garfios, se aseguró de que el segundo cable y el resto de su equipo estuvieran seguros. Insertó una polea en la tirolina y dejó que su cuerpo se balanceara en la noche.

43

La velocidad promedio de una tirolesa en usos recreativos es de cuarenta y ocho kilómetros por hora.

Cutter decidió ir más lento y aplicó la palma de su mano enguantada al cable como mecanismo de frenado. *No quiero chocar contra el techo y alertarlos.*

Quince segundos para recorrer ciento veinte metros, aproximadamente paralelo a la calle Malabar, comenzando alto sobre los tejados y descendiendo a medida que se acercaba a la residencia objetivo.

Soltó el cable y lo presionó contra el techo, dobló el codo para absorber el impulso y pegó su cuerpo contra el techo.

SIGHT MORDISQUEABA UNA BARRA DE PROTEÍNAS MIENTRAS REVISABA SU MIRA, DISTRAÍDAMENTE. No había movimiento. Volvió a su teléfono móvil, y su respiración se entrecortó cuando vio la fotografía que le había enviado su novia. ¡Vaya! ¿Qué era eso que llevaba puesto? Maldijo a Snake y a Fuse en voz alta. Podría haber estado con ella en lugar de estar tumbado en un techo frío con su arma.

CUTTER AGUZÓ EL OÍDO PARA DETECTAR CUALQUIER MOVIMIENTO. MIRÓ HACIA ABAJO, A LAS paredes de la casa y las ventanas para ver si aparecía alguna sombra. Exhaló cuando no apareció nadie.

Podía oír el leve sonido de voces desde el interior. *La casa está llena de gente. No todos estarán dormidos.* Extendió la mano izquierda y tocó el tragaluz. Sí, podría romper el cristal.

Primero, sin embargo, el cable de escape.

Giró la polea y sacó la pistola de garfio. Insertó un segundo gancho y lo dejó colgar de su cintura mientras desenrollaba el cable de repuesto y fijaba un extremo al garfio incrustado en el techo. No cedió cuando tiró con firmeza. *Sus garras se han hundido en la estructura del techo.*

Terminó de instalar el cable y levantó la pistola para apuntar a la casa objetivo, la cuarta desde la casa de los pandilleros. Su techo estaba a un nivel más bajo, razón por la que la había elegido. Eso, y el callejón en la parte trasera, que sería su ruta de escape.

El cable salió disparado con un silbido cuando lo accionó y se tensó cuando el gancho golpeó y se aferró a la casa de salida. Tampoco se encendieron luces allí.

Enrolló el sobrante del cable alrededor del garfio incrustado y tiró bruscamente de nuevo.

Resistió.

Tomó una respiración profunda y la soltó. Y otra vez, para centrarse en la noche y prepararse para su próximo movimiento, que debía ser impecable para poder escapar.

Cutter sacó la Glock y golpeó su culata contra el tragaluz, destrozando el cristal. Devolvió el arma a su funda, luego sacó la primera bomba de termita y la arrojó dentro de la casa.

No importa si es un ático. Arderá y las llamas se propagarán. Lanzó dos más por si acaso y rápidamente transfirió su polea al techo de escape y se impulsó.

Avanzó un metro y se ralentizó. Se balanceó en el aire mientras se giraba para mirar hacia la ventana inferior de la casa. *¿Podré alcanzarla?*

Consciente del tiempo que pasaba, lanzó otra granada incendiaria a la ventana objetivo. Rebotó en la pared y cayó en el patio. *No importa. También explotará allí.* Lanzó otra granada y esa también falló. La tercera aterrizó justo en la ventana, rompió el cristal y desapareció dentro de la casa.

Lanzó todas las bombas de termita menos una y balanceó su cuerpo para escapar. Para cuando había cruzado el muro perimetral, la casa de Street Front brillaba en naranja y los gritos de sus residentes eran audibles en la noche tranquila.

LOS GRITOS ALERTARON A SIGHT, QUIEN A REGAÑADIENTES APARTÓ LA MIRADA DE SU TELÉFONO. Su mandíbula cayó cuando vio la casa en llamas.

¿Cómo había sucedido eso? No había visto entrar a nadie.

Puso el ojo en la mira y observó horrorizado cómo las llamas explotaban desde las ventanas y varios pandilleros salían corriendo.

Espera. ¿Qué era eso detrás?

Miró con incredulidad. ¿Era eso... sí, lo era! Una figura oscura en una especie de cable que escapaba de la casa, por encima de los patios de las casas.

HIJO DE-Sight apretó los labios con firmeza y entró en modo francotirador. Relajó su cuerpo y, al final de su ciclo respiratorio, disparó.

Sus dientes se mostraron en una sonrisa cuando el hombre se sacudió pero no cayó.

Algún tipo de armadura.

Sight no apuntó a la cabeza. No era tan buen tirador. Disparó a las piernas del hombre y levantó el puño cuando el extraño desapareció de la vista.

Se puso de pie y alcanzó su teléfono.

Marcó un número y luego se detuvo.

Esta era su oportunidad. Si podía capturar a esta persona, él solo, Fuse y Snake lo recompensarían. Conseguiría el ascenso que quería. Jefe de una célula de barrio.

Borró el número y llamó a otro.

—¿Armando? —preguntó bruscamente—. ¿Estás bien?

—¡NO! —Cortó a su amigo—. DEJA DE HABLAR. SÉ LO QUE PASÓ. SÉ QUIÉN LO HIZO Y DÓNDE ESTÁ. Ven a Malabar. TÚ SOLO. TÚ Y YO PODEMOS CAPTURARLO.

44

Cutter casi perdió el agarre de la polea cuando sintió el primer golpe en su espalda. Antes de que pudiera comprender lo que había sucedido, algo impactó en su muslo izquierdo y lo hizo caer al patio trasero de la casa.

Rodó instintivamente para absorber el impacto de la caída de seis metros.

¡Alguien me disparó!

Su armadura lo había salvado de la primera ronda, pero la segunda había encontrado la parte carnosa de su muslo.

Hizo una mueca cuando sintió la pegajosidad en su pierna y trazó la herida con cuidado. Ardía, pero parecía ser una herida superficial. *¡Tengo que moverme!*

Se estremeció y se puso de pie. Agradeció su suerte de que los residentes de la casa no se hubieran despertado. Probó su pierna, apretó los dientes contra el dolor ardiente y cojeó hasta la valla. Se izó torpemente y cayó sobre ella en el jardín de la tercera casa, en cuyo techo había aterrizado su cable.

Gimió y se puso de pie. *Esa pared trasera conduce al callejón, puedo escapar por ahí.*

Dio dos pasos, justo cuando un perro comenzó a ladrar.

—Voló sobre las casas con un cable —susurró Sight a Armando mientras los dos hombres corrían por Malabar, con armas en las manos. Un vecino salió, despertado por el incendio y el alboroto de la casa del frente. Les echó un vistazo y desapareció rápidamente dentro.

—¿Cable?

—Sí. Le disparé. Si lo atrapamos, solo tú y yo, seremos recompensados.

—Pero ¿cómo es que él...?

—Deja de hablar —gruñó el francotirador—. Te explicaré todo más tarde. —Se detuvo frente a una casa a tres puertas del edificio en llamas—. Cayó en el patio trasero —susurró.

Estaba a punto de bajar por el camino de entrada cuando un perro comenzó a ladrar en la casa vecina.

—¡ESTÁ EN ESA! —siseó Sight en voz alta y corrió hacia el siguiente patio.

Cutter se apresuró hacia la pared lo más rápido que pudo, maldiciendo, sudando. Puso sus palmas en la valla. Había envuelto sus dedos en la parte superior cuando la puerta trasera se

abrió y se encendió una luz.

—¿QUIÉN ES USTED?

Se volvió con cautela para comprobar si el que hablaba tenía un arma.

Una anciana en bata. Su marido detrás de ella, sosteniendo la correa de su mascota, que se esforzaba, ladrando, por la intrusión del extraño.

No tienen armas en las manos.

—No pretendo hacerles daño —respondió—. Me voy...

Algo se estrelló en la parte delantera de la casa.

La pareja se volvió al oír el ruido. La mujer gritó, el hombre vociferó, y antes de que Cutter pudiera reaccionar, aparecieron dos matones. Ambos armados, uno con lo que parecía una Remington, el otro, con una pistola.

—¡AHÍ ESTÁ!

—¡SALGAN DE MI CASA! —rugió el anciano—. NO TIENEN DERECHO...

Cayó cuando el Hombre de la Pistola lo golpeó en la cara con su arma. Su esposa chilló y corrió en su ayuda. El perro gimió cuando una bota golpeó sus costillas y reanudó sus ladridos mientras saltaba alrededor, tratando de atacar, pero obstaculizado por su correa.

El dolor pulsante en la pierna de Cutter se desvaneció cuando el animal en su interior tomó el control.

Veinticinco pies desde donde estaba, hasta la puerta trasera, donde estaban los matones.

—¡TÚ! —ordenó el Francotirador—. VEN AQUÍ. DESPACIO. NO INTENTES ALCANZAR UN ARMA.

—Por favor, no nos hagan daño. Por favor. No sabemos quién es él. Nosotros...

Las súplicas de la mujer se convirtieron en otro grito cuando el Hombre de la Pistola la abofeteó. La fuerza del golpe la hizo caer de rodillas, y su marido se unió a ella. Se encogieron de miedo mientras se abrazaban, la sangre corriendo por los cortes en sus rostros. El hombre extendió la mano hacia su perro, que trepó a sus brazos y siguió ladrando a los extraños.

—Déjenlos ir —dijo Cutter suavemente a los matones.

—¿Oyes eso, Armando? —se rio el Francotirador—. ¿Ves lo tranquilo que está? Nos está *diciendo,* no pidiendo, como si...

Cutter no fue consciente de su movimiento. En un momento se dirigía a la puerta trasera, al siguiente, su Glock saltaba en su mano.

Su primer disparo alcanzó al Francotirador en el pecho. El segundo estaba a un billete de dólar de distancia del primero, y el tercero fue en su cara.

Armando jadeó cuando su compañero cayó. Los ojos del matón se agrandaron. Había pensado que él y su amigo tenían la ventaja. Gritó y acababa de levantar su arma cuando Cutter le disparó dos veces.

—Por favor... —sollozó la mujer mientras se volvía ciegamente hacia él—. No nos mate. Por favor...

—No lo haré, señora. ¡SEÑORA! —La sacudió suavemente y se puso de pie lo menos amenazante posible mientras ella y su marido se enfocaban en él.

—No estoy aquí para matarlos. Estaba buscando escapar cuando me dispararon y caí. Díganle a la policía todo lo que pasó. Qué sucedió, cómo llegué. No...

—Necesitas irte. —Ella agarró su mano mientras las sirenas aullaban en la distancia—. Vete. Déjanos.

—Está herida, señora. Usted y su marido. Necesitan...

—¡VETE! —insistió ella ferozmente. Sus ojos grises se clavaron en los suyos—. No

necesitas saltar la valla. Hay una puerta que se abre al callejón. Baja por ahí, entre las casas. Llegarás a la calle Boulder. Jim tiene un coche viejo allí. Un Ford. Las llaves están en la guantera. Es tan viejo que nadie lo robará. Funciona y tiene gasolina en el tanque. Llévatelo.

—Señora...

—Hijo —interrumpió su marido. La sangre corría por su cara y había teñido su camisa de un rojo oscuro. Sin embargo, sonreía—. Cuando Em ordena, nadie protesta. Hazlo.

—¿Por qué? —Cutter sacudió la cabeza aturdido—. ¿Por qué me están ayudando?

—¿Por qué nos salvaste tú?

SALIÓ COJEANDO AL CALLEJÓN, CON LA CABEZA GACHA. SABÍA QUE SE VEÍA CONSPICUO EN SU uniforme de EMT, con su equipo a la espalda, su rostro oscurecido por la pintura y el sudor.

El vecindario estaba despierto, vivo con los sonidos de patrullas y camiones de bomberos y las voces de los residentes. Sin embargo, no había nadie en el callejón, y cuando se asomó con cautela a la calle Boulder, no estaba concurrida. *Toda la atención está en la casa en llamas y quizás en la casa de esa pareja.*

El Ford de Jim era fácil de localizar. Estaba en un estado lamentable, con la pintura descascarada, el parabrisas cubierto de polvo y suciedad, y los neumáticos casi sin dibujo. Sin embargo, el motor arrancó suavemente cuando lo intentó.

Cutter salió sin llamar la atención, giró a la izquierda en la avenida Evergreen y bajó hasta la intersección con Malabar. Aparcó entre dos coches y salió con cautela. Enderezó su andar lo más suavemente que pudo, mientras se mordía los labios para soportar el dolor ardiente.

Dobló la esquina y soltó un suspiro de alivio. Vehículos policiales y camiones de bomberos al final de Malabar, donde la casa estaba ardiendo. Dos coches patrulla frente a la casa de Jim y Em. Nadie estaba cerca de su ambulancia.

Se acercó a ella, abrió la puerta trasera, arrojó su última granada de termita dentro, luego regresó a su vehículo de escape y condujo por Evergreen.

Estaba a una manzana de distancia cuando escuchó la escalada de sirenas y supo que la ambulancia estaba en llamas.

Había *escapado*. Estaba vivo. La casa del Street Front estaba destruida.

Ni siquiera importa si no había drogas en ella. Covarra ha recibido el mensaje. Su negocio no está seguro mientras yo esté por aquí.

45

Cutter apretó los dientes mientras su muslo le recordaba que le habían disparado. Esperaba que no fuera más que una herida superficial, que no le estorbara.

Salió conduciendo del este de Los Ángeles, bordeó el centro y, cuando llegó a la parte central, alcanzó su teléfono y envió un mensaje de texto.

Soy Cutter. Voy para allá.

En el bulevar La Cienega, con solo la radio haciéndole compañía, escuchó a un periodista informando sin aliento que Boyle Heights estaba bajo ataque.

Sacudió la cabeza y sonrió sin alegría ante la exageración. Entró en Beverly Hills, condujo hasta Foothill Road y se acercó a una verja metálica negra, que se abrió. Bajó por un camino de concreto y aparcó frente a un gran garaje triple. Salió de su vehículo y cojeó hacia un lado, donde un hombre estaba de pie.

—Esperaba que estuvieras muerto —el hombre lo examinó de arriba abajo.

Cutter tenía admiradores por todo el mundo.

—Me alegro de verte también —gruñó y se estremeció cuando su pierna se quejó al subir el único escalón y seguir al hombre adentro.

Yevgeny Kozlov había sido médico en Moscú, pero no era del tipo al que cualquier ciudadano común podía acudir por sus dolencias. Trabajaba en el GRU, la agencia de inteligencia militar secreta que llevaba a cabo ataques encubiertos en todo el mundo. Se creía ampliamente que la agencia estaba detrás de la manipulación de elecciones en el mundo occidental, el hackeo a escala industrial y los asesinatos.

Kozlov había entrado en la Embajada de Estados Unidos en Moscú una mañana de primavera y se había entregado. Había revelado información sobre agentes rusos activos en Estados Unidos, Alemania y el Reino Unido, y había sido inmediatamente trasladado en avión a Estados Unidos, donde había sido interrogado más a fondo y rehabilitado bajo una nueva identidad.

El ruso se había establecido como un cirujano cosmético de renombre y estaba en la marcación rápida del teléfono de todas las celebridades de la lista A.

—Eso es reciente —comentó el médico mientras cortaba las piernas del uniforme de paramédico e inspeccionaba la herida.

—¿Vendría a ti si no lo fuera?

—De todos los bares del mundo, tenías que elegir el mío —Kozlov limpió el muslo de Cutter mientras parafraseaba—. ¿Quieres las buenas noticias o las malas? —Fue a una cómoda y sacó una botella de vodka. Sirvió un generoso trago en un vaso y se lo ofreció a Cutter, quien negó con la cabeza.

—No bebo. ¿Lo has olvidado?

—Ojalá nunca recordara nada sobre ti —el doctor vació el vaso de un trago y se puso los guantes.

—¿Vas a operarme después de ese trago?

—Así es como se hace en Moscú.

—Estamos en Los Ángeles.

—Adelante —Kozlov hizo un gesto amplio—. Encuentra a alguien más que te trate sin hacer preguntas.

Cutter se dio por vencido. Aún tenía que averiguar por qué todos en su vida eran tercos, obstinados y obtenían gran placer al tomarle el pelo.

Se acostó en la cama y luego recordó y se apoyó sobre un codo—. ¿Cuáles son las buenas y las malas noticias?

—Ah, eso —el ruso tomó unos instrumentos relucientes—. No es grave. La bala rozó el lado de tu muslo, se llevó un trozo de carne, pero no morirás. Ni siquiera necesitas una cirugía complicada.

—¿Cuál es la mala noticia, en ese caso? —Cutter lo miró con sospecha.

—Va a doler —y con eso Kozlov le clavó justo en la herida.

—Te desmayaste —dijo el médico sin compasión cuando Cutter volvió en sí—. Por unos quince minutos.

—Eso es lo que pasa cuando torturas a alguien.

—¿Tortura, droog? Eso ni siquiera se acercó. Debería saberlo. Trabajé en el GRU, por si lo olvidabas.

Droog. Amigo. Eso es lo que Kozlov era para él, a pesar de su actitud.

Fue Cutter quien lo había escoltado desde Moscú a los Estados Unidos, y durante el vuelo y en los meses siguientes, habían desarrollado una estrecha amistad. Cutter estuvo a su lado cuando Kozlov se enteró desde Moscú que sus padres habían sido arrestados en represalia por su deserción. Sostuvo al ruso cuando recibieron la noticia de que sus padres habían muerto después de ser torturados. Había sido el padrino cuando el desertor se casó con Marta, otra emigrante rusa, psiquiatra.

Kozlov limpió y vendó su muslo. Se lavó las manos en el fregadero e inclinó la cabeza hacia Cutter, que estaba inspeccionando lo que quedaba del mono de paramédico.

—Supongo que tengo que proporcionarte algo de ropa —suspiró. Fue a un armario y regresó con una camiseta limpia y un par de vaqueros.

—Son míos. Deberían quedarte bien. Somos de la misma talla.

—Bonito lugar —comentó Cutter después de ponerse la ropa.

—Sí —Kozlov había desarrollado un acento americano mientras establecía su negocio—. Marta me habría matado si hubiera empezado a ver pacientes en la casa. Convertir el garaje en mi consultorio era la elección obvia. De todos modos, no lo necesitaba.

—¿Cómo está ella? ¿Los niños?

—Te echa de menos. No —respondió rápidamente cuando Cutter levantó la mirada—. Ella no sabe que estás aquí. Vasily está en Nueva York, trabajando en un bufete de abogados, mientras que Taty está en Princeton.

Cutter sonrió distraídamente ante el orgullo en la voz de Kozlov y probó su pierna caminando por la habitación. Le palpitaba sordamente, pero podía moverse.

—El analgésico dejará de hacer efecto en unas horas. Hay más en esa bolsita. Tómalos regularmente. También te he escrito una receta, por si necesitas más.

Cutter inspeccionó los medicamentos y se los guardó en el bolsillo. Alcanzó su billetera y recibió un manotazo en la mano.

—Ni lo intentes —le dijo Kozlov con brusquedad—. Deberías descansar unos días. Deja que tu pierna sane.

No puedo.

—No lo harás, ¿verdad? ¿En qué te has metido esta vez? Pensé que estabas en Nueva York. Marta estaba orgullosa cuando apareciste en la televisión. Les contó a todas sus amigas lo cercanos que éramos.

—Es mejor que no lo sepas.

Kozlov asintió, como si hubiera estado esperando precisamente esa respuesta.

—Tendrás que borrar las imágenes de tus cámaras de seguridad.

—No es la primera vez que tú u otros operadores aparecen en medio de la noche. Sé lo que tengo que hacer.

Cutter sonrió y le apretó el hombro. Se dirigió a la puerta cuando el ruso apagó las luces interiores y salió.

—Intenta no morir —le dijo su amigo en voz baja cuando se subió a su coche.

Se alejó con esa nota optimista y, en la frescura de Beverly Hills, planeó sus próximos movimientos.

No puedo volver a Sycamore Avenue ni a la casa de Vienna. La policía estará vigilando esos lugares.

Estaba seguro de que no había nada que lo relacionara con la casa incendiada o la ambulancia. Sin embargo, el Departamento de Policía de Los Ángeles ya sospechaba de él. *No tengo una coartada. Encontrarán los teléfonos desechables si buscan lo suficiente*.

No encontrarían sus alijos de armas porque los había escondido en varios lugares por toda la ciudad.

¿Qué hay de Covarra? ¿Será suficiente este ataque para que me llame?

Tendría que encontrar otros lugares que atacar si el jefe no respondía. Lo que sería un desafío, ya que no conocía ningún otro.

Sus manos se tensaron en el volante mientras conducía en la noche.

No me rendiré, se juró. Pero sus palabras sonaban huecas, incluso para él mismo. Todo lo que tenía que hacer el jefe de Street Front era quedarse en silencio, y eso dejaría a Cutter sin nada y sin ningún lugar adonde ir.

Condujo hasta Pacific Palisades, un barrio exclusivo en el lado oeste de la ciudad, y se registró en un hotel.

El pensamiento le vino justo cuando se estaba quedando dormido.

Puedo preguntarle a Janikyan. Él podría saber dónde están los almacenes de Covarra.

46

Difiore observaba cómo Matteo informaba a Dade en su oficina. Estaba más concurrida de lo habitual. Cruz y Estrada estaban presentes, junto con más policías del grupo de trabajo. Lasko, sentado en la parte trasera, no había saludado ni a ella ni a Quindica cuando entró en la oficina.

Es una demostración de fuerza por parte de Matteo. Sabe que la jefa estará furiosa por lo que sucedió anoche. Ha traído a tantos miembros de su equipo para demostrar que están trabajando duro.

—Arrestamos a tres pandilleros en esa casa, señora. Había diez dentro y diez más fuera...

—Tres de veinte —le interrumpió Dade fríamente.

—Sí, señora. El resto logró escapar. Todo su alijo se quemó. Estos delincuentes dicen que había cerca de un millón y medio en mercancía. Principalmente oxicodona mexicana, algo de metanfetamina. Nuestros técnicos aún están en el lugar...

—Dígame algo nuevo, Vance.

—Señora, esa casa se incendió a las dos de la madrugada. Los bomberos lo controlaron alrededor de las tres. Afortunadamente, ninguna otra casa se vio afectada. Pudimos entrar en la casa solo a las cinco; para entonces se había enfriado lo suficiente. Eso fue hace solo seis horas, señora. Necesitamos tiempo...

—¿Se da cuenta de que quien está haciendo esto, atacando a Covarra, nos lleva varios pasos de ventaja?

—Así es con cualquier crimen, señora. Lo atraparemos.

—Suena muy seguro de ello.

—Cometerá un error, señora. Se equivocará.

—Explíquemelo de nuevo.

Difiore desconectó cuando Matteo repasó la secuencia de eventos. Ella y Quindica habían visitado la escena temprano en la mañana y habían recibido un informe de Estrada.

—Nadie vio a este atacante —resumió la jefa cuando el detective principal terminó—. Destruyó las cámaras en el sitio de construcción, bajó por una tirolesa, arrojó ANM14 dentro de la casa, escapó, quemó la ambulancia que robó y desapareció en la noche.

Su mirada helada congeló a Matteo cuando intentó hablar.

Sin embargo, Lasko no se intimidó. —Corrección, señora. Había veintiún pandilleros dentro o alrededor de la casa. Atrapamos a tres, el Hombre Misterioso se llevó a dos: Eduardo Aponte y Armando Dengra. El primero era el francotirador...

—Lasko —Dade lo interrumpió bruscamente. Si una voz pudiera congelar, el policía se

habría convertido en hielo—. ¿Cree que no he leído los informes o escuchado a Vance?

—No, señora —murmuró el detective mientras su rostro se enrojecía de vergüenza.

—Esa pareja —La jefa lo miró en silencio por un momento y luego se volvió hacia Matteo —. Quiero hablar con ellos. Hágalo posible.

FRANCISCO COVARRA ESTABA EN OTRA CASA DE SEGURIDAD EN EAST HOLLYWOOD. SALAZAR estaba con él, junto con los dieciséis pandilleros que habían huido de Forest Avenue.

—No les pago para que huyan del fuego —dijo el líder de la pandilla con veneno mientras miraba a los hombres—. Deberían haber entrado en la casa y capturado a ese hombre.

—Estaba ardiendo...

El jefe gruñó y se abalanzó sobre el que hablaba. Una navaja apareció en su mano como por arte de magia y la hundió repetidamente en el pecho del hombre hasta que Salazar lo agarró y lo apartó.

Covarra no opuso resistencia. Su pecho se agitaba mientras observaba al matón retorcerse y gemir en el suelo hasta morir. Su rostro, cuando lo levantó, estaba frío y duro.

—Vayan —dijo, señalando con el dedo—. Dispérsense por la ciudad. Averigüen quién hizo esto y dónde está.

—No encontrarán nada —le dijo Salazar cuando los hombres se fueron—. Sabemos quién hizo esto. Llámalo...

Se interrumpió cuando el líder de la pandilla lo miró con ferocidad. Cambió de táctica. —Llamé a Santangel, nuestro capitán en el LAPD...

—Sé quién es.

Salazar tragó saliva. Era difícil mantener una conversación con su amigo cuando estaba de ese humor. —Me dijo que el atacante usó equipo militar. Granadas de termita, las llamó. Queman cualquier cosa. Usó una tirolesa para aterrizar en el techo. Desde la grúa en el sitio de construcción...

—No necesito saber eso. ¿SABES CUÁNTO PRODUCTO HEMOS PERDIDO EN ESOS DOS ATAQUES? CASI TRES MILLONES DE DÓLARES. ¿CÓMO VAMOS A RECUPERAR ESO?

Covarra golpeó el pecho de su amigo con los puños y luego se apartó, jadeando.

—Fuse —gruñó—. No me digas cómo atacó ese hombre. Dime cómo podemos atraparlo.

—Solo hay una manera. Llámalo.

47

«¿Por qué estamos con ella?», articuló Difiore sin voz a su compañera mientras acompañaban a Lisa Dade a su vehículo oficial.

Quindica se encogió de hombros y se subió al asiento trasero mientras la jefa de policía se sentaba junto a su conductor.

—Necesito alejarme —dijo la jefa del LAPD con cansancio—. Háganme compañía.

—Sí, señora. ¿Cree que la pareja nos dirá algo más de lo que le dijeron a Matteo? —Difiore miró por la ventana trasera y vio al detective principal siguiéndolos en su coche.

—Eso espero. Cuando nos vean en persona.

Jim y Emily Curiel. La detective del NYPD abrió el informe de Matteo en su teléfono. Jubilados. Él había sido inspector de construcción de edificios, empleado por la ciudad, mientras que ella había sido maestra de escuela.

—Gente de la sal de la tierra —supuso Difiore, hablando en voz baja para que solo su compañera pudiera oírla—. Una hija, que trabaja en tecnología en San Francisco, sin más hijos. Han vivido en Los Ángeles toda su vida.

—¿Crees que no sacaremos nada de ellos? —susurró Quindica.

—Sí.

—¿Oíste lo que dijo la jefa? Mírala. Está muy tensa.

Difiore asintió. El cuello de Dade estaba rígido por la tensión, con los tendones tensos contra su piel. Un pulso visible latía en su frente cada vez que las miraba.

—Comprensible. Su ciudad no ha experimentado este tipo de ataques en mucho tiempo.

Se interrumpieron cuando el vehículo se detuvo frente a la residencia de los Curiel.

Un policía de patrulla que estaba apoyado contra un crucero se puso firme.

—Están dentro, jefa —le dijo a Dade ante su mirada interrogante—. Les informé que ustedes vendrían.

—Gracias, Terry. Lo hiciste muy bien.

Esa es una razón por la que tiene la lealtad de la mayoría de los policías, pensó Difiore mientras observaba a Dade trabajar. *Los llama por su nombre, los hace sentir importantes, puede relacionarse con ellos. Los defiende.*

—Pérdida de tiempo —gruñó Matteo cuando se unió a ellas—. No le van a decir a la jefa nada más de lo que me dijeron a mí.

Difiore no hizo ningún comentario y siguió a Quindica mientras entraban en la casa.

La sala de estar era acogedora, con colores cálidos. Una manta rojo apagado en el suelo. Un sofá muy usado frente a una chimenea, que ocupaba la pareja de ancianos, fotografías familiares y pinturas en la repisa y las paredes. Un hogar en el que se había prodigado amor y cuidado.

Dade se presentó y presentó a sus acompañantes, hizo una pequeña charla para que los Curiel se sintieran cómodos. Notó las pequeñas vendas en sus frentes y, a pesar de sus cálidas palabras, la cautela en sus ojos.

—Ya conocen a Vance —dijo, sonriéndoles—. Es nuestro mejor detective. Él encontrará a los responsables de quemar esa casa. Él...

—Ese lugar merecía ser destruido —interrumpió Emily Curiel con fiereza—. Era utilizado por esa pandilla. Todo el vecindario lo sabía. ¿Qué hicieron los policías? Nada.

—Señora, sabe que no podemos actuar a menos que sospechemos...

—Jim, ¿recuerdas cuando el LAPD lo allanó?

—Sí, el año pasado. Arrestaron a unos cuantos hombres, algún policía salió en la televisión y dijo que habían limpiado el vecindario. Pero la pandilla regresó como si nada hubiera pasado.

Esto será difícil, suspiró Dade internamente.

—¿Cómo van sanando sus heridas?

—Están bien. Cortes superficiales —gruñó Jim Curiel—. Señora, tengo que preguntar, ¿por qué está aquí? Le dijimos todo lo que pasó a él. —Señaló con la barbilla a Matteo—. No ocultamos nada.

—¿No recuerdan nada más? Sobre ese hombre que disparó a esos dos...

—Nos salvó. —Emily Curiel la miró con enojo—. Podría haber huido. Tuvo tiempo suficiente para escapar cuando esos matones entraron.

—Sí, señora. ¿Dijo algo que recuerden? Es nuestro principal sospechoso...

—Debería recibir una medalla por lo que hizo. Limpió ese lugar y se deshizo de dos pandilleros.

—Señora. —Difiore acudió al rescate de Dade—. ¿Se parecía a este? —Les mostró la fotografía de Grogan en su pantalla.

—¡Él! No. Se lo describimos a este policía. —Fue el turno de la esposa de señalar con la cabeza en dirección a Matteo—. Llevaba gafas, era de complexión más robusta. No tenía ojos verdes.

—Marrones o negros. —Jim Curiel asintió con la cabeza—. Ninguno de nosotros estaba en condiciones de observarlo de cerca.

Difiore no había terminado. Desplazó rápidamente en su teléfono, giró la pantalla hacia la pareja y reprodujo un video. Ellen Ronning, una destacada periodista de televisión, entrevistando a Grogan en Nueva York. —¿Sonaba como este?

Los labios de Emily Curiel se tensaron de ira. —Ya les dijimos que no se parecía a este hombre. ¿Por qué siguen mostrando...?

—Señora Curiel —interrumpió Dade con suavidad—. Ese atacante...

—No levantó la mano ni su arma contra nosotros.

—No —repitió Jim Curiel—. De hecho, estaba desarmado cuando lo vimos. Solo tomó su arma cuando esos matones irrumpieron. Nos rescató de ellos.

—Señor —dijo la jefa con paciencia—, podría haber estado disfrazado. Por eso la detective Difiore está reproduciendo esa grabación. Tal vez puedan reconocer su voz.

La pareja escuchó atentamente y luego negaron con la cabeza. —No sonaba así. La voz de ese hombre era más profunda, más áspera —dijo la esposa—. No, no es esa persona de la

entrevista.

—¿Dijo algo sobre un vehículo? ¿A dónde se dirigía?

—Se llevó el Ford de Jim.

Matteo se inclinó hacia adelante con urgencia. —Señora —se dirigió a ellos con brusquedad —. No nos dijeron eso. Dijeron que salió por la puerta trasera.

—Somos viejos —replicó ella bruscamente—. ¿Crees que nuestras memorias son como las tuyas, jovencito?

Dade no pudo evitar sonreír ante la mordaz respuesta de Emily Curiel. Su sonrisa se ensanchó cuando Jim Curiel le guiñó un ojo con picardía. Sus problemas —el alcalde exigiendo actualizaciones cada hora, los medios acampados fuera de la sede, las investigaciones que no llevaban a ninguna parte— de repente parecían distantes. *Me caen bien*, pensó. *¿Qué dijo Gina sobre ellos? ¿Sal de la tierra? Tiene razón.*

—La llave estaba colgada allí —señaló un gancho cerca de la puerta del patio trasero—. La tomó, preguntó dónde estaba el vehículo y se fue.

—¿Recuerda la matrícula, señora?

Jim Curiel resopló. —Es nuestro coche. Por supuesto que la recordamos —se la recitó al detective, quien hizo una llamada apresurada y guardó su teléfono.

—¿Dónde estaba estacionado?

—En la calle Boulder.

—¿Por qué allí?

—Nos quedamos sin estacionamiento en esta calle rápidamente. Siempre hay espacios en Boulder. Y no —dijo firmemente cuando Matteo hizo ademán de preguntarle de nuevo—, este hombre no dijo a dónde iba. No nos dijo su nombre. No dejó nada atrás.

Un perro entró trotando en la habitación, olfateó a los visitantes y se subió al regazo de Emily Curiel, moviendo la cola furiosamente.

—Ni siquiera habríamos sabido que estaba pasando por nuestro patio si Oscar no nos hubiera despertado.

—Señora —Dade acarició a la mascota, que le lamió la palma—. ¿Oscar lo atacó?

—No. Estaba atado. Pero esos matones... —Sus ojos se endurecieron—. Uno de ellos le dio una patada. Merecía morir solo por eso.

DIFIORE LIDERÓ LA SALIDA DE LA CASA DE LOS CURIEL, SE PUSO SUS GAFAS DE SOL Y ESPERÓ CON Quindica mientras Matteo y la jefa agradecían a la pareja.

—Fue una idea inteligente —la líder del grupo de trabajo la felicitó mientras se dirigían de vuelta a sus vehículos—, mostrarles la fotografía y el video de Grogan.

—No sirvió de nada.

—Las investigaciones son como empujar una roca cuesta arriba —Se encogió de hombros, saludó a la jefa con la mano y se alejó conduciendo.

—Vance encontrará el Ford abandonado en algún lugar —dijo Dade después de un rato, mientras su conductor las llevaba de vuelta a la oficina—. Probablemente quemado, y aunque no lo esté, estará limpio.

—Sí, señora —asintió Difiore.

—Sabes —La jefa se dio la vuelta para mirarlas. Sus ojos estaban distantes, su expresión remota—. Nunca he tenido que arrestar a un amigo.

Se refiere a Grogan.

—Podría ser cualquiera, señora —dijo Quindica suavemente—. Otra pandilla atacando al Street Front. Demonios, a Covarra no le faltan enemigos.

—No es cualquiera. Su pandilla y los Armenian Bros han estado enfrentándose durante años. Es la rivalidad más brutal de la ciudad. Ninguno de los ataques anteriores tuvo este tipo de precisión. Eran peleas callejeras, tiroteos desde autos en movimiento, asesinatos en un bar. Estos ataques —dijo mientras sus ojos verdes recuperaban el enfoque—, son de estilo militar. Planeados hasta el mínimo detalle, ejecutados perfectamente. Y el equipo —hizo una pausa, riendo sin humor—, ningún pandillero siquiera pensaría en usar ese tipo de equipamiento.

Difiore apretó el muslo de Quindica en señal de advertencia cuando su compañera iba a hablar. *Déjala hablar*.

—Pero a Cutter, lo he visto trabajar. Esto tiene su firma. Puede disfrazar su apariencia, su voz, puede usar armas fantasma... pero es él.

Se enderezó y sacó su teléfono. —Vance —ordenó al detective—, reúnete conmigo en la oficina. Estamos a quince minutos.

DIFIORE Y QUINDICA LA SIGUIERON EN SILENCIO CUANDO LLEGARON A LA SEDE DEL LAPD. Tomaron la señal de la jefa, quien ignoró las preguntas de los reporteros reunidos y no miró a las cámaras de televisión.

Subieron por el ascensor hasta su oficina, donde Matteo, Cruz y Estrada estaban esperando.

—Encontramos el Ford, señora. Quemado, en un estacionamiento en West Hollywood. El equipo forense lo está examinando ahora mismo, pero no tengo muchas esperanzas.

Difiore observó a la jefa enderezar archivos en su escritorio. Ajustó un pisapapeles y lo colocó cuidadosamente sobre una pila de papeles.

—¿Dónde está Grogan? —Sus ojos eran de pedernal cuando los levantó.

—Se ha ido, señora. No está en las dos direcciones que tenemos de él. No contesta su teléfono. Muestra que está en el lugar de Sycamore, pero está vacío.

Exhaló suavemente. —Se ha desconectado, señora.

—¿Qué progreso han hecho con sus investigaciones? —disparó Dade a Difiore y Quindica.

—No mucho —respondió la SAC del FBI—. Matteo nos está ayudando, pero aun así...

—Ustedes dos conocen a Grogan mejor que nadie en esta habitación, de hecho, en Los Ángeles.

Difiore lo percibió en el rostro tenso de la jefa. Sus entrañas se tensaron cuando escuchó sus siguientes palabras.

—Detengan su trabajo por ahora. Pueden volver a él más tarde. Encuentren a Grogan. Tráiganlo para interrogarlo.

48

Covarra reflexionaba sobre la sugerencia de Salazar. Gruñía a su escolta de seguridad por cada mínima molestia. Hizo que los guardias de Forest Avenue se alinearan de nuevo, arremetió contra ellos y mató a otro centinela.

Eso no lo apaciguó.

Se imaginó a Panig Janikyan burlándose de sus problemas, y eso lo enfureció.

—Te dije lo que deberías hacer.

Su segundo al mando apareció por la noche, y solo entonces Covarra cedió. Fue a su dormitorio y sacó el teléfono que le había dado el atacante.

—No tiene ningún micrófono. Lo comprobamos —dijo Salazar cuando lo manipuló con sospecha.

El jefe de Street Front buscó el único número almacenado en él y, tras unos momentos, lo marcó.

CUTTER ESTABA MEDIO DORMIDO EN EL TAHOE CUANDO EL TELÉFONO VIBRÓ.

Estaba estacionado en la Via de Las Olas, una franja de carretera sinuosa en Pacific Palisades. Daba al océano, donde los acantilados escarpados cedían paso a la carretera costera más abajo.

Había algunos otros coches, la mayoría vacíos, sus ocupantes habían salido a dar un paseo o a disfrutar del paisaje natural.

Se despertó de golpe y buscó su móvil. No, ese no era el que estaba vibrando. La alerta lo inundó cuando sacó el teléfono desechable y comprobó la llamada entrante.

¡Covarra!

—Habla —ordenó.

El jefe de Street Front comenzó con una serie de maldiciones.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Podía oír la respiración agitada del líder de la pandilla mientras luchaba por controlarse.

—No sabes con quién te estás metiendo —susurró Covarra—. Mi gente está en todas partes. Te encontrarán. Te traerán ante mí. Yo...

—¿Sabes quién soy?

No hubo respuesta.

—¿Sabes dónde estoy?

—Dondequiera que estés...

—No lo sabes. No sabes nada de mí, pero yo lo sé todo sobre ti. Témeme.

Cutter colgó, echó el asiento hacia atrás y se fue a dormir.

—*¡Puto!* —maldijo Covarra y arrojó el teléfono contra la pared. Rebotó y cayó al suelo hecho pedazos.

—¿Qué has hecho? —le recriminó Salazar y se apresuró a recoger los pedazos—. Está destrozado —dijo con amargura—. ¡Luis! —llamó a un guardia—. Tráeme un teléfono desechable —ordenó cuando apareció el hombre. El centinela desapareció y volvió con un dispositivo que le entregó. El segundo al mando le quitó la batería, reemplazó la tarjeta SIM con la del teléfono destruido y contuvo la respiración—. El número funciona —dijo, satisfecho.

Se volvió hacia su amigo y agitó el dedo en señal de reproche—. Estás dejando que tu ira te domine. Ese hombre está jugando con...

—LO MATARÉ.

—Hazlo. Pero primero, tenemos que encontrarlo.

—NO LO VOLVERÉ A LLAMAR. FUE TU IDEA. ¿OÍSTE CÓMO ME HABLÓ?

—Tenía razón. No sabemos nada de él. Nuestros hombres han estado buscando durante casi diez días. ¿Lo hemos encontrado? No.

—¿Qué sugieres? —gruñó Covarra—. ¿Quieres que lo ignore? ¿Sabes lo débiles que nos hará parecer eso?

—No. Estoy diciendo que lo hagamos venir a nosotros.

—¿Cómo?

—Acordando reunirnos. Dile que estás listo para hablar, para responder cualquier pregunta que tenga.

—Le tenderemos una trampa. —Los ojos del líder de la pandilla se iluminaron con maldad. Se frotó las manos inconscientemente—. Lo capturaremos cuando llegue. ¿Por qué no lo sugeriste antes?

—Estabas demasiado enojado para escuchar.

—No lo llamaré de inmediato. Eso solo me hará parecer débil. Fuse —ordenó Covarra a su amigo—, encuentra un lugar donde podamos reunirnos. Algún sitio seguro.

Sus labios se curvaron en anticipación ante la idea de capturar al atacante. Oh, las cosas que le haría a ese hombre.

49

Matt Lasko fue al salón de masajes en Hollywood Boulevard, se quitó la camisa y se acostó boca abajo en el colchón.

Hizo una mueca cuando la masajista le frotó aceite en la espalda y hundió sus dedos profundamente. Cerró los ojos y se dejó llevar mientras la mujer presionaba y frotaba con sus dedos y las palmas de sus manos hasta que su cuerpo se sintió relajado y listo. Ella le dio un golpecito en el hombro cuando terminó y salió de la habitación.

Solo entonces se levantó y miró al hombre en la otra cama.

—Cesar —saludó al hombre barbudo, que se estaba abotonando la camisa.

Lasko despegó varios billetes de su billetera y se los entregó al cliente, quien los deslizó en su bolsillo.

—Dime algo útil.

—¿Sabes sobre ese ataque en Boyle Heights?

—Sí. ¿Quién estaba detrás?

—Es ese motociclista que atacó la casa del jefe en Hubbard Street.

—¿Estás seguro de eso? Lo que yo escuché es que nadie sabe quién es ese hombre.

—¿Quién más podría ser? Parece tener algo contra Snake.

—¿Covarra sabe quién podría ser?

—No. Él y Fuse tienen a todos los soldados callejeros tratando de averiguarlo.

Lasko estudió a Cesar mientras este se ponía la camisa y la metía en sus jeans. El hombre, un tirador de Street Front, era un informante que había cultivado desde sus días en el LASD. El salón era uno de los varios lugares de encuentro.

HABÍA ENCONTRADO AL PANDILLERO EN UN CALLEJÓN, BALEADO E INCAPAZ DE MOVERSE. EL hombre le había agarrado el brazo cuando estaba a punto de pedir ayuda por radio. —Ayúdame —había jadeado Cesar, reconociendo su uniforme—. Y te ayudaré. Sin policías.

—Yo *soy* un policía —le había dicho Lasko.

—Llévame al Este de Los Ángeles y te deberé una. —El matón le había dado una dirección.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Por quién soy.

Resultó que Cesar era un alto mando en Street Front, un líder que dirigía su propia célula en el centro de Los Ángeles. Había sido un pandillero leal hasta que Covarra se encontró con su hermana en Juárez, la trajo de contrabando a Los Ángeles y la instaló como su amante.

La relación no duró mucho. La acusó de acostarse con otros hombres y la mandó matar. Eso volvió a Cesar en su contra.

—Maté a uno de los hombres que le dispararon —jadeó aquella noche—. Pero su bala me alcanzó.

—¿No sospechará Covarra que fuiste tú el tirador?

—No. Iba enmascarado y, de todos modos, él cree que estoy de acuerdo con lo que le pasó a mi hermana.

Lasko actuó instintivamente. Llevó al matón a una dirección donde un médico hispano operó al hombre herido y le extrajo la bala del cuerpo.

Cesar se recuperó y desde entonces proporcionaba a Lasko información vital siempre que podía.

—Está pasando algo, sin embargo.

—¿Qué?

—No lo sé. Fuse nos ha pedido que nos mantengamos cerca. Que dejemos de hacer negocios por un tiempo.

Lasko lo miró fijamente. Que una pandilla dejara de vender producto... eso tenía que ser serio.

—No, no me mires así. No sé nada más.

—¿Tiene algo que ver con este atacante?

—Sí, sí. No hablamos de otra cosa estos días. Creo que Snake le está tendiendo una trampa.

Lasko se apresuró a volver a la jefatura del LAPD y golpeó en la puerta de cristal de una oficina. Entró cuando Matteo le hizo un gesto con la mano.

—Esa es la detective Difiore del NYPD y la agente especial a cargo Quindica del FBI —dijo el detective principal, presentándole a las mujeres—. Han estado trabajando con el jefe en alguna misión.

—Las vi en la oficina del jefe ayer. —Lasko asintió con la cabeza a modo de saludo—. ¿Recuerdas que te hablé de un soplón en Street Front?

—Sí. —Matteo sacó un palillo de dientes fresco y se lo metió en la boca—. No nos ha dado ninguna información importante.

—Eso podría cambiar. —El detective más joven sonrió y transmitió lo que Cesar le había contado.

—Eso no es nada —gruñó Cruz con disgusto.

—La pandilla ha dejado de traficar —le corrigió Matteo—. Yo no llamaría a eso insignificante. Mantente al tanto y háznoslo saber cuando te dé más información.

—No les he contado la mejor parte...

—¿La pandilla sospecha quién es este tipo? —le interrumpió Estrada.

—No. —Sus ojos brillaron de emoción mientras se dirigía a la sala—. Covarra le está tendiendo una trampa.

50

Difiore esperó hasta que Lasko se hubiera marchado y se volvió hacia Matteo, quien, ante una mirada de advertencia suya, también despidió a Cruz y Estrada.

Recibió un asentimiento imperceptible de Quindica cuando solo quedaron los tres en la oficina y reprimió una sonrisa. *Así es como trabaja. Me deja hablar a mí.*

—Dade nos ha dicho que suspendamos temporalmente el grupo de trabajo, pero tenemos un equipo demasiado grande para eso. Dejemos que continúe su labor. Peyton y yo nos centraremos en Grogan.

—Me parece bien —accedió Matteo—. ¿Qué necesitas?

—Acceso a tu red de ALPR y cámaras de tráfico.

El Lector Automático de Matrículas era un sistema de cámaras montadas en postes de alumbrado público y en coches patrulla que recogía las matrículas de los vehículos que pasaban y las almacenaba en una base de datos segura. La tecnología podía rastrear el movimiento de un vehículo a lo largo del tiempo, comparar el tráfico con una lista de coches robados y los involucrados en actos delictivos, y luego alertar a los agentes.

El uso del sistema estaba envuelto en controversia. Organismos de privacidad y medios de comunicación acusaban al departamento de policía de hacer un mal uso de los datos, pero la tecnología había llegado para quedarse.

—Hecho —asintió Matteo—. Atrapémoslo antes de que haga algo peor.

—¿Peor que quemar una casa en un barrio residencial? —bromeó Quindica.

—Tú lo conoces mejor que yo. ¿De qué crees que es capaz?

—Grogan puede hacer cualquier cosa —dijo Difiore con seriedad.

CUTTER SUPUSO QUE TODOS LOS POLICÍAS LO ESTARÍAN BUSCANDO. ERA HORA DE DESAPARECER del radar, lo cual no era difícil para alguien con sus habilidades. Tenía un stock suficiente de teléfonos desechables. Había clonado su teléfono móvil principal, que había escondido en la casa de Sycamore, y había configurado un sistema que le permitía recibir sus llamadas en el dispositivo que llevaba consigo.

Fue al baño y se duchó. Aplastó las gafas falsas que había estado usando y tiró los restos a la papelera. Se puso lentes de contacto oscuros y se aplicó una perilla. Se oscureció el pelo con tinte y se aplicó mechas plateadas. Se pegó un tatuaje —una gran cruz roja— en el cuello, por encima del cuello de la camisa, y se inspeccionó en el espejo. Pasaría un escrutinio aleatorio.

El LAPD tendrá reconocimiento facial. Tienen a Difiore y Quindica, que saben cómo opero.

Se encogió de hombros y se sonrió a sí mismo. *Tendré que mantener mi cara alejada de las cámaras públicas.*

Se puso las gafas de sol, agarró su mochila y salió del hotel. Fue a su Tahoe para revisar su teléfono. No había llamadas perdidas ni mensajes de Covarra.

Esperará. Le mueve su ego. No querrá demostrar que yo le estoy dando órdenes.

Condujo hasta Little Armenia, consciente de que las cámaras estarían captando el Tahoe y el ALPR estaría comparando sus placas con una lista de sospechosos. Sin embargo, no estaba preocupado. Wyatt y Chuck sobornaban a suficientes empleados de la ciudad para asegurarse de que sus matrículas nunca fueran marcadas.

Aparcó en el mismo espacio vacío que había ocupado durante su visita anterior y llevó a cabo un reconocimiento rápido. Ni coches patrulla, ni nadie más esperando en sus vehículos, ni hombres o mujeres holgazaneando en los bancos, apoyados en postes o merodeando alrededor de los camiones de comida.

No. No había vigilancia del LAPD en la oficina de Arek Davidian. Ni pandilleros tampoco.

Cutter esperó otra hora. Una pareja salió de la oficina del agente inmobiliario, escoltada hasta la puerta por el mismo hombre sonriente.

Esperó un momento y salió de su vehículo.

—Señor Davidian —llamó antes de que el hombre cerrara la puerta.

—¿Sí? —la sonrisa del agente apareció automáticamente.

—Me lo recomendó uno de sus clientes, señor.

La sonrisa se hizo más amplia. Cutter podía sentir el interés del hombre.

—¿Por qué no pasa?

Eso es lo que quiero.

—Bonita oficina —dijo con apreciación cuando entró en su fresco interior—. Pensé que serían más grandes. —Frunció el ceño mientras señalaba los cubículos vacíos.

—No se deje engañar por oficinas lujosas y mucho personal —dijo Davidian, desestimando a su competencia—. Usted, señor, vino a mí por una recomendación. Ese es el servicio que ofrezco a mis clientes...

Gritó sorprendido y alarmado cuando Cutter lo agarró de la camisa y lo arrastró a su oficina.

—¿QUÉ? ¿QUIÉN ES USTED...?

—Soy yo. El mismo tipo que te agredió la última vez.

El agente inmobiliario se quedó helado. Se apresuró a ponerse detrás de su escritorio cuando Cutter lo soltó. Su boca se movió varias veces antes de que saliera algún sonido.

—TÚ...

—Deja de hablar. Escucha. Esta vez no te voy a golpear. —Arrojó un teléfono sobre el escritorio—. Haz que esto llegue a Janikyan. Hay un número en él. Tiene que llamarme. Tan pronto como pueda.

—TE LO DIJE ENTONCES Y TE LO DIGO AHORA. —La cara de Davidian se puso roja de furia—. NO TENGO NADA QUE VER CON ÉL.

—Lo sé. Pero la comunidad armenia es muy unida. Estoy seguro de que puedes encontrar una manera de hacer llegar ese teléfono y mi mensaje.

Se marchó antes de que el agente pudiera protestar.

—ESE LUGAR EN LA CALLE JESSE —DIJO SALAZAR, INFORMANDO A SU JEFE—. ESE ALMACÉN vacío. ¿Recuerdas que solíamos cocinar meta allí?

—Sí. —Covarra chasqueó los dedos—. ¿Aún es nuestro?

—Nos hemos vuelto legales —su asistente sonrió con astucia—. Lo alquilamos para rodajes de películas y videoclips. Te sorprendería cuánto dinero genera. A la gente le gusta ese aspecto.

—Muéstramelo.

Salazar sacó varias fotos y se las enseñó al jefe de los pandilleros. —Está en una esquina. Tendremos centinelas en la calle Rio y en Jesse. Es una zona industrial. No hay nadie por la noche.

—¿Qué pasa? —espetó cuando su asistente vaciló.

—Lo más seguro sería llamarlo y decirle lo que sabemos. Que no tuvimos nada que ver con ese asesinato.

Covarra controló la explosión de furia en su interior. Clavó su dedo índice en el pecho de su amigo. —¿Seguro? Francisco Covarra no hace nada *seguro*. Me habría hecho contador si quisiera vivir con seguridad. No. Ya hemos tenido esta discusión antes. No la vuelvas a sacar. Este hombre morirá en mis manos. No quiero escuchar nada más. ¿Cuánto tiempo necesitas para asegurar ese lugar?

—Es nuestro, Serpiente. Podemos organizar la reunión esta noche.

—No, no tan rápido. Hagámoslo mañana. Por la noche.

CUTTER LOCALIZÓ A ISAIAH LIMON EN LAX-IT Y LE HIZO UN GESTO CON LA MANO.

—Sí, señor, ¿necesita un viaje? —El conductor se enderezó.

—¿Por qué es que siempre que vengo a buscarte estás parado? Cualquier otro taxista estaría recogiendo pasajeros, dejándolos. ¿Tú? Parece que no necesitas el negocio.

Limon lo miró con cautela. —¿Le conozco, señor?

Cutter esperó a que hiciera la conexión y luego se golpeó mentalmente la frente. *¡Estoy con un disfraz diferente! ¿Cómo me iba a reconocer?*

—¿Lograste escapar limpiamente de aquel accidente en Sadler?

Los ojos de Limon se abrieron de par en par. Miró alrededor con temor. —¡Eres tú! ¿Qué haces aquí?

—Tranquilo, Isaiah. No hay policías cerca. Nadie sabe lo que hiciste excepto yo.

—¿Por qué estás aquí?

—Necesito tu coche.

—No. —Limon retrocedió—. Eso fue algo de una sola vez. No voy a hacer ninguna locura otra vez.

—Isaiah, no me has escuchado. Necesito pedir prestado tu coche. No necesito que hagas nada más.

—¿No tienes tu propio vehículo? ¿Por qué necesitas-

Cutter suspiró y le lanzó un gran fajo de billetes. No iba a explicarle las razones por las que necesitaba cambiar de vehículo frecuentemente, incluso si tenía placas falsas. —Ahí hay tres mil. Más de lo que ganarás hoy. Te devolveré el vehículo aquí. Intacto. No se usará para ninguna actividad criminal.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

—Lo sabrás si no te arrestan para esta noche.

Se rio cuando el conductor tragó saliva. —Nada de eso va a pasar.

Tomó las llaves de los dedos sin resistencia de Limon y subió al coche.

—¡Tío! Ni siquiera sé tu nombre.

—Es mejor así.

Cutter salió conduciendo y se dirigió a la sede del LAPD. Aparcó en Main Street frente a una larga fila de coches que tenían una hilera de conos de tráfico a su lado.

No es un espacio de estacionamiento oficial, pero es donde los policías aparcan cuando su estacionamiento está lleno.

Salió de su coche, dejó su mochila en el maletero y fue a la esquina de Main y First, desde donde podía vigilar la entrada del edificio.

Contaba con que Difiore y Quindica salieran al lugar de comida más cercano para comer algo. *No irán a las cafeterías del edificio. A ambas les gusta salir, tomar aire.* Lo que dejaba solo dos posibilidades: una era una tienda de conveniencia en el edificio, en Main Street; la otra, Times Mirror Square.

A las dos les interesa la arquitectura. Irán al edificio de LA Times.

Su corazonada resultó acertada cuando vio a la pareja a las tres de la tarde, saliendo a zancadas de la entrada principal. Se dio la vuelta y habló por teléfono. Las observó por el rabillo del ojo y las siguió a una distancia segura.

No había otros policías con ellas, pero tampoco lo había esperado.

Las mujeres fueron a una cafetería, pidieron su comida y bebidas y se sentaron en el bajo muro de mármol que rodeaba un grueso árbol esculpido.

Cutter se posicionó detrás del follaje decorativo y esperó pacientemente. Tuvo su oportunidad cuando Difiore se limpió las manos con una servilleta de papel, tiró los envoltorios de la comida a una papelera, fue a un quiosco y hojeó una revista.

Ha dejado su bolso con Quindica. Que estaba a la izquierda de la agente del FBI, a un par de pies de distancia de ella.

Necesitaba crear una distracción.

Usando la cobertura del árbol, gritó fuertemente. —¡EH, ESE HOMBRE ACABA DE ARREBATAR A UNA NIÑA PEQUEÑA DE ESA TIENDA! ¡QUE ALGUIEN LO DETENGA! ¡SE ESTÁ ESCAPANDO! —Eso captó la atención de todos.

—¿QUIÉN ERA? —Varios jóvenes se levantaron de un salto de sus sillas fuera de un café.

—Lleva una sudadera blanca. Ella va con un vestido rosa.

Percibió que Difiore y Quindica intentaban ubicarlo desde donde estaban, pero estaba bien escondido por el seto cónico. La detective de la NYPD echó a correr y le lanzó una mirada de reojo cuando entró en su campo de visión. Sin embargo, no vaciló mientras él seguía señalando y se unió a la persecución.

Cutter se movió inmediatamente una vez que ella se alejó. Rodeó el árbol y vislumbró a Quindica siguiendo a Difiore. Sus bolsos yacían donde los habían abandonado en la superficie de mármol.

Aprovechó la oportunidad. Nadie lo estaba mirando. Varios clientes en el enorme vestíbulo estaban agrupados, discutiendo emocionados sobre el incidente. Muchos habían entrado en la tienda que él había señalado para buscar a los padres de la niña.

Llegó al bolso de Difiore y agradeció su suerte de que estuviera asegurado con broches magnéticos. Sacó un teléfono desechable de su bolsillo y lo metió profundamente dentro. Lo cubrió con su bufanda cuidadosamente doblada y lo cerró. Se apresuró a alejarse justo cuando se acercaban voces, manteniendo el árbol entre él y ellas.

—No había nadie allí —oyó a la detective—. Tampoco ninguna niña. Debe haberse equivocado.

—O estaba borracho. —Quindica se rio—. ¿Viste quién era?

—Algún tipo. Pelo canoso. No le presté atención.

Cutter se unió a una multitud de compradores y se mezcló con ellos mientras salía del edificio. Se apresuró hacia su taxi y lo puso en marcha.

Se detuvo en el semáforo rojo de la esquina de Main y First justo cuando Quindica y Difiore salían a la acera peatonal.

Se quedó paralizado. Las siguió con el rabillo del ojo, pero no las miró directamente. Los operadores y policías experimentados podían sentir el peso de una mirada. Vio que las gafas de sol de Difiore brillaron cuando ella miró en su dirección. Contuvo la respiración, listo para acelerar si el semáforo cambiaba, pero los pasos de ella no se interrumpieron mientras cruzaba la calle con su compañera.

Se rio entre dientes, imaginando la cara que pondría cuando descubriera el teléfono.

Maldecirá hasta que el aire se vuelva azul por cómo la engañaron.

Su sonrisa se desvaneció mientras se adentraba en el centro de la ciudad y luego en el Este de Los Ángeles. Plantar el dispositivo era necesario. Ofrecía un canal de comunicación seguro con la policía.

Sabía que lo necesitaría, dado lo que estaba planeando.

51

—¿Todavía andas por ahí? —se burló Beth Petersen cuando Cutter llamó.

Él era su saco de boxeo verbal.

—¿Por qué no lo estaría? —gruñó él.

—Estamos siguiendo las noticias. No somos tontos. ¿Qué necesitas?

—Rastreadores GPS. Tanto solubles como pequeños e incoloros que puedan adherirse al cuerpo.

—¿Cuándo los necesitas? —No había sorpresa ni conmoción en su voz.

—Tan pronto como-

—Ve a West Sixth Street en dos horas. Es un almacén. Te enviaremos los detalles del casillero por mensaje.

Él se quedó mirando su teléfono. —¿Dos horas? ¿Tan rápido? Estás en Nueva York. ¿No tienes que organizar-

—Tenemos nuestros alijos en todas las ciudades importantes del país.

Escuchó un murmullo de voces en el fondo, y un hombre se puso al teléfono: Zeb Carter.

—¿Cutter? ¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien.

—Cuídate —intervino Beth.

—Sabía que te preocupabas por mí.

—No es así —se unió Meghan—, pero ¿de quién nos burlaríamos si te matan o te arrestan?

CUTTER INICIÓ SESIÓN EN WERNER Y LE PIDIÓ QUE BUSCARA LOS ESCONDITES CONOCIDOS O sospechosos del Street Front. Aparecieron varias direcciones, todas residenciales.

No, Covarra no organizará la reunión en una casa. No será lo suficientemente seguro. Querrá más espacio. Como un almacén o algún tipo de oficina.

Había un edificio en East Hollywood, en la frontera con Little Armenia. El programa de IA lo había marcado ya que había aparecido en las conversaciones de pandillas en la dark web.

Lo buscó en un programa de mapas y vista de calle y lo examinó. Era un edificio de concreto de dos pisos, gris y aburrido, que mostraba señales de una próxima remodelación: un letrero de un promotor plantado en su patio, una excavadora y un camión de movimiento de tierras en su entrada.

Eso podría funcionar. Por lo que podía ver, la planta baja estaba vacía. *Tendrá varias salidas y está ubicado donde los pandilleros pueden protegerlo*.

Era necesario hacer un reconocimiento.

CUTTER SE UNIÓ A LA FILA DE UN CAMIÓN DE COMIDA EN EL CENTRO DE LOS ÁNGELES Y PIDIÓ arepas rellenas de aguacate, frijoles negros y plátanos. Se las comió en su taxi y se limpió las manos con una toalla de papel. Un coche patrulla se acercó mientras bebía de una botella de agua. Salió una pareja de policías, que parecían ser un oficial experimentado y un novato. La mujer, la policía senior, le lanzó una mirada fría pero no se detuvo mientras se dirigía al mostrador y hacía su pedido.

Cutter no se quedó. No sabía si Dade había autorizado una orden de arresto contra él, pero no iba a quedarse para averiguarlo. *La policía de Los Ángeles me estará buscando, eso es seguro.* Había varias llamadas perdidas de Matteo y Cruz, llamadas que no se había molestado en devolver.

Condujo hasta el almacén que Beth mencionó en su mensaje. Dio una vuelta para encontrar un lugar para estacionar y se apretó detrás de un camión.

Agachó la cabeza cuando vio las cámaras sobre la puerta y entró en la sala de los casilleros. Se puso discretamente unos guantes color carne y marcó las teclas en el pad de seguridad.

Agarró la mochila que había dentro y se fue.

Eran las cuatro de la tarde cuando fue al edificio de oficinas en East Hollywood y lo inspeccionó.

No, decidió cuando vio el equipo de construcción en las aceras. Estrechaban la calle y aumentaban el riesgo de una huida limpia. Él no organizaría el encuentro en ese edificio.

Pero, ¿lo hará Covarra?

52

Matt Lasko condujo su coche sin identificación hasta un lavadero de autos en Boyle Heights. Esperó en la pequeña cafetería del local mientras dos empleados lavaban y encerraban su vehículo.

No dio señales de reconocimiento cuando Cesar entró en la tienda, se acercó al mostrador y pidió un café con leche. El pandillero regresó con su bebida y se sentó pesadamente en la silla contigua. Había una tercera cliente, una mujer, que se marchó poco después cuando su coche estuvo listo.

—¿Qué pasa? Nos vimos antes hoy. ¿Ha ocurrido algo?

—Estate en este barrio mañana —susurró el matón por la comisura de la boca.

—¿A qué hora?

—Te avisaré en cuanto lo sepa.

—¿Qué va a pasar?

—Fuse no lo dice. Quiere a los mejores tiradores de los barrios mañana. Snake... hace tiempo que no lo veo.

—¿Dónde se esconde?

—Te lo diría si lo supiera. Ambos están haciendo llamadas. Snake está en una casa de seguridad en alguna parte. Pero —añadió, encogiéndose de hombros—, no tengo el rango suficiente. Nadie me ha dicho dónde está.

—¿Podrías averiguarlo?

Cesar lo miró con furia. —Sí. Y luego Snake me haría pedazos. Tío...

—Lo entiendo. —Lasko hizo un gesto con la mano para que el matón bajara la voz. Se puso de pie cuando un empleado le hizo una señal.

—Mañana —le recordó el pandillero mientras se marchaba—. Mantente cerca.

CUTTER REGRESÓ A PACIFIC PALISADES Y SE SENTÓ EN EL ACANTILADO PARA VER LA PUESTA DE sol. Abrió la mochila cuando el crepúsculo se estaba asentando y sopesó el paquete de rastreadores GPS. La etiqueta soluble podía añadirse a cualquier líquido que, tras la ingestión, permanecía activa durante treinta y seis horas. Las adhesivas de color carne tenían la misma vida útil.

A Chad le encantaría poner sus manos sobre estos, pero ni siquiera él los vende. Los ingeribles se basaban en rastreadores que los profesionales de la salud utilizaban para aislar células cancerosas. Las agencias de inteligencia secretas de todo el mundo habían adaptado la

tecnología para desarrollarlos con fines de vigilancia.

Cutter sabía que la Agencia de Zeb tenía acceso a dispositivos de vanguardia que el mercado comercial ni siquiera conocía.

Simplemente lo pedí y me lo entregaron. Sin hacer preguntas. Así era su relación con ellos.

Frunció el ceño cuando hurgó más profundo en la bolsa y sacó más equipo. Silbó suavemente cuando reconoció la antena yagi plegable y los conectores SMA y se dio cuenta de lo que estaba mirando.

Una torre de telefonía móvil portátil que ocultaría el lugar desde donde estaba llamando.

Gracias, le envió un mensaje a Beth.

Mantente vivo, respondió ella. *Tendríamos que meternos con Zeb si desaparecieras, y él no es divertido.*

LA LLAMADA LLEGÓ MIENTRAS BUSCABA HOTELES PARA PASAR LA NOCHE.

—Señor Grogan —dijo Panig Janikyan suavemente—. Es usted un hombre de muchos disfraces.

Cutter pensó en negar que era él, luego se encogió de hombros en la oscuridad.

Es inteligente. Ha hecho la conexión con Davidian.

—Necesitamos reunirnos.

—La última vez que nos reunimos, me ordenó que me marchara.

—Lo haré de nuevo si viene a mi casa sin invitación.

—¿Por qué debería aceptar?

—Tenemos un enemigo común.

53

Cutter condujo hasta la Pequeña Armenia, giró a la izquierda en la Avenida Fountain y entró en un callejón sin marcar que corría paralelo a la Avenida Serrano y el Bulevar Hobart.

Estrecho, apenas más ancho que una camioneta. Casas a ambos lados, todas detrás de vallas metálicas. Vio cabezas asomarse por las ventanas cuando sus luces iluminaron el vecindario. Sombras se movían en los patios; captó el destello de las pantallas de los teléfonos móviles mientras los sostenían contra sus oídos.

Este es el territorio de Janikyan. Es probable que todos aquí pertenezcan a los Hermanos Armenios. Todos los ocupantes son como un sistema de alerta temprana para él.

Un hombre salió del callejón y bloqueó su camino cuando se acercaba a un edificio rosa a su izquierda. Estaba muy tatuado y parecía desarmado, pero había un bulto notable en su cintura.

Abrió una reja metálica y le hizo un gesto con la cabeza a Cutter mientras este entraba con el coche al patio.

Una casa grande sobre columnas elevadas. En la planta baja había un estacionamiento. El acceso a la entrada principal era por unas escaleras metálicas en el lateral. *Debió haber sido una oficina que la pandilla convirtió en casa de seguridad.*

Sus pasos resonaron y retumbaron mientras subían las escaleras y entraban en una sala de recepción. Más matones de mirada dura y rostro sombrío. Todos fuertemente y abiertamente armados.

Cutter permaneció en silencio mientras lo registraban, le quitaban su Glock y su Benchmade.

—Te los devolveremos cuando te vayas —le dijo bruscamente un matón. Le quitaron el teléfono, removieron la batería y lo colocaron en una bandeja.

Lo empujaron por el pasillo, pasando más habitaciones hasta llegar a una sala de estar, donde Panig Janikyan estaba sentado en un sofá.

—Señor Grogan —dijo el líder de los Hermanos con una sonrisa sin humor—, me alegro de que haya podido venir.

Hizo un gesto hacia un sofá. —Davidian te describió de manera diferente. Tenías otra apariencia en tu casa. ¿Cuál de esas es el verdadero tú, o ambas son disfraces?

Cutter se había quitado el disfraz y estaba en su verdadero yo. *Que asuma lo que quiera.*

—¿Importa acaso?

—A mí no. Apuesto a que a los policías les interesaría, sin embargo.

—Janikyan, si quisieras que el LAPD estuviera aquí, los habrías llamado.

—Dijiste que tenemos un enemigo común. Estoy intrigado, señor Grogan. ¿A quién tienes en

mente?

—LA Street Front.

—¿Esa pandilla? ¿Por qué sería mi enemiga? Soy solo un hombre de negocios.

—Un hombre de negocios rodeado de pistoleros.

—Para mi protección. Las personas adineradas son objetivos de secuestro. Ha habido intentos contra mi vida por parte de gente envidiosa de mi éxito.

Ya lo creo, se burló Cutter internamente.

—Janikyan, ahórratelo —dijo—. Tus hombres me registraron. No llevo micrófono. No soy policía. No juguemos. Sé que diriges a los Hermanos Armenios.

Los ojos del gánster eran pozos oscuros que no daban indicación de lo que estaba pensando.

—¿Por qué estás aquí?

—Quiero saber dónde tiene LA Street Front su escondite de drogas.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Si no lo sabes, he perdido mi tiempo. —Cutter se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué quieres saberlo? —La voz del gánster lo detuvo.

—Porque quizás quiera informar a la policía.

—¿Crees que sus pandilleros mataron a tus amigos? ¿Es de eso de lo que se trata?

—Mis motivos no son asunto tuyo.

—No me gusta que asumas que soy un matón.

—No me importa lo que pienses.

Un matón gruñó, levantó su arma en señal de advertencia y la bajó inmediatamente cuando Janikyan lo miró fijamente.

—Digamos, hipotéticamente —dijo el líder de la pandilla, con una fina sonrisa jugando en sus labios—, que soy quien tú dices. Si supiera dónde existe su almacén, ¿no crees que ya lo habría destruido?

—Tu organización es más grande que la de ellos. Tienes más actividades comerciales que vender productos en la calle. Podría haber varias razones por las que no lo atacarías. No me interesa lo que puedas o no puedas hacer. Todo lo que quiero es una dirección, si la tienes.

El aire acondicionado zumbaba mientras el lejano aullido de un patrullero llegaba hasta ellos. Janikyan siguió observándolo, como un lagarto. Silencioso, inmóvil, parpadeando ocasionalmente hasta que finalmente se movió.

—Zohrab —ordenó al matón que había gruñido—. Llévatelo.

Parece que no obtendré nada de él.

Levantó la palma de su mano para detener al guardaespaldas que se acercaba.

—¿Estuvieron tus hombres involucrados en un tiroteo con Street Front en Beverly Hills?

—No tengo idea de qué estás hablando, señor Grogan. —La sonrisa de Janikyan era sedosa —. Los tiroteos son malos para mi negocio. Te lo dije antes. Zohrab. —Inclinó la cabeza hacia su hombre, que se acercó.

Cutter siguió al matón fuera de la habitación. Llegaron al área de recepción exterior, donde otro tipo corpulento le entregó su pistola, cuchillo y teléfono celular.

—¿Eres su guardaespaldas? —le preguntó a Zohrab. Había notado cómo el matón se mantenía más cerca de Janikyan. La única respuesta del tipo fue hacer un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Cutter negó con la cabeza para sí mismo. Parecía que su encanto y apariencia no funcionarían con los armenios.

Siguió al hombre afuera y bajó las escaleras. Resbaló en uno de los escalones metálicos,

exclamó sorprendido y agarró al matón, quien maldijo, se dio la vuelta y lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—Lo siento —Cutter levantó las manos con vergüenza—. Está oscuro y estos escalones son resbaladizos.

Zohrab no parecía ser un hombre de muchas palabras. Se dio la vuelta y continuó bajando los escalones hasta el nivel del suelo, donde más centinelas montaban guardia. Se hizo a un lado para que Cutter fuera a su taxi.

—Diría que ha sido un placer conocerlos, pero estaría mintiendo.

No, ninguno de ellos se revolcó por el suelo, sujetándose el estómago, riendo.

—Sois hombres duros —suspiró—. No me extraña que Janikyan os tenga cerca. Pero este lugar... ¿en serio? ¿Os dais cuenta de lo fácil que es atraparos aquí dentro? A los policías solo les hace falta cerrar ambos extremos del callejón. Vale, puede que tengáis tiradores en todas las otras casas, pero ¿qué van a hacer cuando la policía de Los Ángeles venga con todo, con helicópteros y equipos SWAT? ¿Esas escaleras? No están hechas para una huida rápida. Esta casa no es segura. Será mejor que lo mováis a otro sitio.

—¿No? —preguntó cuando nadie reaccionó a su consejo—. Entonces me voy.

—Mid-City. La tercera casa a la izquierda en la calle Apple.

Cutter se detuvo mientras subía a su coche y miró fijamente a Zohrab, quien había soltado la dirección.

—¿Ahí es donde tienen un almacén? ¿Por qué no lo atacasteis?

—Lo descubrimos hace solo dos días.

—No hagáis nada allí. ¿Estuviste en esa casa de Beverly Hills?

Zohrab lo miró impasible.

—Gracias.

Cutter suspiró teatralmente cuando el pandillero mantuvo su estoico silencio. Algunos no tenían modales.

Salió del aparcamiento, consciente de que sus ojos lo taladraban. Bajó por el callejón y giró a la izquierda en la avenida Fountain. Se detuvo en el primer espacio libre que encontró en la calle y sacó su teléfono. Tocó una aplicación y celebró en silencio cuando vio el punto verde.

Era la señal del rastreador adhesivo que había plantado en la chaqueta de Zohrab, cuando había tropezado en las escaleras.

Si es el guardaespaldas de Janikyan, siempre estará cerca de él.

Eso era tan bueno como plantar un rastreador en el líder de la banda.

También había tenido suerte con su ubicación. Había alcanzado la chaqueta del hombre justo debajo de la axila y había pegado el rastreador allí. No se notaría fácilmente y, con suerte, ni siquiera lo detectarían.

Mid-City. Recordó la dirección que le había dado el guardaespaldas.

Un plan comenzó a formarse en su mente.

54

Covarra inspeccionó el almacén en la calle Jesse con Salazar presente. Varios tiradores de Street Front se distribuían fuera de las instalaciones.

Nueve de la noche. Sin tráfico en la zona industrial. Los ocasionales conductores en coches que pasaban echaban un vistazo a los hombres de rostro sombrío y pisaban a fondo el acelerador.

—Solía ser una fábrica. Mucha maquinaria —informó el lugarteniente a su jefe.

—Ajá. —El líder de la banda examinó el suelo desnudo, las láminas de aluminio que revestían las paredes y el techo, que daban un aspecto de taller antiguo al lugar. La iluminación con tubos fluorescentes atados a postes de bambú que se entrecruzaban en el techo completaba la imagen—. ¿La gente realmente alquila esto para películas?

—Y para videos musicales. El lugar tiene cierta atmósfera.

Covarra asintió ante eso. *Atmósfera*. Le gustaba eso. Podía imaginarse cortando la carne del atacante en tiras mientras este se arrodillaba en el suelo.

—Este es el sitio.

—Serpiente —dijo su amigo, adoptando un tono razonable—, ¿por qué quieres citarlo aquí? Dile lo que quiere saber y se irá.

—¿Estás seguro de eso? —espetó Covarra—. ¿Cómo sabes que desaparecerá a donde sea que vino?

—No tuvimos nada que ver con el asesinato de esas mujeres.

—Esto ha ido más allá de eso. En el momento en que me atacó, se volvió personal.

Metió la mano en su bolsillo y sacó el teléfono del extraño. Marcó el número y lo puso en altavoz.

CUTTER ESTABA METIENDO EL TAXI EN UN LUGAR VACÍO EN LAX-IT CUANDO LLEGÓ LA LLAMADA. Vio a Limón acercarse y le hizo un gesto para que se alejara.

—¿Sí?

—Prepárate para mañana —siseó Covarra.

—Siempre estoy listo. ¿Dónde tengo que estar? ¿A qué hora?

—Ven a Boyle Heights.

—¿A qué hora? —repitió.

—Será de noche. Te lo diré cuando sea el momento. Ven solo. Si mis hombres ven a algún policía, nosotros...

—Tus hombres no hicieron nada para protegerte a ti o a tus lugares. ¿Por qué crees que tendrán suerte mañana?

Sonrió cuando escuchó la respiración agitada de Covarra. *Tiene un temperamento corto. Puedo usar eso. No pensará con claridad si está tan enojado.*

—Si quieres tus respuestas —gruñó el líder de la banda—, más te vale venir solo.

—¿Por qué no me lo dices ahora y nos ahorramos problemas a ambos? ¿Quién mató a esas mujeres en Beverly Hills? ¿Quién es el tirador, quién dio la orden y por qué?

—Ven mañana. Lo averiguarás todo. Mantente cerca de tu teléfono.

COVARRA TERMINÓ LA LLAMADA Y ACARICIÓ EL TELÉFONO DISTRAÍDAMENTE CON EL PULGAR. —No es tonto. Sabe lo que siento por él. Sin embargo, no dijo nada. ¿Va a presentarse así sin más?

Salazar se movió inquieto. —Hemos aumentado la seguridad en todos nuestros almacenes. Están a salvo. Nuestra gente está revisando las calles, los cielos, todo. Ningún extraño se ha acercado a ellos. También hemos detenido nuestras operaciones callejeras. Sabemos que no ha capturado a ninguno de nuestros hombres para interrogarlos. No conoce nuestras casas de seguridad.

Covarra se metió las manos en los bolsillos y meditó por un momento. —¿Podría estar trabajando con Janikyan?

—Parece estar trabajando solo.

—¿Lo está? ¿Qué hay de esos coches que se estrellaron contra nosotros en Sadler? Esos conductores...

—Janikyan habría asaltado la casa en Hubbard. Ernesto dijo que estaba solo.

—¿Por qué un solo hombre vendría a reunirse conmigo, sabiendo que lo mataré?

¿CÓMO PUEDO SALIR VIVO? NO HAY MANERA DE QUE COVARRA ME DEJE IR. QUERRÁ TORTURARME Y matarme lentamente.

Cutter reflexionó sobre esto mientras tomaba un taxi desde LAX-it y se dirigía a donde había guardado su Durango.

No se le había ocurrido ninguna idea cuando llegó a su vehículo. Hizo que el conductor pasara de largo mientras comprobaba los alrededores en el centro de Los Ángeles. Ni patrullas ni coches con alguien dentro.

Pagó el taxi y se apresuró hacia su vehículo. Condujo hasta Mid-City y revisó la avenida Cloverdale. Otra calle residencial más, pero era evidente, por los hombres que holgazaneaban frente a los coches o dentro de sus vehículos, que estaba bien patrullada por Street Front.

Son inteligentes. Hay justo los suficientes, espaciados, para tener ojos en las calles Apple, Cloverdale y Bangor. Pero no tantos como para alarmar a los residentes o que puedan llamar a la policía.

Pasó por la casa objetivo y vio a algunos matones fumando en el patio delantero. No podía permitirse reducir la velocidad o mirar demasiado tiempo. Eso atraería la atención.

No hay forma de que pueda atacar esa casa, pensó con desánimo, mientras se dirigía a West Hollywood y se registraba en un hotel.

Se revolvió en la cama mientras atacaba mentalmente los dos problemas. ¿Cómo podría presionar a Covarra si no podía dañar el almacén? ¿Cómo podría escapar de la reunión?

No le llegaron respuestas.

—Estuvo aquí —habló Janikyan por teléfono—. Hice que Zohrab revelara la casa de Cloverdale.

—¿Cómo sabías de eso? —preguntó el interlocutor.

—Suerte. Algunos de mis hombres estaban siguiendo a unos pandilleros de Street Front cuando Grogan quemó esa casa. Fueron inmediatamente a ese lugar en Mid-City. Lo vigilamos, pero tuvimos que movernos cuando Serpiente aumentó la seguridad.

—No sabemos si Grogan era ese atacante.

—¿Quién más podría ser?

—Creemos que es él, pero no hay pruebas.

—Tú necesitas pruebas. Yo no.

—¿Sospecha algo?

El líder de la pandilla tomó una taza de café de Zohrab y bebió un sorbo. —No. No estaría aquí si lo hiciera.

—No lo subestimes.

—No lo hago, pero no le ha hecho nada a mi pandilla. En el mejor de los casos, destruye ese almacén y él y Serpiente se matan entre sí.

—¿Y si eso no sucede?

Panig Janikyan esbozó una sonrisa escalofriante.

—En ese caso, yo lo mataré.

55

Matt Lasko se despertó por el pitido de su teléfono. Bostezó, lo ignoró, miró la hora y se fue a duchar. Al volver, encontró la llamada perdida de César.

—Te has levantado temprano —dijo cuando devolvió la llamada al pandillero.

—Snake y Fuse nos han puesto de centinelas en Boyle Heights. No he dormido.

—¿En qué zona?

—En ningún lugar en particular. Hemos estado recorriendo el Este de Los Ángeles toda la noche, buscando a cualquier hombre solo, de aspecto mayor, con gafas... cualquiera que se parezca al atacante.

—¿Es por eso que me has llamado? ¿Para contármelo?

—No. —César bajó la voz—. Ve a Boyle Heights por la tarde. Al sur de Pico Gardens. Cerca del río.

—Tienes que ser más específico. Eso es mucho terreno que cubrir.

—Es todo lo que sé.

—¿Alguna idea de cuándo?

—Lo que sea que vaya a pasar, ocurrirá solo muy entrada la noche. Así es como trabaja Snake.

—Allí estaré.

CUTTER CONDUJO HASTA MID-CITY Y EXAMINÓ LA CASA A LA LUZ DEL DÍA. LOS PANDILLEROS eran evidentes porque no estaban haciendo nada. Hablaban entre ellos, fumaban porros, escuchaban música a todo volumen en sus coches.

Los vecinos probablemente sospechan quiénes son, pero se sienten intimidados.

Llevaba el disfraz de pelo con mechas plateadas y perilla, y apartó la mirada rápidamente cuando un tipo fornido lo miró fijamente. Escuchó al hombre reírse mientras pasaba conduciendo por Apple Street.

Regresó a Pacific Palisades y, en un acantilado remoto con vista al océano, abrió el maletero del Durango e inspeccionó el equipo que tenía.

Podría disparar con el Barrett... su mano se detuvo cuando cogió el dron.

Puedo hacer un ataque desde el coche. Lanzar granadas por sus ventanas.

No importaría si ni siquiera rompían las ventanas o si su puntería fallaba. Dos o tres granadas en el patio, cerca de la casa, la dañarían significativamente, que era su objetivo.

Los policías llegarán y despejarán a los pandilleros. Ni siquiera tendría que detenerme o

mostrarme para el ataque. Lo imaginó en su mente. Reduciendo la velocidad en Cloverdale, su brazo izquierdo lanzando una granada tras otra... *funcionará*.

Eso aún dejaba la cuestión de cómo podría escapar de Covarra. Sus ojos recorrieron la variedad de armas, y mientras se detenían en los diversos explosivos, se le ocurrió una vaga idea.

—ESTÁ USANDO MÚLTIPLES VEHÍCULOS Y DISFRACES —DIFIORE GOLPEABA UN BOLÍGRAFO contra sus dientes mientras navegaba por el flujo de fotografías en su pantalla.

—Sí, y cuando va a pie, probablemente mantiene la cabeza baja —asintió Quindica.

Habían pedido a su equipo que escribiera programas para aislar el Land Cruiser y realizar reconocimiento facial en cualquiera que coincidiera con la complexión de Cutter. Obtuvieron una cantidad vertiginosa de imágenes, ninguna de las cuales era su hombre.

Ninguno estaba desanimado. Sabían que identificarlo de una población de doce millones sería difícil. Su experiencia con disfraces y su vida en las sombras aumentaban el desafío.

—¿Por qué no lo hacemos de otra manera? ¿Ir tras quién conoce aquí? Habrá hecho contacto... ya sabes cómo es. Se mantiene en contacto con sus amigos.

—Conoce a la jefa.

Difiore y Quindica se miraron y tuvieron el mismo pensamiento. —¡No sabemos a quién más conoce aquí!

Fueron a la oficina de Dade, llamaron y entraron.

—Señora, ¿a quién más conoce Cutter aquí?

—¿En el departamento?

—Sí, y en la ciudad.

Dade se quitó las gafas de lectura y las pulió con un trozo de seda. —Me conoce a mí y a Jerry, por supuesto. ¿Creen que podría haberles dicho algo? ¿A sus otros amigos en la ciudad?

—Sí, señora. —Difiore sonrió ante la conjetura de la jefa. *No llegó a dirigir el LAPD por nada. Es inteligente.*

—Terry. —Dade chasqueó los dedos.

—¿Quién, señora?

—Director de Operaciones Especiales. —La jefa cogió su teléfono e hizo una breve llamada.

TERRY VARGAS LLAMÓ A LA PUERTA DE DADE Y ENTRÓ. EXAMINÓ A SUS INVITADOS POR costumbre. Fuerzas del orden, supuso. Sus posturas, la forma en que lo evaluaron, los delataba.

—Puede que hayas oído hablar de la detective Difiore y del SAC del FBI Peyton Quindica a estas alturas. —La jefa se dirigió a él con una pequeña sonrisa.

Así que son ellos.

—Sí, señora.

—Están ayudándonos a encontrar a Cutter Grogan.

Vargas no ocultó su sorpresa. —¿Están buscando a Cutter, señora? ¿Por qué?

—Creemos que está detrás de los ataques en la ciudad. Contra Covarra y los almacenes de Street Front. —Los ojos del agente del FBI no habían dejado el rostro de Vargas—. No habrás podido perderte los informes en la televisión.

—¿Cutter está detrás de ellos? —Se volvió hacia la jefa—. ¿Por qué?

—*Creemos* que está involucrado, pero no tenemos pruebas —respondió Dade—. Puede que hayas oído hablar de las dos mujeres asesinadas en Beverly Hills. Eran sus amigas. Está en una

misión de venganza.

—¿Han intentado llamar a su teléfono, señora?

Los ojos de la detective del NYPD brillaron antes de que la jefa respondiera. —No es nuestra primera misión, Vargas.

Él la ignoró y dirigió su respuesta a Dade. —Supongo que me llamó para comprobar si nos habíamos reunido. Sí, lo hicimos. Hace unas dos semanas, en el edificio del LA Times.

—¿Dijo por qué estaba en la ciudad?

—Sí, por esos asesinatos. Creo que Matteo o Cruz le hablaron de ellos. Tomó el siguiente vuelo desde Nueva York.

—¿Dijo cuánto tiempo estaría en la ciudad? ¿O qué estaría haciendo?

—No, señora.

—Terry... —La voz de la jefa era suave como la seda—. No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

—No, señora —mintió con naturalidad. *La jefa era su amiga, pero Cutter también lo era.*

—¿A quién más conoce en la ciudad?

Vargas dudó. *¿Debería contarle sobre Chad? ¡Pues claro!* Se reprendió a sí mismo. *Ella también lo conoce. No tiene sentido ocultar su nombre.*

—A Chad Liu, señora. Él...

—Por supuesto —Dade se enderezó. Se volvió hacia Difiore y Quindica—. Liu y Terry estuvieron en Delta. Así es como conocen a Cutter. Nuestros caminos se cruzaron en Afganistán. Los cuatro mantuvimos el contacto. Solíamos reunirnos para cenar en mi casa cada vez que él estaba en la ciudad.

Vargas podría haber jurado que vio una mirada nostálgica en los ojos de la jefa.

—Chad —La jefa del LAPD asintió a las mujeres—. Él podría saber algo.

—¿Por qué, señora? —preguntó Difiore.

—Es traficante de armas.

CUTTER SE ENCORVÓ SOBRE LA MESA DE TRABAJO MIENTRAS CORTABA TIRAS DE C4, MOLDEABA el explosivo y las insertaba en los bucles de un abrigo improvisado. Se enderezó después de un rato y se limpió el sudor de la frente. Tomó un trago de agua y volvió a su meticuloso trabajo. Un temporizador, cordón detonante y un interruptor de hombre muerto yacían esparcidos cerca, listos para ser ensamblados.

Entrecerró los ojos cuando su teléfono vibró. Un número que no reconocía. Lo ignoró, pero siguió sonando.

Suspiró, se limpió las manos y contestó la llamada.

—¿Sí? —ladró.

—Sabes quién soy. No digas mi nombre.

—Entendido —respondió, reconociendo la voz de Terry—. ¿Qué pasa?

—La policía sospecha de ti. Mantente alerta —Y con eso, colgó.

Cutter dejó el teléfono sobre la mesa y se frotó los ojos. *Nada ha cambiado. Sabía que el LAPD vendría por mí.*

Examinó la mesa, miró el equipo que había dispuesto y volvió al trabajo.

Había encontrado el taller de ingeniería en Reseda después de hacer varias llamadas. Era ideal para su propósito: un lugar de alquiler por horas, bien equipado con maquinaria para trabajar madera y metal.

Todo lo que necesitaba era un soldador, una mesa grande, buena iluminación y privacidad, lo cual tenía el taller.

Tres horas más tarde, gimió y se estiró. Hizo una mueca cuando sus músculos de la espalda protestaron. Sacó un almuerzo frío envuelto y comió en silencio. Revisó su teléfono. No había mensajes de Covarra. Buscó la ubicación de Zohrab. El pandillero estaba en la misma casa segura en Little Armenia. *Parece que Janikyan se siente seguro allí.*

Quemó las envolturas de la comida y limpió todo rastro de su presencia. Levantó cuidadosamente el dispositivo que había fabricado, cerró el taller y se dirigió a su Durango.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios mientras conducía de vuelta al centro de Los Ángeles.

Tenía su carta de salida de la cárcel gratis.

Estaba en el maletero del vehículo.

Un chaleco suicida.

56

Difiore se quitó las gafas de sol mientras ella y Quindica se acercaban al mostrador de recepción del campo de tiro de Chad Liu en Culver City.

La oficina principal era una habitación cuadrada, con una mujer detrás del mostrador. Les sonrió radiante a las recién llegadas mientras examinaba sus trajes. —Déjenme adivinar, no vienen por el campo de tiro... no vestidas así.

—Estamos aquí por el señor Liu —dijo Difiore sin devolverle la sonrisa.

—¿Tienen cita, señora?

—No.

—Necesitarán hacer una —la alegría de la Mujer Sonriente no disminuyó. Parecía estar acostumbrada a visitantes de rostro serio.

—No será necesario —Difiore mostró su placa—. Nos recibirá.

—Sírvanse café y aperitivos —la recepcionista señaló una mesa lateral donde había un termo y un plato de galletas—. Verificaré con Chad.

Desapareció en una oficina interior y regresó poco después. —Síganme.

Las condujo alrededor del mostrador hasta un pequeño pasillo y abrió la puerta.

Chad Liu, bajo y calvo, estaba inspeccionando un arma cuando entraron a la tienda.

—¿De qué se trata esto? —preguntó cuando Difiore hizo las presentaciones.

—Cutter Grogan. ¿Dónde está?

—¿Cutter? No tengo idea. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Señor Liu...

—Chad, por favor —dijo el ex operador Delta con una sonrisa.

—Señor Liu —repitió Difiore, ignorando su sugerencia—. Sabemos que se reunió con usted. Sabemos que ustedes dos son cercanos. ¿Dónde está? La policía de Los Ángeles lo está buscando. Sería de ayuda si cooperara.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Liu. Volvió a poner el arma en una vitrina de cristal, la cerró con llave y se volvió hacia sus invitadas.

—Me reuní con él, sí, hace unos doce o trece días. Estaba en la ciudad. Un amigo suyo murió y él vino para atender esos asuntos.

—¿Se reunió con él solo esa vez?

—Sí.

—Señor Liu, mentirle a la policía...

—Detective Difiore, no me subestime. Sé lo que la policía de Los Ángeles puede o no puede hacer. Me reuní con Cutter una vez, eso es todo. No sé nada más sobre él.

—¿No son ustedes dos cercanos?

—Lo somos.

—¿No se reúnen los amigos más de una vez? Especialmente si uno de ellos está fuera de la ciudad.

—Me reuní con él solo una vez —Liu se cruzó de brazos.

Difiore entrecerró los ojos ante eso y vio el asentimiento casi imperceptible de Quindica. Ese es un gesto defensivo. *Sabe más de lo que está diciendo.*

—¿Esta es su tienda, señor Liu? —Quindica adoptó el papel de policía amable y conversadora mientras recorría la tienda, inspeccionando las armas montadas en las paredes o en sus vitrinas de cristal. Cada arma estaba etiquetada con marca, modelo, precio y accesorios montados.

—Sí.

—¿Dónde está el campo de tiro?

—A través de una puerta desde el área de recepción.

—Vende de todo aquí. Rifles, armas de caza, pistolas, cuchillos.

—Tenemos una amplia variedad de equipos.

Difiore reprimió una sonrisa cuando Quindica frunció el ceño. Era una actuación que les salía de forma natural. La detective adoptaba un modo intimidante mientras la agente del FBI tomaba un enfoque más suave.

—¿Esto es todo lo que vende?

—Sí, señora.

—¿Alguna otra sala de exhibición?

—Esta es la única para el negocio. Tengo una más pequeña en mi casa, pero esas armas no están a la venta.

—¿Dónde están los drones?

—¿Drones? —Liu parpadeó—. No los vendo. Vendo armas y cuchillos, nada más.

—¿Qué hay de las granadas? Bombas de humo, ANM14... Estoy segura de que sabe lo que son.

—Señora, no sé de qué está hablando. Vendo armas. Tengo un campo de tiro. Eso es todo lo que hago. Ah, sí, también vendo casas, como negocio secundario —sus ojos se arrugaron con diversión mientras les lanzaba una mirada inquisitiva—. Tengo visitas programadas para una casa de tres habitaciones en las montañas de Santa Mónica. Se ajustaría al presupuesto de un agente de la ley. ¿Están interesadas?

—SABE MUCHO MÁS DE LO QUE DICE —GRUÑÓ DIFIORE CUANDO REGRESARON A SU VEHÍCULO SIN identificación.

—Ajá —respondió Quindica.

—Deberíamos traerlo para interrogarlo.

—No dirá nada más.

—Deberíamos intervenir su teléfono, conseguir una orden...

—¿Crees que él y Cutter no habrían pensado en todo eso? Habrán tomado precauciones. Estos tipos estuvieron en el negocio de operaciones encubiertas durante mucho tiempo. Conocen cada pequeño truco.

—Pareces tomártelo bien. Cutter está ahí fuera...

—Tu cara —Quindica estalló en una carcajada—. ¡Deberías haberte visto cuando ofreció

mostrarnos esa casa! Admítelo, la rutina del policía bueno y el policía malo no funcionó con él.

Difiore la miró con enojo mientras salía conduciendo furiosamente y luego sonrió de mala gana.

—Apuesto a que Vargas también sabe más de lo que nos dijo.

—Sí.

—¿Dade también?

—No. Cutter no la comprometería.

—Tiene amigos leales.

57

El negocio de la venganza era más adecuado para personas solitarias. Le venía como anillo al dedo a Cutter. Era el único operador en su negocio de arreglos en Nueva York. Arnedra Jones había sido su socia, pero ella se encargaba del lado comercial.

Condujo hasta Venice Beach por capricho mientras esperaba la llamada de Covarra y observaba a la gente. Entusiastas del fitness en Muscle Beach, niños jugando en la arena, padres indulgentes vigilándolos, parejas contentas con la compañía del otro.

Apartó los recuerdos de Riley, pidió un helado y lo saboreó lentamente mientras la Tierra seguía girando y dando vueltas y la gente continuaba con sus asuntos hasta que la llamada llegó a las siete de la tarde.

—Ve a Boyle Heights —siseó Covarra.

Debe haber alguna escuela por ahí que enseñe a los pandilleros a hablar así. De manera amenazante.

—¿Qué hay allí? —murmuró mientras lamía su cuchara. Un niño pequeño miró su vaso con anhelo mientras su madre lo arrastraba. —No, no voy a compartir —le gritó.

—¿Qué? —gruñó el gánster.

—¿Qué hay en Boyle Heights?

—¿No quieres reunirte?

—Ah, sí, eso. ¿A qué hora? —Fue deliberadamente despreocupado, para hacer que el jefe de Street Front se sintiera inquieto, lo que podría llevarlo a cometer errores.

—A las diez de la noche.

—¿Se dan cuenta ustedes los pandilleros de que podrían hacer mucho más durante el día? Llamaría menos la atención.

—¿DE QUÉ ESTÁS HABLANDO?

Cutter hizo una mueca y sonrió mientras alejaba el teléfono de su oído. —¿En qué parte de Boyle Heights? ¿Alguien sostendrá un cartel?

—Estate cerca del río. Volveré a llamar.

—SE ESTABA BURLANDO DE MÍ. COVARRA MIRÓ A SALAZAR CON INCREDULIDAD. —COMO SI fuera una broma para él.

Su adjunto se acarició la barbilla mientras lo pensaba. —Podría venir con la policía.

—No. —El líder negó con la cabeza decididamente—. Hablé con Santangel. La policía sospecha de este puto, Cutter Grogan. Creen que él está llevando a cabo todos estos ataques. Era

amigo de esas mujeres.

—¿Un solo hombre está haciendo todo esto?

—Sí, era soldado. Una especie de fuerzas especiales. Por eso fue tan bueno en esos ataques anteriores. Grogan no estará con la policía. Ellos también lo están buscando. No estará con los hombres de Janikyan. Lo comprobé con Toros. Los armenios no tienen ninguna implicación. Está solo.

—¿Qué clase de nombre es ese? ¡Cutter!

—Olvídate del nombre. Cuando termine con él —dijo Covarra sombríamente—, no tendrá cara.

CUTTER CAMBIÓ AL DURANGO, CARGÓ TODO SU EQUIPO EN ÉL Y CONDUJO HASTA BOYLE Heights. *Cerca del río, dijo. Eso es un gran tramo de vecindario desde Aliso Village hasta Soto Street Junction en el sur.*

Recorrió la zona: residencias, oficinas, unidades industriales, parques... El punto de encuentro de Covarra podría estar en cualquier parte.

Aparcó bajo un árbol y observó a una pareja recoger juguetes de niños de su jardín delantero y entrar en su casa. Sacó su portátil y se conectó a Werner. Lo puso a buscar unidades industriales y almacenes.

El programa arrojó muchos resultados.

No puedo registrarlos todos.

Hizo que eliminara aquellos cuya propiedad era clara. La lista se acortó. Los que estaban actualmente vacíos. El número de nombres se redujo. Sin embargo, sabía que esa cifra no sería precisa. Una pandilla bien organizada mostraría actividad en sus unidades.

Apagó su pantalla y bostezó. Estaba cerca del Distrito de las Artes, frente al río, con Aliso Village a su derecha.

Cutter decidió ir a la izquierda.

Iré hasta los límites del vecindario y volveré.

MATT LASKO TERMINÓ SU CENA EN UN FOOD TRUCK, SE LIMPIÓ LAS MANOS Y SUBIÓ A SU vehículo sin identificación en Soto Street Junction. No tenía un plan en mente. Tenía la intención de conducir por los alrededores hasta que Cesar llamara. Matteo le había instruido que alertara al grupo de trabajo en el momento en que supiera lo que estaba sucediendo.

Podría no ser nada, refunfuñó mientras encendía su vehículo y conducía río arriba.

EL TELÉFONO DE CUTTER SONÓ A LAS OCHO DE LA NOCHE.

—¿Sí? —No reconoció el número.

—Hoy tuve dos visitas.

Chad. Reconoció la voz.

—¿LAPD?

—No. Detective-

—¿Difiore y Quindica? —adivinó.

—Sí. ¿Los conoces?

—Sí. Amigos, aunque la detective lo negaría.

—¿Amigos? —Chad resopló—. Parece que quieren clavarte. Querían saber si sabía dónde estabas, si te vendí algo-

—Podrían estar monitoreando tus llamadas.

—Estoy usando un teléfono desechable y no estoy cerca de casa. Me mostré justamente indignado —se rió—. Les dije que vendía armas, nada más.

—No te creerán.

—No me importa. Pueden conseguir una orden de registro y aun así no encontrarán nada. Vacié mi garaje en el momento en que quemaste esa casa. Moví mi stock a otra ubicación.

—Ten cuidado.

—*Tú* haz eso.

Amigos. Cutter negó con la cabeza. Estaba agradecido de tenerlos en su vida. *Parece que Difiore no ha descubierto el teléfono que planté.*

No le sorprendió. Había notado que su bolso estaba repleto de sus pertenencias y la bufanda no mostraba señales de uso reciente. *Solo la encontrará si busca a fondo.* Pocas personas vaciaban sus bolsos regularmente. *¿Una policía ocupada? Ni de broma*, sonrió para sí mismo.

CUTTER ESTABA EN EL VIADUCTO OLÍMPICO, SOBRE LAS VÍAS DEL TREN, MIRANDO EL RÍO QUE fluía a lo largo de su lecho pavimentado.

Quince minutos para las diez.

Observaba cómo las luces se reflejaban en el agua mientras los olores de escombros y desechos humanos lo asaltaban.

Estaba caminando de vuelta a su Durango cuando Covarra llamó.

—Hay una unidad en Jesse y la calle Rio. Ve allí. Solo.

Cutter colgó y metió el teléfono en su bolsillo.

Estoy a menos de diez minutos.

Matt Lasko estaba en Aliso Village cuando Cesar llamó.

—Calle Jesse y Rio. Una unidad industrial en la intersección —le dijo el soplón en voz baja —. A las diez en punto. Dicen que Snake estará allí en persona.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estoy en el perímetro exterior, en la calle. Todo lo que me han dicho es que vigile si vienen policías o los Hermanos Armenios.

—Llegaré allí.

—No puedes venir en un patrullero.

—No estoy en uno.

Lasko cogió su radio y se dispuso a llamar a Matteo. Se contuvo. *No sé qué está pasando. Déjame acercarme, echar un vistazo, y luego llamaré.*

COVARRA SALIÓ A LA CALLE Y SE PARÓ EN LA INTERSECCIÓN. MIRÓ ARRIBA Y ABAJO EN LA noche. Sus hombres estaban dispersos, sombras oscuras bajo las farolas. Ningún vehículo podría acercarse sin que ellos lo supieran.

Su escape estaba bien planeado, en caso de que aparecieran policías o los armenios. Un convoy de vehículos saldría disparado por la calle Jesse, hacia Whittier, y atraería la persecución.

Ese sería el señuelo.

Él, Salazar y sus guardias correrían hacia el río, lo cruzarían vadeando, llegarían a la Sexta Calle, donde los vehículos de escape estarían esperando.

Era una ruta de escape que había usado antes y confiaba en que funcionaría.

Es Grogan quien no escapará.

58

Cutter estacionó su Durango en la calle Clarence, entre dos camiones refrigerados. Usó la cobertura para equiparse. Puso la Glock en una funda en su cintura, el Benchmade en una vaina atada al muslo. Cargadores de repuesto en sus bolsillos.

Se colocó cuidadosamente el chaleco suicida y sostuvo el botón cableado en la palma de su mano izquierda. Lo presionó con el pulgar y lo cubrió con cinta adhesiva para mantenerlo en posición.

Llevaba el mismo look con patillas que había usado cuando atacó a Covarra en su moto. *No me reconocerá con ningún otro disfraz.*

Sacó su teléfono, billetera y todas sus demás pertenencias, y las dejó en el Durango. Cerró el vehículo y caminó hacia el punto de encuentro.

Se sentía vacío, como siempre que estaba en acción o dirigiéndose hacia ella. Sabía que solo había dos posibles resultados para la noche.

O estaré muerto, o sabré lo que pasó aquella noche en Beverly Hills.

Cutter vio al primer centinela cuando entró en la calle Rio desde la Séptima. Todo el vecindario era una zona industrial. Compañías de embalaje, instalaciones de almacenamiento en frío para carnes, almacenes, talleres, talleres de carrocería automotriz.

El guardia estaba arrogantemente de pie en el centro de la calle mientras se acercaba, sosteniendo un AR-15 a la vista de quien pasara. Sin embargo, no había nadie más que Cutter en la calle.

—Alto —ordenó el pandillero—. Extiende tus manos.

Covarra está aquí, pensó Cutter con satisfacción. *Street Front no tendría este tipo de seguridad si él no estuviera.*

Sacó su Glock con una velocidad cegadora y se abalanzó hacia adelante para apoyarla contra la boca del atónito malandro.

—Atrás —gruñó—. Nadie me toca hasta que esté frente a tu jefe.

—Pero...

—Llámalo. Dile que esa es mi condición. De lo contrario, me voy.

Covarra me quiere tanto como yo quiero verlo. No dejará pasar esta oportunidad.

El tirador se quedó indeciso por un momento antes de maldecir, girar la cabeza y hacer una llamada.

—Ve —ordenó y se hizo a un lado—. Sin trucos. Te estaré vigilando.

Cutter pasó junto a él mientras otro pandillero se acercaba desde detrás de un auto y lo observaba con hostilidad. Aparecieron más tiradores, holgazaneando, alertados por su presencia.

Ninguno de ellos lo abordó. Mantuvo su mano izquierda pegada al cuerpo, con la manga de su chaqueta cubriendo su palma. Revelaría su as bajo la manga solo en el último momento.

Lasko golpeó con la palma el volante y maldijo frustrado mientras el camión frente a él retrocedía para dar un giro en U.

—¡NO HAY SUFICIENTE ESPACIO! —gritó por la ventana y recibió el dedo medio levantado del conductor.

Pensó en retroceder y tomar una ruta diferente, pero negó con la cabeza cuando vio la larga fila de vehículos detrás de él, muchos de los cuales tenían la misma idea. No tenía sentido abandonar una calle congestionada para ir a otra.

Esperó, consciente del tiempo que pasaba. Deseó que Covarra se quedara hasta que él llegara y llamó a la caballería.

Cutter llegó a la intersección y localizó inmediatamente el punto de encuentro. Un grupo de pandilleros armados estaba de pie frente a una puerta abierta. Grafitis en las paredes exteriores que no podía leer.

Tropezó dentro cuando alguien lo empujó. Captó automáticamente el aspecto industrial del almacén. Tiradores alineados contra las paredes revestidas de aluminio. Iluminación de tubos arriba. El olor a sudor y olores corporales. Dos hombres, a unos seis metros de él, uno de los cuales sonreía triunfalmente.

Covarra y Salazar.

59

—Grogan —la voz del líder de la pandilla prometía violencia.

Cutter sintió una sacudida de sorpresa pero no la mostró. *¿Cómo sabe mi nombre? La policía de Los Ángeles no lo reveló.*

—Regístrenlo —ordenó el jefe de Street Front a su gente.

Dos pandilleros se adelantaron. Uno le apuntó con su rifle de asalto mientras el otro lo registraba. El encapuchado le quitó la Glock, que era visible, y la arrojó al suelo. Alcanzó el cuchillo y lo sacó. Silbó suavemente mientras lo agitaba en el aire para exhibirlo.

—NO JUEGUES. REGÍSTRALO —chilló Covarra—. Comprueba si lleva un micrófono.

El encapuchado lo palpó bruscamente. Levantó la cabeza de golpe cuando sintió las formas irregulares bajo la chaqueta. La desabrochó y la abrió. Contuvo la respiración bruscamente mientras miraba sin comprender el chaleco bomba.

—¡TIENE UN-!

—Un chaleco bomba —Cutter lo empujó y se acercó a Covarra y Salazar. Ignoró los rifles levantados y las voces enojadas que estallaron.

—¡MÁTENLO! —gritó Covarra mientras retrocedía.

—Eso sería un error —levantó su mano izquierda y se subió la manga para que su audiencia tuviera una mejor vista—. ¿Ven mi pulgar? Interruptor de hombre muerto. Si me matan, los explosivos se activan. He puesto suficiente para matar a todos en un radio de quince metros. ¡NO TE MUEVAS! —usó su voz de mando para detener al líder de la pandilla, que estaba retrocediendo poco a poco—. ¡HARÉ VOLAR A TODOS AHORA MISMO!

Covarra se detuvo. Sus ojos brillaban de rabia y odio.

—No funcionará —dijo Salazar—. Lo ha pegado al interruptor con cinta. Se quedará en esa posición incluso si lo matamos. Está fanfarroneando.

—Dispárame y verás qué pasa —Cutter se rio con desprecio—. La cinta no está apretada. El interruptor se activará al menor cambio de presión. Pero, ¿han visto esto? —señaló un sensor de tela adherido a su muñeca, del que salían cables hacia el chaleco bomba—. Esto detectará mi pulso. En el momento en que deje de respirar, el cinturón se activará. Es un disparador de respaldo.

Las voces estallaron en ira y pánico.

—¡ALTO! —gritó Covarra.

Sus hombres dejaron de hablar.

—¿Qué quieres? —preguntó fríamente el líder de la pandilla, habiendo recuperado el control de sí mismo.

—Te lo he dicho varias veces. ¿Quién mató a las mujeres en Beverly Hills? ¿Quién ordenó el asesinato?

—Te lo dije en Sadler Avenue cuando preguntaste —la voz del pandillero bajó—. Eras tú en la moto, ¿verdad? YO NO LAS MATÉ.

—Sus AR-15, los que tú y Salazar usaron, fueron rastreados hasta la escena. Las balas de una de esas armas estaban en las mujeres.

—YO NO LAS MATÉ. NO SÉ DE QUÉ ESTÁS HABLANDO.

—Si no fuiste tú, entonces ¿quién? ¿Cuál de tus hombres-?

—¿CUÁNTAS VECES TENGO QUE DECÍRTELO? NINGUNO DE MIS HOMBRES ESTUVO ALLÍ —la saliva salió volando de la boca de Covarra y roció a Salazar, quien la ignoró.

—Street Front y los Armenian Bros tuvieron un tiroteo en esa casa —argumentó Cutter—. La policía lo sabe.

—Sí —respondió salvajemente el líder de Street Front—, mis hombres los encontraron traficando allí. Atacaron, pero había demasiados de esos putos. Mi gente escapó, pero ellos también se fueron.

Mientras Cutter lo miraba, intentó ver más allá del odio en los ojos de Covarra. —Podrías haberme llamado y haberme dicho todo esto.

—No —el pandillero sonrió maliciosamente—. Quería verte. Quería agarrarte del cuello y hundirte mi cuchillo. Quería que supieras lo que pasa cuando atacas a Francisco Covarra. Me llaman Serpiente por mi mordida. Quería que la sintieras. Mírate —se rio con desprecio—. Pareces un terrorista con esas bombas. La policía te está cazando como a un perro. Hiciste todo esto por dos put-

El rugido llenó los oídos de Cutter mientras el almacén se desvanecía, y todo lo que quedaba era la cara burlona del pandillero y su risa. Cargó hacia adelante sin pensarlo conscientemente, cubrió la distancia que los separaba tan rápidamente que ninguno de los matones pudo reaccionar. Embistió al líder de Front y lo mandó al suelo. Mantuvo su mano izquierda en alto, vagamente consciente de que tenía que mantener el gatillo intacto mientras repetidamente golpeaba con la cabeza a Covarra, rompiéndole la nariz, partiéndole los labios, mientras gruñía de rabia.

—¡AGÁRRENLO! —gritó alguien.

Lo levantaron físicamente y lo separaron del pandillero. Alguien lo golpeó en el costado, un golpe malicioso que escoció. Otro pandillero le pateó el muslo, donde tenía la herida. Oyó a Covarra gritando, y luego el líder estaba frente a él, golpeándolo repetidamente en el cuello y las piernas mientras sus hombres lo sujetaban.

—Sujeten esa mano del gatillo. —No dejen que caiga. —Tengan cuidado. —No dejen que se caiga la cinta. —No golpeen los explosivos. —No dejen que se muera.

Las frases se fundieron en un torrente de sonido, al que se unieron las maldiciones del pandillero mientras golpeaba a su prisionero con los puños.

—¡JEFE!

El fuerte grito detuvo a todos.

Cutter cayó de rodillas cuando los pandilleros que lo sujetaban soltaron su agarre. Parpadeó para quitarse el sudor y levantó la cabeza lentamente.

Dos hombres habían entrado en el almacén. Uno era un matón que había clavado su arma en el costado del otro.

—Lo encontré en la parte de atrás, jefe. Estaba tratando de mirar por una abertura —el

pandillero sonrió triunfalmente—. Vino por la calle, escondiéndose en las sombras. Pensó que no lo habían notado, pero lo vi desde lejos.

—¿Estaba solo? —preguntó Covarra bruscamente mientras hacía un gesto para que el encapuchado se acercara.

Cutter se lamió los labios y sacudió la cabeza para concentrarse en el aquí y el ahora. Para ignorar la paliza que había recibido su cuerpo y la agonía que lo llenaba.

No reconoció al prisionero.

—Sí, jefe. Hice que varios hombres revisaran Río y Jesse. No había nadie más con él.

—¿Lo registraste?

—No, jefe. Lo traje aquí tan pronto como lo encontré.

—¡REGÍSTRALO, ENTONCES! ¿TENGO QUE DECÍRTELO TODO?

El matón se echó el rifle al hombro y cacheó a su cautivo. Encontró una pistola en una funda en la cintura y la arrojó al suelo. Registró sus bolsillos, tiró su teléfono al suelo y sacó una cartera. La revisó y se quedó paralizado.

—¡JEFE! —gritó.

—¿Qué? —Covarra rechinó los dientes—. Estoy justo aquí.

—¡ES UN POLI! ESTA ES SU PLACA.

El líder de la pandilla se acercó a él y le arrebató la identificación. La leyó y comparó la fotografía con el prisionero. —Matt Lasko. Detective —gruñó y abofeteó a su hombre—. HAS TRAÍDO A UN POLI AQUÍ.

—No lo sabía...

—ME ACUSAS DE MATAR A ESAS MUJERES DE BEVERLY HILLS.

Covarra lo golpeó.

—HABLAS DE MIS RIFLES Y LOS DE FUSE ENCONTRADOS ALLÍ...

—Se encontraron sus balas... —Cutter gimió cuando otro puñetazo le alcanzó el estómago.

—¡Y LUEGO TRAES A LOS POLIS AQUÍ! TE DIJE QUE VINIERAS SOLO.

—No sé nada de él.

—CÁLLATE. —Covarra lo golpeó repetidamente en el pecho y el estómago y lo mandó al suelo. Covarra respiraba ruidosamente mientras caminaba de un lado a otro.

Cutter apretó los dientes y se puso de rodillas. Intentó levantarse completamente, pero un matón lo empujó de vuelta. Miró a los ojos del policía, cuyos labios se movieron.

¿Está intentando decir algo?

Su cuerpo palpitaba por la paliza que había recibido. Respirar era difícil. Sabía que la herida de su muslo se había abierto de nuevo por los golpes. Se obligó a ignorar todo eso y se concentró en los labios de Lasko.

Estoy solo. No pude avisar.

Cutter lo miró a los ojos con asombro.

¿Por qué demonios vino solo? ¿Por qué no pidió refuerzos?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el gruñido de Covarra.

—No puede estar solo —rugió el gángster—. Los polis no vienen a nuestros lugares solos. Tenemos que irnos. Quería matar a Grogan, lentamente, quería ver cómo se apagaban sus ojos... —Agarró el pelo de Cutter y le levantó la cabeza—. Pero sé qué hacer. Destruiré tu vida.

Y con eso corrió hacia donde yacía su Glock en el suelo, la levantó y disparó tres veces en el pecho de Lasko.

—¡NO! —gritó Cutter y se arrastró hacia adelante. Cayó de costado cuando alguien le dio una patada en el costado y perdió el conocimiento.

VOLVIÓ EN SÍ CON EL OLOR A TIERRA Y LA SENSACIÓN DEL FRÍO SUELO EN SU MEJILLA. LEVANTÓ la cabeza de golpe cuando la conciencia lo inundó y gimió por el movimiento repentino.

Estaba solo.

No, no lo estaba.

Lasko yacía a varios metros de distancia.

Cutter se lanzó hacia él, ignorando el repentino dolor punzante en su cuerpo.

Los ojos del detective estaban abiertos. Vidriosos y apagados. Parpadearon lentamente cuando entró en su campo de visión.

—Aguanta —le instó—. Llamaré pidiendo ayuda. —Buscó por el suelo y se lanzó hacia el teléfono. Volvió de un salto y desbloqueó el dispositivo con el dedo índice de Lasko y marcó el 911.

—HAN DISPARADO A UN POLICÍA EN LA CALLE RIO —dijo, teniendo la presencia de ánimo de disfrazar su voz—. ESTÁ EN ESTADO CRÍTICO. DENSE PRISA.

Colgó y examinó rápidamente a Lasko. Las heridas en su pecho tenían un aspecto horrible. Su cara se había vuelto pálida y la luz en sus ojos se estaba apagando.

—Aguanta —le dijo al policía—. Los paramédicos llegarán pronto.

El detective pareció oírlo y su mano se movió como si quisiera llamar su atención.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Vete... —la palabra salió lentamente, arrastrada.

—No, me quedaré aquí mismo, amigo.

—Tu... pistola... tus... huellas.

Cutter se quedó paralizado ante eso. Escaneó el suelo y no encontró su Glock, pero su guante derecho yacía a varios metros de distancia. Fue hacia él, se lo guardó en el bolsillo y volvió con el policía. —¿Covarra me hizo sostenerla? ¿Cuando estaba inconsciente?

—Sí... vete...

—No lo haré.

Los ojos de Lasko ardieron momentáneamente. Su mano se crispó, agarró la de Cutter y la apretó con todas sus fuerzas. —VETE —susurró con dureza—. Teléfono... —su cabeza cayó hacia atrás y su respiración comenzó a desvanecerse—. César...

—Lasko. —Cutter se inclinó sobre él con urgencia—. ¡LASKO! —la cabeza del detective rodó sin fuerzas y la luz en sus ojos se apagó aún más mientras observaba.

—¡No! —maldijo. Puso su mejilla contra la cara del hombre y sintió un susurro de aliento. Oyó una sirena que aullaba en la distancia.

César. ¿Qué quería decir con eso?

Sin embargo, agarró el teléfono móvil del detective, colocó su dedo índice contra él para desbloquearlo, cambió la contraseña y se lo metió en el bolsillo. Se puso de pie inestablemente, se quitó la chaqueta y la puso sobre el pecho de Lasko.

Se quedó de pie sobre el policía, indeciso, mientras las sirenas se acercaban. El detective parecía estar apenas vivo. *¿Ayudaría si me quedara con él hasta que llegaran los primeros socorristas?*

Ya soy el principal sospechoso de los ataques a Covarra. Los policías me arrestarán incluso si creen que no le disparé a Lasko.

Tomó una decisión y salió tambaleándose del almacén hacia la noche, consciente de que todo había cambiado.

Covarra le había ganado la partida.

Tiene mi Glock, y si se la entrega al LAPD de alguna manera, me buscarán. Todos los policías de Los Ángeles me estarán cazando.

60

Cutter casi se desmayó mientras se tambaleaba hacia su vehículo. Se apoyó contra una pared, detrás de un camión refrigerado, y respiró con dificultad mientras la oscuridad se desvanecía en su mente.

A juzgar por el volumen de las sirenas y las voces que se escuchaban en la noche, la policía y los paramédicos habían llegado al almacén. Afortunadamente, ningún oficial había venido en su dirección.

Todavía no.

Apretó los dientes, reanudó su medio trote y llegó al Durango. Lo encendió y rezó para que la policía no escuchara el sonido.

Salió con las luces apagadas, bajó hasta la Calle Cuatro, donde giró a la izquierda, y cruzó el río. Pasó por el Distrito de la Moda y entró en el estacionamiento de una tienda, donde se detuvo. Se quitó la cinta del pulgar y se despojó del chaleco suicida.

No lo había preparado para explotar. Los explosivos eran reales, al igual que el Interruptor del Hombre Muerto y el Disparador de Pulso. Sin embargo, los había conectado solo para aparentar. Había contado con que Covarra no tuviera ningún experto en explosivos con él. Con que se dejara engañar por la apariencia del chaleco.

Tenía razón en eso.

El pensamiento no le proporcionó ningún consuelo.

—Necesito ayuda —dijo cuando llamó a Kozlov.

—Ven. Todavía estoy despierto, escribiendo algunas notas.

—No es tan sencillo. La policía de Los Ángeles me busca. Soy sospechoso de un tiroteo.

Rezó para que no fuera un asesinato, que Lasko hubiera sobrevivido. *Podrá contar lo que pasó y me exculpará. Si vive.*

—Ven —no hubo cambio en la voz de Kozlov.

—¿Escuchaste lo que dije? —Cutter le gritó con rabia—. ¿Quieres involucrarte...?

—Me involucré el día que te saqué volando de Moscú.

—Entonces estabas solo. Ahora tienes familia.

—¿Crees que Marta no sabe lo que solías hacer? —Kozlov resopló—. ¿O que no te ayudo a ti o a los otros operadores? No hay secretos entre nosotros. Me abriría con un escalpelo, sin anestesia, si supiera que te rechacé.

—La policía...

—Que se jodan —dijo Kozlov con desdén—. Ven ahora mismo. —Su voz se volvió preocupada—. ¿Puedes conducir?

—Sí, puedo manejar eso al menos.

KOZLOV LO ESPERABA CUANDO LLEGÓ A SU ENTRADA. EL RUSO LO AYUDÓ A ENTRAR EN SU SALA de operaciones y a llegar a la cama.

—¿Has pensado en cambiar de profesión? —preguntó mientras cortaba la ropa de Cutter y examinaba sus heridas—. Contabilidad. Esa es buena. ¿Alguna vez has oído de un contador que reciba palizas tan regularmente como tú?

Cutter gimió cuando su amigo lo pinchó en el muslo, cerca de su herida. —¿Qué pasó con el cuidado tierno y amoroso? —jadeó.

—Eso es solo para mis clientes que pagan.

—VIVIRÁS. INCLUSO CAMINARÁS. —KOZLOV SE LAVÓ LAS MANOS UNA HORA DESPUÉS—. TU cuerpo... puede soportar mucho castigo. Por eso has salido solo con moretones, costillas adoloridas y algunos cortes. Esa herida de bala se ha abierto de nuevo, pero la he atendido.

—Necesito estar móvil —le advirtió Cutter—. No puedo cojear.

—Los analgésicos están ahí —respondió su amigo, señalando con la cabeza los medicamentos envueltos en una bolsa de plástico—. Pero lo que necesitas es descanso. No andar haciendo lo que sea que tengas la intención de hacer.

Cutter alcanzó el conjunto de ropa limpia en una silla y se vistió. Todo su cuerpo le dolía, pero era un dolor sordo que podía empujar a los rincones de su mente.

—Hay noticias de algo que ocurrió en Boyle Heights —dijo Kozlov casualmente—. Encontraron a un oficial herido de bala.

—¿Está muerto?

—Apagué las noticias. —El ruso inclinó la cabeza hacia un pequeño televisor—. ¿Quieres que lo encienda?

—No.

Abrazó fuertemente a su amigo y cojeó hacia la puerta. Subió al Durango y salió.

Kozlov se fue haciendo más pequeño en su espejo retrovisor y luego desapareció cuando giró hacia la calle.

Esa podría ser la última vez que lo vea.

CUTTER BAJÓ LA VENTANILLA Y DEJÓ QUE EL AIRE NOCTURNO ENTRARA, JUNTO CON LOS SONIDOS y olores de Los Ángeles. Aún no era medianoche y el tráfico seguía siendo intenso. Por un capricho, condujo hasta la casa donde Arnedra y Vienna fueron asesinadas.

Aún quedaban algunos conos de tráfico y cinta policial, pero no había patrullas en la calle. Pasó sin reducir la velocidad ni detenerse, no vio ningún coche patrulla en las entradas de las casas vecinas, pero decidió no arriesgarse a entrar en la casa. *¿Qué lograría?* Pensó con amargura.

Pasó por los estudios y entró en la parte noroeste de la ciudad. Reseda y Northridge, más allá. Alquiló una casa en Sylmar a través de una aplicación de reservas, retrocedió hasta su entrada y cambió las placas bajo la protección de la oscuridad.

Entró tambaleándose en la residencia con todas sus pertenencias, la cerró con llave y se tiró

en la cama.

El mundo podía esperar.

Necesitaba descansar.

61

Difiore recibió la llamada a las once y cuarenta y cinco de la noche. Un breve intercambio con Dade la hizo saltar de la cama y apresurarse a ponerse el traje. Quindica, que había escuchado, estaba listo antes de que ella terminara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su compañero.

—Un tiroteo en Boyle Heights —respondió ella. Hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas, y luego se encogió de hombros. No había una manera fácil de decirlo—. Han disparado a Lasko.

—JEFA —SALUDÓ A LA CABEZA DEL LAPD CUANDO LLEGARON A LA ESCENA. DADE ASINTIÓ EN silencio. Tenía los ojos entrecerrados; la piel estaba tensa sobre sus huesos.

—Le dispararon tres veces. —Se volvió hacia ellos y, dando la espalda al resto de los policías, dejó que la emoción se reflejara en sus ojos—. Está en estado crítico. Apenas estaba vivo cuando llegaron los paramédicos. —Respiró profundamente, se repuso y enderezó los hombros. La jefa del LAPD había vuelto.

—¿Lo saben? —Difiore hizo un gesto con la cabeza hacia Matteo, Cruz y Estrada, que estaban a cierta distancia, hablando con los policías.

—¿Sobre mi relación con Lasko? No.

—¿Quiénes fueron los tiradores? —Quindica examinó el almacén, caminó por la intersección de Rio y Jesse, miró en ambas direcciones y regresó.

—Posiblemente Street Front, pero esta parte de la ciudad, a esta hora de la noche, estaba desierta. No hay testigos. Vance tiene a su grupo de trabajo revisando las cámaras públicas y también las montadas en los edificios. Sabremos más por la mañana.

—¿Qué hacía Lasko aquí?

—Estaba siguiendo una pista. —Matteo se acercó, con el rostro inexpresivo. Solo el rápido movimiento del palillo en su boca indicaba su ira—. Tiene un soplón en la pandilla. Me llamó por la tarde y me dijo que había recibido información de que algo iba a suceder. Iba a investigarlo y avisarnos.

—¿Iba a suceder? ¿Qué? ¿Un trato de drogas? —preguntó Quindica bruscamente.

—Tu suposición es tan buena como la mía —dijo el detective, encogiéndose de hombros—. No lo dijo. Estaba ocupado con Cruz y Estrada, siguiendo otra pista. Debería haberle dicho que llevara respaldo. No le di importancia cuando no llamó. Debería haber... —se interrumpió con amargura cuando Dade le apretó el hombro.

—Él y yo estábamos en el LASD. Sin embargo, me enteré hace poco de que era uno de mis informantes en los Blue Brothers. Le di mucha libertad. Pensé que si podía sobrevivir a policías corruptos, podría arreglárselas solo. Debería haber enviado más policías con...

—¡Basta! —le dijo firmemente la jefa del LAPD—. No tiene sentido que te tortures.

Matteo levantó la cabeza cuando les llegó un grito. Se apresuró hacia donde un grupo de policías y técnicos estaba agrupado alrededor de una camioneta.

—¿Qué es? —exhaló Difiore cuando ella, Quindica y Dade se unieron a él.

—Hemos encontrado un arma —dijo el detective, cuyos ojos brillaban cuando se dirigió a ellos—. Estaba debajo de ese vehículo. Una Glock.

62

Difiore percibió la tensión subyacente cuando ella y Quindica entraron en la oficina de Dade. Miró de reojo a la agente del FBI, quien asintió imperceptiblemente.

Ella también lo sintió.

Matteo, Cruz, Estrada y varios otros oficiales del grupo de trabajo, frente a la jefa.

—Covarra estaba en ese almacén —les informó el detective principal con voz cortante cuando ocuparon sus asientos—. Lo obtuvimos de algunos de nuestros informantes. También tenemos algunas imágenes de cámaras de una unidad vecina. Las imágenes son borrosas, pero no hay duda de que es el gángster mientras corría hacia su vehículo.

—¿Qué estaba pasando en ese lugar? —preguntó Difiore. *Él y su equipo debieron haber estado despiertos toda la noche. Dade nos despidió alrededor de las dos de la madrugada, pero ella, Matteo y los demás aún estaban en la escena cuando nos fuimos.*

—Deben haber capturado a Lasko de alguna manera y lo llevaron dentro de ese almacén. —Matteo actuó como si no la hubiera escuchado. Le hizo un gesto a uno de sus oficiales, quien manipuló su pantalla y proyectó una pantalla en blanco en la pared.

—Esas son las imágenes de las cámaras de seguridad. —Matteo gruñó cuando comenzó a reproducirse un video.

Varias figuras salieron corriendo del almacén y se dirigieron a los vehículos.

—Ese —el detective principal usó un láser para rodear a un hombre cuando su oficial pausó el video— es Covarra. El hombre detrás de él es Salazar.

El video se reanudó para mostrar los vehículos de los pandilleros desapareciendo de la pantalla. Justo cuando Difiore pensaba que eso era todo lo que había en las imágenes, una sombra emergió del almacén y salió de la vista.

—Hombre —dijo Matteo—, eso es todo lo que pudimos distinguir. Tenía la cabeza inclinada y usó la cobertura de los vehículos para ocultarse. No tenemos una buena vista de él.

—¿Las cámaras no captaron nada de la llegada de los pandilleros? —preguntó Quindica cuando terminó el video.

—No. Esas cámaras están programadas para girar periódicamente y cubrir el frente y los laterales de su unidad. Deben haber estado apuntando en una dirección diferente cuando llegaron los pandilleros, Lasko o ese hombre misterioso.

Destapó una botella de agua y bebió profundamente. Se limpió la boca con el dorso de la mano y reanudó su informe.

—Lasko fue encontrado con una chaqueta sobre él. Los técnicos todavía están trabajando en las trazas de ADN, pero no parece que haya ninguna. El que la llevaba probablemente estaba

usando guantes. Jugamos con la línea de tiempo —continuó—. Parece que el Hombre Misterioso fue quien llamó al 911. Parecía ser la última persona en el almacén, con Lasko.

La voz de un hombre se escuchó cuando el oficial reprodujo un clip de audio.

—UN POLICÍA HA SIDO BALEADO EN LA CALLE RÍO. ESTÁ EN ESTADO CRÍTICO. APÚRENSE.

Difiore miró a Quindica, quien se encogió de hombros. No era una voz que reconocieran. Se volvió hacia Matteo y le sorprendió su lenguaje corporal.

Él sabe algo.

—Esa Glock que encontramos —el policía hizo una pausa dramática—, fue disparada contra Lasko. Nuestro laboratorio ha estado trabajando toda la noche, nuestros técnicos se coordinaron con el hospital... no hay duda. Quien sea que apretó el gatillo, le disparó a nuestro detective con esa arma.

—¿Alguna sospecha sobre quién es ese tirador? —preguntó Dade con tensión.

—No hay sospechas, señora. *Sabemos* quién es. La Glock tenía huellas que rastreamos fácilmente. Fue Cutter Grogan.

63

—¿QUÉ? —Difiore no pudo contener su grito.

Sintió las uñas de Quindica clavarse en su muslo y se controló. Tragó saliva y puso su cara de póquer. —¿Estás seguro?

—Sí —Matteo la miró impasible—. Sus huellas están en el sistema. La Glock tenía un juego claro. No hay duda. Además, la llamada al 911, le pasamos un software de reconocimiento de voz. Era Grogan. Lo disfrazó; por eso ninguno de nosotros pudo identificarlo cuando lo escuchamos.

—¿Le disparó a Lasko y luego llamó pidiendo ayuda? —preguntó Difiore incrédula.

—Eso parece. Si fuera un hombre de apuestas, diría que esa chaqueta de Lasko también es suya.

—Cuéntales también sobre eso —le recordó Cruz al detective senior.

—¿Contarnos qué? —cuestionó Dade a Matteo bruscamente.

—Señora, esa chaqueta tenía rastros de C4 en su interior.

Un murmullo de voces recorrió la sala y se apagó cuando Dade levantó la mano.

La voz de la jefa de policía estaba controlada cuando se dirigió a Matteo. —Encuentren a Grogan y arréstenlo —Dio por terminada la reunión con un movimiento de cabeza e indicó con los ojos a Difiore y Quindica que se quedaran.

—¿LO CREEN? —PREGUNTÓ CUANDO ESTUVIERON SOLAS.

Sus ojos eran pozos sin fondo de emoción indescifrable cuando Difiore la miró. *¿Su voz tembló justo entonces?*

—Que la Glock disparó contra Lasko, sí, señora. Que Cutter le disparó... —Se rió con desdén —. Cutter Grogan es un vigilante. No juega con las reglas. Nada me daría más placer que mandar su trasero a la cárcel...

—Hablas como una amiga —La sonrisa de Dade no tenía humor.

—Señora —dijo Difiore en voz baja, sin ofenderse por la interrupción de la jefa—. *Sé cómo me veo, como si odiara a Cutter.* No hay nada que Peyton o yo no haríamos para ayudarlo si estuviera en problemas. ¿Cutter disparando a un policía? No. Él no lo hizo. Tiene que haber otra explicación. Lasko...

—No está en condiciones de hablar. Fue operado anoche, pero sigue intubado. Vive gracias a las máquinas —dijo Dade con amargura.

—¿Usted lo cree? —le preguntó Quindica con cautela—. ¿Que Cutter le disparó?

—No —La jefa negó con la cabeza firmemente—. Pero no podemos ignorar la evidencia, y no puedo concederle ningún favor —Cuadró los hombros y les dio una mirada de acero—. Vayan, tráiganlo. Ayuden a Vance a arrestarlo.

—Sí, señora —Difiore se puso de pie y dudó—. Ese C4, señora...

—Lo sé —La jefa se frotó los ojos con cansancio—. No sé en qué se ha metido. Cutter tiene un don para salir de situaciones difíciles. No sé cómo podrá salir de esta.

ERAN LAS ONCE DE LA MAÑANA CUANDO CUTTER DESPERTÓ DE SU SUEÑO SIN SUEÑOS. Permaneció acostado en la cama durante varios momentos mientras los eventos de la noche volvían a él.

Su cuerpo aún dolía, aún se sentía como si un boxeador campeón lo hubiera usado como saco de boxeo.

Eso es exactamente lo que pasó, resopló sombríamente. No sabía cuántos pandilleros lo habían golpeado. *Apuesto a que todos los que estaban en esa habitación participaron.*

Se levantó con cuidado y dio unos pasos. No se desmayó. Se lavó la cara y se duchó con cuidado, y después de llenar su estómago vacío con un desayuno frío, se sintió humano.

Era hora de abordar lo que había sucedido la noche anterior y planear sus próximos movimientos.

Fue al televisor y lo encendió para descubrir que Lasko estaba en el hospital, aún con vida, pero apenas. El presentador dijo que Cutter Grogan, residente de Nueva York, era buscado en relación con el tiroteo del policía.

¡Encontraron la Glock!

El periodista habló sobre sus antecedentes, por qué había estado en la ciudad, dijo que la policía también estaba buscando a Covarra y especuló que Cutter había tenido algún tipo de enfrentamiento con el Street Front y le había disparado a Lasko. Apagó la pantalla cuando un comentarista apareció en el aire y ofreció más teorías.

No había nada que pudiera hacer sobre la orden de arresto. Solo los pandilleros de Street Front o Lasko podían absolverlo; los primeros no querrían, y el segundo no podía.

Lidia con ello, se dijo sombríamente.

Lidió con ello empujándolo al fondo de su mente.

¿Qué hay de Covarra? Dijo que no mató a Arnedra y Vienna. ¿Puedo creerle?

Cutter cerró los ojos y recordó la cara del líder de la pandilla. El odio en ella mientras estaba frente a su cautivo.

Estaba enojado. También se sorprendió cuando le pregunté en Sadler Avenue. Lo decía en serio.

Maldijo en voz alta en la casa cuando su frustración salió a la superficie. *He estado en LA poco más de dos semanas y no tengo nada que mostrar por ello.*

Si Street Front no los mató, ¿quién lo hizo? No pueden ser los armenios. Covarra dijo que sus hombres ahuyentaron a esos gangsters. Y Arnedra y Vienna no estaban cerca durante su tiroteo. No mencionó su presencia.

He estado persiguiendo a los sospechosos equivocados todo este tiempo.

64

Zeb Carter levantó la vista cuando Beth y Meghan se unieron a él en el cuidado césped del hotel de Malibu.

—Ya sabes lo de Cutter —afirmó la gemela más joven mientras sus ojos recorrían el periódico que él había estado leyendo.

—No hay nada más en la tele que no sea sobre él y el tiroteo del policía. ¿Se ha puesto en contacto?

—No —Meghan negó con la cabeza—. Nos llamó hace dos días, quería rastreadores GPS. Se los conseguimos, junto con una torre de telefonía móvil portátil.

—¿Sabe que estamos en la ciudad?

—Cree que estamos en Nueva York.

Dio un sorbo a su té y volvió a colocar la taza en su elegante platillo.

Habían necesitado alejarse de su ciudad natal, para desconectar después de su última misión. Los Ángeles había sido una elección fácil. Los colocaría cerca de Cutter, a quien podrían ayudar si lo necesitaba.

El Reparador no estaba con la Agencia. Sin embargo, era un amigo muy cercano y había habido más de una ocasión en la que lo habían rescatado de situaciones difíciles. *Aunque él no sabe nada de nuestra intervención*, pensó Zeb mientras sonreía distraídamente.

Su alegría se desvaneció cuando los titulares del periódico llamaron su atención.

—¿Alguna noticia? —preguntó a las hermanas, que captaron inmediatamente.

—Lasko sigue en el mismo estado —respondió Beth—. Incapaz de hablar, incapaz de exculpar a Cutter.

Que su amigo hubiera disparado al policía no era algo que hubieran necesitado debatir. Lo conocían muy bien, estaban seguros de que no lo había hecho.

—¿Dónde está ahora?

—Ha desaparecido del mapa.

—Estad pendientes de vuestros teléfonos. Él...

El teléfono de Beth vibró. Sus ojos se abrieron de par en par cuando lo cogió y les mostró la pantalla. —Alguien llamando desde Rumanía —murmuró—. Es él.

—Cutter —dijo, poniendo la llamada en altavoz—, ¿cómo te trata la vida de fugitivo?

CUTTER NO PUDO EVITAR SONREÍR.

La policía lo buscaba. Los pandilleros de Street Front estarían tras él. Su cuerpo era una masa

de moretones y dolor, pero la voz de Beth lo animó.

—Supongo que os habéis enterado —respondió con sequedad.

—Eres difícil de ignorar cuando todos los canales de televisión muestran tu foto y narran tu historia.

—Cutter, ¿qué pasó?

Ese es Zeb. Parece que está con las gemelas.

—Entonces, ¿no es Covarra? —Meghan rompió el silencio cuando él terminó de informarles.

—No. Por eso os llamé. ¿Podéis comprobar si la policía de Los Ángeles ha avanzado en su investigación?

—Un momento.

Oyó el tecleo de las teclas, el suave murmullo de las hermanas hablando entre ellas.

—Sigue igual —anunció la gemela mayor—. Street Front es el principal sospechoso. No ha cambiado mucho. Ah, sí, encontraron el coche de Vienna, quemado, en un aparcamiento en Laguna Beach. No saben cómo llegó allí. Sin huellas, sin sangre, sin ADN, nada recuperable. Esa es la actualización más reciente. Te enviaremos un mensaje si han avanzado algo.

Les dio las gracias y colgó antes de que pudieran ofrecerle ayuda.

Buscó por la casa y encontró un bloc de notas en un cajón. Dibujó una línea de tiempo en él.

Última conexión de los teléfonos de Vienna y Arnedra a las torres de telefonía.

Informes de un tiroteo en la casa de Beverly Hills.

Sus vehículos huyendo.

Hora de la muerte.

Si no estaban en la casa durante el tiroteo de los pandilleros, ¿dónde estaban?

¿Quién los mató?

Tenía que empezar su investigación de nuevo, con una mirada fresca.

Y, además, mantenerse con vida y evitar el arresto.

65

Cutter estaba en la cocina, lavando los platos, cuando escuchó a un perro ladrar fuertemente. Al principio no le prestó atención. Probablemente era el animal de algún vecino.

Ladró de nuevo, acompañado de una exclamación sobresaltada.

Miró a través de la ventana que daba al patio trasero. La propiedad de alquiler estaba en la esquina de la avenida Gavina y la calle Tibbetts en Sylmar, el barrio más al norte de la ciudad. Situada en las estribaciones de las montañas de San Gabriel, la comunidad poco poblada fue una vez el hogar de granjas de olivos, que habían dado paso a la construcción residencial. Era un destino popular para excursionistas y jinetes.

¡Allí!

Podía ver más allá de la valla de madera hacia la entrada de la casa del vecino, donde un anciano miraba hacia la avenida. El dueño calló a su perro cuando este ladró de nuevo y se apresuró a entrar en su casa.

¿De qué se trataba eso?

Cutter se limpió las manos en los vaqueros y fue a la parte delantera de la casa. Miró por una ventana lateral, desde la que podía ver la calle, y divisó una figura con casco y uniforme que se acercaba con cautela por la calle.

¡Policías!

Se movió incluso antes de que su cerebro hubiera traducido lo que sus ojos habían visto.

Agarró su mochila y metió en ella el contenido de la mesa. La cerró y se la echó a la espalda. Cogió la bolsa de gimnasio que contenía sus armas y su chaqueta, y corrió al dormitorio. Comprobó que no hubiera nada en él y luego salió por la puerta trasera hacia el patio. Se lanzó por encima de la valla justo cuando oyó gritos desde el frente de la casa.

Cutter aterrizó en la entrada de la casa del vecino de atrás. Sintió movimiento a su derecha y vio a dos policías a menos de tres metros de distancia.

Sus armas se estaban levantando cuando les arrojó la bolsa de gimnasio y la siguió con un salto. Uno de ellos soltó un grito sorprendido antes de que la pesada bolsa lo golpeara y luego Cutter estaba sobre ellos, tumbado sobre sus cuerpos, golpeando sus cascos contra el suelo.

No puedo matarlos, no puedo dispararles.

Se puso de pie, recogió la bolsa y corrió hacia el garaje del vecino. Se metió en el estrecho pasaje junto a él y hacia otra valla. La escaló y corrió hacia otro patio trasero.

Me atraparán en este vecindario. No hay muchas casas aquí.

Corrió entre las casas y vio algunas caras sorprendidas cuando saltó sobre vallas y setos

mientras escuchaba el creciente clamor de gritos y sirenas que aullaban en la avenida Gavina.

El sudor le corría por todo el cuerpo cuando llegó a la avenida Graber. Justo frente a un coche patrulla que se acercaba, el cual dio un frenazo chirriante.

Cutter no se detuvo, no aminoró la marcha, no se tomó tiempo para pensar.

Abrió de un tirón la puerta del conductor, agarró al policía que estaba detrás del volante y lo arrojó a la calle.

—¡NO TOQUES ESA RADIO! —le gritó al segundo policía en el asiento del pasajero mientras arrojaba su bolsa de gimnasio en la parte trasera, se sentaba a medias, pisaba a fondo el acelerador y hacía un giro en U temerario, rozando por poco al oficial en el suelo.

—BÁJATE —le dijo al policía que estaba con él.

Se arriesgó a echar un vistazo rápido cuando el oficial no respondió.

Parece ser un novato. Está aterrorizado.

Se inclinó para desbloquear la puerta y la abrió de golpe. —¡RUEDA CUANDO CAIGAS! TE DOLERÁ MENOS —gritó mientras empujaba al policía sin ceremonias y se alejaba a toda velocidad.

Giró inmediatamente a la derecha en la calle Rajah y luego en la avenida Tucker, buscó desesperadamente una entrada vacía, y murmuró una oración cuando encontró una profunda.

Entró en ella, aparcó y apagó el motor. Salió, agarró su bolsa de gimnasio y corrió hasta el final de la calle, donde una valla blanca separaba el vecindario de la naturaleza rocosa más allá.

Chaparral denso a su izquierda, a varios metros de distancia, y a lo lejos las imponentes estribaciones.

Giró sobre sus talones y corrió hacia la cobertura. El terreno era irregular, rocoso, con parches de hierba. Sin embargo, estaba acostumbrado a ese tipo de terreno. Se acercó a la seguridad de la vegetación, esperando que aparecieran helicópteros en el cielo y sonaran megáfonos, instándole a rendirse.

No llegó ningún helicóptero, ni tampoco coches patrulla.

Se adentró en la espesura y se detuvo. Respiró superficialmente para oír por encima de los latidos de su corazón.

Las sirenas seguían aullando, y cuando miró con cautela, captó el brillo de varios vehículos policiales en la calle Tibbetts. *Descubrirán el crucero abandonado pronto, se darán cuenta de que no estoy en el vecindario. Organizarán una cacería, pero no rápidamente.*

Se habría corrido la voz de que era un ex miembro de las Fuerzas Delta, un francotirador de cierta reputación, además de sus otras habilidades mortales.

Sabrán que puedo acabar con varios policías con un arma de largo alcance. Organizarán perros, helicópteros con imágenes térmicas, cortarán mi reentrada a Sylmar y me cazarán.

Tuve suerte, pensó amargamente. *Ese perro me advirtió. Ese policía debió estar a la vanguardia en Gavina. Salí antes de que pudieran atraparme en la casa, antes de que posicionaran más oficiales en Tibbets.*

Pero, ¿cómo lo habían encontrado? Había desactivado el LoJack del Durango. Sus teléfonos eran imposibles de rastrear.

¡Teléfono! Metió la mano en su bolsillo y sacó el dispositivo de Lasko. Lo encendió y suspiró aliviado cuando mostró que no había señal.

Así es como me encontraron. Había quitado la batería por la noche, pero lo había encendido por la mañana.

La casa de alquiler tenía mala cobertura de red y una señal se había registrado solo cuando llevó el dispositivo a la sala de estar, más temprano ese día.

Estableció una conexión Bluetooth entre su teléfono y el de Lasko y transfirió todos sus contactos. Quitó la tarjeta SIM y se la guardó en el bolsillo.

César. Eso es o bien una persona o un nombre de lugar. Cutter esperaba que el teléfono ofreciera una pista. *Y eso me ayuda*, pensó sombríamente.

Pero primero, tenía que escapar.

66

—¿Cómo pudiste dejar que se escapara? —explotó Dade contra Matteo, mientras inspeccionaba la casa—. Tenías su ubicación cuando encendió el teléfono de Lasko. Tenías al SWAT, tenías policías, este no es un vecindario grande para que él escape... debería haber sido pan comido capturar a Cutter.

—No sabíamos que era él, señora. Cualquiera podría haber tomado su teléfono. Fue solo cuando llamamos a la empresa de alquiler —el detective asintió hacia la casa— que nos dimos cuenta de que era Grogan.

—Creemos que el perro del vecino nos delató —dijo Greg Wells, el comandante del SWAT, alto y corpulento en su traje de combate, haciendo una mueca—. Mis oficiales se estaban acercando; no estábamos en posición. Él reaccionó al instante.

Lo haría. ¡Era Delta! Difiore se guardó el pensamiento para sí misma mientras ella y Quindica observaban en silencio desde la distancia.

Habían abandonado su almuerzo cuando la jefa las llamó, justo después de la una de la tarde. Se habían unido a ella en su vehículo y se sentaron en silencio mientras Dade, con rostro pétreo, atendía llamadas y respondía con monosílabos.

Matteo, Cruz y Estrada estaban en la escena cuando llegaron, junto con el comandante del SWAT y sus oficiales. Los policías habían montado un perímetro para mantener alejados a los residentes curiosos.

—Nada en la casa —las gafas del detective principal del grupo de trabajo reflejaron el sol mientras las miraba—. Escapó por la parte trasera y corrió a través de varios patios traseros. Esos dos —señaló con la cabeza a dos policías que estaban siendo atendidos por los paramédicos— casi lo atrapan.

—¿Esos eran los dos del coche patrulla?

—Sí, señora, los oficiales Phelan y Joachim. Este último es novato.

Difiore y Quindica siguieron a la jefa cuando cruzó la calle y se acercó a los policías.

—¿Cómo sucedió todo? —les preguntó después de presentaciones superficiales.

—Apareció de la nada, señora —el oficial más experimentado se enderezó contra el costado del vehículo de emergencia—. Chris y yo estábamos patrullando las calles traseras, como nos dijeron. Saltó una valla y corrió directamente hacia nosotros.

—¿Les apuntó con un arma? —preguntó Difiore.

—No. Se movió tan rápido que no pude reaccionar. Me sacó del auto y se subió y...

—Me dijo que rodara cuando cayera.

—¿Qué? —Dade entrecerró los ojos hacia él.

—Señora —el novato tragó saliva nerviosamente—. Me empujó fuera y dijo que debía rodar. Para absorber el impacto.

—¿Eso es lo que dijo?

—Sí, señora. No nos amenazó.

Difiore se mordió los labios para reprimir una sonrisa cuando escuchó a la jefa maldecir. *¿Qué era lo que había dicho? Algo sobre que él era un santo*.

—Hemos ido de puerta en puerta, señora —Matteo se unió a ellos—. Si está en Sylmar, lo encontraremos. Les hemos dicho a los residentes que informen sobre cualquier automóvil robado...

—Vance —lo interrumpió Dade—. Si conocieras a Grogan tan bien como yo, sabrías que no está aquí. Se ha escapado.

El detective se quitó las gafas de sol y se pasó los dedos por la cabeza. Escupió su palillo de dientes y suspiró con cansancio. —¿A dónde podría haber ido? Tenemos bloqueos de carreteras, puestos de control, su cara está en todas las noticias...

—Allí —Difiore señaló las colinas de San Gabriel—. Está en las montañas.

CUTTER NO SE QUEDÓ POR ALLÍ.

Usó el chaparral como cobertura para volver al área rocosa abierta, siguiendo las depresiones y curvas del terreno para protegerse de los policías. Se apresuró en paralelo a Pacoima Canyon Road, subiendo hacia las colinas hasta que estuvo lo suficientemente alto para ver el embalse de Pacoima.

Escuchó el primer helicóptero cuando estaba atravesando las montañas hacia Cougar Canyon, donde cruzó el lecho seco del río y volvió a subir.

Estaba sudando, hambriento; todas las contusiones de su cuerpo se quejaban, pero no podía permitirse detenerse.

Fue cuando cruzó Wildlife Waystation que se encontró con dos motocicletas estacionadas en Little Tujunga Canyon Road. El sendero sinuoso y curvo era un paraíso para los motociclistas que se extendía sobre tres cumbres.

Cutter se agachó en una depresión junto al camino y examinó los vehículos. No había señales de los conductores. Nada más que el interminable cielo azul arriba y el verde ondulante de las montañas. Corrió hacia la motocicleta más cercana y abrió su alforja de lona. Mentalmente celebró cuando encontró botellas de agua y barras de proteínas. Las agarró, metió un puñado de billetes de dólar y reanudó su huida.

Se mantuvo alejado de los senderos conocidos de excursionismo, atravesó matorrales espesos y árboles, deslizándose por las montañas como si hubiera vivido en ellas toda su vida.

Eso es prácticamente lo que hice en Afganistán, rememoró cuando se detuvo para beber agua y bebió profundamente.

Se encogió en el bosque cuando escuchó voces. No, no eran policías. Un grupo de excursionistas.

Su sendero lo llevó a través de La Tuna Canyon, por el parque. Eran las ocho de la noche cuando se acercó a las afueras de Burbank.

Estaba sucio, sudoroso, y estaba seguro de que la humedad en su muslo significaba que la herida de bala se había abierto de nuevo. Sin embargo, no se atrevió a tocarla. *No hasta que encuentre un lugar donde esconderme*.

Buscó moteles en su teléfono desechable y encontró uno en Glendale que, según las reseñas,

aceptaba efectivo.

Cuarenta minutos después, había completado su registro con un joven de cara llena de granos que no había levantado la vista de lo que fuera que estuviera reproduciendo en su pantalla.

Cutter se arrastró hasta su habitación y no pudo evitar gemir de deleite ante la vista de las sábanas blancas en la cama.

Dejó caer sus bolsas y se fue a la ducha, dejando que el agua caliente se llevara su cansancio.

Se vendó el muslo con una venda y durante su cena, barras de proteínas y una botella de agua, hizo un balance.

El Durango se ha ido. Los policías lo tendrán. Encontrarán mis huellas en él y en la casa, pero nada más.

Eso dejaba el Land Cruiser y el Tahoe que había estacionado en ubicaciones estratégicas de la ciudad, en estacionamientos de larga duración.

Sin embargo, no quería arriesgarse a ir por ellos.

—Isaiah —llamó a Limon—, ¿quieres ganar dinero fácil?

—Se escapó. Dade llegó a la oficina de Difiore y Quindica y se quedó en la puerta. —Tenemos varios pájaros en el aire, pero las montañas estaban llenas de excursionistas. No había forma de saber dónde estaba Cutter.

—Podríamos tener suerte —Quindica se encogió de hombros—. Tal vez salga de la ciudad.

—¡Oye! —protestó cuando dos pares de ojos la miraron con desprecio—. Solo era una idea.

—Es el último hombre que abandonaría cualquier situación. Ese no es su estilo —dijo Difiore—. Señora, ¿registraron la casa de Vienna y la que él ocupaba en Sycamore?

—Sí, no encontramos nada allí.

—¿Le importa si las revisamos también nosotros?

—Adelante.

Difiore la vio alejarse y luego agarró su chaqueta.

—Vamos —le dijo a su compañera—. Tengo una idea.

67

Fue una idea al azar.

Cutter luchó contra ella todo lo que pudo, pero finalmente cedió.

Demonios, tengo que comprobarlo. Ver si mi corazonada es correcta.

Salió del motel en el taxi de Limon, sonriendo al recordar las cejas levantadas del conductor ante su disfraz de patillas.

—¿Eres tú?

—Olvídate de mí —había mostrado el fajo de billetes—. *Esto* es lo que te interesa.

Cutter entró en North Heliotrope Drive y pasó por la casa de Vienna sin reducir la velocidad. Había un coche patrulla estacionado enfrente con dos policías dentro. Ambos parecían aburridos y charlaban distraídamente cuando él pasó.

No puedo detenerme ahí.

Fue a Santa Monica Boulevard y se metió en Berendo Street, que era paralela a la calle de Vienna, pero las casas allí estarían detrás de la suya.

No hay coches patrulla aquí.

Imaginó el vecindario en su mente y ubicó la casa de Vienna. Una panadería tendría su patio trasero colindando con el de ella. *No puedo pasar por ahí. Tendrá cámaras.* La casa de la derecha era grande, con varios coches en su entrada. *Esa tampoco. Pero la de la izquierda está a oscuras. ¿No hay nadie en casa?*

Solo había una forma de averiguarlo.

Estacionó el taxi calle abajo y regresó a pie. Abrió la verja y caminó por el sendero de concreto como si perteneciera allí. Ningún perro ladró, no se encendió ninguna luz, no hubo gritos de alarma. A lo largo del costado de la casa corría el camino de entrada, con un coche estacionado. Se agachó bajo la línea de ventanas y se acercó al vehículo. Fue hasta el muro de concreto que separaba el patio trasero de Vienna de la propiedad en la que estaba.

Eso tiene dos metros de altura. Saltó alto, echó un vistazo a la residencia de su amiga y decidió entrar.

Trepó sobre el capó del vehículo y saltó el muro. Aterrizó ágilmente sobre sus pies, con su Glock apareciendo automáticamente en su mano.

Enfundó el arma cuando nadie lo desafió.

Parece que los policías están manteniendo una vigilancia casual.

Se dirigió a la parte trasera de la casa y miró por una ventana. Estaba oscuro. Fue a la puerta lateral, por la que había escapado cuando los matones de Covarra atacaron.

La desbloqueó, giró el pomo y la empujó suavemente.

Una tira blanca encajada en el marco de la puerta llamó su atención.

Una nota.

La recogió, fue a una esquina del patio trasero y la alisó. Encendió la linterna de su teléfono desechable y la pasó sobre el trozo de papel.

ERES UN IDIOTA.

Reconoció la fuerte caligrafía de Difiore y no pudo evitar reírse en voz alta.

ERES UN ESTÚPIDO IDIOTA.

Repitió en una segunda línea, como si la primera no fuera suficiente indicación de cómo se sentía.

ENTRÉGATE.

TU CAMINO TERMINARÁ CON TU MUERTE.

Podía contar con ella para llenarlo de esperanza y alegría.

Sonrió, dobló la nota y se la metió en el bolsillo. Su suposición había sido correcta. Ella sabía que tarde o temprano vendría a la casa y había dejado la nota allí. Había esperado obtener más información de ella y de Quindica sobre el estado de su investigación, pero entendía su posición.

No pueden comprometerse. ¿Creen que le disparé a Lasko? El pensamiento lo hizo fruncir el ceño. Esperaba que sus amigos lo conocieran lo suficientemente bien... *pero también son policías. Han visto cómo actúa la gente en un ataque de ira.*

Regresó por donde había venido, de vuelta a su taxi. Lo encendió y salió de la ciudad por la I-15, desviándose de la carretera cuando llegó a Apple Valley. Condujo por terreno rocoso e irregular, y bajo las estrellas, montó su antena yagi y configuró su torre GSM portátil que ocultaría su ubicación.

Revisó los contactos de Lasko y encontró el que se llamaba Cesar.

—¿Sí? —respondió una voz bruscamente.

—¿Cesar? —disfrazó su voz.

—¿Quién es? —respondió el hombre con cautela.

—Un amigo de Matt Lasko.

Una estrella fugaz cruzó el cielo y se desvaneció en la vasta nada de arriba.

—¡ERES TÚ! —gruñó Cesar—. Eres el que le disparó. Cutter Grogan. La policía te está buscando. ¿Cómo conseguiste mi número?

—¿Por qué crees que soy él?

—¡Puto! —escupió Cesar—. Nadie más tiene este número. Solo él. La única forma en que lo habrías conseguido es si le disparaste...

—Él me dio su teléfono. No le disparé. Me pidió que te contactara.

—¡MENTIRAS! Lasko nunca le contó a nadie sobre mí. Ni siquiera su jefe sabía mi nombre.

¿Jefe? Ese es Matteo. ¿Por qué no sabría de Cesar? ¿Por qué tanto secreto?

Lo entendió de inmediato.

—¡Eres el soplón de Lasko! —exclamó—. ¡Estás en el Frente Callejero! Por eso estaba allí, en el almacén.

—Voy a colgar.

—ESPERA —gritó Cutter—. Tenemos que reunirnos.

—No voy a reunirme con el asesino de Lasko.

—¿Está muerto? —preguntó Cutter. *He estado ocupado corriendo por las montañas,* pensó amargamente. *No busqué cómo estaba Lasko.*

—No, puto, pero está grave. Sus probabilidades de sobrevivir son bajas.

—Déjame adivinar. Lasko te ofreció una salida de la pandilla, o algún tipo de favor...

—No sabes nada sobre mí —rebatió Cesar enojado—, ni sobre mi relación con él.

—No lo sé, pero con él en el hospital, ¿cuál es tu futuro? Si muere, ¿qué te pasará? Estoy seguro de que Covarra no deja que ningún pandillero abandone la banda. No vivo. ¿Cómo saldrás de esa vida?

—¿Me estás ofreciendo una salida? —dijo el pandillero, riendo con desprecio.

—Sí.

—¿Cómo? Tú mismo eres buscado por la policía. ¿Qué puedes...?

—Conozco a Lisa Dade, la Jefa de Policía. Ella y yo tenemos una larga historia. Yo no disparé a Lasko. Si puedo limpiar mi nombre, puedo conseguir que te dé protección de testigos.

—Eso son muchos "si", puto. ¿Cómo lo vas a lograr?

—¿Estabas en el almacén?

—Estaba fuera, en las calles —dijo el soplón a regañadientes.

Por eso no vio lo que pasó y piensa que yo soy el tirador.

—Pensé que Lasko pediría refuerzos. No sabía que vendría solo... ¿por qué te estoy contando todo esto? Esta llamada se acabó.

—Espera —suplicó Cutter—. ¿Qué tienes que perder? Tú y yo estamos atrapados... necesitamos encontrar una salida.

—¡No te voy a ayudar, puto!

—Lasko me dio tu nombre. Me dijo que tomara su teléfono. Sabía que podríamos ayudarnos mutuamente.

—Te mataré en cuanto te vea.

—Encuéntrate conmigo, en ese caso. Tendrás tu oportunidad.

—¿Cómo puedo contactarte?

Los hombros de Cutter se relajaron con alivio ante las palabras del pandillero.

—Mi número debería haber aparecido en tu pantalla. Usa ese.

—Es un número extranjero.

—Funcionará.

—Sí, te diré dónde venir. Y prepárate para morir.

68

Cutter meditó largo y tendido sobre la siguiente llamada. *Diablos, sé lo que ella piensa de mí. Eso no va a cambiar. Pero al menos habré expuesto mi versión.*

Marcó el número y lo oyó sonar. Imaginó a Difiore despertándose, alcanzando su teléfono y frunciendo el ceño al ver la identificación de la llamada.

—Solo hay dos formas en las que saldrás de esto —contestó la detective bruscamente—. O te matarán en un enfrentamiento con la policía o irás a prisión.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Grogan —se burló ella—, soy la mejor detective que tiene el NYPD. ¿Crees que no relacionaría un número con código de área de Moscú contigo?

Beth y Meg lo configuraron para mí. Hicieron que Werner asignara números aleatorios a mi teléfono.

—Cutter —oyó decir a Quindica—, tienes que entregarte.

—¿Por qué debería hacerlo? Fue...

—No —lo interrumpió Difiore bruscamente—. No queremos oír tus excusas. ¿Quieres contar tu versión? Entrégate y da tu declaración a la policía.

—Eso es lo que estoy...

—Matteo también está a cargo de tu investigación. Ve con él.

—Cutter —preguntó suavemente el agente del FBI cuando no respondió al comentario de Difiore—, ¿cómo estás?

—Estoy bien —respondió. *Aparte de las mil heridas de las que intento recuperarme y el dolor en mis pies por la huida en la montaña.*

—¿Cómo escapaste de Sylmar? —Difiore, con voz plana y fría.

—Me fui a las colinas. La policía...

—Eso es lo que supuse. Era un equipo SWAT del que escapaste.

—Deberían haber bloqueado la huida hacia las colinas.

—¿Por qué nos llamaste?

—¿Eh? ¡Tú querías que llamara!

—¿Estás drogado? —espetó ella—. ¿Cuándo hice eso?

—Dejaste esa nota en la casa de Vienna. Eso fue una invitación tan clara para hacer contacto como cualquier otra.

—Te atrapó ahí —Quindica rió suavemente.

—Te escuchamos —dijo Difiore secamente—. ¿Qué quieres decir?

—Me tendieron una trampa.

—¿Ah, sí? ¿Y ese ciclista que atacó a Covarra, ese tipo de la tirolesa que quemó una casa en Boyle Heights... también te tendieron una trampa entonces?

Sonrió en la oscuridad. *No puedo admitirles que fui yo.*

—No sé de qué estás hablando —dijo tan inocentemente como pudo.

Su fuerte resoplido lo hizo reír.

—Grogan —dijo ella con fiereza—, esta llamada se acabó...

—Covarra sabía mi nombre. Pregúntate cómo —dijo rápidamente y colgó.

—ERA GROGAN —COMENZÓ MATTEO CUANDO DIFIORE Y QUINDICA SE UNIERON A LA REUNIÓN informativa en la oficina de Dade—. Obtuvimos sus huellas de su casa, la camioneta. Sin embargo, no dejó nada atrás. Phelan y Joachim informaron que llevaba dos bolsas. Una era grande y la otra era una mochila. Suponemos que ahí llevaba sus armas.

—¿Algún progreso en el almacén? —preguntó Dade.

—No, señora. Nuestros informantes callejeros se han escondido. No estamos recibiendo ninguna información de ellos.

—¿Tienes alguna buena noticia, Vance?

—Tengo una teoría, señora —dijo con renuencia.

—Veamos.

—Sabemos que Grogan atacó esos almacenes de Street Front. —Se encogió de hombros ante la mirada en su rostro—. No podemos probarlo, señora, pero fue él, nadie más.

—Ve al grano —espetó ella.

—La pandilla perdió mucho producto en esos ataques. ¿Y si Grogan robó parte de él y estaba en el almacén para hacer un trato con Covarra? Lasko los descubrió y, antes de que pudiera alertarnos, Grogan le disparó.

Difiore se habría lanzado hacia adelante para protestar si Quindica no le hubiera apretado el antebrazo con fuerza.

Ella volvió sus ojos ardientes hacia su compañera, quien le dijo sin hablar: *Aquí no.*

—Encuéntralo, pruébalo, presenta tu caso —dijo Dade sin emoción y lo despidió.

—SEÑORA —ESTALLÓ DIFIORE CUANDO ELLA Y QUINDICA ESTABAN CON LA JEFA—. ¿CUTTER traficando drogas?

—Lo sé. —La jefa del LAPD mantenía su habitual compostura impecable. Solo la piel estirada sobre sus pómulos y las sombras apenas perceptibles bajo sus ojos hablaban del estrés que estaba soportando—. Sin embargo, es el caso de Vance. Déjenlo seguir con ello. Estoy segura de que no encontrará nada.

—Nos llamó anoche —murmuró Quindica suavemente.

Los ojos de Dade se abrieron de par en par ante eso. Comprobó que la puerta estuviera cerrada y bajó las persianas de su oficina para darles más privacidad.

—¿Cutter? ¿Qué dijo?

—Sobre que le tendieron una trampa —dijo Difiore—. Le pedimos que se entregara.

—¿Qué pasó en el almacén?

—No lo dejé hablar.

La detective contuvo la respiración cuando la jefa la miró con asombro. Dio paso a una mirada especulativa, que cedió a una pequeña sonrisa.

—Lo provocaste. Eso lo hará más decidido a limpiarse.

—Sí, señora —sonrió. *Por suerte lo dedujo, o de lo contrario me habría regañado.*

—Dijo algo más, señora. —Su sonrisa desapareció—. Dijo que Covarra sabía su nombre.

—Está por todas las noticias... —Dade se interrumpió cuando las implicaciones la golpearon —. Eso es *ahora*. No cuando se encontró con el gángster.

—Sí, señora, y puede apostar que habría usado un disfraz.

—Nadie fuera del grupo de trabajo sabe que sospechamos de Cutter por todos esos ataques. —Los labios de la jefa se apretaron.

—E incluso entonces, solo un puñado de oficiales lo saben. Matteo, Cruz, Estrada, Lasko, cinco o seis más, todos muy veteranos.

—Tenemos una filtración —susurró Dade con dureza—. Vance, Cruz, Estrada, no puede ser ninguno de ellos. Pasan por controles de seguridad. —Se inclinó hacia adelante y ordenó—: Deja esta cacería de Cutter. Encuentra al soplón.

COVARRA SILENCIÓ EL TELEVISOR CUANDO SALAZAR ENTRÓ EN LA SALA DE ESTAR.

—¿Qué pasa, Serpiente? —Su asistente frunció el ceño ante la rabia en el rostro de su jefe.

—¡Está vivo! ¡Los dos!

—¿Quién? ¿Grogan? Sí, vi eso en las noticias, se escapó de Sylmar...

—¡NO SOLO ÉL! —chilló Covarra—. ¡ESE POLICÍA TAMBIÉN ESTÁ VIVO. EN EL HOSPITAL!

—Está en estado grave, jefe. Podría morir en cualquier momento.

—¿Y si recupera la conciencia?

Asintió cuando vio que la comprensión también brillaba en los ojos de Salazar.

—El LAPD estará aún más decidido a atraparme una vez que sepan que le disparé. Podrían ofrecer una recompensa. Eso podría influir en algunos de nuestros hombres. Eso no puede suceder. Consigue algunos hombres para que revisen ese hospital. Necesitamos matar a ese policía.

—Espera. —Detuvo a Salazar cuando su asistente se marchaba—. Dile a nuestros hombres que estén atentos a Grogan. Él sabe lo que pasó en ese almacén. También necesita morir.

—VEN A ESE MISMO LUGAR, ESTA NOCHE —DIJO CÉSAR EN LA LLAMADA QUE DESPERTÓ A Cutter de su siesta en el taxi de Limón en Venice.

—¿Qué lugar? —Se incorporó, se frotó los ojos y agitó los dedos hacia un niño que lamía un helado mientras pasaba por la acera.

—Ese almacén donde le disparaste a Lasko.

—Yo no... —comenzó automáticamente y luego parpadeó—. ¿Quieres que nos encontremos allí? Los policías estarán por ahí. Es una escena del crimen, por si lo has olvidado.

—Ese es el único lugar donde me reuniré. A las once de la noche.

Qué pasa con estos pandilleros y sus encuentros nocturnos, se quejó para sí mismo.

—Estaré allí —confirmó.

—Más te vale venir solo.

—Tú también —espetó y colgó.

—Nada ha cambiado en mi beneficio. —Janikyan presionó brevemente el hombro de Zohrab en agradecimiento cuando el guardaespaldas le trajo una bebida. Despidió a su hombre y se recostó en el sofá mientras cruzaba las piernas—. Grogan sigue vivo. Ese policía también está vivo. Covarra sigue ahí fuera, aún en el negocio. ¿Cómo es eso bueno para mí?

—Pensé que Covarra y Grogan se matarían entre sí, o al menos uno de ellos estaría muerto.

—¿Por qué no dejas el pensamiento para mí? —le dijo fríamente e ignoró la respiración entrecortada del hombre. No le importaba si su interlocutor se sentía ofendido—. Grogan es inteligente. Te dije cómo me contactó. Pasó por un agente inmobiliario. ¿Ves cómo acabó con los lugares de Street Front? En cuanto a ese policía en el hospital...

—Lasko.

—Sí, él. Dijiste que era inteligente. Que no podías arriesgarte a tenerlo cerca de ti por mucho tiempo.

—Está en el hospital. No es un riesgo por ahora.

—Tendremos que encargarnos de Grogan —reflexionó Janikyan—. No, no hables —dijo bruscamente cuando el interlocutor hizo ademán de hablar—. Le pondré una trampa al señor Grogan. Una de la que no saldrá caminando.

Cutter cambió el taxi de Limón por la Tahoe para la cita con César. No podía arriesgarse a que el taxi rojo fuera notado en la zona industrial.

Estacionó el vehículo en el mismo lugar de la calle Clarence e intentó abrir varios de los camiones aparcados en la calle. Se subió a uno cuyas puertas traseras se abrieron y durmió hasta que oscureció.

Bostezó y se estiró cuando su reloj interno lo despertó a las siete de la tarde. Se puso de pie, miró cautelosamente hacia afuera y saltó cuando no vio ninguna amenaza.

Los largos períodos de sueño habían ayudado a su recuperación. Su cuerpo protestaba menos, aunque los dolores seguían ahí. *No puedo quejarme. Podría haber estado muerto*.

Rodeó el vecindario a pie, con una gorra de béisbol baja sobre su cabeza y el cuello de su chaqueta alto sobre su cuello.

Había patrulleros en el almacén, e incluso desde la distancia podía ver a los oficiales uniformados moviéndose bajo las luces portátiles.

¿Cómo cree César que podemos reunirnos aquí? Tal vez me está probando también, para ver si voy a aparecer solo.

Inspeccionó la calle con sus NVG, gafas de visión nocturna, desde debajo de un camión. *Esa unidad de allí tiene la mejor vista del almacén. No puedo ir allí, sin embargo. Los policías me verán*.

El edificio estaba frente al almacén, una estructura alta y blanca. *Parece que tiene un techo plano*.

Eso le dio una idea.

A pesar de la mayor presencia policial, aún había tráfico en ambas calles. Las luces traseras se encendían cuando los coches reducían la velocidad para mirar el almacén, y desde la distancia, podía oír voces mientras la gente hablaba con los policías.

Cutter se pegó a las paredes de los edificios, filtrándose de sombra en sombra, hasta que llegó a la estructura que había inspeccionado.

Parecía ser una terminal de carga para camiones. Dos semirremolques estaban retrocedidos en ella, sus cabinas delanteras brillando en la noche. Entró en su gran patio y revisó el lado en

forma de L del edificio. Puertas cerradas en la pata corta donde los camiones retrocedían. El otro lado tenía una pared alta y lisa y nada más.

¡Tuberías! Había cuatro de ellas bajando por el costado. *Concreto,* descubrió cuando tocó una de ellas.

Cutter no perdió tiempo. Aseguró la bolsa de gimnasio firmemente alrededor de su cintura y comenzó a trepar. La construcción tubular mantuvo su posición a pesar del peso sobre ella. Subió rápidamente, consciente de que era un escarabajo oscuro del tamaño de un hombre en la pared. Cualquier vehículo que pasara podría verlo si miraban lo suficientemente alto.

Sin embargo, nadie lo detuvo.

Se izó sobre el techo, que era plano, con equipos de aire acondicionado y tuberías que lo atravesaban.

Se agachó y corrió hacia el frente del techo y se tumbó boca abajo. Avanzó cuidadosamente hasta que pudo ver sobre su borde.

Oficiales, cinta policial, patrulleros con sus luces parpadeando. Ningún civil que pudiera detectar a través de sus prismáticos. Había descubierto que la escena de su cita con Covarra era un lugar de rodaje de películas. *Street Front lo posee, apuesto*. Se recordó a sí mismo enviar un mensaje con su ubicación a Difiore después de reunirse con César.

—Puto —lo llamó César a las once de la noche—. ¿Dónde estás?

¡Un pandillero puntual! Sonrió en la oscuridad y revisó las sombras en la intersección de las calles.

—Estoy atrapado en el tráfico —mintió—. ¿Estás ahí?

—¿Por qué otra razón te llamaría?

—Espera unos-

—¡ESPERA! HAY POLICÍAS AQUÍ.

¿Es él? Cutter enfocó los prismáticos en una sombra que acechaba en la boca de un pasaje sin marcar en Jesse, lejos de la presencia de los policías.

El hombre estaba apoyado contra una camioneta oscura, inmóvil excepto por los movimientos de sus manos.

—Tú elegiste este lugar —replicó—. Deberías haber sabido-

—¿CUÁNDO VAS A LLEGAR?

—No puedo aparecer así como así. ¿Has olvidado que soy un fugitivo?

—Y yo soy un pandillero, *ese*. El riesgo es el mismo para ambos.

—¿Cómo te reconoceré?

—¿A mí? No te preocupes por eso. Yo sé cómo te ves. Te reconoceré.

Es él, apoyado contra ese vehículo. Sus gestos con las manos coinciden con sus palabras.

—Ven al río. Puedes atravesar los edificios en la calle Mission. Estaré allí, junto a las vías.

—Puto —Cesar se enderezó y maldijo—. Nunca planeaste venir aquí, ¿verdad? Se cancela la reunión. No voy a ninguna parte.

—¿No quieres saber qué pasó en ese lugar? ¿Cómo le dispararon a Lasko?

—Ya sé cómo. Tú le disparaste. Todos en el Street Front no hablan de otra cosa.

¿Todos? Había varios pandilleros en ese lugar. Vieron lo que pasó.

La frente de Cutter se despejó cuando le llegó la explicación. *Covarra ha ordenado a todos los que lo vieron que se apeguen a la historia de que yo le disparé a Lasko.*

—Con Lasko fuera, soy el único que puede ayudarte.

—¿Tú? ¿Un criminal? Puedo encontrar otro policía.

—Hazlo.

—Diez minutos —respondió Cesar con furia después de un rato—. Estate allí, o me habré ido. Elegiste un buen lugar, *ese*... voy a matarte y arrojar tu cuerpo al río.

69

Cutter lo siguió con sus prismáticos hasta que Cesar dobló la esquina de Mission Road.

Parece estar solo.

Se puso de pie y se apresuró hacia el borde del techo. Se maniobró para agarrar la tubería y se deslizó rápidamente hacia abajo.

Redujo el paso a una caminata cuando llegó a Jesse y cruzó la calle como un fantasma. *Por suerte no hay policías buscándome aquí*.

Divisó la silueta de Cesar en Mission y cruzó al otro lado de la calle para seguirlo. El pandillero se movía rápidamente, sin mirar atrás, y se arrastró a través de un agujero en una cerca de alambre hacia un terreno baldío.

Eso llevará al río.

Cutter le dio tiempo para desaparecer de la vista y lo siguió.

EL HEDOR A AGUA ESTANCADA Y ORINA. LA LUZ BRILLABA TENUEMENTE SOBRE LOS RIELES QUE corrían a lo largo de la orilla del río. Escombros en la superficie pavimentada del lecho del río.

Y Cesar, una sombra alta, encorvado sobre su teléfono, a cincuenta pies de distancia.

Al acercarse, el pandillero sintió su presencia, se dio la vuelta y comenzó a sacar su arma con una maldición.

Cutter se lanzó sobre él y lo derribó, dejando que el peso de su cuerpo y su equipaje descansaran sobre el atacante, quien daba golpes y puñetazos pero sin efecto.

—Podría haberte matado si hubiera querido, cuando estabas en Jesse, contra ese coche.

El matón se quedó boquiabierto ante eso. —¿Me estabas observando?

—Sí, y también te tenía encañonado.

Le arrebató el arma a Cesar y se puso de pie. Desató su bolsa de gimnasio y la dejó en el suelo, todo el tiempo manteniendo un ojo cauteloso sobre el matón.

—¿De verdad no le disparaste a Lasko? —el matón lo estudió.

—No. —Evaluó al pandillero a su vez. Moreno, barba espesa, ojos brillantes, camisa suelta sobre pantalones caídos.

¿Qué tengo que perder?

Le contó a Cesar lo que había sucedido en el encuentro y no pudo evitar reírse de los ojos redondos y la mirada boquiabierta del hombre.

—¿Te pusiste un cinturón de explosivos, *ese*?

—Sí. —No iba a admitir que no había forma de que los explosivos hubieran detonado—.

¿Qué hay entre tú y Lasko?

—Él me salvó.

Cutter escuchó en silencio mientras el pandillero le contaba su historia y su misión de venganza.

—¿Qué harás si Lasko muere?

Cesar lo miró de reojo. —Dijiste que podías ayudarme.

—Haré todo lo que pueda.

—Más te vale cumplir bien.

—Ajá. —*Le conté sobre Dade... pero probablemente tendré que pasar por Difiore y Quindica. Ellos podrán arreglar la Protección Federal de Testigos para él*.

—¿Lasko mencionó mi nombre? —preguntó el matón después de un rato.

—Sí. ¿Por qué crees que lo hizo? No puedo entender la conexión.

—Le preguntaste a Snake sobre sus rifles y los de Fuse.

—Sí, pero Lasko no estaba allí entonces... —Cutter se detuvo abruptamente al recordar a Covarra gritándole y golpeándolo—. Aunque sí estaba allí cuando tu jefe repitió eso y me golpeó.

—Eso es. —El pandillero chasqueó los dedos.

—¿Qué?

—Él sabía lo que hice con los rifles.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Cutter, sintiéndose estúpido por no conectar los puntos.

—Vendí los rifles de Snake y Fuse.

—¿Qué quieres decir con que las vendiste? —Cutter lo miró fijamente.

—Exactamente eso, *ese* —dijo Cesar con impaciencia—. Sígueme el hilo. Ambos usaban AR-15, pero conforme la pandilla creció, no era correcto que anduvieran con los rifles. Son líderes. Los jefes no necesitan esas armas. No había necesidad de que las llevaran. Fuse me ordenó deshacerme de ellas. Se las vendí a un traficante.

—¿Después de que mataran a las mujeres?

—¡No! —el pandillero lo miró con enojo—. Snake dijo la verdad en eso. No las matamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo estaba allí, *ese*, en esa casa. Estaba disparando contra esos putos armenios. Todos escapamos. No había mujeres, ni nadie más en esa casa.

—¿No volvieron a esa casa? ¿Ningún otro pandillero?

—No.

—¿Registraron la casa?

—¿Por qué haríamos eso, *ese*? Esos pandilleros estaban en el patio. Los atacamos en cuanto los vimos.

Vienna y Arnedra podrían haber estado escondidas dentro. Podrían haber visto lo que pasó. ¿Las mataron por eso?

Gruñó frustrado. Tenía preguntas pero muy pocas respuestas. Cada vez que pensaba que había avanzado, como ir tras Covarra y hacerlo hablar, tenía contratiempos.

—¿A quién le vendiste esas armas?

Tengo que encontrar a los hombres que dispararon.

—A un traficante. Compra y vende a las pandillas. Nos abastece a todos, incluso a los putos armenios. Es neutral, no toma partido.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No tiene una tienda, *ese* —se burló Cesar—, se reúne contigo en la calle, en algún lugar lejos de los policías. No te verá. Solo hace negocios con gente que conoce.

—Organiza una reunión para mí. Di que quieres comprar algunas armas.

—Puede que ya no las tenga.

—No las tiene —gruñó Cutter—, a menos que él mismo sea el asesino. Se las vendió a alguien más.

—Puede que no recuerde. Todo esto pasó el año pasado.

—¿Quieres ayudar? ¿Quieres salir de la pandilla? Parece que solo estás poniendo excusas.

—Si Snake se entera...

—Querías comprar un arma. ¿Qué tiene eso de raro?

Cesar asintió después de un rato y sacó su teléfono. —Barrel no acepta llamadas. Solo trabaja con mensajes.

—¿Barrel?

—Así lo llamamos. Tomas Cabal.

El matón envió un mensaje y guardó su teléfono. —Deberíamos irnos —dijo—. Puede que no me responda de inmediato. Te avisaré cuando lo haga.

Cesar se rio sin humor mientras caminaban por las vías.

—¿Qué?

—Esto —el pandillero hizo un gesto señalándolos a ambos—. Los dos somos buscados por la policía. Y aquí estamos, trabajando juntos.

Cabal respondió cuando llegaron a la Calle Cuarta.

—Avenida Compton, cerca de Nickerson Gardens —Cesar le mostró el mensaje del traficante—. ¿Sabes dónde es?

—Sí, un proyecto de viviendas en Watts.

—Mañana por la noche.

—Estaré allí. ¿Hay algún código secreto o algo así?

—Ves demasiadas películas, *ese* —los dientes del pandillero brillaron—. Conduce un Hummer. Negro. Estará estacionado en esa calle. No puedes perdértelo. Bajará la ventanilla cuando yo aparezca. Como te dije, solo trata con clientes conocidos.

—Pero tú no estarás allí.

—No es mi problema, *ese* —Cesar se encogió de hombros—. Te conseguí la reunión.

—Dame su número y reenvíame todos sus mensajes.

—¿Cómo te acercarás a él? —preguntó el matón después de compartir los detalles.

—Como dijiste, ese es mi problema.

71

Ese almacén es propiedad del Street Front.

Cutter montó la torre GSM y envió el mensaje al día siguiente, luego fue a ducharse a un motel en Central Alameda.

La respuesta de Difiore lo estaba esperando cuando regresó.

Lo sabemos. No me vuelvas a enviar mensajes.

¿Cómo está Lasko?

Sigue en estado crítico. Gracias a ti.

Hizo una mueca ante eso, pensó en llamarla, pero ¿qué podía decirle?

Inició sesión en Werner y buscó información sobre Tomas Cabal. Encontró varios hombres con ese nombre. *Necesito saber qué tiene el LAPD sobre él*. Lo que significaba que tenía que llamar a Beth o Meghan.

Se preparó para más sarcasmo y burlas y marcó el número de la hermana menor.

—¿Cómo estás?

Parpadeó ante su pregunta. *No*, se dijo firmemente. *Eso no es preocupación en su voz.*

—Los policías aún no me han encontrado —le dijo. Se le ocurrió una idea—. Debería dejar de llamarte. Te incriminarán...

—¿Por qué no nos dejas eso a nosotras? —dijo Meghan arrastrando las palabras—. Somos conscientes de los riesgos.

—Pero...

—Cutter —suspiró—, ve al grano. Tenemos trabajo que hacer. ¿Qué quieres?

—Tomas Cabal, alias Barrel. ¿Qué tiene el LAPD sobre él?

—¿Quién es?

—Un traficante de armas.

—Cabal, sí, los policías tienen un expediente sobre él —le dijo Beth—. Treinta y cinco años de edad. Se dice que vive en el sur de Los Ángeles, pero cuando los policías lo investigaron hace unos meses, el lugar estaba vacío. Sospechoso de tráfico de armas. Cumplió condena por posesión ilegal de armas. Tres años en la cárcel del condado. Se metió en numerosas peleas mientras estuvo en prisión. Anda con tres asociados: Juan Noboa, Ramon Ferranto, Luz Arnal. Los tres son peligrosos. Revisa tu teléfono; te he enviado sus fotografías.

El traficante de armas era un hombre grande, corpulento y musculoso, con la cabeza rapada, un bigote de morsa y ojos que parecían malos incluso en la imagen del archivo que Beth le envió. Sus hombres tenían un aspecto poco llamativo, todos de pelo oscuro, ojos oscuros, con tatuajes en sus cuerpos.

—Buena suerte cazándolos —le deseó Beth y colgó.

CUTTER ESTABA EN NICKERSON GARDENS A LAS CINCO DE LA TARDE, UN PAR DE HORAS ANTES DE la llegada de Cabal. Era el proyecto de viviendas más grande al oeste del Mississippi, con edificios multifamiliares de color amarillo dispuestos en forma de herradura que se abría hacia la avenida Compton.

Los niños jugaban en parches de hierba. Unos cuantos jóvenes rebotaban una pelota contra un aro en un patio, muchos de ellos lanzándole miradas duras mientras pasaba.

No se parecía a sus fotografías en la televisión. Se había cambiado los lentes de contacto a marrón, se había pintado una cicatriz en la mejilla y se había insertado una almohadilla en la boca para darle a sus labios una forma torcida.

Había optado por una funda de hombro para su Glock, debajo de su chaqueta holgada, mientras que su cuchillo estaba en una funda alrededor de su pantorrilla derecha. Sus vaqueros estaban sucios, las zapatillas estaban desgastadas, mientras que su ropa superior tenía rasgaduras y manchas de restos de comida.

No atraía ninguna atención.

Cabal podía estar ubicado en cualquiera de estas casas y los policías no lo sabrían. Cutter estaba íntimamente familiarizado con este tipo de vecindarios. Una de sus familias de acogida había vivido en un proyecto similar en Nueva York. Pandillas, peleas, el invisible sistema de alarma tipo tambor de la selva que advertía a sus residentes de la llegada de los policías... *Sé cómo funcionan estos lugares*. Se tocó inconscientemente el vientre donde el cuchillo de un matón lo había apuñalado cuando era joven.

La avenida Compton era un largo tramo de concreto con edificios residenciales a ambos lados. Los establecimientos comerciales eran pocos: una tienda de donas, una casa de empeño, un lavadero de autos. Cutter revisó la calle, no vio señales del Hummer, y cedió al tentador aroma que venía del local de comida.

Llevó las donas en una bolsa marrón y se apoyó contra la cerca metálica de una casa. Las comió lentamente mientras movía la cabeza al ritmo de la música que sonaba en sus auriculares.

Ese sonido quedó ahogado por la música estridente que salía del Hummer cuando llegó puntualmente a las siete de la tarde.

72

Cutter no se movió de su posición, ni levantó la mirada cuando el vehículo de Cabal se detuvo frente a la oficina del proyecto de viviendas. Los coches y peatones le daban un amplio margen, como si los residentes supieran quién estaba dentro del vehículo.

A quince metros de mí, a mi izquierda. Dos siluetas en el frente. No puedo distinguir quiénes son.

La puerta del pasajero se abrió mientras observaba por el rabillo del ojo, y un hombre saltó fuera. Rodeó el Hummer, pateó sus neumáticos, le dijo algo al conductor y volvió a subir.

Ese parecía Ferranto.

Cutter aplastó la bolsa de papel y se lamió los dedos mientras se enderezaba. Se limpió las manos en la chaqueta y tarareó sin melodía mientras se arrastraba por la acera hacia el Hummer.

Sintió las miradas del conductor y el pasajero escanearlo mientras se acercaba.

Ese es Cabal en el frente, Arnal está al volante.

El traficante hizo un comentario, ante el cual su hombre se rio. Ninguno parecía sentirse amenazado por el hombre que se aproximaba.

Cutter se sentía suelto y listo mientras se acercaba. Cuatro hombres dentro del vehículo, todos probablemente armados. *Pero están dentro, están encerrados*. Perdió el equilibrio cuando estaba junto a la ventanilla de Cabal, que estaba oscurecida, y se estrelló contra el Hummer.

Retrocedió y levantó las manos para mostrar que era inofensivo y mostró sus dientes ennegrecidos en una sonrisa. Silbó mientras hacía alarde de examinar el vehículo y golpeó la ventana.

Sin respuesta.

La golpeó con el puño.

El cristal bajó revelando a un Cabal ceñudo.

—¿Qué quieres...?

Cutter sacó su Glock y le estrelló el cañón en la boca. Lo golpeó en la garganta con la mano izquierda, se inclinó hacia dentro y le disparó a Arnal en el costado, apuntó su arma a los hombres en la parte trasera, que estaban reaccionando, bajando las manos hacia las armas a sus pies. Sus disparos uno-dos en sus pechos y piernas los dejaron inmóviles.

Revisó sus alrededores mientras sacaba bridas de sus bolsillos y esposaba las muñecas de Cabal. El traficante aún estaba aturdido y ofreció poca resistencia, pero Cutter no se arriesgó. Le golpeó la sien con la pistola y lo dejó inconsciente, luego aseguró sus piernas también.

Desbloqueó la puerta del pasajero con cautela, pero Ferranto y Noboa no atacaron. Había colocado sus disparos deliberadamente, disparando alto en el pecho izquierdo y en los muslos, y

parecía que sus balas les habían quitado las ganas de pelear. Los aseguró también y fue al lado del conductor, donde trató a Arnal de manera similar.

Gruñó con esfuerzo mientras empujaba al conductor entre los asientos hacia atrás y subió, detrás del volante.

Activó el intermitente para indicar que iba a salir, revisó su espejo y se deslizó detrás de un coche que pasaba por la avenida Compton. Habían transcurrido poco más de cinco minutos desde que había golpeado la ventana.

Nadie escuchó mis disparos por encima de la música. Incluso si lo hicieron, la gente se ocupa de sus asuntos en un vecindario como este.

Bajó el volumen de la radio y cambió a un canal de noticias mientras conducía hacia el suroeste.

El traficante de armas volvió a la consciencia cuando entró en Redondo. Gimió y giró la cabeza. Se sobresaltó cuando se dio cuenta de quién era el conductor.

—¿QUIÉN ERES TÚ? ¿DÓNDE ESTÁ ARNAL? —gritó e intentó liberarse. Maldijo y juró cuando descubrió que sus muñecas no solo estaban atadas entre sí, sino también pegadas a su asiento.

—Mira detrás de ti.

Torció el cuerpo y se puso rígido cuando vio a sus hombres tirados en la parte trasera, desplomados y sangrando en los asientos, gimiendo suavemente.

—¿Quién te envió? —siseó Cabal—. ¿Qué pandilla? He entregado todas las armas...

—No estoy con ninguna pandilla.

—¿Quién eres, entonces? —El traficante no mostró miedo—. ¿Quieres hacerte cargo de mi negocio? ¿A dónde nos llevas?

Cutter condujo hasta un acantilado remoto con vista a Redondo Beach y estacionó bajo el cielo nocturno. Apagó las luces del Hummer, luego revisó a los hombres en la parte trasera y descubrió que habían perdido el conocimiento. Examinó sus heridas, que no le parecieron potencialmente mortales.

Fue hacia Cabal y cortó la cinta, liberando sus muñecas del asiento. Esquivó el cabezazo del hombre, lo agarró por el cuello y lo sacó del vehículo.

—¿Quieres atacarme? Espera un minuto, tendrás tu oportunidad. —Cortó las ataduras que sujetaban las manos y piernas del hombre y retrocedió cuando Cabal se lanzó hacia él con un gruñido de rabia.

El grito del traficante se convirtió en un gemido de agonía cuando Cutter lo golpeó en el estómago y lo siguió con un golpe en la garganta.

—¿Quién... eres... tú...? —jadeó Cabal mientras luchaba por respirar—. ¿Qué... quieres...?

—Cesar del Street Front te vendió dos AR-15 el año pasado. ¿Qué pasó con ellas?

—No conozco a ningún... —comenzó a decir el traficante automáticamente y gritó cuando Cutter le tiró salvajemente de la oreja.

—Puedo cortarte en pedazos y dejarte morir aquí —le dijo al traficante sin emoción. No sentía lástima ni remordimiento por el criminal. *Su negocio resulta en cientos de muertes cada año.*

—¿Por qué quieres saberlo? —jadeó Cabal cuando recuperó el aliento.

—Respuesta equivocada —le dijo Cutter fríamente y lo hizo tropezar cuando el traficante se lanzó hacia él con un grito de ira. Lo levantó y cerró el puño para darle un golpe.

—¡No las tengo! —gritó el traficante.

No está negando que las compró.

—¿Qué hiciste con ellos?

El traficante se irguió de repente y le dio un cabezazo con un gruñido. Golpeó furiosamente cuando Cutter perdió el equilibrio al retroceder, y aterrizó sobre su pecho con una sonrisa feroz.

—¿Creías... —El traficante lo golpeó—. Que... —Golpeó de nuevo—. Sería tan fácil?

Cutter levantó las manos para desviar el siguiente golpe, seguido de un movimiento borroso que aplicó una llave al puño entrante del traficante y le rompió la muñeca salvajemente.

El grito de Cabal se perdió en la inmensidad del acantilado.

Tengo que terminar esto rápido, antes de que llamemos la atención.

Clavó sus nudillos en el esternón del traficante, un golpe que le sacó el aire. Lo empujó al suelo, sacó su cuchillo y lo enterró profundamente en su carne, justo debajo del hombro derecho.

Cabal gritó y se retorció.

Cutter lo apuñaló en el muslo y lo miró fríamente.

—Te hice una pregunta. ¿Qué hiciste con esos rifles?

El traficante se encogió cuando hizo un movimiento amenazante. Levantó las manos débilmente.

—Los vendí —sollozó.

—¿A quién?

—A los Hermanos Armenios.

Cutter pensó que había oído mal.

—¿Armenian Bros? —repitió.

—Sí. Buscaban AR-15. Les vendí estos dos, junto con varios más.

—Estás mintiendo —Se dejó caer de rodillas y levantó el cuchillo.

—¡NO! MANTENGO REGISTROS. PUEDO MOSTRÁRTELOS. CADA ARMA, CADA INTERCAMBIO, LO ANOTO TODO.

—¿Cómo recuerdas esta venta en particular?

—Por quién las vendió y quién las compró.

—¿Quiénes fueron?

—Cesar, de Street Front. Era la primera vez que vendía. Normalmente es Fuse quien viene con otros pandilleros. Enviaron a Cesar para este trato.

—¿Cómo sabías que era él?

Cabal logró lanzarle una mirada de desprecio a pesar de su agonía. —Llamé a Fuse y lo verifiqué. No hago negocios con extraños.

—¿Quién las compró?

—Zohrab, él es...

—Sé quién es.

Cutter sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago mientras consideraba la confesión del traficante. Armenian Bros. *Ellos tenían las armas todo el tiempo.*

—¿Sabes si todavía las tienen?

—¿Cómo voy a saberlo? —El traficante acunó su muñeca rota—. No me las han vuelto a vender.

—¿Dónde guardas tus registros?

Cabal giró la cabeza para mirarlo. Se lamió los labios cuando vio el cuchillo manchado de sangre en la mano de Cutter.

—Puedo hacerte más agujeros.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Yo hago las preguntas. Tú respondes. Así es como se juega esto.

—¡Espera! —se arrastró hacia atrás en el suelo cuando su atacante se cernió sobre él—. Está en el Hummer. Debajo de mi asiento. Una libreta.

—¿La guardas ahí? ¿En el vehículo? —Cutter le preguntó, asombrado. Fue al vehículo y abrió la puerta. Levantó el asiento delantero, y allí estaba, un libro desgastado y muy manoseado, lleno de páginas de escritura a mano.

—Es el lugar más seguro —gimió suavemente el traficante—. Está protegido... es donde paso la mayor parte de mi tiempo.

—Muéstrame la página —ordenó Cutter. El criminal tomó la libreta con dedos temblorosos, hojeó las páginas hasta que llegó a una fechada el año anterior.

—Esa es.

—Solo la fecha tiene sentido para mí.

—Escribo en código. ¿Qué esperabas? —La respuesta enérgica de Cabal se desvaneció en un gemido cuando tocó cuidadosamente su muslo.

—Tradúcemelo.

—Reemplaza cada letra con la correspondiente, al revés en el alfabeto.

Cutter le arrebató los registros y pasó su dedo por la lista de entradas. —¿*Z* en lugar de *A*, *Y* por *B*?

—Sí —El criminal encogió su cuerpo y se meció en el suelo.

—Eso no es muy difícil de descifrar.

—Vendo armas —jadeó Cabal—. No soy un cripto... como se llamen. ¿No vas a llevarnos a un hospital? Moriremos aquí.

—No sería una gran pérdida para el mundo si eso sucede —Gruñó suavemente cuando encontró la venta. Diez AR-15 por dos mil dólares cada una, ocho nuevas, dos usadas, estas últimas siendo las armas de Street Front.

—Ese es un buen precio —Levantó las cejas—. *Esas se venden por alrededor de mil dólares en la calle*.

—Mis armas son imposibles de rastrear. Soy de confianza. No delato a mis clientes —Cabal levantó la cabeza para responder con orgullo—. Las pandillas pagan una prima por eso.

—Obtuviste el mismo precio por las armas de Street Front también, aunque estaban usadas.

El traficante dudó y se humedeció los labios cuando Cutter lo taladró con la mirada. —Zohrab quería diez armas; yo solo tenía ocho nuevas en existencia. Le dije que tenía dos usadas. Quiso saber quién las había tenido antes. Normalmente no les digo a mis clientes dónde he comprado mis armas, pero los armenios me compran mucho. Se interesó cuando se lo dije. Hizo una llamada y dijo que las compraría también. Las vendí al mismo precio. Es cuestión de demanda.

—¿Sabes a quién llamó?

—No. Habló en su idioma.

—Estás mintiendo —Cutter le dio una patada en el muslo—. Nadie recuerda ese tipo de detalles después de tanto tiempo.

El grito de Cabal perforó la noche y se apagó en un gemido sollozante. —No lo estoy —pronunció con labios temblorosos—. Tengo buena memoria... y... te lo dije. Esta venta se destacó.

¿Puedo creerle?

Sí. Está en su voz y sus ojos. Está diciendo la verdad.

Limpió su cuchillo en la ropa del traficante y lo enfundó. Fue al Hummer y revisó a los otros hombres. Estaban vivos, pero aún inconscientes.

No puedo dejarlos aquí. Una vez que Cabal se recupere, recordará que fue Cesar quien organizó la reunión. Expondrá al pandillero.

—Necesito ayuda —Se alejó del traficante, caminó varios pasos hacia el borde del acantilado y sacó su teléfono.

—Dinos —Beth respondió su llamada—. Estás en altavoz.

—Tengo cuatro cuerpos. Vivos, pero heridos. Tres de ellos tienen heridas de bala en el pecho...

—¿Qué tan graves? —le preguntó Meghan.

—Lado derecho, en el pecho. Las balas no parecen haber dañado nada vital. Su respiración es fuerte. También tienen heridas en las piernas. El cuarto hombre tiene una muñeca rota, cortes de cuchillo en el cuerpo.

—¿Quiénes son?

Ese es Zeb. —Tomas Cabal, un traficante de armas, y sus hombres.

—¿Quieres que los recojan y los retengan?

—Sí —admitió Cutter—. Estoy en un aprieto. No sé qué hacer con ellos.

—¿Dónde estás?

—En un acantilado en Redondo —leyó las coordenadas de ubicación.

—Deja a los hombres allí —ordenó Beth—. Nos encargaremos de que los recojan.

—¿Cómo? —argumentó él—. Ustedes están en Nueva York.

—Quiere saber cómo trabajamos —anunció Meghan con sarcasmo—. Como si fuéramos a decírselo. Cutter, si quieres nuestra ayuda, haz lo que te decimos. ¡Vete ya! Esos tipos serán recogidos en media hora, o incluso menos. ¿Seguirán vivos para entonces, verdad?

—Haremos que los recojan incluso si no lo están —dijo su hermana con frialdad.

—No pueden verte, no puedes estar cerca cuando llegue la ayuda —le dijo Zeb con firmeza —. ¿Tienes transporte?

—Sí, usaré el de Cabal. Me desharé de él cuando regrese a la ciudad.

No pidieron detalles, no me rechazaron. Deben tener una red en todo el país, gente que puede hacer este tipo de trabajo con muy poco aviso.

—¿Cómo puedo agradecerles?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Beth con una sonrisa en la voz.

Volvió con Cabal cuando terminó la llamada y le ató las piernas y las manos con bridas de plástico. El traficante gritó cuando la atadura le cortó la muñeca herida y maldijo a su atacante.

Cutter fue al vehículo, arrastró a los guardias uno por uno y los tiró junto a su jefe. Los examinó críticamente y decidió que los hombres sobrevivirían media hora. Les tapó las bocas con cinta adhesiva, registró sus cuerpos y se guardó sus carteras y teléfonos.

Buscó en el vehículo y encontró una manta, con la que los cubrió.

—Alguien vendrá por ustedes —le dijo a Cabal—. Tratarán sus heridas y los retendrán.

—¿Retenernos? —gritó el traficante—. Te mataré...

—Intenta mantenerte vivo hasta que lleguen.

Se subió al Hummer y se alejó sin mirar atrás. Bajó la ventanilla cuando llegó al bulevar Torrance y dejó que el viento le despejara la mente.

Condujo automáticamente, prestando poca atención al tráfico, con un solo pensamiento en mente.

Panig Janikyan me engañó.

74

Zeb y su equipo llegaron al acantilado en dos SUV en poco más de media hora.

Saltó de su vehículo y divisó inmediatamente la masa de cuerpos bajo el resplandor de los faros.

Cutter eligió un buen lugar para el interrogatorio. Nadie viene aquí, ya que el terreno es rocoso.

—¿Qué tipo de vehículo tiene Cabal?

—Un Hummer —Beth adivinó sus pensamientos—. Puede llegar hasta aquí.

—Ajá —gruñó mientras quitaba la manta que cubría a los hombres. Inspeccionó las heridas de los pandilleros y asintió para sí mismo. No eran graves, pero necesitaban atención.

Bear se inclinó sobre Cabal y le arrancó la cinta de la boca, quien gritó de rabia.

—¿¡QUIÉNES SON USTEDES!?

Bwana se unió a ellos, alto, oscuro, con un rostro todo ángulos y aristas.

—¿Qué quería?

—¿¡QUE QUERÍA QUIÉN!? ¿¡QUIÉNES SON USTEDES!?

—El hombre que les hizo esto. ¿Qué buscaba?

—¿Y a ti qué te importa? —bramó Cabal—. Dijo que alguien nos llevaría a un hospital. ¿Son ustedes?

—Lo haremos —prometió Bwana solemnemente—, tan pronto como nos lo digas.

—¿No ven que nos estamos muriendo?

—Seguro que lo harán si no cantan.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Nosotros? —Bwana se rio sin humor—. Ese tipo que les hizo esto... nosotros somos diez veces peores que él.

—Janikyan tendió una trampa a Cutter —dijo Meghan en voz baja mientras conducía el SUV principal de vuelta a la ciudad.

—Sí. —Zeb miraba por la ventana, al tráfico que pasaba y los carteles luminosos, aunque nada de eso registraba. Estaba pensando en su amigo, que estaba ahí fuera, solo, buscado.

—Irá tras los armenios. Son más grandes, más despiadados que el Street Front —intervino Beth desde atrás.

—Lo sé.

—Tenemos que ayudarlo.

—Lo haremos —prometió—. Pero aún no. Dejemos que complete su investigación.

—Puede que no tenga tiempo de su lado. ¿Has olvidado que los policías y los pandilleros de Covarra lo están cazando?

—Cutter Grogan es un superviviente —dijo Zeb con confianza—. El LAPD, todos esos matones, tienen una idea equivocada sobre él. Creen que lo tienen acorralado en esta ciudad. No saben que es entonces cuando es más peligroso.

—Cuéntame sobre el hospital —exigió Covarra cuando Salazar entró en la sala de estar.

—Hice que algunos de nuestros hombres lo investigaran —respondió su segundo al mando—. Lasko está en el quinto piso, en una habitación de cuidados intensivos. Hay dos policías fuera, en el pasillo, por turnos. —Encontró un trozo de papel y dibujó en él con un bolígrafo—. Dos policías aquí, donde se abren los ascensores. —Hizo una cruz en el carril que marcaba el pasillo—. Están a unos treinta metros. La habitación de Lasko está al final del pasillo. Ventanas en la pared que dan al estacionamiento.

—¿Solo cuatro hombres en ese piso?

—Cuatro son suficientes, Serpiente. Todos están armados. Nuestros hombres dicen que están alerta.

—Debe haber escaleras también, y un ascensor de servicio.

—Las escaleras están al lado de los ascensores principales. El de servicio está al final del pasillo. —Hizo otra cruz para indicarlo—. ¿Qué estás pensando?

—¿Qué hay de los policías en la planta baja?

—Sí, cinco de ellos en el vestíbulo. Dos patrullas afuera.

—¿Están comprobando identidades?

—Lo estaban haciendo en el piso de Lasko la primera noche, pero los médicos protestaron. Dijeron que estaba retrasando todo el piso, el personal quirúrgico y las operaciones. Dejaron de hacerlo después de eso.

—¿Puertas de acceso?

—Esas están controladas por las tarjetas que tiene el personal. Las que llevan alrededor del cuello.

—Envía a dos de nuestros mejores tiradores. No envíes más. Llamarán la atención. Consígueles pases. Mata a dos enfermeras si es necesario. Ese hospital es grande. Tendrá su propia seguridad, pero está tan ocupado que nadie comprobará la tarjeta y la comparará con la cara.

—¿Cómo saldrán, Serpiente? En el momento en que haya disparos, todo el hospital estará en alerta.

—Un coche de huida en el estacionamiento. Lleno de nuestros hombres.

—Sí, pero ¿cómo bajarán?

—Saldrán por esa ventana en el pasillo. Apuesto a que habrá tuberías por las que bajar.

—Jefe, nuestros hombres no son del tipo de fuerzas especiales...

Covarra le agarró el hombro y apretó ligeramente.

—Matar a Lasko es importante —dijo en voz baja—. No importa si nuestros hombres mueren.

—Los policías sabrán que son nuestros hombres.

—Sí. —Los ojos de Covarra ardían—. Quiero que lo sepan. Quiero que Grogan lo sepa, dondequiera que se esté escondiendo.

—La policía de Los Ángeles se preguntará por qué matamos al policía.

—Que lo hagan. Con Lasko muerto, no habrá testigos de lo que pasó.

—¿Nuestros mejores tiradores, jefe? Esos son Munoz y Rodrigo. ¿Quieres sacrificarlos?

—Son inteligentes, escaparán. Y si no lo hacen —Covarra se encogió de hombros—, tenemos otros hombres que son igual de buenos. Recibimos nuevos reclutas todos los días.

—Hazlo esta noche —ordenó y despidió a su segundo con un movimiento de dedos.

EL TELÉFONO DE CUTTER VIBRÓ CUANDO ESTABA EN LA DUCHA. CERRÓ EL AGUA E INCLINÓ LA cabeza. Sí, ese era su dispositivo vibrando sobre la mesa. Se secó apresuradamente, fue a la sala de estar y comprobó el número.

—¿Cesar? —preguntó con cautela mientras miraba por la ventana de la habitación del motel de Laguna Beach que había alquilado la noche anterior.

—He oído rumores —susurró el pandillero—. Tienes que ir al hospital esta noche.

—¿Qué hospital? —*¿Está hablando de Cabal y sus hombres? No, no puede ser. Beth dijo que recogería a esos hombres anoche*.

—Donde está Lasko —siseó Cesar enojado.

—¿Por qué? —se enderezó bruscamente—. ¿Qué va a pasar?

—La Serpiente ha ordenado un ataque. Ocurrirá esta noche.

—¿Estás seguro? —Cutter se quedó helado.

—Claro que sí, *ese,* ¿por qué te llamaría si no? —exclamó el sicario irritado—. Munoz y Rodrigo son los tiradores. Son buenos, muy buenos. Yo y otros pandilleros estaremos en el estacionamiento, para sacarlos después del golpe.

—¿Cómo entrarán en el hospital?

—No lo sé. Lo están planeando ellos mismos. Fuse nos dijo que estuviéramos en el coche de escape.

—¿A qué hora estarán allí?

—Dijo que estuviéramos allí a las nueve de la noche.

CUTTER SE VISTIÓ MIENTRAS SUS PENSAMIENTOS CORRÍAN. ALARGÓ LA MANO HACIA SU TELÉFONO para enviar un mensaje de advertencia a Difiore. *¿Qué pasa con el informante de Covarra en la policía de Los Ángeles?*

Sus dedos se detuvieron. *Ella y Quindica se lo dirán a Dade; el soplón lo sabrá pronto. Eso podría hacer que Covarra actuara antes.*

No, no podía correr el riesgo.

¿Cómo podía detener el ataque, sin embargo? Estaba solo, y todos los policías lo estarían buscando.

Tendré que intentarlo.

Dejó su misión personal en segundo plano mientras se aplicaba el disfraz. Había dormido

bien y su cuerpo estaba casi de vuelta a su forma física máxima. Janikyan... sus ojos se estrecharon al recordar las revelaciones de Cabal la noche anterior. *Él no va a ir a ninguna parte*, decidió. *Lasko es lo primero*.

ERA MEDIODÍA CUANDO LLEVÓ EL LAND CRUISER A BOYLE HEIGHTS. LA ELECCIÓN ENTRE EL taxi de Limon y el SUV había sido fácil de hacer. *Chuck ha blindado este. Necesitaré su protección en caso de que tenga que hacer una huida rápida con los policías disparándome.*

No solo los policías. Sonrió sardónicamente. *Street Front, también*.

El hospital estaba en la avenida Chávez y ocupaba una manzana entera. Paredes de color marrón y crema, un pequeño estacionamiento en el frente y uno más grande en la parte trasera.

Estacionó su vehículo en la parte de atrás y ayudó a una pareja a bajar a su familiar anciano de la furgoneta. Los acompañó, haciendo charla trivial, aparentando ser parte de la familia.

Se alejó cuando entraron al vestíbulo y se dirigió a la máquina de café. Se sirvió una bebida, se paró en un rincón y observó todo.

Suelo de mármol, techo alto, amplia zona de asientos, mostrador de recepción concurrido, donde el personal uniformado dirigía a visitantes y pacientes. Divisó cinco policías, tres de ellos alerta, vigilantes, mientras que los otros dos estaban recostados en los sofás, revisando sus teléfonos.

Los mantuvo vigilados, pero ninguno de los oficiales se movió de sus posiciones. *Son el perímetro; habrá más en todo el edificio y en el piso de Lasko.*

Su atención se dirigió a un televisor montado en la pared donde se estaba transmitiendo un boletín de noticias. Su fotografía apareció brevemente mientras un periodista explicaba por qué lo buscaban.

Cutter puso una expresión de desinterés, brevemente. No se parecía en nada a su verdadero yo y no había atraído la atención de los oficiales en el vestíbulo.

Tiró su vaso de café a un bote de basura y se fue por el pasillo detrás de un empleado de limpieza.

—Amigo —le tocó el hombro al hombre y bajó la voz en tono conspirativo—. ¿Aquí es donde está ese policía? ¿Lasko?

—Sí —dijo el empleado con cansancio—, quinto piso. Es solo un policía, ¿sabes? No un actor de Hollywood.

—Gracias, amigo —Cutter le dio una gran sonrisa—. Acabas de hacerme ganar diez dólares. Tenía una apuesta con mi amigo.

Observó al empleado irse por el pasillo y atravesar una puerta. Regresó al vestíbulo y observó los ascensores. *Necesitaré una tarjeta de acceso... ¿qué hay de las escaleras?*

Estaban detrás de unas grandes puertas dobles que se abrían automáticamente cuando se acercaba. Subió rápidamente, manteniendo la cabeza baja, y en el quinto piso sacó su teléfono y habló con un interlocutor imaginario.

—Hermana —dijo en voz alta mientras entraba al pasillo—. La operación salió bien. Mamá está en su habitación ahora... sí, cuidados intensivos. Me quedaré todo el día. ¿Vendrás en la noche? —Pasó junto a dos policías, consciente de que lo estaban evaluando, y se dirigió al dispensador de agua—. Sí, trae esas galletas. No creo que pueda comer, pero seguro que puede olerlas.

Se sirvió un vaso y bebió profundamente. Bostezó y se estiró mientras se daba la vuelta y observaba todo el pasillo.

Habitaciones a cada lado. Sillas para visitantes. Los dos policías que lo habían observado, a cierta distancia, frente a los ascensores, junto a los cuales estaban las escaleras. Doctores y enfermeras apurados, asistentes llevando tanques de oxígeno y equipos a varias habitaciones.

Pasó más habitaciones, una máquina de café y un dispensador de aperitivos, luego divisó a dos oficiales más recostados contra la pared, fuera de una habitación.

Cutter revisó su teléfono mientras se acercaba a ellos, resopló y se rió como si hubiera leído un chiste.

—¿Señor? —Uno de ellos le bloqueó el paso.

—¿Sí?

—¿Es usted un paciente? ¿Está visitando a alguien?

—Mi madre está en una habitación por allá —Señaló con la cabeza hacia el pasillo—. Solo estoy estirando las piernas. ¿Pasa algo? —preguntó con curiosidad.

—No puede avanzar más, señor. Seguridad. Por favor, regrese.

—¿Algún VIP en esa habitación? ¿Quién es?

—Señor —El oficial usó su voz de mando—. Por favor, retírese.

Cutter les dio una mirada malhumorada y se dio la vuelta. Ocupó una silla vacía y jugó distraídamente con su teléfono mientras montaba guardia. Vio a Munoz y Rodrigo cuando llegaron por los ascensores y fueron a la máquina de café, pero nada en ellos activó sus alertas.

—¿Los ves? —Rodrigo apenas movió los labios mientras la máquina llenaba su vaso.

—Sí —Munoz asintió en agradecimiento mientras tomaba la bebida—. Dos policías justo detrás de nosotros, dos más al final del pasillo.

—Ahí es donde está Lasko.

Fingieron reírse de un chiste y se acercaron tanto como pudieron a la habitación del oficial herido. Se pararon frente a un tablón de anuncios montado en la pared y leyeron los carteles y folletos clavados en él.

—Cámaras, policías, ¿cómo vamos a hacer esto, *ese*? —susurró Rodrigo.

—Tendremos que dispararles a ellos y a Lasko. No hay otra manera. Bajar por las escaleras y unirnos a la multitud que salga corriendo de aquí. Esto es malo. Para nosotros. Snake y Fuse no nos están dando suficiente tiempo para planear.

—Todo es arriesgado. Viste a los policías en el vestíbulo. Vendrán corriendo al primer sonido de disparos.

—A Snake y Fuse no les importa, ¿verdad? —dijo Munoz con amargura. Tomó un respiro profundo y enderezó los hombros—. Puede que no salgamos vivos de esta.

—*Ese* —Rodrigo se rió sin humor—. Nos ganamos la vida matando gente. Somos pandilleros. ¿De verdad pensaste que vivirías una vida larga?

—Entonces, ¿tenemos un plan?

—Sí. Disparar a los policías y a Lasko. Bajar por las escaleras y, con suerte, llegar al vehículo de escape.

—Sería mejor si estuviéramos disfrazados de médicos.

—Matemos a dos de ellos, tomemos sus batas e identificaciones.

Cutter observó a los hombres en el tablón y los evaluó automáticamente. *Parecen ser buenos amigos.* Esperó y observó, se volvió parte del mobiliario, sin atraer ninguna atención.

El cambio de turno ocurrió a las cuatro de la tarde. Las puertas del ascensor se abrieron y dos oficiales reemplazaron a los policías del pasillo, después de una breve conversación. Otros dos oficiales uniformados se hicieron cargo de la vigilancia de Lasko.

Cutter vio a uno de ellos asentir con la cabeza en su dirección. *Les está contando a los recién llegados sobre mí.*

Se puso de pie después de media hora y fingió hacer una mueca como si le dolieran las rodillas por estar sentado tanto tiempo. Cualquier cosa para dar la impresión de que no era una amenaza.

Bajó por las escaleras mientras pensaba en la situación. *Ese pasillo tiene solo dos salidas, los ascensores y las escaleras. Ambas pueden ser bloqueadas fácilmente.*

No había una manera fácil de atacar a Lasko y escapar. No a menos que los tiradores estuvieran preparados para morir.

Los pandilleros no son asesinos suicidas, pensó. *Disparar indiscriminadamente y escapar. Eso es lo que podrían hacer.*

¿Cómo escapo si los detengo?

Lo captarían las cámaras y los disparos alertarían a todo el hospital. *No, no puedo bajar por los ascensores ni por las escaleras.*

Salió al vestíbulo y luego al exterior, donde vio a los dos hombres que se dirigían a su vehículo. No les prestó atención mientras rodeaba el edificio y se dirigía a un lateral, donde había más aparcamiento. Entrecerró los ojos y contó las ventanas. *Esa quinta, ahí está la habitación de Lasko*. Podría salir rompiendo el cristal, pero no había tuberías ni ningún soporte por el que pudiera descender. Sin embargo, había cornisas en la parte inferior de cada ventana.

Sus ojos se detuvieron en ellas y asintió para sí mismo.

Esa sería su ruta de escape.

76

Cutter regresó a las seis de la tarde. Llevaba una armadura sobre el pecho, una camisa suelta, una chaqueta encima y varios cargadores de repuesto en los bolsillos de sus pantalones cargo.

Saludó con un gesto a los policías del ascensor y se dirigió a una habitación sin visitas. Saludó con la mano a la paciente a través de la ventana y sonrió ampliamente. —Estaré aquí toda la noche —le dijo a la anciana, que sonrió con incertidumbre mientras intentaba ubicarlo.

Ocupó una silla, sacó su teléfono y le informó a su hermana inexistente que había regresado con su comida para llevar.

Los policías de la habitación estaban a unos treinta metros a su derecha. El ascensor y las escaleras estaban a las diez en punto. No había señales de pandilleros. Nada en el piso indicaba que un ataque fuera inminente.

Dos enfermeras salieron de la habitación de Lasko después de un rato, empujando un carrito con equipos y medicamentos.

—Sí, a mí también me hizo eso.

Las orejas de Cutter se aguzaron.

—Me agarró la mano. No creo que me viera. Sus ojos tenían esa mirada salvaje, ¿sabes? *Él no vino*. Eso fue lo que dijo. Se lo conté a Choudhary.

—A mí también me hizo lo mismo —asintió la otra enfermera—. Es una lástima que haya tenido una recaída. El doctor dijo que no se lo iba a contar a la policía. Todavía no. Cree que se amontonarán a su alrededor y lo harán hablar. Eso no sería bueno en su condición actual.

¿Lasko habló? ¿Cómo? ¿No estaba intubado?

Siguió a las enfermeras hasta el ascensor de servicio, pero no obtuvo nada más de ellas. Revisó las noticias en su teléfono. No había cambios en la condición del policía.

Debe haberse recuperado brevemente. Esa enfermera dijo que había vuelto a estar en estado crítico.

Regresó a su asiento y pensó en las palabras de Lasko. No tenían ningún sentido para él. *No tienen por qué tenerlo. La gente dice cosas cuando está en ese estado.*

Leyó varios artículos de noticias para ver si había alguna mención de la familia de Lasko. No encontró ninguna referencia.

Le envió un mensaje de texto a Beth.

¿Lasko tiene padres? ¿Hermanos?

Sin respuesta.

Ella o Meghan suelen responder rápido. Se encogió de hombros. *No estaban ahí para*

cumplir sus órdenes.

—*Ese* —llamó Cesar a las ocho de la noche—. Estamos aquí.

—¿Dónde?

—En el estacionamiento de atrás.

—¿Qué hay de los tiradores?

—No sé dónde están. Dijeron que deberíamos estar listos para actuar tan pronto como aparezcan.

—¿Estás solo?

—No, *ese* —susurró el pandillero—, hay muchos en mi coche. Todos estamos armados. ¿Alertaste a los policías?

—¿Cómo podría? Soy un criminal a sus ojos. ¿Cómo son Munoz y Rodrigo? ¿Estarán disfrazados?

—Tengo que irme —dijo Cesar apresuradamente—, alguien me está llamando.

UN DOCTOR DE BATA BLANCA LLEGÓ A LAS OCHO Y MEDIA DE LA NOCHE CON LAS MISMAS DOS enfermeras. Habló brevemente con los policías de la habitación y entró en la unidad de cuidados de Lasko.

Salió quince minutos después y negó con la cabeza a los oficiales.

¿Eso qué significa, sin cambios? Parece asiático. Podría ser Choudhary, del que hablaban las enfermeras.

El equipo médico pasó junto a él, hablando demasiado bajo para que pudiera escuchar, y entró en el ascensor.

Cutter se puso de pie y caminó hasta el final del pasillo. Saludó con un gesto a los policías del ascensor y al paciente, y a su regreso, las puertas del ascensor se abrieron y dos doctores entraron en el corredor dándole la espalda.

Se acercó al dispensador de agua y bebió. Miró casualmente a su derecha, donde estaban los policías de la habitación, hacia donde se dirigían los médicos.

Eso es extraño. Lasko acaba de tener un examen médico.

Lanzó su vaso a ciegas hacia el bote de basura. Dio dos pasos hacia adelante cuando uno de los hombres con bata miró al otro y se rio, dándole a Cutter una vista de perfil.

¡Son ellos! Los hombres del tablón de anuncios.

Tienen que ser Munoz y Rodrigo.

77

Cutter se puso alerta mientras su mano derecha se deslizaba hacia su pecho, lista para un desenfunde rápido.

Los policías de la habitación se enderezaron y encararon a los médicos que se acercaban.

Sus manos... Solo puedo ver las izquierdas. Están ocultando algo en la derecha, bajo sus abrigos.

Algo oscuro y metálico brilló en la mano del hombre de la derecha.

¡Eso parece una pistola!

—¡EH! —gritó, con la mano cerca de su Glock. Tenía que estar seguro de que los hombres estaban armados.

El Matón de la Izquierda disparó a los policías sin mirarlo. El Matón de la Derecha giró sobre sus pies para enfrentarlo.

Cutter lo captó al instante. Un hombre de aspecto hispano, ojos fríos y oscuros, un arma de culata plegable en la mano que se estaba alzando.

Se lanzó al suelo mientras su Glock salía en un desenfunde suave. Aterrizó en el duro suelo justo cuando las balas quemaron el aire sobre su cabeza. El Hombre de la Derecha no reaccionó ante los disparos fallidos. Empezó a corregir su puntería mientras los gritos estallaban en el pasillo y la gente huía en busca de refugio.

Cutter oyó gritos y gemidos detrás de él, pero no podía arriesgarse a mirar atrás. Se tomó su tiempo para apuntar. Ojo a la mira Trijicon que enmarcaba al Matón de la Derecha. Disparó tres veces y supo que eran buenos tiros por la forma en que el tirador se sacudió y rodó desesperadamente buscando cobertura detrás de la máquina expendedora de agua, mientras el Matón de la Izquierda se giraba.

Ignoró los sonidos de pánico y los gemidos de los heridos mientras el tirador superviviente enviaba una ráfaga de disparos en su dirección que golpearon su cobertura protectora y la pared. Algunos rebotaron en el suelo.

Vendrá disparando. Mi cobertura no es lo suficientemente grande.

Lo cronometró en su mente. Sintió el suelo temblar cuando el tirador empezó a correr. Ignoró los trozos de baldosa, plástico y hormigón que volaban por el impacto de las balas. Se metió la Glock entre los dientes, se enderezó para agarrar el bidón de agua, lo arrancó con un tirón salvaje y, agachándose, lo lanzó a ciegas en dirección al matón que se acercaba.

El Matón de la Izquierda en su campo de visión, furia y alarma sorprendida en su rostro mientras se agachaba para esquivar el contenedor de agua volador. El tirador siguió disparando

salvajemente mientras Cutter se agachaba en el pasillo. Algo le golpeó en el pecho y lo hizo retroceder un paso tambaleándose. Una bala le pasó rozando la mejilla, pero mantuvo su posición, levantó su Glock y vació el cargador contra el Matón de la Derecha.

Cutter recargó rápidamente su Glock mientras avanzaba cautelosamente en cuclillas y pateó el arma del tirador, un HK416, apartándola. El matón estaba vivo. Le disparó en las piernas y los hombros para inmovilizarlo y se apresuró hacia el Matón de la Derecha.

Está muerto. ¿Qué pasa con los policías?

Se inclinó sobre ellos, sintió que uno de ellos se movía, justo cuando le llegaron gritos. Levantó la vista para ver a policías armados irrumpir en el pasillo.

—ALTO. TIRA TU ARMA.

Cutter salió disparado corriendo mientras las armas rugían. Se lanzó contra la ventana al final del pasillo cuando otra bala golpeó su chaleco. El cristal se hizo añicos por el impacto de su cuerpo. Arrojó su Glock a la noche, extendió las manos desesperadamente y gruñó de alivio cuando sus dedos encontraron el saliente y detuvieron su caída.

Se soltó inmediatamente y cayó a la ventana inferior, agarró el alféizar, se tomó una fracción de segundo para recuperar el aliento y repitió su maniobra hasta llegar al suelo.

Buscó su Glock por un momento y luego se rindió. *Tengo repuestos*. Se quitó la chaqueta y se apresuró hacia el fondo del aparcamiento. *Los policías aún no lo han acordonado*. No podía culparlos. *No tienen suficiente información... todo sucedió tan rápido*.

Corrió hacia su Land Cruiser y se subió. Metió su chaqueta debajo del asiento y arrojó su funda de hombro en la parte trasera, encendió el vehículo y se unió a la multitud de coches que escapaban.

—Oí disparos —gritó en pánico a dos policías patrulleros que dirigían los vehículos—. Planeaba visitar a mi hermana, pero... ¿qué pasó? ¿Hay un tirador activo? ¿Está disparando?

—Siga moviéndose, señor —le dijo el policía.

Cutter obedeció la orden y salió del hospital hacia la ciudad. Varios coches patrulla y vehículos de mando lo adelantaron mientras se dirigía a Reseda, y cuando sintonizó un canal de noticias, llegaban los primeros informes del incidente.

—Tiradores activos abrieron fuego en un hospital, hiriendo a varias personas. Al menos cuatro oficiales se encuentran entre los heridos.

¿Esos policías sobrevivieron?

No había comprobado si los policías del ascensor habían recibido algún disparo. No había habido tiempo para eso.

¿Escapó Cesar?

Su teléfono vibró a las once de la noche.

—¿Lograste escapar, ese?

—Sí, ¿y tú?

—No esperamos a Munoz y Rodrigo. Nos fuimos en cuanto empezó el tiroteo.

—¿Qué les pasó?

—¿No has seguido las noticias, ese?

—No —respondió Cutter, cansado.

—Murieron. ¿Cómo sobreviviste a eso? Eran dos de nuestros mejores sicarios. Las noticias dicen que saltaste por la ventana.

Pura suerte.

Recordó el vistazo que había echado a la habitación de cuidados intensivos mientras corría por el pasillo. El detective de la LAPD en su cama, pálido, con tubos y máquinas conectados a él.

—¿Lasko dijo algo sobre su familia? ¿Una novia? ¿Esposa?

—Nunca hablamos de asuntos personales, ese.

Se duchó y sacó otra Glock. La cargó y la puso en la mesita de noche. No sabía si el policía sobreviviría lo suficiente para exculparlo.

No importa, se encogió de hombros. *Tengo preguntas.*

Panig Janikyan tiene las respuestas.

78

Difiore y Quindica escuchaban en silencio mientras Matteo informaba a Dade en el hospital.

Aún estaban en la sede de la policía de Los Ángeles cuando llegaron los informes del tiroteo.

—Once personas heridas —dijo con gravedad el líder del grupo de trabajo—, de las cuales cuatro son nuestros policías.

—¿Qué tan grave? —espetó la jefa.

—Uno, Jeff Muller, está en estado crítico. Recibió disparos en el abdomen y el pecho. Los otros sobrevivirán. Les dispararon en el hombro o las piernas. Estamos registrando el hospital, pero parece que está limpio.

—¿Qué hay del tercer tirador?

—Los primeros informes eran confusos, señora. Parece que estaba disparando *contra* los atacantes.

—¿Quiénes eran de Street Front?

—Sí, señora. Munoz y Rodrigo. Tenemos expedientes extensos sobre ellos.

—¿Por qué estaban allí?

—Es posible que Covarra los enviara, señora. Para matar a Lasko.

—¿Pero por qué?

—No hay forma de saberlo, señora.

—Este tercer tirador...

—Era Cutter Grogan —interrumpió Difiore—. Debe haber descubierto de alguna manera que iban a matar a Lasko.

—¿Grogan? —Matteo se volvió hacia ella asombrado—. Ese hombre no se parecía en nada a él.

—Disfraz. Es un experto en eso. ¿Quién más podría ser? ¿Por qué otro motivo un extraño abriría fuego contra los tiradores de Street Front?

—Podría haber muchas razones —dijo Cruz acaloradamente.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Era Grogan —afirmó ella cuando ninguno de los policías tuvo una respuesta—. ¿Tienen grabaciones de lo que pasó?

—Sí —asintió Matteo.

—Deja que Quindica y yo las revisemos también. Nosotros...

—¡Vance! —Un policía se acercó corriendo, sosteniendo una pistola en una bolsa—.

Encontramos esto debajo de un vehículo en el estacionamiento de ese lado. Donde saltó ese tirador.

Difiore se inclinó para mirar el arma. —Glock —observó—. Esa es el arma preferida de Grogan. Estoy segura de que encontrarán sus huellas cuando la analicen. Debe haberla tirado cuando saltó.

Matteo la miró a ella, luego al arma y después a Dade. —Lo que dije el otro día —comentó, frotándose la barbilla pensativo—, sobre que Grogan tenía algún tipo de trato con Covarra... ¿y si Lasko también estaba involucrado? Eso explicaría por qué los de Street Front querían matarlo. Grogan consiguió alguna...

—Vance —lo interrumpió Dade—. Más evidencias y menos teorías, por favor.

—Sí, señora. —Hizo un gesto a Cruz y Estrada y se los llevó.

—Eso no es cierto —protestó Difiore mientras examinaba el rostro inexpresivo de la jefa.

—Lo sé. —Dade se volvió hacia ella—. Vance tiene una idea equivocada sobre ambos. No encontrará ninguna prueba que lo respalde. Entonces, comenzará a cavar y llegará a las respuestas correctas.

—Señora, ¿cómo supo Cutter que ocurriría el ataque?

—Pregúntaselo cuando llame.

79

Cutter vio el mensaje de Beth cuando estaba revisando las noticias al día siguiente.

Lasko no tiene a nadie. Sus padres murieron jóvenes. No tiene ninguna persona especial en su vida, por lo que podemos ver. Es un solitario.

Se encogió de hombros después de considerarlo por un momento. No podía darle sentido a las palabras del detective. *Podrían no ser significativas.*

La policía de Los Ángeles te sospecha, continuó, *pero no lo han revelado al público. Esos tiradores son Munoz y Rodrigo. Street Front Killers.*

Asintió para sí mismo. Conocía sus identidades.

Encendió la televisión y siguió las noticias por un rato. *Seguridad reforzada en el hospital. Sospecha de tiroteo de pandillas. Un policía en estado grave*.

Hizo una mueca ante eso. *¿Podría haber hecho algo más? ¿Debería haberles disparado por la espalda?*

Podrían haber sido médicos, argumentó consigo mismo. *Tenía que estar seguro.*

Su teléfono vibró como si fuera una señal. Otro mensaje de Beth.

Matteo ha actualizado el expediente del caso. Sospecha que tú, Covarra y Lasko tenían algún tipo de acuerdo. Tráfico de drogas.

Lo leyó con incredulidad y la llamó inmediatamente.

—Sí —respondió ella, como si hubiera estado hablando con él—. Cree que tomaste drogas de Street Front de sus almacenes. Que la reunión en Jesse Street era para cerrar un trato con él. Lasko también estaba sucio. Tuviste algún tipo de desacuerdo con ambos, le disparaste al policía y escapaste.

—¿Eso es lo que piensa Matteo? —preguntó, atónito.

—Parece que su grupo de trabajo está considerando ese ángulo. Tienes que admitir que tiene sentido desde su perspectiva.

—Cualquiera que me conozca...

—Dade te conoce, pero ¿por qué anularía a su mejor detective? Querrá ver pruebas. Por ahora, esto es solo especulación por parte de Matteo.

Tiene sentido. No cambia nada para mí. La policía de Los Ángeles ya me estaba buscando.

—¿Qué hay de Lasko?

—Ha sido disciplinado varias veces. También suspendido. Hay rumores de que es racista. No es el policía más respetable de la ciudad. Podría estar sucio.

¿Y si eso fuera un acto? ¿Para ganarse la confianza de los soplones que estaba desarrollando?

Solo el detective podía responder a sus preguntas, y estaba en el hospital.

—Piensa en el lado positivo —le instó—. Puedes entrar en cualquier pandilla ahora y te aceptarán.

Colgó con esa nota positiva.

Sonrió con pesar, pensó por varios momentos y luego se encogió de hombros.

No había nada que pudiera hacer para limpiarse, aparte de esperar que Lasko se recuperara.

No tiene sentido ir a Difiore y Quindica. Podrían creerme, pero mi palabra no será suficiente.

Tengo que volver a mi misión.

Abrió la aplicación de rastreo GPS y revisó el punto verde en ella. *Zohrab todavía está en Little Armenia.*

Lavó los platos del desayuno y se vistió rápidamente. Llevó su bolsa de gimnasio y la mochila afuera y consideró qué vehículo tomaría. Todavía tenía la Tahoe, el taxi de Limon y el Land Cruiser.

Tomaré el Toyota. Está bien construido y Chuck lo ha reforzado. Es lo suficientemente resistente para lo que estoy planeando.

Cutter condujo hasta Little Armenia y dio vueltas alrededor del callejón de Janikyan en un amplio círculo. Fountain Avenue, Sunset Boulevard, y de vuelta. *¿Dónde debería ubicarme? ¿Importa siquiera?* Discutió consigo mismo. *Mientras Zohrab tenga el parche, puedo seguirlo a cualquier parte.*

Se estacionó detrás de un camión de comida en Serrano Avenue y comenzó la espera. Resultó no ser muy larga.

El punto verde se movió a la hora del almuerzo, y a juzgar por su velocidad, el guardaespaldas estaba en un vehículo.

Se dirige a Hobart. Cutter se metió en un estrecho hueco en el tráfico, saludó disculpándose cuando sonó un claxon enojado, y aceleró a través del tráfico. Condujo rápido, tomó Fountain y giró a la izquierda en Serrano, alternando la mirada entre su teléfono y el tráfico de enfrente.

—¡Ahí! —dijo en voz alta cuando el punto verde resultó ser una Tahoe con ventanas oscurecidas. La siguió mientras se unía a Sunset Boulevard y se dirigía a Hollywood.

Obtuvo confirmación en un semáforo en rojo de que Zohrab no estaba solo. *Puedo distinguir tres cabezas dentro*. Cruzó los dedos y esperó que uno de los hombres fuera Janikyan.

Abrió la cremallera de su mochila, que estaba en el asiento del pasajero, buscó en ella y sacó los rastreadores solubles. Los aplicó generosamente en la palma de su mano derecha y condujo con la izquierda.

Lo que planeaba se llamaba PIT, Técnica de Intervención de Persecución, también conocida como TVI, Intervención Táctica de Vehículos, una maniobra ampliamente utilizada por policías y fuerzas militares para detener un vehículo en fuga.

Cutter tuvo la oportunidad de implementarlo una vez que habían cruzado Van Ness. El tráfico se había despejado hasta el siguiente grupo de semáforos, a cierta distancia.

Pisó el acelerador y cerró la distancia con la Tahoe. Se acercó por su izquierda y giró bruscamente hacia ella justo delante de su rueda trasera.

La Tahoe patinó con un chirrido audible de neumáticos. Giró en un arco lento con el caucho quemándose mientras el conductor luchaba por controlarla y se detuvo bruscamente casi ciento ochenta grados, mirando hacia el camino por donde había venido.

Cutter dirigió su vehículo hacia el carril derecho y se detuvo. Tenía que actuar rápido, mientras los pasajeros de la Tahoe estaban sacudidos y en shock por la colisión.

Y antes de que lleguen los policías.

Saltó con su Glock en la mano izquierda y un martillo en la derecha y destrozó las ventanas delantera y trasera del SUV. Zohrab, parpadeando en shock en el asiento del conductor, luchaba por liberarse del cinturón de seguridad.

Cutter lo noqueó con el martillo y cambió el instrumento y la pistola entre manos mientras observaba a Panig Janikyan en el asiento trasero. Sangrando por un corte en la frente, arañando la manija de la puerta, sin cinturón de seguridad a su alrededor. Un tercer hombre a su lado, que se había recuperado más rápido y había levantado un rifle de asalto.

Le disparó al hombre en la cara mientras alguien gritaba a lo lejos. No levantó la mirada, no entró en pánico y dejó que su entorno se desvaneciera en gris. No era más que movimiento controlado y acción fría y calculada mientras abría la puerta de un tirón y arrastraba al líder de la pandilla con su mano izquierda. Era un agarre incómodo debido al martillo, y el líder armenio lo golpeó débilmente.

Cutter recibió el golpe en el pecho, luego aplastó los labios del gángster con un golpe salvaje de su palma derecha.

—Lo supiste todo el tiempo —gruñó—. Sabías que esas mujeres fueron asesinadas con tus armas. ¿Quién fue? ¿Les disparaste tú?

Janikyan no era el jefe de una pandilla despiadada por nada. Se abalanzó hacia adelante con un rugido, con sangre brotando de sus labios cortados. Sus dedos se alzaron como garras para arañar y arrancar.

Cutter le golpeó la sien con el martillo y lo agarró del cuello para arrastrarlo hasta su vehículo.

—¿Quién las mató? —gritó mientras tiraba salvajemente de su cautivo.

La bala impactó en el concreto en la base de sus pies.

Actuó instantáneamente y puso a Janikyan frente a él como escudo. Enroscó su codo izquierdo alrededor de la garganta del hombre y apretó con fuerza para ahogar sus forcejeos.

Un vehículo se acercaba rápidamente por Sunset, con pandilleros colgando de él. Uno de ellos disparó salvajemente al ver lo que estaba sucediendo.

Puedo llevarme a Janikyan, pero me perseguirán. Un tiroteo en las calles concurridas de Los Ángeles no jugaría a su favor. *A ellos no les importará a quién maten, pero yo no puedo arriesgar a civiles.*

Soltó a Janikyan y le dio una patada en el trasero con fuerza, enviándolo tambaleándose hacia el vehículo que se aproximaba. Disparó una ráfaga de balas contra él mientras viraba y los tiradores se agachaban en el interior.

—Esto no ha terminado —amenazó a Janikyan y corrió hacia el Land Cruiser. Lo encendió en un instante y aceleró por Sunset. Cruzó el semáforo en rojo, evitando por poco chocar con un autobús turístico, giró a la derecha en Gower, serpenteó por callejones y calles, consciente de que los civiles reportarían su vehículo a la policía.

Tengo que moverme rápido y abandonarlo en algún lugar.

El periodista en el canal de radio estalló en una charla emocionada mientras informaba sobre el tiroteo. —¡Convirtieron Sunset en el Viejo Oeste! —exclamó—. Los informes iniciales de que era un rodaje de película eran erróneos. Estos eran criminales...

Cutter bajó el volumen y se dirigió a Hollywood Hills. Tomó Fern Dell Drive hacia las colinas y entró en The Trails, un café en medio de Griffith Park. Estacionó entre dos SUVs y se bajó. Se puso las gafas de sol y miró a su alrededor con naturalidad. Excursionistas y familias. Sin policías, nadie lo miraba con sospecha. Comprobó que los vehículos vecinos estuvieran

vacíos y rápidamente cambió las placas de su vehículo por unas de repuesto que llevaba.

Se echó la mochila y el bolso de gimnasio al hombro y tomó un sendero de senderismo.

—¿Acampando toda la noche? —le preguntó otro viajero.

—No sé —refunfuñó—. Se suponía que algunos amigos se unirían a mí, pero se están retrasando. No puedo contactar sus teléfonos.

—Sí, las señales aquí son un asco.

Cutter se desvió del sendero principal y subió por el lado de la colina hasta que pudo ver el Observatorio Griffith desde arriba.

Tengo que quedarme aquí hasta que oscurezca.

Revisó su teléfono y sonrió sombríamente cuando vio que el punto verde de Zohrab había regresado a Little Armenia. Había una señal más débil a su lado. *Ese es Janikyan. Ingirió un poco del soluble en mi palma. Esa señal se desvanecerá.*

No importaba. Había dado el primer golpe.

Seguiré yendo tras él, como lo hice con Covarra, hasta que ceda.

8

—Me golpeó —dijo Janikyan con asombro mientras un médico le limpiaba los cortes en la sien y los labios—. Nadie se me había acercado en años, pero Grogan... —sacudió la cabeza con incredulidad—. Un solo hombre pudo hacerme esto —agitó la mano de manera perentoria para despedir al médico.

—Pero... —protestó el doctor.

—¡Vete!

El jefe armenio examinó a sus hombres en la habitación. Zohrab, con un gran moretón púrpura en la frente, estaba a su lado. Los hombres del segundo vehículo estaban alineados frente a él.

—Vartan estuvo con nosotros durante mucho tiempo. Él, Zohrab y yo fundamos nuestra pandilla. Ahora está muerto. Asesinado por un hombre que no pudieron detener.

Extendió la mano hacia Zohrab, quien le colocó un dashuyn, una daga, en la palma. Era un arma ceremonial con un mango ornamentado y una funda incrustada de joyas. La hoja brilló cuando la extrajo y captó la luz.

—Conocen las reglas —les dijo a los hombres reunidos—. Uno de ustedes debe morir por permitir que él llegara hasta mí. ¿Quién será?

Ninguno de ellos se movió.

—¿Garbis? —Miró a un hombre de cejas pobladas—. Hablas mucho de lo fuerte y valiente que eres, de que morirías por mí. ¿Por qué no das un paso al frente? Artoun, has matado a muchas personas. Eres uno de los hombres más feroces que tenemos... ¿tienes miedo a la muerte?

Se burló de cada uno de los cinco hombres por turno, ninguno de los cuales lo miró a los ojos.

De repente, giró sobre sus talones. La daga se elevó en su mano y se hundió en el pecho de Garbis.

—Me... fallaste —jadeó mientras la extraía y apuñalaba repetidamente mientras el hombre gemía y caía a sus pies y la sangre salpicaba sus manos y rostro, pero nadie lo detuvo.

Era el código de los Hermanos Armenios.

—Llévenselo —ordenó Zohrab cuando el cuerpo de Garbis dejó de retorcerse— y limpien el suelo —chasqueó los dedos y un subordinado se acercó corriendo con un gran recipiente de agua, una jarra y una toalla esponjosa.

Janikyan levantó los brazos mientras su guardaespaldas lo desvestía a la vista de todos en la casa y luego lo bañaba, secaba y vestía con ropa nueva.

—¿Estás bien? —le preguntó a Zohrab.

—Sí, jefe. Lo siento, no pude...

—Lo atraparemos —el líder de la pandilla desestimó su disculpa. Matar a Garbis había dado salida a su rabia. Había recuperado el control de sí mismo, pero la furia permanecía en sus ojos brillantes.

—¿Cómo supo dónde estaríamos?

—Revisamos la casa todos los días, jefe. No hay dispositivos de escucha. Verificamos nuestros vehículos; están limpios. Debe haber estado vigilando el callejón y nos siguió.

Janikyan asintió distraídamente y luego chasqueó los dedos.

—Llámalo.

—¿A nuestro amigo?

—Sí.

Zohrab marcó un número y le acercó el teléfono a su jefe.

—No puedes llamarme a este número —siseó la voz con enojo—. No a esta hora del día. Sabes dónde estaré.

—No me importa —le dijo Janikyan—. ¿Te enteraste del ataque en Sunset?

—¿Dónde crees que estoy? —la voz del interlocutor se elevó.

—Fue Grogan.

—¿Grogan? ¿Estás seguro?

—Sí —espetó Janikyan—. Sé quién me atacó. Fue él. Sin disfraz. Reúnete conmigo esta noche. Lugar de siempre.

—Estoy en medio de una investigación.

—¿Acaso me importa? ¿Has olvidado nuestro acuerdo?

JANIKYAN ESTABA BOCA ABAJO, SIENDO MASAJEADO POR UNA MASAJISTA, CUANDO EL HOMBRE llegó. Estaban en un spa en la Pequeña Armenia, propiedad exclusiva de su pandilla. Cerraba para los clientes cada vez que él estaba presente. Cada miembro del personal era investigado y registrado, y todo el establecimiento era revisado en busca de armas y dispositivos de vigilancia cada vez que lo visitaba.

—¿Qué has averiguado?

—Grogan desapareció —gruñó el hombre mientras otra masajista trabajaba en él.

—¿Cómo puede desvanecerse así? —preguntó Janikyan con calma. No necesitaba alzar la voz. Era consciente de que su visitante sabía lo peligroso que era.

—Identificamos el vehículo que conducía, un Land Cruiser, pero es uno de los SUV más comunes en la ciudad. No se han reportado robos de vehículos de esa marca...

—Usará placas falsas.

—Soy consciente de ello. Sin embargo, no hemos encontrado nada. Detuvimos a varios conductores y lo único que conseguimos fueron ciudadanos enojados.

—¿El LAPD, con todos sus recursos, no tiene nada?

—Dale tiempo.

—Tiempo —resopló Janikyan—. ¿Era él en el hospital? ¿Por qué estaba allí?

—Para proteger a Lasko.

—El hombre que quieres muerto.

—Sí. No confío en él.

—De todos modos, no está hablando —dijo Janikyan con crueldad.

—Atraparemos a Grogan. No puede escapar para siempre. Es solo un hombre.
—Yo lo atraparé —dijo el armenio, apretando los puños—. Sé qué hacer.
—¿Qué es eso?
—Lo sabrás cuando veas el cuerpo de Grogan.

81

¿Cómo está el otro policía?, le envió Cutter a Difiore. *El que recibió un disparo en el hospital.*

¿Le disparaste tú?

¡No!

¿Entonces por qué te importa?

¡Estaba allí para salvar a Lasko!

¿Cómo sabías que iba a ocurrir?

No puedo decírtelo.

¿Por qué debería creer algo de lo que dices?

Porque, respondió con entusiasmo, *¡parece que soy el único que está haciendo algo!*

¿Por qué no vuelves a hacer algo, en ese caso, escribió ella sarcásticamente, *en lugar de hacerme perder el tiempo?*

Él no tuvo respuesta para eso y revisó los puntos verdes en su pantalla. Tanto Zohrab como Janikyan seguían en sus ubicaciones.

No puedo repetir el movimiento de ayer. Estarán alerta. ¿Hay algún escondite de los Hermanos Armenios que pueda atacar para obligarlo a hablar conmigo?

Contuvo la respiración bruscamente cuando llegó la llamada. *Número oculto. Podría ser Covarra o Janikyan.*

—Fue un gran movimiento el de ayer —dijo fríamente el líder de los Hermanos Armenios—. Nadie me ha tocado nunca, aparte de mis propios hombres...

—No te toqué —le recordó Cutter—. Te golpeé. Debería haber enterrado las garras de ese martillo en ti.

—No habrá una próxima vez para ti. Sin embargo, la habrá para mí. Te colgaré de un gancho de carne, boca abajo, y desgarraré tu cuerpo...

—Eso es lo que Covarra dijo que me haría también. ¿Acaso comparan notas? Él amenazó mucho, ¿y qué pasó? Perdió muchas de sus drogas y hombres. Yo sigo libre, pero él...

—Esto no es Irak ni Afganistán ni Camerún —juró Janikyan—. Esta es mi ciudad. Mi gente tiene ojos y oídos en todas partes. No puedes escapar, no puedes esconderte...

—¿Mataste a mis amigos?

—Te veré sangrar...

—¿Les disparaste? ¿Los violaste?

—No sabes en lo que te has metido. Deberías haber dejado la ciudad después del funeral.

—Tú —Cutter luchó por controlar su rabia— eres un gángster. Uno pequeño. No eres más

que una rata de alcantarilla...

—Disfruta de tu libertad, Grogan. No durará. La próxima vez que hablemos será...

—¿Los mataste?

—Tendrás que reunirte conmigo para saberlo —y con eso, el armenio colgó.

Cutter meditó por un momento antes de meter el teléfono en su bolsillo. La llamada le había dado una idea. *Hay alguien que podría saber dónde están las operaciones de los Hermanos.*

Sin embargo, tenía que equiparse adecuadamente para eso.

—NECESITO UNA FURGONETA —LES DIJO A BETH Y MEGHAN CUANDO LAS CONTACTÓ POR teléfono.

—Puedes robar una. ¿Para qué nos necesitas? —preguntó la hermana mayor.

—Esta es diferente. Tiene que ser una furgoneta de la compañía de gas.

—¿Quieres hacerte pasar por un técnico de gas? —se burló Meghan—. Has estado leyendo demasiadas novelas baratas...

—Es la tercera casa a la izquierda en Apple Street, en Mid-City —la interrumpió, antes de que ella o Beth comenzaran a burlarse de él—. La usa Street Front como almacén.

—¿Cómo sabes esto? —exigió Beth. Podía oír teclas haciendo clic en el fondo.

—No es importante.

—Lo tengo —dijo ella suavemente, casi para sí misma. Podía imaginarla a ella y a Meg en su oficina de Nueva York, con intensa concentración en sus rostros mientras mostraban imágenes satelitales de la calle.

—SoCalGas es el proveedor de energía de esa casa —le informó la gemela mayor—. Necesitarás su furgoneta, o una que se parezca a la suya, su uniforme... —se interrumpió.

—Tendremos que registrarlo en su sistema —le dijo Beth, ambas hablando como si él no existiera.

—Sí, podemos hacer eso. Podemos hackear su sistema... no puedes ir solo. Sus técnicos rara vez salen por su cuenta.

¿A quién puedo llevar conmigo? Cutter frunció el ceño mientras pensaba intensamente y sonrió para sí mismo cuando se le ocurrió.

—¿Pueden conseguir uniformes para mí y otra persona? Será como una pulgada más bajo que yo, de complexión similar.

—Podemos conseguirte un tanque Abrams.

Probablemente lo dicen en serio, también.

—Danos tres horas —le dijo Meghan—. Te enviaremos un mensaje de texto con el lugar donde puedes encontrar la furgoneta, los uniformes, el equipo dentro, todo lo que necesitarás.

—¿Cómo pueden organizar todo esto cuando no están en la ciudad?

—Nunca lo sabrás.

—¿Por qué me están ayudando tanto?

—Queremos que sigas vivo el tiempo suficiente para que Difiore te ponga las esposas.

Se rieron cuando él no tuvo respuesta para eso y colgaron.

—¡NO! —ISAIAH LIMON NEGÓ FIRMEMENTE CON LA CABEZA—. NO TENGO IDEA DE QUIÉN ERES, ni en qué locuras andas metido. Me hiciste chocar contra un coche en Sadler, lo hice por ti. Te di mi taxi...

—Y te pagué bien por eso —Cutter se abanicó con billetes—. Estos billetes —añadió, mirando fijamente los billetes de cien dólares en su mano— son tuyos. Solo necesitas conducir una furgoneta para mí. Eso es todo.

—No. Nada. Lee mis labios. ¿Dónde está mi coche?

—Veo que conseguiste uno nuevo. ¿Para qué necesitas otro?

—Vete —el conductor gesticuló enojado y tomó aire cuando eso llamó la atención de algunos viajeros en LAX-it—. No quiero verte más.

—Me has roto el corazón —le dijo Cutter solemnemente—. Pensé que tú y yo teníamos algo especial.

Limon lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—Has ganado más dinero ayudándome que llevando gente por ahí.

—Estoy vivo, no estoy arrestado. Eso me importa —replicó el taxista.

—Seguirás así, y más rico, si vienes conmigo.

—¿Ir a dónde?

—A Mid-City.

—¿Y hacer qué?

—Nada —le dijo Cutter inocentemente—. Solo necesitas sentarte en una furgoneta y parecer oficial.

—¿Oficial? ¿Como qué?

—Como un técnico de gas.

82

—No quiero volver a verte —refunfuñó Limon mientras conducía su nuevo taxi hacia una tienda de grandes superficies en Sepulveda Boulevard—. Cuando esto termine, te largas de mi vida y no vuelves nunca más.

—No sabes cómo soy realmente —razonó Cutter—. ¿Cómo sabrías si me acerco a ti disfrazado?

El conductor lo miró con sospecha y volvió la vista a la calle cuando un coche tocó la bocina detrás de él.

—Desde que te conocí...

—Has ganado más dinero que nunca. Ve a la parte de atrás —le indicó Cutter cuando llegaron a la tienda.

Internamente, hizo un gesto de triunfo al ver la furgoneta blanca de SoCalGas aparcada en una esquina, sin ningún otro vehículo cerca.

—¿Es robada? —Limon miró el vehículo con recelo al bajarse.

No lo sé.

—No —respondió con confianza. Se acercó al arco de la rueda trasera y pasó la mano por él. Gruñó satisfecho cuando encontró la llave adherida magnéticamente.

Abrió el vehículo y las puertas traseras. Echó un vistazo apreciativo a los estantes de equipos en el interior. Sacó su teléfono cuando vibró. Un mensaje de Beth.

Tendrás que llevar la bolsa de herramientas, que está a tu derecha, en el estante inferior. El programador está encima. Tendrás que conseguir la firma del ocupante. Si te hacen preguntas, pídeles que llamen al número impreso.

—¿Qué es eso? —exigió Limon—. ¿Quién te está enviando mensajes?

—Nada que ver contigo —Cutter guardó el teléfono y cogió el programador. Tenía el logo de SoCalGas, un número de teléfono y un lápiz óptico para escribir en la pantalla o tomar firmas. Presionó un botón en la pantalla y apareció un número de trabajo, asignado a Roy Pollock. *Ese soy yo.*

—Toma —le entregó un uniforme al conductor—, cámbiate a esto.

Fue a su mochila mientras Limon se cambiaba e inspeccionó el equipo que necesitaría. Explosivos, detonadores controlados a distancia, cables... sí, tenía todo lo que necesitaba.

—Te ves bien —le dijo al conductor cuando salió—. Toma —le lanzó un juego de almohadillas para las mejillas y una nariz falsa—. Póntelas también.

—¿Por qué?

—¿Quieres que alguien describa a Isaiah Limon?

—Nunca he hecho esto —juró el conductor en voz baja mientras conducía hábilmente la furgoneta hacia Mid-City.

—Tampoco has ganado diez mil dólares por no hacer nada —Cutter echó el asiento hacia atrás y cerró los ojos.

—Si nos atrapan...

—No lo harán. Conduce, actúa como si pertenecieras a ese volante, di que eres Brice Lanza, empleado de SoCalGas, muéstrales tu tarjeta de identidad. Relájate, todo está bajo control.

—Fácil decirlo —gruñó Limon—. Tú haces esto para ganarte la vida.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te has mirado, tío? Esto te sale con tanta naturalidad.

—Despiértame cuando lleguemos.

Cutter era consciente de que lo observaban cuando abrió la verja de la casa de Apple Street y subió por el camino. *No puedo ver a nadie, pero siento que me están mirando desde dentro.*

Se acercó a la puerta y golpeó con firmeza. Lo repitió cuando no hubo respuesta. Estaba levantando el puño cuando un hombre corpulento abrió.

—¿Sí? —preguntó el hombre groseramente.

Tatuajes por todos los brazos y en el cuello. Su mano derecha está detrás del cuerpo, probablemente sosteniendo un arma.

—SoCalGas —Cutter señaló su uniforme—. Necesito inspeccionar su contador, el calentador de agua y hacer algunas comprobaciones. Estamos recibiendo lecturas erróneas de varias casas en Mid-City.

El pandillero lo miró y luego miró la furgoneta en la calle donde estaba sentado Limon. Cambió su peso mientras respiraba ruidosamente.

Apuesto a que nunca ha tenido que tratar con un técnico de gas.

—¡EH! —se dio media vuelta y gritó—. ¡Hay alguien aquí!

Un hombre delgado se acercó a él, con los ojos vigilantes y el rostro impasible.

Es probable que sea el jefe en la calle. Encargado de proteger el producto del interior.

—¿Sí? —le preguntó el recién llegado.

—Tengo que inspeccionar su contador y el equipo —Cutter repitió su historia.

—Nadie nos avisó de eso.

—Nadie lo hará. No reciben llamadas de antemano. Estamos revisando todas las casas de Mid-City; la suya es la siguiente en mi ruta. Mire —abrió el programador electrónico y lo giró para que los pandilleros lo vieran—. Roy Pollock, ese soy yo.

—Estamos en medio de algo —dijo el jefe, dándole una falsa sonrisa—. Vuelva más tarde.

—No puedo hacerlo —Cutter negó con la cabeza—. Ya tenemos varias quejas, y si no arreglo esto hoy, mi jefe me despedirá. Mire, no llevará mucho tiempo. Media hora como máximo.

—Nunca hemos tenido un problema de gas...

—Señor, por favor, llame a mi oficina y hable con ellos. Le confirmarán lo que he dicho.

—Está bien —El jefe lo miró fijamente y echó un vistazo a la furgoneta de SoCalGas en la calle—. El contador está fuera. Felipe te llevará al calentador de agua cuando termines.

—Vigílalo —le dijo al matón en español en lo que él creía que era un tono bajo, pero Cutter

lo oyó y entendió.

—¿Me puedes dar algo de espacio? Miró hacia atrás con irritación cuando Felipe se amontonó detrás de él en el medidor. —Esto es gas. Puede ser peligroso. Aléjate, por favor.

—Tengo que...

—Puedes ir al frente y quedarte en el patio. Normas de seguridad, señor. Hay sombra allí —bajó la voz.

Felipe lo miró mientras se limpiaba el sudor y asintió.

Cutter se volvió rápidamente hacia el medidor cuando el pandillero desapareció por la esquina. Moldeó C4 y lo aplicó en la parte trasera del equipo. Insertó un detonador, instaló el receptor remoto y usó cinta aislante para cubrir el montaje.

Fue al frente y asintió a Felipe. —Necesito entrar, ir al calentador de agua.

El pandillero jadeó mientras subía al porche y entraba en la casa. —Arma de juguete —rio nerviosamente cuando Cutter miró el AK47 que estaba apoyado contra una pared. —Yo y varios amigos estamos alquilando este lugar —asintió cuando otro hombre apareció en el pasillo, los miró y entró en una habitación. —Estábamos jugando cuando llegaste.

Ya me lo imagino.

Felipe lo llevó a la sala de servicios en la parte trasera y señaló un calentador de agua montado en la pared.

—Necesito trabajar solo, amigo —le dijo Cutter suavemente, esperó a que el sicario se fuera y estaba girándose hacia el calentador cuando oyó el murmullo de voces afuera.

Desatornilló el panel y repitió el procedimiento, con una diferencia. Metió una pequeña cámara inalámbrica en el explosivo y la programó para transmitir imágenes a su teléfono. El dispositivo estaba conectado a una señal satelital, con una batería que duraba una semana.

No necesitaré tanto tiempo.

—Todo listo —se limpió las manos con una toalla de papel mientras se unía a Felipe en la sala de estar. —Puede que tenga que volver si seguimos obteniendo lecturas erróneas. Firme aquí, por favor —le entregó el programador al sicario, quien pareció indeciso y luego tomó el lápiz y garabateó en la tableta.

—¿Qué hizo? —preguntó Esteban a Felipe cuando el técnico del gas se había marchado.

—Arregló algo, aplicó cinta —se encogió de hombros. —No estuve mirando todo el tiempo.

—¿Arregló algo? —El jefe frunció el ceño. —Pensé que solo iba a inspeccionar el medidor.

—No sé lo que hacen los técnicos —dijo el pandillero a la defensiva.

—Muéstrame.

Felipe lo llevó afuera y señaló el medidor. —Hizo algo allí y lo cubrió con cinta.

Esteban se agachó sobre las tuberías mientras intentaba averiguar qué había debajo de la cubierta. Lo tocó con los dedos y sintió que cedía un poco.

—¿Y en el calentador de agua?

—No me quedé a mirar —dijo el sicario cuando entraron en la sala de servicios. —Lo oí quitar la cubierta. No sé qué hizo después.

—Destornillador —ordenó Esteban.

—¿Por qué estás tan tenso por esto? ¡Es un técnico de gas!

—Porque —gruñó el jefe—, en todos estos años, nunca ha venido un técnico a este lugar.

—Deberías haber llamado a la oficina y comprobarlo entonces.

—¡LO HICE! SÍ ENVIARON A POLLOCK... —bramó Esteban.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Tráeme un destornillador.

Felipe resopló y se fue de mala gana, regresando con varios.

El jefe del matón los inspeccionó y eligió uno. Se volvió hacia el calentador y desatornilló el panel frontal.

—¿Qué es esto? —miró fijamente la pequeña lente que estaba pegada en lo que parecía ser un montaje similar al que había en el medidor. —¿Es eso una cámara?

Contuvo la respiración bruscamente mientras descifraba el significado de los cables que se podían ver debajo de la cinta.

—¡ES UNA BOMBA!

Salió corriendo de la habitación con Felipe pisándole los talones y se precipitó hacia la puerta. Sus pies vacilaron cuando llegó a la salida.

—¿Qué? —le preguntó el matón. —Tenemos que irnos —Más pandilleros se unieron a ellos en un coro de voces y gritos enojados.

—¡Silencio! —espetó Esteban. —¿Por qué pondría una cámara en ello?

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Felipe enojado cuando volvió a la habitación.

El jefe no le hizo caso e inspeccionó el explosivo de nuevo. Miró detrás y exclamó sorprendido cuando vio la tarjeta que se había caído.

Tenía una sola línea escrita.

DILE A COVARRA QUE ME LLAME.

83

—¿Qué pasa?

Covarra levantó el dedo para silenciar a Salazar mientras asimilaba el emocionado parloteo de Esteban.

—¿Eso es todo lo que dice en esa tarjeta? ¿Ni nombre ni número?

—No, jefe. Llamé a SoCalGas y confirmaron que se había programado una visita de un técnico.

—¿Estás seguro de que es una bomba?

—No, pero no lo sabré hasta que quite la cinta...

—¡No la toques!

—No lo haré, jefe —dijo Esteban con sentimiento—. ¿Qué hacemos?

—Quédate ahí. No permitas que nadie se acerque a la casa. Ni técnicos, ni inspectores de edificios, nadie. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, pero ¿qué pasa con la bomba?

—¿NO CREES QUE YA HABRÍA EXPLOTADO SI ESA FUERA LA INTENCIÓN? —explotó Covarra y colgó con rabia.

—Tengo que pensar por todos aquí —se quejó, mirando furiosamente a la única otra persona en la habitación, Salazar—. Estoy rodeado de idiotas.

—¿Qué ha pasado, Serpiente? ¿Hay una bomba?

—¿NO HAS OÍDO? —le gritó Covarra, olvidando que solo él podía escuchar la llamada de Esteban—. ALGUIEN HA IDO A NUESTRO ESCONDITE DE APPLE STREET Y HA PLANTADO DOS BOMBAS ALLÍ.

Salazar lo miró con incredulidad. —¿Bombas? ¿Dos de ellas?

—SÍ. Y ESE HOMBRE DEJÓ UNA NOTA DICIENDO QUE DEBÍA LLAMARLO.

—¿El terrorista? ¿Dejó un número? ¿Cómo sabes...?

—¿NO LO ENTIENDES? —Covarra agarró la camisa de su amigo y lo sacudió físicamente —. SOLO UN HOMBRE PODRÍA HABER HECHO ESTO. —Gruñó con esfuerzo—. UN HOMBRE QUE ME HA ESTADO PERSIGUIENDO. ES GROGAN.

POR LA NOCHE.

Cutter estaba en la furgoneta, con el asiento reclinado al máximo, bebiendo café de un local de comida para llevar.

Había pagado a Limon después de su regreso de Apple Street. El conductor le había señalado

con el dedo y le había advertido que nunca volviera a llamarlo ni a acercarse a él.

Trasladó su equipo al vehículo de SoCalGas después de la partida de su cómplice, pensando que el vehículo era lo suficientemente seguro para usarlo por un tiempo.

Beth y Meg se habrán asegurado de que las placas sean legítimas. El logotipo de la empresa no levantará sospechas.

Partió una galleta y se metió la mitad en la boca. Dejó de masticar cuando le vino un recuerdo.

A Arnedra le encantaban los postres de Lin Shun. La chino-americana era dueña de una bodega en Nueva York, junto con su marido y otro socio. Sin embargo, era su repostería lo que atraía a clientes de toda la ciudad. *Esas galletas que Beth y Meg nos dieron... a ella también le gustaban.*

Su pérdida era como un agujero en su corazón, un enorme vacío que sabía por experiencia que nunca se llenaría. Cerró los ojos con fuerza, y cuando los abrió, su yo desapegado había vuelto.

Se estaba limpiando los dedos en los vaqueros cuando su teléfono vibró.

—¿Sí? —contestó, sin mirar la pantalla. Sabía quién llamaba.

—TE VOY A MATAR...

—¿No crees que eso es repetitivo? —Cortó el bajo siseo de Covarra—. Vives en Los Ángeles, el centro del mundo del entretenimiento. Aquí se hacen películas. ¿No se te ocurren frases mejores?

Sonrió cuando oyó al gángster rechinar los dientes. —No me vas a matar —le dijo fríamente al líder de Street Front—. No sabes dónde estoy... demonios, por lo que sabes, podría estar mirándote a través de una mira telescópica.

Se rio cuando oyó que el gángster daba un respingo.

—Tranquilo. No quiero matarte. Aún no. Quiero algo de ti.

—¿Qué?

—Primero, esas bombas. Si tú o tus hombres las tocan, o traen a alguien, explotarán. Puedo ver y oír todo a través de esa cámara. Sabré si intentas manipularlas. Ya sabes lo que pasará si explotan. Tienes producto allí, ¿no? Imagina esas bolsitas ardiendo. Dime, ¿cómo te va con el Cártel de Juárez? ¿Has conseguido pagarles...?

—¿QUÉ QUIERES?

Cutter hizo una mueca ante el grito de Covarra y apartó el teléfono de su oreja.

—¿Dónde guardan su producto los Hermanos Armenios?

84

—¿Para qué necesitas eso? —Covarra se puso tenso por la sorpresa, olvidando momentáneamente su ira.

—Eso no es asunto tuyo. Estoy seguro de que sabes dónde tiene Janikyan sus almacenes. Tú y él llevan años atacando las bandas del otro.

—Si lo supiera, ¿no crees que ya los habríamos tomado?

—No me importa lo que hagas o dejes de hacer. Son las seis de la tarde. Te daré cuatro horas. Tu próxima llamada mejor que sea sobre una ubicación.

Covarra maldijo cuando Grogan colgó. Se pasó los dedos por el pelo corto mientras recorría la habitación.

—¿Qué quería?

—Dónde tienen los Bros su mercancía —le dijo amargamente a Salazar—. ¡Como si lo supiéramos!

—Habríamos atacado si lo supiéramos.

—Eso es lo que le dije, pero no escuchaba. Si destruye esa casa, estamos acabados. Será como si nos hubieran aniquilado. He dicho a los mexicanos que tengan paciencia... pero ¿cuánto tiempo se quedarán callados? Si no tenemos mercancía para vender, ¿cómo ganaremos dinero?

—¿Por qué le interesa Janikyan?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Acabo de hablar con él. ¿No estabas escuchando?

—Me refiero a Panig Janikyan.

El líder de los Armenian Bros no recorría su sala de estar como lo hacía Covarra. Estaba quieto, con la mirada perdida, mientras Zohrab se ocupaba de los asuntos de la banda.

Se movió cuando su guardaespaldas le trajo una bebida. —¿Todo va bien?

—Sí, jefe.

—¿Grogan?

—Se ha esfumado, jefe. —El pandillero hizo una mueca—. Tenemos hombres buscándolo...

—No lo encontraremos. Es demasiado bueno para eso.

Saboreó su bebida con aprecio y se relamió los labios. —¿Dónde está Toros?

—Puedo traerlo, jefe. ¿Debería?

—Sí. ¿Covarra no sospecha que sabemos que es un soplón?

—No, jefe. Deliberadamente le hemos estado dando información de bajo nivel. ¿Para qué lo necesita, jefe?

—Es hora de encontrarse con Covarra.

EL PANDILLERO LLEGÓ A LAS OCHO DE LA NOCHE Y SE QUEDÓ DE PIE NERVIOSAMENTE EN LA CASA de Little Armenia.

—Toros —dijo Janikyan, sonriendo brevemente—, es la primera vez que te conozco. He oído mucho sobre ti.

—Es un honor estar aquí, jefe. —El matón inclinó la cabeza en una reverencia brusca.

—Sabemos que eres el soplón de Snake.

Los ojos del matón se abrieron de terror. Su cara se puso pálida. —Yo... no...

—Está bien —dijo Janikyan, tranquilizadoramente—. Lo sé desde hace mucho tiempo. Sigues vivo por una razón. Te he estado utilizando. Todo lo que le has dicho a Snake ha sido aprobado por mí.

—No... entiendo...

—No necesitas entender —le dijo Janikyan bruscamente—. Ponte en contacto con Snake. Dile que quiero reunirme con él.

—Él también quiere reunirse con usted, jefe.

El líder de la banda lo miró sorprendido.

—Recibí el mensaje cuando venía hacia aquí, jefe. Snake quiere que organice una reunión.

SE ENCONTRARON EN EL SALÓN DE MASAJES PROPIEDAD DE LOS BROS EN LITTLE ARMENIA.

Covarra había sido reacio a reunirse allí inicialmente, pero cedió cuando Janikyan amenazó con cancelarlo.

—Mi gente estará allí. Si intentas algo, habrá disparos —había advertido.

Janikyan saludó al jefe de Street Front como si fueran amigos cercanos cuando el líder llegó a las ocho de la noche.

—Tus hombres y mis hombres estarán en la habitación exterior. Este lugar es seguro. Lo revisamos todos los días en busca de dispositivos de vigilancia; cada empleado es seleccionado a mano; no tienes que temer nada. —Llevó al gángster adentro, se desnudó y se acostó boca abajo para que la masajista trabajara en él.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no me cortarás el cuello aquí?

—¿Has visto este lugar? —le ladró Janikyan—. No derramaré tu sangre aquí. Te mataré en otro lugar si tengo que hacerlo. Relájate, Covarra —dijo con impaciencia—. Aquí solo habrá conversación. Nada de peleas.

Ocultó una sonrisa cuando Covarra se acostó en la cama a regañadientes y se estremeció cuando su masajista comenzó a golpearlo con los costados de sus manos.

—Tú primero —le dijo al jefe de Street Front.

—Tengo un enemigo, Grogan —jadeó el hombre.

—He oído hablar de él. Está en todas partes en la televisión.

—También te está cazando a ti.

Janikyan fingió sorpresa y lo miró fijamente.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé. Plantó dos bombas en mi almacén. Si no le entrego uno de tus depósitos, dice

que volará mi lugar.

—¿Cómo me concierne esto a mí? Es tu problema.

—¿Estás siguiendo las noticias? Grogan era una especie de soldado de élite de las fuerzas especiales. Ya ha destruido dos de mis almacenes. Si te está cazando, es solo cuestión de tiempo antes de que te atrape. No seas demasiado confiado.

—¿Por qué debería entregar mi ubicación para salvarte?

—No te estoy pidiendo que hagas eso. Pero, juntos, podemos tenderle una trampa. Tengo que llamarlo en un par de horas.

—Llámalo mañana, al Boulevard Warner. Por la tarde.

—¿Por qué allí?

—Dile que le darás la dirección, pero en persona. Tiene que mostrarse.

—No aceptará eso.

—Lo hará. Necesita esa dirección desesperadamente. No se molestaría en plantar bombas si no fuera así.

—No estoy seguro...

—Dile que tú también estarás allí.

—¿Por qué debería arriesgarme?

—¿Quieres que eliminen a Grogan? ¿Sí? En ese caso, hazlo como te digo. Los dos, en el bulevar Warner, mañana por la noche. Yo me encargaré del resto.

—¿Cómo sé que no me matarás a mí también?

Janikyan lo miró con desprecio. —Podría matarte aquí mismo, ahora mismo. Tus hombres ni se enterarían. ¿Por qué esperaría hasta mañana? Tienes que confiar en mí.

—¿Cómo se desarrollará todo mañana?

—Me llamas y me señalas en qué vehículo está Grogan.

—¿Qué hay en el bulevar Warner?

—La tumba de Grogan.

85

—¿Por qué no puedes decírmelo ahora mismo? —bramó Cutter cuando el líder de la calle lo llamó—. ¿Debería volar tu almacén? Lo haré...

—¡DETENTE! —gritó Covarra—. ¿Cómo puedo confiar en ti? —Covarra exhaló con fuerza —. Puedo darte la ubicación, pero aun así podrías ir y hacer explotar esas bombas.

—No puedes, al igual que yo sé que me traicionarás.

—Por eso te propongo esto —dijo triunfante el líder de la pandilla—. Encontrémonos en Burbank. En Warner Boulevard.

—¿Qué hay allí? —preguntó con suspicacia. *Estudios de cine por allá, no mucho más*—. ¿Estás produciendo una película? ¿La vida y época de Francisco Covarra, una biografía?

Su sarcasmo pasó desapercibido para el gángster, quien le dijo fríamente:

—Está allí. Solo. Nos encontraremos cara a cara...

—¿Como la última vez, cuando planeabas matarme?

—Puto, todavía quiero hacerlo. Aún quiero enterrarte mi cuchillo. Pero eso tendrá que esperar. Ven allí. Te diré dónde está el almacén de los Armenian Bros cuando te vea.

—Dímelo aquí y ahora.

—No. Adelante. Vuela ese almacén. Sobreviviremos.

—No lo harás. El Cartel de Juárez enviará sicarios tras de ti.

—La Serpiente no teme a nadie —dijo Covarra con orgullo—. Si quieres tu dirección, ven a Warner Boulevard hoy.

Cutter se rascó la frente mientras consideraba la llamada del gángster. *¿Qué estará tramando? ¿Por qué me quiere allí?* Estaba seguro de que Street Front le tendería una trampa... pero ¿dónde? *Es una calle abierta. Habrá tráfico, autobuses turísticos.*

Sacudió la cabeza y renunció a tratar de descifrar los motivos de Covarra. *También jugará a mi favor. No podrá eliminarme en público.*

Sin embargo, necesitaba un señuelo. Alguna forma de no ser reconocido inmediatamente incluso si Street Front llenaba la calle con sus pandilleros.

Condujo hasta LAX-it.

—¿Lo arreglaste? —preguntó Janikyan cuando Covarra lo llamó. Los dos hombres habían establecido un protocolo de comunicación. Teléfonos desechables, que se reemplazaban después de cada interacción, ambos sabiendo que la tregua entre las dos pandillas era temporal.

—Sí. Vendrá. Pero, ¿cómo lo eliminaremos? Habrá mucha gente allí.

—Encuéntralo en la esquina de Cordova Street y el bulevar. Hay un edificio incompleto allí. El promotor se quedó sin fondos y tuvo problemas con la ciudad. Lo mataremos allí.

—No. —Limon retrocedió cuando Cutter se le acercó.

—¿Cómo sabes que no soy un pasajero?

—Tío —dijo el conductor riendo—, esa barba, ese pelo plateado, esas patillas... no me engañan. Solo una persona ha venido a buscarme aquí. ¡Tú!

—¿Ah, sí? Hablando de eso, ¿por qué nunca estás con pasajeros?

—Es mi descanso. Ya sabes cómo trabajo.

—Si haces este último trabajo para mí, nunca tendrás que trabajar de nuevo. Te daré veinte mil.

—¿De qué sirve el dinero si estoy muerto?

—¿Acaso alguien vino por ti cuando estuvimos en Apple Street ayer? Tienes que confiar en mí.

—¡Confiar en ti! —Limon se burló y sacudió la cabeza con incredulidad—. Nunca me has mostrado quién eres realmente y tú...

—Isaiah, es por tu seguridad. Te necesito para este trabajo.

—¿Qué tengo que hacer? —gruñó el conductor.

—Ser mi pasajero.

Cutter condujo hasta Warner Boulevard con Isaiah Limon en el asiento trasero. Revisó sus espejos cuando entró en la calle desde Riverside Drive y escaneó vehículos y transeúntes mientras avanzaba lentamente.

—¿A quién buscas? —preguntó el conductor desde atrás.

¿Debería decirle?

—Algunos de esos hombres de Apple Street podrían estar aquí.

—¡Oye! Dijiste que no vendrían por nosotros.

—No es lo que dije, pero en cualquier caso, no te reconocerán. Esas almohadillas en las mejillas y esos mechones en tu pelo... te hacen diferente.

—Te perseguiré como fantasma si muero.

—No lo harás. Sigue vigilando la calle y avísame si ves a alguien sospechoso.

Limon refunfuñó y maldijo, pero observó por las ventanas.

Cutter pasó por Avon Street y giró a la derecha en Cordova. No vio pandilleros ni a Covarra. Un autobús turístico pasó con cámaras destellando en sus ventanas. La gente salía de las oficinas, subía a sus coches estacionados en la calle y se dirigía a casa. *Se volverá tranquilo en otra media hora.*

Se incorporó a Olive Avenue, giró en Riverside Drive y entró en Warner Boulevard para una segunda pasada.

Su teléfono vibró cuando pasó un callejón sin marcar a su derecha.

—¿Sí? —Activó el altavoz.

—Puto —la voz de Covarra llenó el taxi—. ¿Dónde estás?

Vio a Limon sobresaltarse de sorpresa en el espejo retrovisor. Levantó el dedo para silenciar su pregunta y revisó ambos lados de la calle mientras avanzaba lentamente.

Ningún vehículo detrás de él. Nadie acercándose a pie. Los coches estacionados en la calle

estaban vacíos. *Solo francotiradores desde arriba podrían eliminarme, pero estos son edificios de oficinas a ambos lados. Covarra tiene influencia, pero no tanta como para que sus tiradores puedan infiltrarse en ellos*.

No, sacudió la cabeza. Está planeando algo más. *Si es que está aquí*.

—Muéstrate —ordenó—. De lo contrario, me voy y puedes olvidarte de tu meta y oxi.

—¿Estás en el Bulevar, puto?

—Estoy entrando —mintió.

—Entra. Me verás. En una Suburban.

Otro callejón sin marcar. Más gente desbloqueando sus vehículos y conduciendo hacia sus hogares, amigos, cenas y familias.

Ni Covarra. Ni Salazar. Ningún SUV a la vista.

Algo destelló en la distancia. Luz reflejándose en un parabrisas.

Ese vehículo, en ese callejón sin marcar que se une con Avon. ¿Es Covarra?

Entrecerró los ojos mientras intentaba distinguir el vehículo, pero el resplandor era intenso.

—Isaiah —le dijo abruptamente a su pasajero—. ¿Ves ese autobús turístico estacionado a nuestra izquierda, justo adelante?

—Sí, ¿qué pasa con...?

—Bájate cuando pasemos junto a él. Por la puerta izquierda. Llévate esa bolsa de gimnasio contigo.

—¿Qué? ¿Por qué? Eso pesa mucho, tío...

—Isaiah, hazlo —usó su voz de mando—. Esto se va a poner feo. No querrás estar aquí cuando empiecen los disparos.

—Pero...

—¡VE, AHORA!

Limon dudó por un momento y luego se agachó y gruñó mientras agarraba la bolsa. Abrió de golpe la puerta del pasajero y se deslizó hacia fuera.

—¿Qué haré con esto?

—Te encontraré en tu lugar habitual.

Cutter aceleró un poco cuando vio al conductor agacharse y desaparecer rápidamente, usando el autobús como cobertura.

Los ojos de vuelta al frente. Al vehículo que se asomaba lentamente desde ese callejón a su derecha, más adelante.

Era una Suburban. Negra. Ventanas oscuras.

Sostuvo el volante con su mano izquierda y llevó la derecha a su pecho. Cerca de su Glock. Tenía suficientes cargadores en sus pantalones cargo y más armas y equipo en su mochila atada a su espalda.

Siguió conduciendo.

—¿LO VES? —PREGUNTÓ JANIKYAN.

—No. Solo hay unos pocos vehículos aquí. Un taxi vacío...

—Ese es él.

—No. Puedo ver al conductor. No se parece a Grogan...

—Covarra, estará disfrazado. No es estúpido. Identifícate, a ver qué hace.

—¿Y si me dispara?

—TIENES MÁS HOMBRES QUE ÉL —explotó Janikyan—. Confirma que es él. Yo me

encargaré del resto.

El líder de Street Front se tensó de ira ante el grito del armenio. Sin embargo, bajó su ventanilla lo suficiente para que se viera su rostro.

CUTTER VIO CÓMO EL CRISTAL OSCURO SE DESLIZABA HACIA ABAJO. UN ROSTRO APARECIÓ EN EL marco. Cabello oscuro, cara salvaje, ojos hostiles mirándolo directamente.

Ese es Covarra.

—Te veo —le dijo al gángster.

—¿Eres tú en el taxi?

—Sí.

—Sigue adelante.

—Eso no es lo que acordamos. Dame la dirección. Cuando haya confirmado que es un almacén de los Bros, desactivaré la bomba.

—¡Conduce! Necesito ver que estás solo. Que no has traído policías.

—¿Policías? —Cutter se rió con desdén mientras seguía avanzando. Covarra estaba a sus dos en punto, con la cabeza ladeada. *¿Está hablando con alguien más?*— ¿Has visto las noticias? Soy tan buscado como tú.

—ES ÉL —SUSURRÓ COVARRA EN VOZ ALTA POR EL SEGUNDO TELÉFONO QUE UN PANDILLERO sostenía para él.

—Sigue hablando con él —ordenó Janikyan—. Estará distraído. Tú sal conduciendo en dirección contraria una vez que te haya pasado.

—¿CON QUIÉN ESTÁS HABLANDO? —PREGUNTÓ CUTTER, CRUZANDO MIRADAS CON EL pandillero mientras se ponía a su altura.

—Con mis hombres. Les estoy diciendo lo mucho que disfrutaré matándote.

—Basta de juegos. ¿Dónde está la ubicación?

—En un momento.

—¿Por qué? ¿Qué estás esperando? —Sus ojos se dirigieron al espejo retrovisor cuando la Suburban se acercó a él. Frunció el ceño cuando entró en el bulevar y giró hacia Riverside Drive —. ¿A dónde vas? ¿Dónde está esa dirección?

—Puto, ojalá fuera yo...

Cutter sintió el movimiento. Giró la cabeza y observó con horror cómo el camión de cemento salía bruscamente de la calle Avon y se dirigía directamente hacia él.

—¡EH! —le gritó al conductor.

Otro SUV adelante, en la calle, a su derecha, que no había estado allí en su recorrido anterior. Un hombre sonriéndole desde la ventanilla del pasajero.

¡Janikyan!

—Te dije que vendría por ti —gritó el gángster.

El camión se estrelló contra el taxi de Cutter.

86

La fuerza del impacto dobló la puerta del pasajero y arrugó el lateral del taxi. El camión empujó el vehículo hacia la acera a la izquierda de Cutter. Seguía avanzando, con el motor rugiendo mientras el taxi ofrecía una resistencia temporal.

Se liberó del cinturón de seguridad y disparó a ciegas contra el parabrisas del camión. Sintió más que vio cómo sus balas perforaban el cristal.

Su vehículo se deslizaba a trompicones sobre el hormigón. Una valla de alambre que separaba un edificio en construcción de la acera se acercaba. Percibió que los matones salían en tropel del SUV de Janikyan.

Cutter abrió su puerta de una patada y se escurrió fuera del taxi justo cuando este se estrelló contra la valla y la derribó. Disparó por encima del techo, largas ráfagas contra los matones que se acercaban, obligándolos a tirarse al suelo y buscar cobertura.

No devolvieron el fuego. Janikyan me quiere vivo.

Eso le compró algo de tiempo.

Saltó por encima de la malla de alambre caída y se adentró en el edificio inacabado. Se dio cuenta al instante de que estaba atrapado. Altos muros alrededor para proteger el vecindario de la construcción. *No hay manera de que pueda escalarlos*.

Oyó gritos y alaridos y creyó escuchar a Janikyan dando órdenes.

No hay más tráfico. Ni gritos. ¿Habrá bloqueado las calles?

Ya se preocuparía por eso más tarde.

Cutter subió corriendo por unas escaleras polvorientas, saltó por encima de barras de hierro y bloques de hormigón, inspeccionó el espacio abierto que era el segundo piso. Divisó un árbol en la distancia justo cuando oyó pasos resonando abajo.

Corrió hacia el borde del piso y vio que el árbol estaba en un callejón vecino sin salida, con ramas que colgaban muy por encima de la calle.

Disparó varias veces cuando la primera cabeza asomó por las escaleras. La vio desaparecer. Más gritos llegaron hasta él.

Cutter retrocedió varios pasos y corrió a toda velocidad hacia el borde del piso. Se lanzó al aire con los brazos extendidos.

¿Me habré equivocado?

Una rama le golpeó la cara y luego sus dedos agarraron una rama del árbol y se izó a través de las hojas, jadeando mientras las ramas y los brotes le arañaban las mejillas y el cuello.

El árbol aguantó. Soportó su peso y tenía suficientes ramas resistentes para permitirle trepar rápidamente hacia el interior. Se detuvo un momento y miró hacia atrás. Varios matones estaban

en el borde abierto del piso, gesticulando en su dirección. Más sicarios entraron en el callejón sin salida y corrieron hacia el árbol.

No era momento de quedarse.

Llegó al alto muro que bordeaba el estudio y saltó por encima. Cayó varios metros y aterrizó torpemente sobre el hormigón.

Estaba en un complejo de estudios. A salvo.

Pero, por el sonido de las voces que se alzaban, no lo estaría por mucho tiempo.

87

Cutter se puso de pie y se orientó rápidamente. Calles anchas y grandes edificios a su alrededor. Un vehículo eléctrico pasó junto a él, y sus ocupantes le lanzaron una mirada curiosa.

Covarra me traicionó, pensó con amargura. *Él y Janikyan se han aliado, de alguna manera, para atraparme.*

Tenía que escapar, ir hacia el sur. *El río de Los Ángeles está por allá. Puedo escapar por ahí.*

Se apresuró mientras se tocaba la cara y los brazos. Parecía tener numerosos cortes pequeños de las ramas, que le escocían, pero ninguno parecía sangrar mucho. Caminó por el costado de un edificio alto, dobló la esquina hacia un callejón y se topó con tres hombres.

¡Pandilleros!

Los reconoció al instante por su manera de ser: los ojos entrecerrados, las manos buscando bajo sus camisas.

No puedo arriesgarme a disparar y atraer a más gente.

Se lanzó contra ellos con un rugido, saltó alto y se estrelló contra ellos. Su pierna derecha se estrelló violentamente contra la cara del pandillero más alejado. Golpeó con el borde de la palma y alcanzó la nariz del matón de la izquierda. Cayeron, él encima, pateando, golpeando, usando sus codos, el peso de su cuerpo y la ventaja temporal para dejarlos inconscientes.

El matón del medio lanzó un puñetazo hacia arriba y le acertó en el cuello, luego se incorporó con su cuerpo y lo desalojó. Se inclinó sobre él, echó el puño hacia atrás y golpeó a Cutter repetidamente en el pecho y la cara.

La niebla roja descendió sobre Cutter. Sintió al pandillero debajo de él moviéndose, tratando de liberarse. Golpeó salvajemente con el codo la sien del armenio justo cuando recibía otro golpe en el cuello. Su visión se estaba oscureciendo; su mundo se había contraído. Solo veía la cara burlona de su atacante sobre él.

Atrapó el puño que se acercaba con ambas manos y torció su cuerpo para tirar del brazo del atacante hacia abajo, para aplastar su mano contra el suelo. El impacto del golpe envió un estremecimiento por el cuerpo del pandillero, que gimió. Cutter le dio un golpe seco en la barbilla, haciendo que sus mandíbulas se cerraran de golpe y su cabeza se echara hacia atrás, lo que expuso la garganta del hombre lo suficiente para que le diera un golpe mortal.

Se puso de pie tambaleándose, se sacudió un brazo que débilmente intentó detenerlo y pateó a ese matón en la ingle para rematar.

Se lanzó a correr por el callejón, tragando bocanadas de aire, inhalando oxígeno para aclarar su mente. Llegó a una intersección y escuchó un vehículo que se acercaba por su derecha.

Janikyan en su SUV, con la cabeza asomada y una sonrisa victoriosa.

Cutter no tenía opción.

Sacó su Glock y disparó una larga ráfaga contra el vehículo, haciéndolo desviarse. Los hombres gritaron desde dentro mientras otro vehículo de pandilleros se acercaba.

No se quedó allí.

Cruzó corriendo la calle hacia un pasaje estrecho. Construcciones bajas a su izquierda que se asemejaban a un pueblo europeo. *Eso es lo que es. Un set de película.* Escuchó gritos detrás de él y vio a varios matones corriendo por el callejón, siguiéndolo. *No puedo dejarlos atrás corriendo, no en mi condición. Tampoco puedo dispararles.*

El alero de una casa llamó su atención, y antes de que su mente pudiera traducirlo en acción, saltó alto, agarró el borde y se impulsó sobre el techo de la casa. Se agachó y corrió sobre la superficie irregular del tejado.

Era una casa de utilería, no una construcción completa. Esperaba que aguantara su peso.

Lo aguantó.

El set tenía varias residencias similares, agrupadas estrechamente, con callejones estrechos entre ellas. Cutter saltaba de techo en techo, escuchaba movimientos detrás de él y, cuando se volvió a mirar, vio a los pandilleros persiguiéndolo.

Aceleró a toda velocidad, corriendo sin cuidado en la dirección general del río, avanzando bien. *No dispararán. Janikyan me quiere vivo.* Eso jugaba a su favor.

El frágil techo se derrumbó. Cayó, junto con un trozo de lona que amortiguó su caída. Su cabeza rozó una viga, y tropezó al ponerse de pie.

Cuatro hombres lo enfrentaban cuando se enderezó.

Cutter no tenía opción.

Desenfundó más rápido que ellos y le disparó a los dos de la izquierda en el pecho. Apuntó su Glock al último hombre, que estaba reaccionando más rápido, cuando el pandillero del medio se lanzó contra él con un grito feroz.

Cutter se hizo a un lado ágilmente, lo hizo tropezar y lo mandó al suelo. El cuarto hombre se agachó y agarró un trozo suelto de material de construcción y lo atacó salvajemente. El primer golpe le dio en las costillas; el segundo falló su cara por un centímetro. Retrocedió, tropezó con el hombre caído y le disparó a su atacante justo antes de perder el equilibrio.

El matón en el suelo le rodeó el cuello con el codo.

—¡LO TENGO! —gritó y apretó.

Cutter movió su cuerpo tanto como pudo, apuntó su Glock hacia abajo y le disparó al matón en el muslo. Se liberó cuando el agarre alrededor de su garganta se aflojó y noqueó al pandillero con la culata.

El aumento en el volumen de los gritos en algún lugar en la distancia le advirtió que no eran solo los hombres de Janikyan los que habían sido alertados.

Reanudó su carrera tambaleante, luchando por ignorar el castigo que había recibido su cuerpo. Llegó al borde del pueblo y miró hacia afuera con cautela. Un espacio abierto adelante, más allá del cual parecía haber varios edificios de almacenamiento y una fila de camiones. Nadie detrás de él, pero creyó ver sombras moviéndose en la distancia.

Cruzó corriendo la calle vacía y se cubrió al lado del edificio más cercano. Se lanzó hacia el camión más próximo y miró alrededor de su parte trasera. Más camiones, montacargas y grúas, perfectamente estacionados.

Ese es el muro del recinto detrás de ellos. Era alto, liso y parecía intimidante. *No puedo arriesgarme a perder tiempo escalándolo, no con los matones persiguiéndome*.

Los vehículos le dieron una idea. Subió al techo del camión más cercano al muro y se lanzó a través de la brecha de tres metros.

Se impulsó hasta el estrecho borde del muro cuando sus dedos se aferraron y sostuvieron. Debajo de él estaba la empinada caída del muro y el lecho de concreto del río artificial.

Se sentó en el borde y se dejó caer, abrazando el muro lo más cerca posible para intentar frenar su caída.

Gimió con el impacto e instintivamente rodó para absorber tanto del golpe como pudo.

¡Muévete! se ordenó a sí mismo. Janikyan haría que sus hombres se posicionaran en un puente para localizarlo. Tenía que poner distancia de por medio.

Trotó hacia el oeste, haciendo muecas con cada paso, mientras su cuerpo le hacía consciente de los numerosos golpes que había recibido. El olor a hierba y los gritos de niños llegaron hasta él.

Buena Vista Park, pensó aturdido. *Puedo descansar allí.*

Buscó una sección del muro que fuera más baja que el resto.

Sin suerte. Tendría que hacerlo por las malas.

Volvió al borde del río, que no era más que unos pocos pies de ancho en esa parte de Los Ángeles, un arroyo. Corrió hacia el muro, plantó su pie izquierdo tan alto como pudo, lo que le dio impulso, y saltó por encima.

Cayó pesadamente sobre el césped y provocó jadeos de sorpresa de un grupo de niños que jugaban cerca.

—Está bien —les murmuró—. Soy un doble de Hollywood.

No sabía si le creyeron y no se quedó para averiguarlo. Se dirigió a la parte más profunda del parque y se dejó caer al suelo entre un espeso crecimiento de arbustos.

Destapó su botella de agua de la mochila y bebió de ella con cansancio. El cielo se estaba oscureciendo... *No, no es así,* pensó aturdido. *Soy yo. Me estoy desvaneciendo.*

Escenas destellaron. Janikyan en su SUV en Warner Boulevard. Luego, dentro del complejo.

Él no vino.

No, él no dijo eso.

¿Quién lo dijo?

No recuerdo.

¿Qué dijo Janikyan?

Algo sobre venir por mí.

¿Por qué pensé que no vendría?

Esto no es Camerún.

Sí, lo sé.

La oscuridad cayó sobre él.

88

El sonido de una cortadora de césped despertó a Cutter.

Parpadeó y se incorporó.

La luz del sol se filtraba a través de los árboles y arbustos que lo rodeaban. Miró a través del follaje y observó a un empleado del condado conduciendo su máquina sobre la superficie herbosa del parque.

Estuve inconsciente durante diez horas.

Esperó a que la cortadora desapareciera de su vista antes de salir de su escondite, luego se dirigió hacia el este. Encendió su teléfono cuando llegó a un centro comercial y pidió un taxi, que lo llevó a un motel en Glendale, donde se registró.

Se quedó largo rato bajo el chorro cálido de la ducha, evaluando su cuerpo. Le dolían las costillas y tenía moretones en el cuello, pero no se había roto ningún hueso. La herida en su muslo había sanado y no se había abierto de nuevo.

Los extraños pensamientos de la noche anterior volvieron a su mente.

¿Por qué estaba pensando en Lasko y en lo que dijo en el hospital? ¿Por qué pensé siquiera en Camerún?

No tenía una respuesta para sí mismo.

Se encogió de hombros. Su mente había traído pensamientos aleatorios mientras perdía la consciencia.

Sí, pero ¿por qué esos? Frunció el ceño.

No había conexión entre Lasko y Janikyan, y ni siquiera lo que habían dicho era lo mismo.

Cesar era el soplón de Lasko. El detective no tenía un informante en los Armenian Bros. No que él supiera.

No es nada, se dijo firmemente. *Nadie sabe sobre Camerún, de todos modos.*

Se quedó inmóvil. Miró fijamente la pared mientras el agua corría por su rostro.

Eso era.

La cuenca del lago Chad se centraba en el lago que compartía fronteras con Chad, Nigeria, Níger y Camerún. Él había estado en Camerún mientras estaba en Delta, en una misión encubierta para rastrear terroristas.

Ningún civil sabe sobre Camerún. Esa operación está en mi expediente militar, que requiere autorización de seguridad para ser accedido.

¿Cómo sabía Janikyan sobre eso?

Eso era lo que su subconsciente le había estado diciendo.

Los Armenian Bros no solo tenían un topo en el LAPD, tenían uno muy importante.

Cutter sintió miedo ante su siguiente pensamiento.

No... ¿puede ser él?

—SE ESCAPÓ —LE DIJO JANIKYAN AL INTERLOCUTOR—. LOGRAMOS ENTRAR AL ESTUDIO, incluso lo acorralamos varias veces, pero Grogan escapó —dijo con amargura.

—Sabrá que tú y Covarra están trabajando juntos.

—Que lo sepa. ¿Qué puede hacer?

—Necesitamos encontrar otra forma de atraparlo.

—¿Y tú qué? —gruñó el gángster—. Parece que Covarra y yo estamos haciendo todo el trabajo sucio. ¿Cuánto has avanzado tú en atraparlo?

—Conoces mis limitaciones —dijo el interlocutor con rigidez—. No puedo trabajar tan libremente como tú.

—Sí, pero disfrutas de los beneficios, ¿no?

—¿Estás insinuando algo?

—¡ATRAPA A GROGAN! —gritó Janikyan—. Puede hacer que todo se derrumbe sobre nosotros.

—No puede. No sabe sobre tú y yo.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto crees que le tomará averiguarlo?

—NO QUIERO VOLVER A VERTE NUNCA —ISAIAH LIMON MIRÓ NERVIOSAMENTE A SU ALREDEDOR cuando Cutter se le acercó—. Tío, vi lo que pasó, ese accidente... ¿cómo escapaste?

—Tuve suerte.

Sonrió cuando los ojos del conductor se abrieron de asombro.

—¿Suerte? ¡Vi a esos hombres persiguiéndote! ¿Quiénes eran?

—No necesitas saber eso. ¿Dónde está mi bolsa?

—Tómala —Limon la sacó del maletero y gruñó con esfuerzo mientras la arrastraba hacia él.

—¿De quién es este coche?

—Lo tomé prestado. Necesito ruedas para ganarme la vida.

—¿La vida? —Cutter resopló—. Todo lo que pareces hacer es holgazanear por aquí y fumar. ¿Intentaste mirar dentro de la bolsa?

—¿Cómo podría? Está cerrada con llave.

—¿Eso te detuvo? —Cutter le sonrió y sacó un fajo de billetes—. Estos son los veinte mil que acordamos. Úsalos bien. Haz una nueva vida...

—Mujeres y Las Vegas, nene. Eso es lo que tengo en mente. —La sonrisa de Limon se desvaneció—. Relájate. Isaiah Limon caminará por el buen camino.

—Más te vale, o de lo contrario apareceré donde sea que estés...

—No —El conductor levantó las manos a la defensiva—. Ya he tenido suficiente de ti. Esa bolsa era pesada, ¿sabes? Hacía ruido... como si tuviera armas.

—Nunca sabrás qué hay dentro. —Cutter chocó los puños con él y se alejó.

—Tío —le gritó Limon—, más vale que no lea sobre ti en los periódicos.

—Si lo haces, ¿cómo sabrás que soy yo?

—Me has pillado.

Cutter sacó su teléfono cuando estaba en la parte trasera de un taxi, dirigiéndose al centro.

—Necesitamos vernos —le dijo a Cesar—. No —interrumpió al pandillero—, esto no se

puede hacer por teléfono.

—ESTE ES EL LUGAR DONDE LASKO Y YO SOLÍAMOS REUNIRNOS. —CESAR SE QUITÓ LA CAMISA Y la colgó en un gancho.

—¿Un salón de masajes? —Cutter lo observó—. ¿En pleno centro de la ciudad?

—¿Quién sospecharía de este lugar, *ese*? —dijo el pandillero, sonriendo, y suspiró cuando el asistente vertió aceite tibio en su espalda—. ¿Qué pasa? ¿Por qué querías vernos?

¿Puedo confiar en estas masajistas?

—Puedes —el matón le leyó el pensamiento—. Las conozco muy bien.

—Creo que la policía de Los Ángeles tiene un topo. Alguien en la nómina de una banda.

—¿Crees? —se burló el pandillero—. Sé que Snake tiene su informante allí. ¿Por qué las otras bandas no tendrían sus soplones? ¿Qué tiene de especial esta rata que buscas?

Me tendió una trampa. Él y Janikyan.

—Necesito desenmascararlo —evadió la pregunta del pandillero—. Necesito tu ayuda.

—¿Yo? ¿Cómo? ¿Has olvidado que soy un sicario del Street Front?

—Ayudaste a Lasko.

—Está en el hospital.

—Puedes ir a la policía con una historia.

—¿Por qué me escucharían?

—Diles que sabes lo que pasó en ese almacén. Que sabes lo que le pasó a Lasko.

—Me arrestarán.

—No si lo haces a mi manera.

Cutter esperó hasta que las masajistas terminaron con ellos y salieron de la habitación. Alcanzó su camiseta, se la puso y la metió en sus vaqueros.

—Esos moretones parecen recientes, *ese* —comentó Cesar.

—Ajá.

—Has estado en muchas guerras.

Así es.

Sacó un teléfono nuevo de su mochila y lo sacó de su envoltorio. —Usa esto —se lo entregó al pandillero—. Para llamar a la Unidad de Bandas y Narcóticos. Su número está en la página web de la policía de Los Ángeles.

—¿Qué les digo?

—Que eras el informante de Lasko y que estuviste allí esa noche. Eso seguro llamará su atención.

—*Ese*, esto es demasiado peligroso...

—No te presentes. Acuerda reunirte en persona con quien sea que atienda la llamada. Tú puedes decidir dónde encontrarse. Hazme saber dónde y cuándo, y no te presentes. Destruye el teléfono después de que acuerden la reunión.

—¿Cómo te ayudará eso? ¿No vendrá toda la unidad?

—No todos.

—¿Crees que esto funcionará, *ese*? —Cesar lo miró con duda.

—Sí, junto con algo más que tengo en mente.

—CUÉNTAMELO TODO —GRUÑÓ JANIKYAN A COVARRA.

Los dos hombres estaban de nuevo en su salón, aunque esta vez, habían pasado la oportunidad de ser atendidos.

—Todo desde que Grogan llegó a Los Ángeles.

—¿Cómo voy a saber eso? —el jefe del Street Front lo miró con el ceño fruncido—. Solo me enteré de él cuando empezó a atacarnos.

—¿No pasó nada inusual antes de eso? ¿Desde el día en que murieron esas mujeres en Beverly Hills?

Covarra se frotó la mandíbula mientras fruncía el ceño pensativo. —Moe y Dime —dijo después de un rato—. Les dispararon en la casa de Moe. Su mujer desapareció. Creo que fue Grogan quien los mató, pero no hay forma de saberlo.

—¿Está ella con él?

—¿La mujer de Moe? No lo sé. Mis hombres la buscaron pero no encontraron ni rastro.

—¿Dónde estaba la casa de Moe?

—En la calle Oregon, en Boyle Heights. Pero no encontrarás nada...

—Mi gente lo hará —dijo Janikyan con confianza—. Si está en Los Ángeles, la encontraremos. Ella podría saber dónde se esconde Grogan.

—¿Crees que no lo hemos intentado?

—Creo que tu banda es perezosa y demasiado confiada. Observa cómo los encontramos a ella y a Grogan y los matamos a ambos.

CESAR NO PERDIÓ EL TIEMPO. BUSCÓ EL NÚMERO DE LA UNIDAD EN EL TELÉFONO DESECHABLE que Grogan le había proporcionado y fue al teléfono público más cercano en Hollywood Boulevard. Marcó el número.

—Necesito hablar con un detective —dijo cuando una mujer contestó.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó ella educadamente.

—No puedo decírselo...

—Señor, esta es una línea ocupada. Si tiene alguna información sobre bandas o narcotráfico, por favor dígamelo o cuelgue.

Cesar cerró los ojos y se rascó la frente. ¿Cómo lo haría Grogan? ¿Tomaría el enfoque directo?

—Sé cómo le dispararon a ese detective —dijo—. Estuve allí en el almacén de la calle Jesse esa noche.

—¿Qué detective, señor? —preguntó ella después de un momento.

—Matt Lasko. Sé lo que pasó esa noche.

—Señor, ¿quién es usted? ¿Cómo sabemos que dice la verdad? —Cesar miró el teléfono cuando la voz de un hombre intervino. *Debe haber llamado a un superior.*

—No tengo razón para mentir.

—Señor, recibimos muchas llamadas falsas...

—Yo no soy una de ellas. Sé lo que pasó —insistió.

—Adelante entonces, cuéntenos —respondió el policía, bruscamente.

—No. Será en persona. En un lugar y momento de mi elección.

—Eso no sucederá, señor. Si tiene alguna información útil, por favor suéltela ahora.

—Yo era el soplón de Matt Lasko en el Street Front —dijo Cesar enojado. No tuvo que fingir la emoción, salió naturalmente, resultado de su frustración contenida—. Puedo ayudar a atrapar a quien le disparó.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad?

El informante parpadeó ante eso. Debería haber trabajado mi historia con Grogan antes de hacer la llamada, se maldijo a sí mismo, mientras pensaba desesperadamente en una forma de identificarse.

—No encontraron el teléfono de Lasko, ¿verdad? —dijo y sonrió ante el silencio que siguió —. Diré lo que sé, a los detectives, mañana, en persona.

CUTTER TUVO LA IDEA CUANDO LE ENTREGÓ EL TELÉFONO DESECHABLE A CESAR.

¿Puedes averiguar a quién llamó o envió mensajes Lasko antes de que le dispararan?

¿No tienes su teléfono? La respuesta de Beth a su mensaje llegó inmediatamente.

Sí, pero no hay nada en sus registros.

¿Por qué preguntas, en ese caso?

Podría haber borrado sus registros. Estaba cerca de ese almacén y había riesgo de que lo atraparan. Podría haber tomado precauciones.

¿Llevaba su identificación consigo pero borró su historial de llamadas y mensajes?

Cálmate, genio, le envió un mensaje cuando él no respondió. *Puede que estés en algo. Estás mejorando.*

¿Mejorando en qué?

Nuestra inteligencia se te está pegando.

Sonrió al imaginársela riéndose y guardó el teléfono en el bolsillo.

CESAR LO LLAMÓ POR LA NOCHE CUANDO ESTABA CENANDO SOLO.

—Está hecho —había una sonrisa en la voz del informante—. Casi lo estropeo. Los policías querían alguna prueba de que yo era el soplón. Entonces, recordé que te habías llevado el teléfono de Lasko.

—Buena idea —lo felicitó Cutter—. ¿Se reunirán en persona?

—Sí. Mañana, a la hora del almuerzo, en el Blue Goose. Está en...

—En Virgil y Santa Monica. Lo conozco. ¿Sabes quién vendrá?

—No lo dijeron. Querían que me describiera.

—Espero que no lo hayas hecho.

—No —Cesar se rió entre dientes—. Les dije que me acercaría a los policías cuando estuviera seguro de que no era una trampa. Sabría quiénes eran en el bar. Puedo oler a los policías a un kilómetro de distancia, aunque no lleven uniforme.

Eligió bien ese bar. Los pandilleros de Street Front van allí. Eso reforzará su historia.

—Destruye ese teléfono desechable que te di y mantén un perfil bajo.

Cutter comió en silencio y salió del motel después de terminar.

Sacó su teléfono y accedió a la transmisión de la cámara de la casa de Street Front en Apple Street. No podía ver a nadie en la habitación.

Miró hacia el cielo nocturno, que estaba oscuro y nublado, con un aire de quietud.

Traeré algunos truenos y relámpagos.

—Una bomba va a explotar en Apple Street en cualquier momento —dijo en una llamada al 911—. Deberían desalojar las casas.

Hizo estallar la casa de seguridad de Covarra noventa minutos después.

89

Zohrab dirigió personalmente la búsqueda de la mujer de Moe.

Había descubierto que su nombre era Brae. Sin apellido. Sus hombres habían obtenido una descripción preguntando a los vecinos y al dependiente de la tienda de conveniencia del barrio.

—O está muerta, escondida, o ha abandonado la ciudad —informó a Janikyan—. No hay otra manera de desaparecer así.

—No abandonará la ciudad. Toda su vida estaba aquí —aseguró el líder de la banda—. No, él la ha escondido en algún lugar. ¿Tienes su fotografía?

—Sí, jefe, de la casa de Moe.

—Llévala a nuestros hackers. Ellos encontrarán la manera de localizarla.

CUTTER SE PUSO EL DISFRAZ DE TÉCNICO DE SOCALGAS, TOMÓ LA FURGONETA Y LA CONDUJO hasta el Blue Goose. Encontró un lugar para estacionar en la avenida Virgil que le daba una buena vista de la entrada principal.

Desplegó un periódico, lo apoyó en el volante y fingió leer.

—ESA CASA EN LA CALLE APPLE QUE LA BOMBA HIZO ESTALLAR —INFORMÓ VANCE MATTEO A Dade— era un lugar de almacenamiento para Street Front. Encontramos rastros de oxi y meta. No queda mucho... se ha convertido en escombros. No hay cuerpos, señora, nadie resultó herido, ninguna otra casa fue dañada. Los policías de patrulla evacuaron la calle cuando recibimos esa llamada de advertencia.

—¿Fue obra de Grogan? —La jefa alzó una ceja.

—Hicimos un análisis de voz de la llamada al 911. No fue concluyente. Pero —añadió, encogiéndose de hombros—, tiene el motivo. Parece que está destruyendo sus almacenes.

—No has progresado en encontrarlo —señaló ella.

—No, señora —admitió—. Pero estamos poniendo todo nuestro esfuerzo en ello. Podríamos tener una pista sobre por qué Lasko estaba en la calle Jesse. —Sonrió brevemente ante el interés de la jefa—. Recibimos una llamada en el número gratuito. Un hombre que dijo ser el soplón de Lasko. Él estaba allí, esa noche.

Si ese pandillero está diciendo la verdad, sabrá quién le disparó a Lasko. Podría exculpar a Cutter. Difiore mantuvo una expresión inexpresiva, pero no pudo evitar inclinarse una pulgada

para asimilar lo que Matteo estaba diciendo.

—Recibimos muchas llamadas falsas, Vance. ¿Por qué esta es diferente?

—Sabía que faltaba el teléfono de Lasko.

¡Vaya! Matteo mantuvo eso fuera de todos los informes. Solo alguien que estuvo allí lo sabría.

—¿Qué más dijo?

—Quiere reunirse. —Se levantó el puño de la chaqueta y miró su reloj—. A la hora del almuerzo.

—¿A quién vas a llevar?

—A Diego y a mí. Nadie más.

—¿Por qué sigues aquí? Ve.

—Señora —preguntó Difiore tentativamente cuando estuvieron solas.

—Sí —Dade interrumpió su silencio pensativo y las miró.

—¿Permiso para estar allí?

—¿Dónde? ¿En la reunión de Vance con este informante? No. Es su investigación.

—No con él, señora. Peyton y yo nos quedaremos por los alrededores.

—¿Por qué?

—Matt no le dijo a nadie quién era este informante.

—Eso es normal. Estoy segura de que protegen a sus soplones en tu ciudad. ¿A qué quieres llegar?

—¿El momento no le suena extraño, señora? ¿Por qué este hombre se presenta ahora? Podría habernos llamado inmediatamente después del tiroteo.

—Id —ordenó Dade, con ojos fríos como el pedernal.

Zohrab trajo café a su jefe y se quedó respetuosamente a su lado mientras Janikyan bebía a sorbos.

—Tienes algo. Puedo sentirlo en ti.

—Sí. —Los labios del guardaespaldas se curvaron en una breve sonrisa—. Nuestros hombres hackearon las cámaras de tráfico. Encontraron a la mujer, Brae. Se subió a un coche con otro hombre.

—Excelente. ¿Rastreaste las placas?

—Eran falsas, jefe. Pero —su sonrisa se ensanchó—, la vimos en otro conjunto de cámaras. En la Fundación Lintock. Se está escondiendo allí.

Cutter mantuvo la vigilancia desde su vehículo. Los clientes entraban y salían del bar, pero él no abandonó su vehículo. Bajó su chi, su energía interior, mientras esperaba pacientemente. Se fundió con el entorno, mientras Los Ángeles fluía a su alrededor.

Difiore condujo hábilmente su coche sin identificar a través del tráfico mientras Quindica leía los informes de su grupo de trabajo.

—Nada —suspiró el SAC con disgusto—. Cutter ha desaparecido del radar. Es capaz de moverse libremente por la ciudad, hacer estallar bombas, pero ningún policía es capaz de encontrarlo.

—No es ningún novato.

—No hemos avanzado en la investigación original y no tenemos movimiento para encontrarlo.

—La gente de Matteo está investigando en la calle Apple. Alguien podría haber visto a Cutter, su vehículo...

—¿Tú crees?

—No —suspiró Difiore—. Dade podría despedirnos, y tendría razón en hacerlo.

—¿Te preocupa eso?

—Nunca me han despedido. No se verá bien en mi expediente.

—Bueno saber que tienes claras tus prioridades —dijo Quindica sarcásticamente.

Difiore sonrió y aparcó en Virgil, detrás de una furgoneta.

Se estiró e hizo crujir sus nudillos. —Vamos a ver si Matteo está aquí.

¿Por qué están aquí? No tienen nada que ver con el Grupo de Trabajo GND.

Cutter observó cómo el coche se deslizaba en el espacio detrás de su vehículo. Reconoció a Difiore inmediatamente por su forma de moverse, por cómo se echaba el pelo hacia atrás.

Pasó una página de su periódico mientras la detective y el agente del FBI salían de su vehículo y se dirigían al bar. Los siguió con su visión periférica mientras rodeaban el Blue Goose y volvían a su coche.

—Su coche no está aquí —dijo Difiore, observando la furgoneta de SoCalGas y su conductor, quien masticaba una pieza de fruta y leía un periódico—. Qué bien tener el día para uno mismo —murmuró.

—¿Quién? —preguntó Quindica, desconcertado.

—Él —señaló con el pulgar al técnico del gas.

—Debe estar en su descanso. Dale un respiro. De todos modos, ¿por qué estamos hablando de él?

—Tienes razón —la detective hizo un gesto de disculpa con la mano y se subió al volante—. Esperemos aquí fuera —le dijo a su compañero—. No podemos arriesgarnos a entrar.

Vance Matteo llegó justo antes del almuerzo. Aparcó su vehículo en el estacionamiento detrás del Blue Goose y se alisó la ropa mientras Cruz se unía a él. Ambos vestían de manera casual, con camisas sueltas y pantalones, nada que mostrara que eran policías.

—Vamos a escuchar lo que tiene que decir —le dijo al detective—, luego podemos decidir qué hacer.

Guió el camino hacia el frente del bar mientras inspeccionaba los vehículos de alrededor. Ninguno de ellos despertó sus sospechas, y entró en el bar sin romper el paso.

CUTTER NO SINTIÓ NINGUNA EMOCIÓN MIENTRAS LOS VEÍA DESAPARECER DENTRO DEL BAR.

Matteo y Cruz.

Podrían haber enviado a otros policías del grupo de trabajo, pero se presentaron ellos mismos.

No significa nada, se dijo a sí mismo. *Ellos dirigen la investigación. Por supuesto que estarían aquí.*

No, son ellos. Podrían tener acceso a mi expediente militar. Sabía que la operación Chad se mencionaba por ubicación, mientras que el resto de los detalles estaban censurados.

Están confabulados con Janikyan. Debieron haber estado allí con él cuando Vienna y Arnedra fueron torturadas, violadas y asesinadas.

Cogió su teléfono cuando vibró. Lo desbloqueó y miró fijamente la serie de mensajes de Beth.

Este es el primer mensaje de Lasko.

«Covarra está aquí en un almacén en Rio y Jesse Street. Ven con refuerzos. Podemos atraparlo».

Este fue enviado quince minutos después.

«¿Vienes?»

Eso fue seguido por una llamada.

Todo eso, en menos de una hora antes de que le dispararan.

Llamó a Matteo.

ESA ES LA PRUEBA. CUTTER DEJÓ CAER EL TELÉFONO EN EL ASIENTO. *ESO ES LO QUE LASKO QUISO decir con «él no vino».*

Permaneció inmóvil durante lo que parecieron horas mientras la rabia dentro de él se arremolinaba y formaba remolinos. Se limpió las palmas en los vaqueros cuando había contenido su furia a un frío hervor. Eso lo alimentaría para lo que necesitaba hacer.

Derribarlos.

90

Cutter observó a Matteo y Cruz salir del Blue Goose después de noventa minutos. El detective principal escudriñó las calles mientras se ponía las gafas de sol y se dirigía al estacionamiento, con su compañero detrás. Sus movimientos eran bruscos, sus hombros tensos, como si estuviera enfadado.

Revisó a Difiore por el espejo lateral. Ella y Quindica se habían deslizado en sus asientos cuando llegaron los policías. Se sentaron erguidos y parecían estar conferenciando entre ellos cuando los hombres se marcharon.

Cutter montó rápidamente la torre GSM mientras los vigilaba y envió un mensaje de texto.

No confíes en nadie más que en Lisa y Terry.

DIFIORE CONTUVO BRUSCAMENTE LA RESPIRACIÓN CUANDO LEYÓ EL MENSAJE Y SE LO MOSTRÓ A Quindica.

—¿Eso es... de Cutter? —frunció el ceño el SAC.

—Sí. —Miró fijamente Santa Monica como si aún pudiera ver el vehículo de Matteo entre el tráfico. Señalizó con la luz intermitente y se unió al tráfico. No prestó atención al técnico de gas que pasó conduciendo. Tragó la bilis que le subió por la garganta y miró brevemente a Quindica.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Sí, ¡Matteo! Posiblemente Cruz y Estrada también. Si están sucios —dijo amargamente el SAC—, explica muchas cosas. Por qué no avanzamos en nuestra investigación del LAPD. Matteo sabía todo lo que estábamos haciendo. Él...

Se interrumpió y miró por la ventana con la mirada perdida. Su voz era tranquila cuando habló de nuevo.

—Podría estar tan corrupto como los Blue Brothers. Su antigüedad y reputación... serían suficientes para que reclutara policías corruptos. Sabría cómo manipular los informes para que nada pareciera fuera de lugar. Conocía los errores que cometieron esos agentes. No los repetiría. Pero —respiró profundamente—, no podemos probarlo.

—No necesitamos hacerlo —dijo Difiore en voz baja.

—¿Cutter?

—Sí.

—Gina Difiore necesitando su ayuda. Eso sí que es algo.

Necesito una aplicación que marque un número, mantenga la llamada activa y simultáneamente grabe una conversación en curso. Todo esto, sin ser visible en la pantalla. Sin notificaciones de ningún tipo tampoco.

Beth chasqueó los dedos, lo que hizo que el resto de los operativos se agolparan a su alrededor. Estaban en la sala de juegos del hotel, jugando al billar, cuando su teléfono vibró.

—¿Eso es de Cutter? —adivinó Zeb.

—Sí. Tenemos una aplicación así. Le enviaré instrucciones de instalación.

Sus ojos brillaron cuando se encontraron con los de él. —La programaré para que podamos escuchar todo lo que haga. Incluso cuando no esté haciendo llamadas.

—Y esa aplicación —sonrió Meghan—, nos dará su ubicación en cualquier momento.

Zeb asintió mientras jugueteaba distraídamente con el taco de billar. —Está planeando algo.

—Ya era hora. —Bear chocó los puños con Bwana—. Nos estábamos aburriendo.

Zohrab se acercó al mostrador de recepción en el edificio de la Fundación Lintock y puso cara de preocupación. —Soy amigo de Brae, de Amarillo. De donde ella es.

La mujer lo miró y luego volvió a su pantalla. —¿Brae, señor? No tenemos a nadie con ese nombre aquí.

—Maldición —Zohrab golpeó la palma de su mano contra el mostrador de madera con frustración—. He estado buscando en todos los refugios para mujeres de la ciudad. Su hermana está gravemente enferma.

—Lo siento, señor. No tenemos a nadie con ese nombre aquí.

Él le dio las gracias, hizo un gesto con la cabeza al pandillero que lo había acompañado y se dirigió a la salida. Sonrió fríamente cuando la recepcionista, a quien podía ver en el reflejo de la puerta de cristal, hizo una llamada.

—Está aquí —le dijo a su hombre—. Bajará para obtener nuestra descripción. Ahí es cuando la atraparemos.

91

Cutter volvió corriendo a su motel, donde había estacionado su Land Cruiser. Abandonó la furgoneta de SoCalGas a una manzana de distancia y corrió a su habitación. Sacó la Glock que había escondido debajo de la cómoda, la metió en su mochila y salió.

Se subió al SUV, comprobó que su bolsa de armas estuviera en la parte trasera y se marchó. No volvería al motel otra vez.

Pisó a fondo el acelerador, con los labios apretados, mientras sorteaba el tráfico de la tarde. *Matteo intentará llamar a Cesar. Descubrirá que el número está muerto. Comprobará con el grupo de trabajo si el soplón se puso en contacto. Es entonces cuando se preguntará si le tendieron una trampa.* Lo que llevaría al detective a contactar con Janikyan.

Los dos decidirán tenderme una trampa.

Tenía que adelantarse a los acontecimientos. Estar preparado para esa eventualidad.

CUTTER LLEGÓ A BEVERLY GROVE DRIVE Y GIRÓ HACIA UN CLARO DE TIERRA A MITAD DE LA colina donde había estacionados varios vehículos. Los excursionistas dejaban sus coches en este lugar cuando se adentraban en el sendero. Se echó la mochila al hombro y levantó la bolsa de gimnasio con la mano izquierda. Cerró el SUV y subió por la carretera, pareciendo un viajero más.

No miró la casa del asesinato cuando llegó a la curva cerrada. En su lugar, siguió adelante, imaginando el vecindario en su mente, sabiendo exactamente dónde quería estar.

Se abrió paso entre la densa vegetación entre dos casas cuando emergió. Considerándolo todo, ahora estaba lo suficientemente alto. Se dirigió a un buen punto de observación en el lado de la colina.

Allí. Podía ver el lugar del asesinato. Comprobó su retaguardia. Nadie cerca de él. La residencia más cercana estaba a su izquierda, a más de cien metros. Sin embargo, estaba oculta por árboles y arbustos, y todo lo que podía ver eran parches de pared blanca a través del follaje.

Se tiró al suelo y se arrastró hacia adelante debajo de un arbusto. Ignoró las ramas que le arañaban mientras avanzaba con cautela, hasta que pudo ver la casa completamente.

Sacó sus prismáticos y los enfocó hacia el edificio. El patio saltó a la vista en sus lentes, su suelo de concreto, el techo parcial y el muro de vidrio y concreto que sobresalía del acantilado. Revisó las ventanas de la casa y no pudo detectar ningún movimiento.

Fue a sus mensajes y leyó las instrucciones que Beth le había enviado para la aplicación. Hizo clic en el enlace de descarga, la instaló y se familiarizó con sus funciones cuando apareció

en la pantalla. Guardó el número de Difiore en ella y salió de la aplicación.

Presionó dos veces el botón de volumen, esperó un momento y lo presionó dos veces más.

Abrió la aplicación y asintió con satisfacción cuando vio que había llamado a la detective. El segundo conjunto de pulsaciones había terminado la llamada saliente.

Colocó su teléfono en el suelo y esperó.

MATTEO ASINTIÓ DISCRETAMENTE A CRUZ Y LO GUIÓ HACIA SU OFICINA EN LA SEDE DEL LAPD.

—Ese informante no llamó —su adjunto cerró la puerta y se volvió hacia él—. Comprobé con nuestros oficiales. Su número ha sido desconectado. No se puede rastrear.

La barba incipiente del detective principal raspó contra sus dedos cuando se frotó la mejilla. —Nunca tuvo la intención de presentarse —gruñó—. Nos han descubierto.

—¿Él? —Cruz se metió las manos en los bolsillos.

—No. Solo hay una persona que podría haber pensado en eso.

—Grogan.

—Sí. Tiene el teléfono de Lasko. Debe haber obtenido el número del informante de allí.

—Pero ¿cómo podría sospechar de nosotros?

—No lo sé —Matteo hizo un gesto impaciente—. El *cómo* no importa. Apuesto a que estaba allí, en el bar, observándonos...

—No lo estaba. Revisamos el...

—Diego —siseó el detective—. No estaba dentro. Debió haber estado estacionado afuera. No revisamos ninguna matrícula, ¿verdad?

—¿Y qué si nos vio? Estábamos allí para reunirnos con un informante.

—No —Matteo negó con la cabeza decisivamente—. Grogan sabe sobre nosotros.

—Los mensajes de texto de Lasko para ti —dijo Cruz, enderezándose—, debe haberlos leído. Pensábamos que Lasko los había borrado.

—Posiblemente. Vamos —el policía senior se dirigió hacia la salida de la oficina—. Necesitamos hacer una llamada.

PANIG JANIKYAN ESTABA APUÑALANDO A UNO DE SUS HOMBRES EN SU SALA DE ESTAR CUANDO sonó el teléfono.

Le cortó la garganta al pandillero con su dashuyn y le dio el arma ensangrentada a uno de sus hombres. Se limpió las manos con una toalla que le dio un lacayo.

—Que esto sea una lección —dijo, mirando fríamente a los hombres que observaban—. Esto es lo que le pasará a cualquiera que nos robe. Pensó que podía quedarse con algo de producto y que yo no lo sabría. Soy Dolor. Sé todo lo que sucede en nuestra pandilla. Llévense su cuerpo.

Alcanzó el teléfono, miró el número y se lo llevó a la oreja. —¿Qué?

—Creo que Grogan nos ha descubierto —le dijo Matteo.

Janikyan escuchó mientras el detective se lo explicaba todo.

—Te lo advertí —la voz del policía se elevó—, no había necesidad de que esas mujeres fueran torturadas o violadas.

—Teníamos que saber qué estaban haciendo allí.

—Nos lo dijeron cuando las abofeteaste. Estaban viendo la puesta de sol. Y luego se escondieron, cuando llegaron los hombres de Covarra y los tuyos.

—Te vieron con nosotros, cuando llegaste después del tiroteo.

—No me reconocieron a mí ni a Cruz.

—Ambos son muy visibles. Dan entrevistas... podrían haberlos visto en la televisión e identificado. Ambos hemos invertido mucho en nuestra relación. No podía arriesgarme a eso.

—Podrías haberlas disparado simplemente. No había necesidad de llegar a ese extremo.

—Zohrab necesitaba jugar con ellas. Ya sabes cómo se pone.

—Sus acciones y las tuyas nos han llevado a esto. Teníamos...

—Un buen trato. Lo sé. Te beneficiaste, no solo por hacer la vista gorda, sino aún más por ayudarnos activamente en nuestras operaciones. Ahora —se burló—, tienes miedo de que te descubran.

—Grogan lo hizo personal —escupió Matteo—, cuando supo cómo trataban a las mujeres. Si las hubieran matado a tiros, habría aceptado nuestra explicación de que quedaron atrapadas en un tiroteo entre pandillas.

—¡BASTA! —rugió Janikyan. Un matón se apresuró a entrar en la habitación para comprobar el estado de su jefe y desapareció cuando el líder de la pandilla lo fulminó con la mirada—. No olvides que yo te hice —le dijo al policía.

—No olvides que sin mi ayuda, no habrías llegado a donde estás.

El armenio se controló con esfuerzo. Sabía que Matteo tenía razón.

—Estaba planeando tenderle una trampa —le dijo al policía.

—¿Cómo?

Se rio sin humor. —Te ofreceré a él.

—Puede que no caiga en eso.

Janikyan levantó la mirada cuando Zohrab irrumpió en la habitación con una mujer que tenía la boca tapada con cinta adhesiva, las manos atadas y los ojos abiertos de miedo.

El líder de la pandilla sonrió lentamente ante la escena. —Sé exactamente cómo convencerlo —le dijo al detective.

MATTEO GUARDÓ SU TELÉFONO CUANDO TERMINÓ LA LLAMADA Y SE QUEDÓ PENSATIVO.

Su relación había comenzado cuando el detective se unió al LAPD. Matteo se topó con Janikyan por accidente. Estaba regresando a la comisaría, solo en su vehículo, cuando vio movimiento en un callejón oscuro en East Hollywood.

Se había acercado sigilosamente a pie a los hombres y había identificado a Janikyan de inmediato cuando los iluminó con su linterna. El armenio estaba con dos sicarios, con cajas de bolsitas de oxicodona a sus pies.

Estaba a punto de alcanzar su unidad de comunicación para pedir refuerzos cuando el líder de la pandilla le sonrió con suficiencia.

—Puedes arrestarme ahora y obtener un ascenso. O puedes arrestar a estos hombres, dejarme ir, obtener un ascenso y ser rico por el resto de tu vida.

El detective no necesitó que lo convencieran. Había admirado a los Blue Brothers incluso mientras ayudaba a derribar la pandilla de los ayudantes del sheriff. Había envidiado su cultura, su disposición a quebrantar la ley.

Reconoció la oportunidad que Janikyan le presentaba y la aprovechó. Sin embargo, era más inteligente que los ayudantes del LASD. Hizo el trato con el armenio esa noche, y su suerte cambió.

De ser un recién llegado en el LAPD, rápidamente se convirtió en su detective más inteligente. Su tasa de resolución de casos, ayudada por los soplos de Janikyan sobre sus rivales,

era la más alta del departamento.

Los Armenian Bros lo habían hecho más rico de lo que jamás había imaginado. No solo le pagaban por dejar caer casos, permitir que los criminales quedaran libres, hacer la vista gorda, sino que también recibía bonificaciones por atacar a pandillas rivales basándose en sus informaciones.

Escogió a dedo a los policías para unirse a su pandilla. No cometió los errores que habían cometido los Blue Brothers. Nada de tatuajes, ni apretones de manos secretos, ni identificaciones que los delataran. Todos ellos creían en la superioridad blanca, pero no actuaban de ninguna manera que pudiera revelarlo.

Por eso Dade no tuvo éxito, pensó con orgullo. *No pudo encontrar ninguna señal de que existiéramos como pandilla. Y esas mujeres que trajo, Difiore y Quindica, no pudieron encontrar nada. No trabajamos de ninguna manera obvia.*

Cruz había sido su primer recluta, y entre los dos hicieron crecer su grupo secreto hasta treinta miembros, una mezcla de detectives y oficiales de patrulla.

Se había enterado de quién era realmente Matt Lasko cuando vio al policía reunirse con Dade en el estacionamiento de la jefatura, una noche. Eso había despertado sus sospechas, y había investigado todo lo que pudo sobre el detective. Dio en el clavo cuando visitó Dallas, entrevistó a los vecinos de la familia Lasko y descubrió la relación del jefe con el policía. No dejó entrever que lo sabía, y cuando descubrió que era el policía quien le había proporcionado información interna sobre los Blue Brothers, supo lo que tenía que hacer.

Lasko tenía que morir. Era inteligente, tenaz y un riesgo para Matteo y su pandilla.

Tuvo suerte cuando el detective se enteró de la presencia de Covarra en Jesse Street. Ignoró los mensajes del oficial, suponiendo que el Street Front se encargaría de él.

Salió como esperaba, pensó con satisfacción. *Parece que no se recuperará. Todavía está conectado a tubos. Incluso si lo hace, no hay nada que pueda hacer. Diré que estaba ocupado en otra investigación si me acusa de no proporcionar refuerzos. Dade no pensará nada al respecto. Cree que soy su mejor detective.*

En cuanto a Grogan. Sus manos se cerraron en puños. *No será una amenaza por mucho tiempo. Estaré allí cuando Janikyan lo mate.*

92

El teléfono de Cutter vibró a las nueve de la noche.

Tragó la barra de proteínas que estaba comiendo y la pasó con un sorbo de agua. Revisó la casa con sus binoculares de visión nocturna y respondió la llamada.

—¿Sí?

—Grogan —se regodeó Janikyan—. ¿Cómo se siente ser el hombre más buscado de la ciudad?

—No muy diferente a como te sientes tú todos los días y noches.

—Yo sigo siendo un hombre libre.

—Yo también.

No hay nadie en la casa. Parece que no ha enviado a sus matones allí.

Revisó su teléfono para ver los rastreadores GPS que había plantado. Zohrab estaba en la casa de Little Armenia, pero no había ningún otro punto verde en esa ubicación. *La señal de ese soluble ha muerto.*

—Deberíamos reunirnos —declaró el armenio.

—¿Para que puedas matarme?

—No necesito hacerlo. Te daré lo que quieres.

—¿Y qué es eso?

—Las personas que dispararon a tus amigos.

—¿Sabes quiénes son?

—Te los presentaré. En persona.

—Dime quiénes son.

—No, tenemos que reunirnos para eso.

—Me estás tendiendo una trampa.

Justo como lo has hecho todo el tiempo.

—¿Por qué haría eso?

—Porque sabes la amenaza que represento.

—Basta de charla. ¿Quieres a los asesinos o no?

—Sabes que los quiero —gruñó—. Pero no confío en ti. Nos reuniremos en un lugar de mi elección.

—No...

—Entonces no habrá reunión.

—Espera —le pidió Janikyan rápidamente—. ¿Dónde tenías en mente?

—En esa misma casa en Beverly Hills donde los mataron. Mañana. A las nueve de la noche.

—¿Allí? —estalló sorprendido el líder de la pandilla—. ¿Por qué no en otro lugar?

—Quiero matarlos en el mismo lugar donde asesinaron a mis amigos.

—¿No temes que te mate?

—¿Tú, matarme? —resopló—. Janikyan, cuenta cuántas oportunidades has tenido para capturarme. Ahora, cuenta cuántas veces lo has logrado. Eres tú quien debería temer encontrarse conmigo.

—El dolor no le teme a ningún hombre.

—Tenemos una cita, en ese caso. Mañana. En esa casa.

—SERÁ MAÑANA —LE DIJO JANIKYAN A MATTEO—, EN ESA MISMA CASA.

—¿Beverly Hills? —El detective miró fijamente la oscuridad de la noche—. ¿Por qué aceptaste encontrarte allí?

—Él lo pidió. No estaba dispuesto a reunirse en ningún otro lugar.

—¿Cómo sonaba?

—¿Qué importa eso? —preguntó el armenio exasperado—. Lo acabaremos mañana y volveremos a nuestros asuntos.

—¿Estaba preocupado? ¿Asustado?

—¿Grogan? Sin expresión en su voz.

—Es una trampa. —Matteo se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—¿Trampa? —preguntó Janikyan enfadado—. ¿Cómo es posible? No puede llevar a la policía allí. Tú lo estás buscando.

—Y yo sabría si se hubiera acercado al jefe.

—Exactamente.

—Sospechamos que llevaba algún tipo de cinturón explosivo en la reunión de Covarra. Así es como se mantuvo con vida.

—Que lleve lo que quiera —dijo Janikyan—. Tenemos un as bajo la manga. La mujer que rescató.

—¿Qué mujer?

—Brae. Solía ser la novia de un pandillero de Street Front.

Matteo aclaró su expresión al recordar el incidente. —Moe —suspiró suavemente.

—Sí. Grogan puede poner la trampa que quiera. Estaremos listos para él.

93

Cutter bajó la colina rápidamente, corriendo entre las casas y aminorando el paso a un caminar casual cuando pasaba frente a ellas.

Se acercó con cautela a la curva cerrada y no vio tráfico, ni coches estacionados, ni paseadores de perros o corredores.

Contuvo la respiración mientras saltaba sobre las puertas metálicas de la casa y exhaló aliviado cuando no se activó ninguna alarma ni se encendieron las luces.

Revisó el patio exterior para ver si la policía había instalado cámaras de seguridad, pero no vio ninguna.

Examinó el césped en la parte delantera de la casa, la puerta y el muro contiguo. Probó la puerta principal y la encontró cerrada.

Fue a la ventana lateral por donde había entrado la vez anterior. Nada parecía haber cambiado. El mismo aire viciado, el olor de una casa sin usar. Revisó todas las habitaciones y salió al patio, que estaba parcialmente cubierto por un techo. Su rostro se tornó sombrío cuando vio las manchas oscuras en el concreto. *Nadie se molestó en limpiar las manchas de sangre.*

Fue al frente de la casa y se dirigió al garaje en el costado. Cortó el candado con los cortapernos que había traído consigo e inspeccionó el contenido.

Encontró lo que buscaba, ordenadamente dispuesto en un estante en la pared. Cinta adhesiva de color neutro, latas de pintura de varios colores, una bolsa de cemento y, colgada en la pared, una pala. Un montón de baldosas, tiras de moldura para techo, rollos de césped y sacos de tierra fueron un extra.

CUTTER FUE AL CÉSPED Y DEJÓ CAER AL SUELO LA BOLSA DE ARMAS Y LA MOCHILA. SE arremangó y se puso a trabajar.

Cavó varios agujeros estratégicamente en el césped y en la base del muro. Ensambló bloques de C4 con detonadores y temporizadores. Se reclinó sobre sus talones y se limpió el sudor de la frente.

¿Cuándo necesito que explote la primera?

¿Cuarenta y cinco minutos después de mi llegada?

Lo pensó y asintió. Ajustó el temporizador de la primera bomba y la enterró en el primer agujero, cerca de las puertas. Programó los otros explosivos para que detonaran a intervalos aleatorios después y los enterró también.

Cubrió los agujeros con tierra y césped donde era necesario, se puso de pie y examinó

críticamente su trabajo. Ajustó un parche de hierba aquí, rastrillo tierra allá con sus dedos, hasta que finalmente quedó satisfecho de que el patio delantero y el césped pasarían la inspección.

No estarán buscando explosivos.

Estaba seguro de eso.

CUTTER ENTRÓ EN LA CASA Y CORTÓ MOLDURAS DE LOS TECHOS DE VARIAS HABITACIONES Y plantó más explosivos detrás de ellas. Recorrió la casa buscando baldosas sueltas. Las sacó cuidadosamente cuando las encontró y enterró bombas en los agujeros que hizo debajo de ellas.

El sudor corría por su rostro cuando llegó al patio. *Es concreto. No tengo el equipo para excavarlo.*

Observó las grandes macetas en las esquinas, secas desde hace tiempo. *Esas servirán*. Quitó la tierra, plantó sus explosivos y los cubrió con una nueva capa. El muro bajo que colgaba sobre el acantilado tenía dos postes de luz ornamentales en las esquinas. Los convirtió en bombas insertando C4 en sus huecos, luego se limpió las manos en sus pantalones de camuflaje.

Entró en la casa y pegó fundas con cinta adhesiva en la parte trasera de las patas de varias sillas. Insertó cuchillos de cuatro pulgadas en ellas y las pintó encima, con un color que combinara con la madera. Arrastró una mesa de café de cristal al patio mientras se secaba la emulsión.

Revisó las sillas cuando volvió adentro. Una mirada de cerca revelaría la cinta y la parte inferior de la empuñadura. *Tendrá que servir*, pensó, encogiéndose de hombros. Sacó los cuchillos para comprobar que se movían libremente en sus fundas y los volvió a colocar en su lugar.

Sacó las sillas y las dispuso alrededor de la mesa, con un par a cada lado de la puerta corrediza.

Janikyan y Matteo vendrán a la casa y saldrán al patio cuando vean los muebles.

Era una estrategia de guerra que había aprendido en Delta. Atraer al enemigo al campo de su elección.

Se inclinó sobre el muro bajo y dejó que la brisa refrescara su rostro mientras contemplaba el panorama de la ciudad extendida debajo de él.

Podría ser la última vez que vea Los Ángeles así, pensó sombríamente. *Vivo.*

94

—*Grogan* —se jactó Janikyan—. *¿Qué se siente ser el hombre más buscado de la ciudad?*

Zeb escuchó junto con su equipo mientras Beth reproducía la grabación en su teléfono.

Estaban en su habitación de hotel, jugando a las cartas, viendo la televisión o leyendo, cuando ella chasqueó los dedos para llamar su atención sobre la llamada.

—¿Esto fue anoche? —apagó la grabación cuando terminó.

—Sí, a las nueve de la noche.

—¿Qué está planeando? —preguntó Chloe, con una mirada de preocupación en sus ojos—. No puede entrar ahí solo. Lo matarán.

—Estoy seguro de que lo sabe —Bear alcanzó la cesta de frutas, inspeccionó una manzana críticamente, la pulió contra su camisa y le dio un mordisco con entusiasmo—. Habrá planeado su escape.

—¿Cómo? —lo desafió su novia.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió con un encogimiento de hombros impotente—. No puedo leerle la mente.

—Estaremos allí —dijo Bwana, una afirmación, no una pregunta.

—Sí —Zeb sonrió brevemente—. Pero no nos mostraremos. ¿Podremos escuchar...?

—Ese teléfono está grabando todo —la coleta de Beth rebotó mientras asentía con la cabeza —. Cualquier cosa que haga, cualquiera que hable cerca de él, lo escucharemos.

—¿Dónde está ahora?

—En Beverly Hills —respondió Meghan. Giró su teléfono para mostrarles la ubicación de Cutter, un punto rojo en el costado de la colina—. Pasó la noche allí. Solo.

Eso es lo que yo haría también. Zeb miró la pantalla y se imaginó la colina donde estaba su amigo. *Estaría allí arriba, sobre la casa, observando, esperando, preparándome para el enfrentamiento.*

CUTTER DESPERTÓ AL AMANECER, REVISÓ LA CASA CON SUS BINOCULARES Y NO ENCONTRÓ rastro de visitantes.

Hizo ejercicio durante una hora y se quitó la camisa para dejar que la brisa refrescara su cuerpo.

Abrió una barra de proteínas y la comió lentamente. La siguió con una pieza de fruta y bebió

agua. Se limpió las manos en los pantalones y encendió su teléfono.

Llegué a Los Ángeles hace veinticinco días, comenzó a grabar. *Para reclamar los cuerpos de mis amigos y averiguar quién los había matado.*

Narró sucintamente cada incidente desde su llegada y terminó media hora después. Compuso un correo electrónico para Difiore y adjuntó el archivo de audio. Lo programó para ser enviado al día siguiente. Finalmente, subió la grabación a su cuenta de almacenamiento en la nube.

Se colocó dos tiras de velcro hechas a medida, una en cada muñeca. Tenían bucles magnéticos que se estiraban para acomodar lo que se insertara en ellos.

Metió el mango de su Benchmade en ellos y probó que sujetaran la hoja firmemente. Lo hacían.

Vació su mente y volvió a observar.

CHLOE CONTUVO BRUSCAMENTE LA RESPIRACIÓN CUANDO MEGHAN REPRODUJO EL ARCHIVO DE audio una hora después. Nadie más mostró emoción alguna. Escucharon en silencio en la habitación de Zeb, y cuando la grabación terminó, Bwana se puso de pie, se estiró, hizo crujir sus nudillos y comenzó a limpiar su Glock.

CUTTER OBSERVÓ LA LLEGADA DE LOS DOS SUVS A LAS OCHO DE LA NOCHE. RECONOCIÓ A Janikyan, quien fue apresuradamente escoltado dentro de la casa por varios sicarios. *¿Estaba Zohrab entre los hombres?*

Revisó su teléfono y no encontró ningún punto verde en la aplicación. *El rastreador se ha muerto o lo ha descubierto y destruido.*

¿Cambiaba eso algo? Lo consideró por un momento y luego negó con la cabeza.

No, no lo hacía. *Debo haberlo pasado por alto. Estará allí con Janikyan. El líder de la banda no va a ninguna parte sin él.*

Vio movimiento dentro de la casa a través de las ventanas. *Registrarán la casa para asegurarse de que esté vacía*. Esperaba que no descubrieran los cuchillos o los explosivos.

Los vehículos se alejaron cuando el último de los pandilleros había entrado y la calma volvió a la calle.

Cutter bajó la colina a las ocho y cuarenta y cinco de la noche.

95

Dejó su mochila y la bolsa de armas en la colina, bien escondidas dentro de un matorral, cerradas con llave.

Llevaba consigo su Glock, varios cargadores de repuesto y su cuchillo. Sin disfraz. Ya no había necesidad de eso. Tampoco llevaba armadura. *Me registrarán y me la quitarán.*

Bajó como un espectro, deslizándose entre las sombras de los árboles y luego hacia la calle. Una figura alta y esbelta que aprovechaba la oscuridad de la noche mientras se acercaba a la casa.

Se sentía vacío, relajado; sabía que estaba en su estado más letal en esa condición.

Cómo me sienta no importa. O saldré vivo de esto, o estaré muerto.

Llamó a la puerta metálica a las nueve de la noche.

DIEZ MILLAS AL ESTE, MATT LASKO ABRIÓ LOS OJOS.

TOROS HIZO LA LLAMADA AL MISMO TIEMPO. SABÍA QUE JANIKYAN LO MATARÍA SI EL LÍDER DE LA pandilla se enteraba, pero, ¡qué diablos! Covarra pagaba bien por su información.

—Hay una reunión en Beverly Hills —le dijo a Salazar—. Ahora mismo. Janikyan y Grogan.

El asistente corrió hacia su jefe tan pronto como colgó. —Sé dónde estará Grogan —soltó de golpe.

Quince minutos después, Covarra y Salazar salieron de su casa de seguridad, junto con varios sicarios.

ZEB REVISÓ BEVERLY GROVE DRIVE DE ARRIBA A ABAJO. SIN TRÁFICO. LOS DOS SUV EN LOS que habían llegado estaban bien adentro en las entradas de dos casas vacías adyacentes.

—¿Esperas problemas? —Meghan se unió a él y miró hacia la colina. La curva en horquilla apenas era visible en la noche, pero la casa era inconfundible.

—Tengo esa sensación.

—Beth y yo bajaremos la colina —dijo ella. Conocían bien su radar interno—. Vigilaremos los vehículos que se acerquen y te avisaremos si vemos algo sospechoso.

—Y —añadió Chloe, que se había acercado a ellos—, Bear y yo subiremos y revisaremos los

autos que bajen.

—Está aquí —gritó un pandillero hacia la casa, mientras abría la puerta y registraba a Cutter.

96

Cutter presionó dos veces el botón de volumen de su teléfono, levantó ambas manos y entró.

Las puertas se cerraron tras él mientras un matón lo empujaba hacia la casa.

Examinó el patio con el rabillo del ojo mientras subía por el camino. *Nada parece alterado. No parece que hayan encontrado los explosivos.*

Subió al porche y atravesó la entrada principal.

—Sigue —gruñó un sicario detrás de él.

Continuó adentrándose en la casa, a través de habitaciones oscuras, hasta que llegó al patio.

Janikyan estaba sentado en una silla, flanqueado por dos matones, con la espalda hacia el muro bajo sobre el acantilado.

—Me preguntaba si vendrías —el armenio esbozó una sonrisa, pero sus ojos permanecieron fríos.

Cutter observó casualmente a los hombres reunidos y dejó de contar después de llegar a seis.

¿Dónde está Zohrab? No está aquí.

—¿Por qué no habría de venir? Te lo dije, quiero respuestas —levantó las manos más alto cuando un matón lo registró y le quitó su Glock, el cuchillo y todos sus cargadores. El sicario le palpó los bolsillos y sacó su teléfono. Comprobó que estuviera apagado y lo colocó encima de las armas que estaban en el suelo, a un lado.

DIFIORE ESTABA CON QUINDICA EN LA OFICINA DE DADE CUANDO SU TELÉFONO VIBRÓ. *NO, NO reconozco ese número. No contesto llamadas de desconocidos.*

Sin embargo, algo le impidió rechazarla. Reconoció la voz de Cutter al instante cuando aceptó la llamada y escuchó su *¿Por qué no habría de venir?* Activó el altavoz, colocó el dispositivo sobre el escritorio del jefe e hizo un gesto pidiendo silencio.

—ERES ALGO ESPECIAL —DIJO JANIKYAN CON ADMIRACIÓN—. ESTÁS SOLO, RODEADO POR MIS hombres, y aun así aquí estás. No pareces asustado. Cualquier otra persona no habría venido.

—Sabes por qué estoy aquí —Cutter dio un paso más cerca. Otro paso y estaría en la mesa.

Sintió movimiento y miró hacia atrás para ver a dos matones acercarse a él. Tenían las manos sobre sus rifles de asalto, alertas ante cualquier movimiento que hiciera.

Janikyan chasqueó los dedos, como si se hubiera olvidado.

—Quieres saber quién mató a tus amigos.

Se escucharon pasos acercándose antes de que Cutter pudiera responder. Matteo y Cruz entraron al patio, seguidos por más pistoleros.

—Fuiste tú todo el tiempo —dijo, dirigiéndose al detective principal con desprecio—. Me engañaste desde el principio. Diablos —escupió fríamente—, yo estaba en el mismo lugar. Aquí, sobre esas manchas de sangre, cuando tú, Cruz y Estrada me encontraron. Me mentiste. Me dijiste que hubo un tiroteo entre pandillas...

—No mentí —el rostro y la voz de Matteo eran inexpresivos—. *Hubo*...

—¿Dónde está Estrada?

—Él no está involucrado.

—¿Cómo se siente ser un traidor? ¿Por qué, Matteo? ¿Por qué ustedes dos se unieron a Janikyan? Ambos son dos de los mejores policías de la LAPD. ¿Por qué cruzaron la línea?

—¿Cómo lo descubriste? —el detective principal ignoró su pregunta.

—Cometieron errores. Deberían haber comprobado a Lasko. Se recuperó brevemente... lo suficiente para que los médicos le quitaran los tubos. Les dijo a las enfermeras que ustedes no vinieron.

—¿Cómo sabes eso?

—Las escuché hablar. Ese tiroteo en el hospital, fui yo, por si no lo habían deducido.

—¿Eso fue suficiente para ti? —preguntó Matteo sin expresión—. ¿Solo esas palabras?

—Tu amigo —dijo Cutter sarcásticamente, mientras asentía hacia Janikyan— dejó escapar que Los Ángeles no era como Camerún.

El detective cerró los ojos momentáneamente, asqueado consigo mismo.

—Eso estaba en tu expediente militar.

—Sí. Entonces supe que tenía a alguien en la LAPD. Fue cuando les tendí la trampa.

—¿Está limpio? —Matteo se volvió hacia Janikyan, quien seguía la conversación con una sonrisa delgada.

—Sí —los ojos de Janikyan brillaron. El líder de la pandilla claramente estaba disfrutando el momento—. Sin micrófono, no tiene respaldo. Sin cinturón explosivo, sin armas.

—Mátalo. Terminemos con esto.

—¿Quién mató a mis amigos?

El estómago de Cutter se tensó cuando dos personas más llegaron al patio.

Brae, con la boca tapada, las manos atadas a la espalda, una mirada de terror en su rostro, y detrás de ella, Zohrab, con una sonrisa malvada en su cara.

—Déjala ir —dijo Cutter con voz hueca mientras se volvía hacia Janikyan—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Es un seguro —dijo el gángster, sonriendo—. Ya te conocemos. No habrías venido aquí por tu cuenta sin una salida. Con ella aquí —se rio salvajemente—, se acabó, Grogan. Aquí es donde mueres.

Brae hizo ruidos ininteligibles detrás de su mordaza y sacudió la cabeza furiosamente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Janikyan irritado.

—NO SÉ QUIÉN ES ÉL. POR FAVOR, DÉJENME IR. NO LE DIRÉ NADA A NADIE —exclamó ella cuando Zohrab le arrancó la cinta de la boca.

El líder de la pandilla la miró extrañamente por un momento y luego sonrió con complicidad.

—Por supuesto —asintió—. Grogan, nunca le mostraste tu verdadero rostro, ¿verdad? Por eso no te reconoce.

—Él fue quien mató a tu novio —le dijo con desprecio—. Y te llevó al Centro Lintock.

Pensó que estarías a salvo allí. ¡A salvo de nosotros! —resopló.

—Cállala —ordenó fríamente antes de que Brae pudiera hablar.

Zohrab la abofeteó casualmente, le aplicó la cinta en la boca y la empujó a una silla.

Cutter apartó la mirada cuando ella cayó pesadamente. *Esa mirada en su rostro... Tengo que salvarla, pase lo que pase conmigo.*

—¿Ella es tu seguro? —se encogió de hombros con desprecio—. Mátala y entonces perderás cualquier ventaja que tengas sobre mí. ¿Pensaste en eso?

Por las miradas que intercambiaron Matteo, Cruz y Janikyan, no lo habían hecho.

—Vine aquí por respuestas —dijo Cutter—, no para salvar la vida de nadie. ¿Quién mató a Arnedra y Vienna?

Janikyan se sorprendió por su respuesta indiferente por un momento. Se recuperó y sonrió con desprecio.

—¿No lo has descubierto aún?

Hizo una pausa dramática por un momento.

—Fuimos Zohrab y yo. Con los rifles que tienen los hombres detrás de ti.

97

—Están en esa casa de Beverly Hills —Difiore levantó la cabeza del teléfono en el que tenían clavada su atención.

—Tu grupo de trabajo. —Dade se levantó bruscamente y se puso la chaqueta —. ¿Pueden manejar esto?

La detective de la NYPD se tomó un momento para asimilar su significado. *No confía en el equipo de Matteo. No sabemos quién más está involucrado allí.*

—Sí —respondió.

—Vamos.

Éramos Zohrab y yo.

La declaración de Janikyan pareció resonar en la noche.

Cutter era consciente de los pequeños detalles.

El tic en la mejilla de Matteo, su mirada oscura. Un zapato chirrió cuando alguien cambió de peso detrás de él. Una polilla voló cerca de la luz de la esquina y desapareció en la noche. El aullido de una sirena distante.

Algo se asentó en él.

—¿Por qué tuvieron que matarlos?

—Nos vieron a mí y a Cruz —respondió Matteo— con Janikyan.

—¿Por qué estaban aquí?

—Vinieron a ver la puesta de sol.

—Se escondieron cuando llegaron todos los tiradores —adivinó Cutter—, pero luego llegaron ustedes y...

—Tenían que morir. —Los ojos de Janikyan brillaban con una luz impía.

—¿Por qué los torturaron?

—Eso fue obra de Zohrab.

—¿Por qué?

—Me gusta. —El guardaespaldas se encogió de hombros—. Me gusta ver sufrir a la gente.

—¿Y tú? —Cutter desafió a Matteo—. ¿Estabas allí? ¿Lo viste todo?

Los labios del detective se tensaron. Apartó la mirada de la intensa mirada sobre él. —Le dije a Janikyan que los matara. La tortura y la violación eran innecesarias.

—Nadie me dice a mí ni a mi gente lo que tiene que hacer —declaró el gángster.

—Los mataron —dijo Cutter con amargura—, solo porque estaban allí. Para ver la puesta de

sol.

ESTABA MEDIO GIRADO HACIA JANIKYAN, QUE SEGUÍA SENTADO, HACIA SU IZQUIERDA. A UN PASO de distancia. Matteo y Cruz junto al hombro derecho del líder de la banda.

Zohrab está a mi derecha, a varios pasos de distancia. Muchos más pandilleros detrás de mí, y Brae. Ella no está en la línea de fuego.

El ataque era la mejor defensa.

Cutter arremetió contra la mesa de cristal con su pierna derecha y destrozó su superficie. Retrocedió sobre su pierna izquierda, mientras los pandilleros y los policías se agachaban para evitar los cristales que volaban. Giró con suavidad, le dio una patada giratoria en la cabeza al matón que tenía detrás y lo envió contra su vecino.

—NO LE DISPAREN —gritó Janikyan—. LO QUIERO VIVO.

Un pandillero se abalanzó sobre Cutter y lo golpeó furiosamente. Otro matón le dio una patada, mientras un tercer tirador le golpeaba en el vientre con la culata de su rifle.

Se tambaleó y cayó sobre la silla de Brae con la espalda hacia los matones. Apoyó su mano izquierda contra el brazo de la silla y deslizó la derecha hacia abajo. Sintió instintivamente la empuñadura del cuchillo oculto y encajó el lazo magnético de la tira de velcro sobre él.

—Quédate quieta —le susurró a Brae justo antes de que lo arrastraran salvajemente hacia atrás. Cogió el puño de la manga derecha con los dedos, la arrastró sobre la hoja, se dio la vuelta para enfrentarse a quien lo había tirado y se dobló de dolor cuando un puño aterrizó en su vientre.

—¡ATRÁS! —gritó Zohrab a sus hombres—. ¡ES MÍO!

—Mátalo —gritó Matteo con rabia—. Mátala a ella también. No perdamos el tiempo.

—¡No! —gritó el guardaespaldas—. Lo haré a mi manera.

Agarró el pelo de Cutter y le levantó la cabeza con violencia.

—No hiciste una pregunta —gruñó—. No preguntaste quién las violó. Fui yo. Ahora, violaré a esa mujer, Brae, delante de ti. La mataré y luego será tu turno.

COVARRA IBA EN EL PRIMER VEHÍCULO CON SALAZAR A SU LADO. ÉL Y SU SEGUNDO, EL conductor y dos pandilleros más, con un segundo SUV detrás de ellos.

—Ve más rápido —instó mientras su vehículo empezaba a subir por Beverly Grove Drive—. Quiero llegar a Grogan antes de que Janikyan haga algo.

—Tendremos que abrirnos paso a tiros.

—Estoy deseando que llegue ese momento, Fuse —gruñó entre dientes—. Esos armenios... podemos acabar con ellos en esa casa.

Levantó su rifle de asalto y estaba mirando por la mira cuando un SUV oscuro salió de un camino de entrada y los embistió. La fuerza del impacto los hizo salirse de la carretera y estrellarse contra una farola.

Covarra se quedó aturdido y en estado de shock mientras el vapor se elevaba desde debajo del capó. Algo goteaba desde su frente hasta su mano. Sangre. La miró sin comprender durante un momento y luego se dio cuenta de que su cabeza debía haberse golpeado contra su arma.

Levantó la cabeza cuando percibió movimiento.

Fantasmas fue su primer pensamiento sobre las sombras que salían de la noche y atravesaban el vapor.

—¡FUSE! —gritó cuando vio las armas en manos de los intrusos. Sacudió a Salazar y miró hacia atrás para descubrir que el segundo vehículo había sido embestido por otro SUV.

Se dio la vuelta cuando su vehículo se estremeció y vio a un hombre grande, con la piel como carbón oscuro, los ojos blancos y los dientes descubiertos en un gruñido feroz, que se había subido al capó abollado y, mientras observaba, vertió una ráfaga de plomo a través del parabrisas que acabó con el conductor y Fuse.

—¡NO! —rugió Covarra mientras oía el crepitar de los rifles de asalto y levantaba su arma.

No llegó a disparar.

Algo destrozó su ventana y un cañón le rompió los dientes.

—Dime —preguntó una voz suavemente. Cuando miró al que hablaba, un hombre delgado de ojos insondables, vio la muerte—. ¿Quién le disparó a Matt Lasko?

CUTTER SE DEJÓ LEVANTAR POR ZOHRAB, QUIEN TIRABA DE SU CABELLO. SINTIÓ EL PUÑO DEL guardaespaldas golpearlo y gimió.

—Lo disfruté —se jactó el armenio—. La mirada en sus ojos cuando se dieron cuenta de lo que iba a hacer.

Fue transportado a Afganistán.

ZEB Y ÉL, CON EL TORSO DESNUDO, BAJO EL SOL ABRASADOR EN LA CORDILLERA DEL HINDU KUSH. Su amigo había estado enseñando a Cutter y su equipo tácticas de lucha con cuchillos.

—No. —Su amigo esquivó fácilmente su embestida—. Lo estás haciendo mal.

—¿En qué sentido? —jadeó Cutter mientras giraba para enfrentar a su amigo.

—No es tu técnica. Esa está bien. Lo estás pensando mal. Ese cuchillo. —Zeb señaló la hoja en la mano de Cutter—. Aún lo consideras tu arma.

—¿Eh? ¡Lo es!

—¡El arma eres tú!

CUTTER SE LANZÓ HACIA ADELANTE CON EL RECUERDO REPRODUCIÉNDOSE EN SU MENTE. LA HOJA oculta se deslizó en su palma como si fuera una extensión de su cuerpo. Se abalanzó sobre Zohrab antes de que el armenio pudiera evadirlo y le clavó el cuchillo profundamente en el pecho.

El guardaespaldas se tambaleó hacia atrás por la fuerza del impacto, en dirección al muro bajo que daba al acantilado. Cutter lo apuñaló dos veces más en el pecho antes de que el hombre se recuperara lo suficiente para gritar a los pandilleros: —¡NO! NO NECESITO AYUDA.

Zohrab rodeó a su atacante con los brazos y lo aplastó en un abrazo de oso, como si las heridas —que estaban tiñendo su camisa de rojo— no fueran nada.

Era justo la presa que Cutter necesitaba. Ignoró los brazos que lo envolvían como bandas de acero, apretando sus costillas, dificultándole la respiración. Hizo caso omiso de los gritos y alaridos de los armenios detrás de ellos. Zohrab lo miró con desdén, sus ojos entrecerrados por la ira.

Lo disfruté.

Las palabras del guardaespaldas volvieron a Cutter. Apuñaló de nuevo, justo sobre el pecho

del matón. Y otra vez, y otra, robóticamente, mientras recordaba los momentos que había pasado con Vienna y Arnedra, sus risas alegres. Su brazo seguía moviéndose mecánicamente mientras su respiración se entrecortaba por el castigo del aplastante abrazo.

Estaban pegados contra el muro bajo, más allá y debajo de ellos las luces del centro de Los Ángeles, invitándolos tentadoramente.

Cutter gimió mientras Zohrab seguía aplicando su monstruoso aplastamiento. Su mano se sentía lenta mientras retiraba el cuchillo de la carne del guardaespaldas con un horrible sonido de succión. Sacudió la cabeza para aclarar su visión y, cuando el agarre del armenio se aflojó, lo apuñaló en la garganta.

El gemido del matón hizo eco. Sus brazos se aflojaron.

Cutter le dio un rodillazo en los testículos con toda su fuerza, lo que hizo que Zohrab bajara las manos.

¡Ahora!

Había espacio para maniobrar.

Apuñaló al matón en su ojo derecho, retiró el cuchillo y lo hundió en el izquierdo.

Se agachó para poner sus hombros contra el pecho del guardaespaldas, mientras el hombre chillaba.

Cutter rodeó el cuerpo de Zohrab con su mano izquierda y, con un rugido de esfuerzo, se enderezó para levantar al armenio en un agarre de bombero. Dio un paso hacia el muro y, con un tremendo impulso, lo arrojó por el acantilado.

Se giró para enfrentar a Janikyan, quien parecía conmocionado por la rapidez con la que todo había sucedido, como si esperara que su guardaespaldas reapareciera milagrosamente por encima del muro.

Cutter todavía estaba en desventaja numérica y enfrentando a matones bien armados. Lo único que tenía a su favor era la fracción de momento de sorpresa.

Y los explosivos.

—¡MÁTENLO! —gritó Matteo con rabia.

Los explosivos en la entrada detonaron antes de que alguien pudiera reaccionar. La casa se sacudió y una ventana se hizo añicos en el interior.

Todos se quedaron paralizados.

—Adelante —provocó Cutter a Janikyan—. Dispárame. He cableado toda la casa. Solo yo sé dónde están las bombas. ¿Cómo saldrás si me matas?

—¡ESTÁ MINTIENDO! —gritó Matteo—. ¡MÁTENLO! TERMINEMOS CON ESTO.

Un trozo de concreto cayó cuando otro explosivo detonó. Más bombas explotaron dentro de la casa en rápida sucesión.

Los pandilleros permanecieron indecisos, buscando su señal en Janikyan. El rostro del líder de la pandilla se retorció de rabia mientras levantaba la mano para ordenarles que dispararan.

Lo intenté. No puedo dispararles a todos. Cutter se preparó para el impacto de las balas. Miró a Brae con impotencia. *No puedo salvarla.*

El poste de luz detrás de Janikyan explotó y destruyó una sección del muro.

98

—¡La casa se está derrumbando! —gritó Cruz mientras una lluvia de concreto y azulejos caía sobre ellos. Agarró a Matteo por el codo y lo arrastró hacia la salida.

Su advertencia y la pronunciada inclinación del suelo del patio desataron la estampida.

Los pandilleros armenios se olvidaron de dispararle a Cutter. Siguieron a los detectives mientras se apresuraban hacia la puerta corrediza y luchaban por salir mientras las bombas restantes explotaban en la casa.

—¡Tú no! —Cutter se abalanzó sobre Janikyan, que corría hacia la salida, lo agarró por la camisa y lo tiró al suelo. Giró la cabeza y recibió la patada del líder de la pandilla en el costado del cuello, un golpe que hizo que su arma se deslizara por el suelo.

—¡AGARRENLO! —ordenó el jefe de los Bros justo cuando el segundo poste de luz explotó y los envolvió en la oscuridad.

Ninguno de sus hombres lo escuchó. Siguieron su instinto de autopreservación en una huida frenética.

Cutter golpeó a Janikyan en el estómago y rodó hacia Brae mientras el suelo del patio se inclinaba aún más, el borde inestable del acantilado debajo de él se desplazaba tras las explosiones. Le arrancó la cinta de la boca y la empujó hacia las puertas del patio.

—Vete —le susurró—. Nadie te detendrá. Habrá policías afuera. Te mantendrán a salvo. *No estoy seguro de eso. Difiore podría haber ignorado mi llamada*. Pero ella no necesitaba saberlo.

Se giró para ver al líder armenio ponerse de pie y se lanzó de nuevo contra el pandillero. Su impulso los hizo atravesar la puerta, justo a tiempo, cuando el patio se estremeció y se inclinó en un ángulo antinatural.

El armenio gruñó de rabia y lo golpeó con los puños. Cutter trató de agacharse y evadir mientras intentaba inmovilizar al líder de los Bros, pero el hombre era delgado y rápido.

Tengo que acabar con él antes de que la casa se derrumbe. Podía oír el techo cayendo mientras sonaban más detonaciones. Apretó los dientes, puso sus manos alrededor del cuello del hombre y apretó.

Janikyan gruñó. Sus ojos se estrecharon de rabia. Sus manos arañaron el suelo desesperadamente, y una de ellas encontró un rifle de asalto abandonado. No podía enderezarlo y en su lugar lo usó como un ariete.

Cutter recibió el golpe en la sien. Su cabeza dio vueltas y casi perdió el agarre, pero siguió apretando. El armenio maldijo y juró, lo golpeó repetidamente en la cabeza y el costado del cuerpo, pero él se mantuvo firme.

—Tú —rugió— los mataste. —Hundió sus pulgares en la tráquea de Janikyan mientras sentía

que una costilla se le quebraba por el impacto del rifle. El pandillero se retorció mientras su cara se ponía roja. Jadeó y siguió golpeando a Cutter con el rifle mientras la casa comenzaba a temblar.

Cutter sintió que perdía la conciencia por la paliza, pero no aflojó. Oyó a alguien gritándole y miró hacia arriba aturdido. No había nadie más que ellos en la casa que se derrumbaba.

—¡CUTTER GROGAN!

Piedras y mampostería cayeron cerca de ellos y los envolvieron en una nube de polvo. Se ahogó y oyó a Janikyan suplicar. Su frente se abrió y la sangre corrió por su cara cuando la culata del rifle le cortó la piel. Apretó sus rodillas con fuerza contra el pecho de Janikyan y se obligó a exprimirle el aliento al pandillero.

—¡CUTTER, SAL!

Eso no era su imaginación. Alguien desde afuera estaba llamando su nombre. No sonaba como Matteo, Cruz o alguien que conociera.

No me iré hasta que Janikyan esté muerto, pensó aturdido.

Miró hacia arriba cuando algo retumbó sobre su cabeza y vio una grieta formándose en el techo parcial sobre el patio.

—Ambos... moriremos —jadeó Janikyan débilmente.

—Me parece bien —gruñó con el esfuerzo de hablar.

El pandillero se levantó con todas sus fuerzas, pero Cutter se mantuvo firme. El líder de los Bros lo golpeó con el rifle con la fuerza que le quedaba, pero no cedió. Un bloque de concreto cayó a un pie de distancia. Miró hacia arriba otra vez y vio otro gran trozo aflojándose justo encima de ellos.

Liberó sus manos y se dispuso a zambullirse, pero Janikyan se irguió y lo agarró con ambas manos.

—No... —Sus dientes brillaron—. No... te... dejaré... escapar.

Cutter lo golpeó con la cabeza frenéticamente, sintió la inminente corriente de aire, clavó su codo en la garganta de Janikyan y se lanzó desesperadamente justo cuando el techo se derrumbó.

99

—Llámalo otra vez —espetó Difiore mientras la casa se derrumbaba frente a ellos. La nube opaca de polvo y concreto se iluminaba de manera espeluznante por las linternas que los oficiales del LAPD habían enfocado en el edificio.

El policía la miró como si fuera a objetar, pero al ver su expresión y la de la jefa de policía, levantó su megáfono y volvió a llamar.

—Se habría escapado —susurró Difiore mientras forzaba la vista para mirar a través de los escombros. Sintió que Quindica le apretaba el codo de manera tranquilizadora y parpadeó con fuerza para contener la amargura que brotaba en su interior.

Su corazón se detuvo cuando algo se movió en la neblina.

—¡ALLÍ! —se oyó gritar cuando la penumbra se disipó para revelar a Cutter, magullado, sangrando, pero vivo.

Él se tambaleó a través de los restos de las puertas mientras los policías corrían para ayudarlo. Se volvió hacia ellos cuando la oyó gritar y sonrió cansadamente.

—Difiore —se balanceó sobre sus pies—. Eso fue como en Hollywood, ¿no? Yo saliendo de esa nube de polvo.

No llores, se dijo a sí misma. ¿Por qué debería? No es como si le gustara Cutter. Era un vigilante. Era un infractor de las reglas.

Se acercó a él y le dio un puñetazo fuerte en el estómago.

—Todo esto —lo miró fijamente—, ¿solo para que pudieras tener una escapada dramática?

—Piensa cómo se verá en la televisión. Me van a inundar de entrevistas. Mencionaré tu nombre si quieres...

—No quiero que me asocien contigo.

—Serás famosa.

—¿Eso es lo que se obtiene por ser famoso? —examinó sus heridas con curiosidad.

Él hizo un gesto de *paz* y bebió profundamente de una botella de agua que le ofreció un policía. Rechazó con un gesto a un médico que se acercaba y la miró. —Viniste.

Casi ignoro tu llamada.

—¿Escuchaste todo?

—Sí —asintió ella—. También lo grabé. Matteo y Cruz —señaló con la cabeza en dirección a los policías y vehículos policiales que abarrotaban la calle— están bajo custodia. Junto con todos los sicarios armenios que escaparon.

—El SWAT habría entrado en la casa —se unió Dade—. Pero no consideraron que la casa fuera segura.

¿Por qué está mirando así? Difiore notó los labios apretados y los ojos entrecerrados de la jefa y su estómago se revolvió. *¿No está contenta de que Cutter haya salido a salvo?*

—Había una mujer... Brae, tenía las manos atadas...

—Está a salvo —respondió la jefa del LAPD—. ¿Dónde está Janikyan?

—Entre una losa de concreto y el suelo.

—Cutter.

La cabeza de Difiore se levantó de golpe al oír el tono de su voz.

—¿Señora? —preguntó con incredulidad cuando Dade puso una mano en su brazo y lo dirigió a un coche patrulla—. ¿Qué está haciendo?

—Gina —habló Quindica suavemente y puso una mano restrictiva en su hombro—. La jefa tiene razón.

Miró a la jefa del LAPD, que le devolvió la mirada sin expresión, y luego a Cutter, que le guiñó un ojo.

—Siempre has querido verme arrestado.

Lo observó con desánimo mientras se lo llevaban y se volvió hacia Dade. —¿Lasko?

—Sí. Sigue siendo el principal sospechoso del disparo a Matt.

100

Dos días después

Cutter se examinó críticamente después de ducharse. Se tocó con un dedo un moretón de aspecto desagradable en el pecho y se estremeció de dolor.

Sanará. Esa costilla rota también.

Se vistió con una camiseta y vaqueros, miró de reojo su armadura y negó con la cabeza. Ya no la necesitaría más. Condujo su Land Cruiser fuera de Heliotrope y se dirigió al hospital de Lasko en Boyle Heights. Su silbido se detuvo abruptamente cuando encontró a Difiore, Quindica y Dade junto a la cama del policía.

—Pasa —la jefa le hizo un gesto con una cálida sonrisa—. No volveré a arrestarte.

—No me quejo —sonrió—. Hiciste realidad el sueño de Difiore.

—Lo que me habría hecho más feliz —se burló la detective de la NYPD— es que no te hubieran liberado.

—Es mi culpa —dijo Lasko débilmente desde su cama—. Está libre por mí.

La sonrisa de Cutter se desvaneció mientras evaluaba al policía herido. *Todavía está mal, pero parece que se recuperará*.

El detective había recuperado la conciencia la noche del enfrentamiento en Beverly Hills, pero no había podido hablar hasta la mañana siguiente. Su declaración había exonerado a Cutter, quien fue liberado rápidamente de su detención en la cárcel del área de Hollywood.

Difiore y Quindica estaban en la acera de la avenida Wilcox para recibirlo. La agente del FBI lo abrazó fuertemente e incluso Difiore había abandonado su fachada para sonreír y chocar el puño con él. Dade también estaba presente, en un SUV discretamente estacionado. —Tuve que detenerte —le dijo, mirándolo profundamente a los ojos—. ¿Lo entiendes?

—Sí —la tranquilizó—. Estamos bien.

—No debí haberte dejado —le dijo al policía herido.

Lasko extendió la mano y le apretó el brazo. —La ciudad está más segura ahora. Covarra y Janikyan ya no están.

—¿Qué hay de Cesar?

—Quindica movió sus hilos. Se respetará mi acuerdo con él.

—Programa federal de protección de testigos —respondió la agente del FBI cuando Cutter la miró con curiosidad—. Todavía hay una amenaza para él, aunque el liderazgo de Street Front haya desaparecido.

—¿Matteo y Cruz?

—Están cantando —lo puso al día la jefa—. Confesando todo, con la esperanza de obtener una sentencia más leve.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—No. No obtendrán ninguna indulgencia —su mandíbula se endureció—. Sabía que teníamos algunos policías corruptos, pero no pensé que serían ellos.

—Nos han dado una lista de nombres —dijo Quindica cuando Dade se sumió en el silencio —. Todos los de su pandilla. Eran tan buenos que ninguna investigación de Asuntos Internos, ninguno de los grupos de trabajo de la jefa, los identificó.

—Vance y Diego también me engañaron —añadió Lasko con amargura—. Descubrieron que yo estaba cerca de la jefa y esperaban que Covarra me matara esa noche, en la calle Jesse. Me acusaron de estar confabulado con Covarra.

—Pensaron que tú también estabas en complicidad con Street Front —dijo Dade con tensión cuando Cutter pareció desconcertado—. La teoría de Vance era que por eso tú y Lasko se habían vuelto corruptos.

¿Sufrirá un golpe político? Matteo era un policía estrella. ¿La despedirá el alcalde?

No le pasará nada, Quindica adivinó sus pensamientos y le hizo un gesto con los labios.

—Cutter —Dade sintió que estaban hablando de ella y se volvió hacia ellos—. ¿Te irás pronto? ¿Dejarás Los Ángeles?

—¿Quieres que me vaya? —se rio.

—¿Quién no querría? —replicó Difiore—. La cantidad de destrucción que has causado...

—¿Quién, yo? —se señaló a sí mismo con una mirada inocente.

—Sí, tú. Un tiroteo en moto...

—Eso no fui yo.

—¿Esa casa en la calle Alice? La arrasaste hasta los cimientos.

—Soy un ciudadano ejemplar —dijo indignado—. No voy por ahí disparando a la gente o destruyendo propiedades.

—Ahórratelo —se burló Difiore—. ¿Qué te retiene aquí?

—La casa de Vienna.

—Que ahora es tuya.

—Sí, pero la voy a donar a la Fundación Lintock. Judith le dará un buen uso.

—Janikyan tiene un equipo de hackers en el este de Hollywood —le informó Dade—. Los pandilleros que escaparon antes de que derribaras la casa lo contaron todo. Hicimos varios arrestos en las últimas cuarenta y ocho horas. Esos criminales se infiltraron en el sistema de cámaras de tráfico y rastrearon tu huida y la de Brae de la casa de ese pandillero. La siguieron hasta la casa de Judith. Zohrab la secuestró de allí, cuando salió para ir de compras.

—Ella también necesita protección.

—Judith se está encargando de eso. Le he recomendado una buena empresa de seguridad. Estará a salvo.

—CUTTER —DADE LO DETUVO CUANDO SE DIRIGÍA A SU VEHÍCULO UNA HORA MÁS TARDE.

—¿Sí? —se volvió para mirarla. Difiore y Quindica, flanqueándola, lo observaban con expresiones indescifrables.

—Sabes que Covarra está muerto, ¿verdad?

—Lo vi en la televisión, sí. Salazar, él, algunos pandilleros...

—¿Algunos? —resopló la detective de la NYPD—. Había dos SUVs llenos de sicarios. Todos fueron asesinados.

—Eso escuché —dijo con suavidad.

Eso fue obra de Zeb. Beth, Meg y él también me engañaron. Estuvieron en Los Ángeles todo el tiempo. Lo había deducido cuando escuchó las noticias. *Esa aplicación que me hicieron instalar... Apuesto a que podían oír todo lo que sucedía en mi extremo. Podían rastrearme, así es como pudieron interceptar a Covarra. Tendré que preguntarles cómo sabían que esa pandilla vendría*.

—¿Quién los mató?

—No tengo ni idea, Lisa. Yo estaba dentro de esa casa. En la televisión dijeron que probablemente fueron los Armenian Bros.

—Eso es lo que hemos divulgado como nuestro sospechoso. Sin embargo, aún estamos investigando.

No encontrarán nada. No cuando Zeb está involucrado.

—Él lo sabe —lo acusó Difiore—. Es justo como ese vigilante en Nueva York.

—¿Vigilante? —los ojos de Dade se entrecerraron—. ¿Quién era ese?

—Nunca lo encontramos, fuera hombre o mujer. —La detective informó a la jefa sobre el misterioso francotirador que los había salvado de una pandilla de supremacistas blancos.

—Si no hubiera sido por él, o ella —dijo Cutter, encogiéndose de hombros y poniendo una expresión inocente—, ninguno de nosotros estaría vivo.

—Es el mismo patrón aquí también. —Los ojos de Difiore no se apartaron de él—. Tiradores desconocidos le salvan el pellejo. Si Covarra y sus hombres hubieran llegado a esa casa...

—Se habrían enfrentado a tiros con los armenios.

—Sí, pero seguro que tu truco con las bombas no habría funcionado. Street Front te quería muerto. Covarra era impulsivo. Te habría disparado.

—Este tiroteo no fue obra de una sola persona. Dos vehículos estuvieron involucrados, varias armas.

Cutter se movió incómodo cuando Dade también lo miró fijamente.

—No sé nada sobre ellos —protestó.

—Son buenos. No pudimos encontrar ninguna huella. Los casquillos gastados son imposibles de rastrear. Las cámaras de seguridad en la escena fueron inhabilitadas.

Sus ojos verdes tenían un brillo conocedor, mientras una pequeña sonrisa jugaba en sus labios. Difiore y Quindica tenían miradas similares.

¡Chloe! Ella también estuvo en la 82ª y sirvió en Afganistán. Dade debe haberla conocido. La jefa habría mantenido el contacto con la agente operativa. *Con sus contactos, no habría sido difícil para ella averiguar que son mis amigos y que están en la ciudad.*

—Si los encuentran —declaró—, denles las gracias de mi parte.

—Esos tiradores grabaron la confesión de Covarra. Que él fue quien le disparó a Lasko.

Miró sorprendido a la jefa.

—Esos tiradores me enviaron ese archivo de audio desde una cuenta falsa. No era necesario,

ya que Matt había dado su declaración para entonces. Eso no es todo. Un traficante de armas fue encontrado fuera del cuartel general, en su Hummer. Sus manos estaban atadas al volante, sus piernas atadas y su boca tapada.

Ese es Cabal. Beth y Meg deben haber descubierto dónde abandoné su vehículo y lo recuperaron.

—Había un cuaderno con él con muchas entradas, todas en código. Lo desciframos. Una lista de todas sus transacciones. A quién le compró armas, a quién se las vendió... ya hemos atrapado a varios pandilleros con esa información.

—Nada que ver conmigo. —Cutter levantó las manos—. No conozco a ningún traficante de armas.

Se subió a su Land Cruiser y lo encendió. Bajó la ventanilla cuando Dade golpeó en ella.

—¿Realmente pensaste que no lo descubriríamos?

—¿Descubrir qué? —se hizo el tonto.

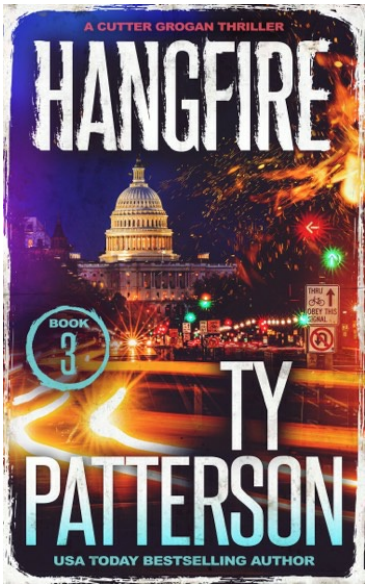
—Diles a Beth y Meghan Petersen —dijo Difiore con una sonrisa presumida—, y a Zeb Carter, que les mandamos saludos.

Se alejó conduciendo sin decir palabra y sonrió para sí mismo cuando los vio en el espejo mirándolo fijamente.

Esos policías. No podía engañarlos.

MÁS LIBROS

Haz clic aquí para descargar una novela corta gratuita



Descubre Hangfire, aquí, el siguiente thriller de Cutter Grogan

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí

CAPÍTULO EXTRA DE HANGFIRE

Cutter se encontraba en Los Ángeles, en un crematorio en Santa Monica Boulevard, cuando la tormenta eléctrica repentina estalló.

La muerte de dos amigos, asesinados en violencia de pandillas, lo había llevado a la ciudad. Al llegar, había descubierto que eran víctimas de una conspiración profundamente arraigada. Su búsqueda de los perpetradores lo había enfrentado a pandillas violentas y traidores.

Apenas sobreviví. Levantó la mirada hacia el cielo gris, surcado por destellos de relámpagos, mientras la gente buscaba refugio del repentino aguacero. *Por fin ha terminado.*

Se había refugiado bajo una palmera, pero sus frondas ofrecían poca protección contra la lluvia, que goteaba sobre su cabeza y rostro. Se acercó más al tronco.

Los últimos ritos de sus amigos se habían llevado a cabo en el crematorio, y ahora había regresado, en vísperas de su partida a casa, para pasar un tiempo a solas.

Los terrenos eran un oasis verde en la ciudad, ofreciendo calma y soledad a quienes la buscaban. El diluvio de lluvia y el cielo oscuro se ajustaban a su estado de ánimo sombrío.

Parpadeó para quitarse las gotas de lluvia de los párpados y se rio entre dientes al ver a los dolientes que partían huyendo hacia el refugio de sus coches. *Angelinos*, se burló internamente. *No pueden soportar unas gotas de lluvia.*

Se palpó el bolsillo cuando su teléfono vibró. Lo sacó y frunció el ceño. *¿Quién podría ser?* Solo un puñado de amigos de confianza tenía su número.

—¿Sí? —ladró.

—¿Cutter Grogan?

—Sí, señora —se enderezó instintivamente en respuesta a la voz refinada y anciana.

—Conseguí su número de Zeb Carter.

—Es un buen amigo, señora.

—Me lo recomendó alguien que conozco... pero cuando me acerqué a él, mencionó su nombre. Dijo que usted era más adecuado...

¿Adecuado para qué?, se preguntó cuando ella se interrumpió. No había ruido de fondo en su lado. Ni otras voces, ni sirenas, ni bocinas de coches. Solo un profundo silencio.

—Ha tenido algunos problemas con el LAPD, señor Grogan.

Parpadeó ante eso, se limpió la cara y se frotó la palma húmeda contra sus vaqueros. *Ha investigado sobre mí.*

—No soy un criminal, señora —respondió automáticamente.

—Lo sé. No le habría llamado si lo fuera.

¿Por qué me ha llamado? ¿Quién es usted?

—Perdone mis modales, señor Grogan —su voz bajó—. Soy Amy Breland.

¿Por qué me suena ese nombre?

¿Breland? ¿Amy Breland? ¿Ella?

—¿Usted es la...?

—Sí, señor Grogan —había una sonrisa en su respuesta—. Algunas personas me conocen como la Presidenta de la Cámara de Representantes.

Apuesto a que fue el Presidente Morgan quien le recomendó a Zeb.

—¿Señor Grogan, está ahí?

—Sí, señora —tragó saliva. No era como si recibiera a menudo llamadas de una de las personas más reconocidas y poderosas del país—. Respondo mejor a Cutter, señora.

—¿Cutter? Es un nombre inusual.

—Sí, señora.

—Le llaman el Arreglador, en Nueva York.

Movió los pies con vergüenza. Era un título que se había dado a sí mismo cuando había adquirido cierto grado de fama. El nombre se había quedado y le había conseguido varios clientes nuevos.

Está calibrando mis respuestas, evaluándome... por eso está alargando esto.

—Sí, señora; suena bien en la televisión.

—No le estoy juzgando, Cutter —tomó una respiración profunda—. Tengo un problema. Me pregunto si puede ayudarme con él.

—¿De qué se trata, señora?

—Es mi nieta. Lauren Breland.

¿El mismo apellido que ella?

—Larga historia —interpretó correctamente su silencio—. Mi hija y mi yerno murieron en un accidente de coche. Ella era su única hija. Me encargué de cuidarla y tomó mi apellido. Es periodista freelance, bien considerada. Está desaparecida.

—La policía...

—Estaba investigando una red de tráfico sexual en DC cuando desapareció hace aproximadamente una semana.

—Debería ir a la policía, señora. Ellos pueden ayudar mejor que yo.

—No puedo. Están involucrados en esa red.

MENSAJE DEL AUTOR



Gracias por dedicar tiempo a leer *Powder Burn.* Si lo ha disfrutado, le agradecería que lo compartiera con sus amigos y publicara una breve reseña.

Suscríbase a la lista de correo de Ty Patterson y obtenga The Watcher, una novela corta de Zeb Carter, exclusiva para los suscriptores del boletín. Únase al Grupo de Lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí.

LIBROS DE TY PATTERSON:

Zeb Carter Thrillers
Quince libros en la serie y contando
Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)
Nueve libros en la serie y contando
Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)
Dos libros y contando
Zeb Carter Short Stories
Tres libros y contando
Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)
Doce libros en la serie
Gemini Series (Universo Zeb Carter)
Cuatro thrillers en la serie
Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)
Seis novelas cortas en la serie
Cade Stryker Series
Dos thrillers de ciencia ficción militar

SOBRE EL AUTOR

Ty ha sido cavador de zanjas, vendedor de té a granel, vendedor de artículos de cuero, vendedor de lubricantes marinos, mecánico de motores diésel y ahora es autor de thrillers de acción.

Ty se siente privilegiado de que a los lectores de thrillers les encanten sus libros. «Imposible de soltar», «Turbocargado», «Ty establece el estándar en la escritura de thrillers», son algunas de las reseñas de sus libros.

Ty vive con su esposa e hijo, quienes le siguen la corriente con su ridícula creencia de que está al mando.

